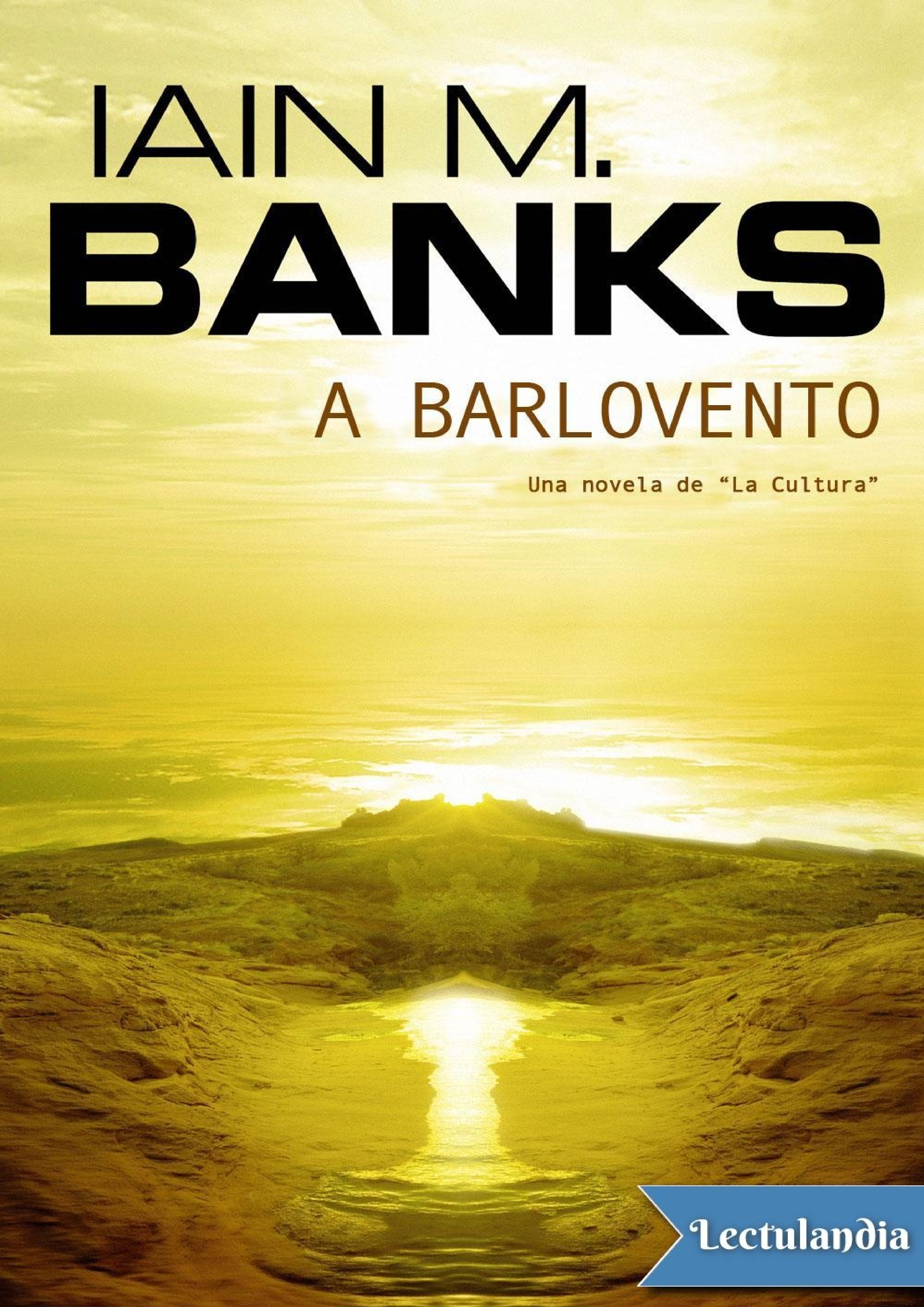

IAIN M.
BANKS
A BARLOVENTO
Una novela de “La Cultura”
Lectulandia

Fue uno de los incidentes menos gloriosos de una antigua guerra. Provocó la destrucción de dos soles y de los miles de millones de vidas que sustentaban. Ahora, ochocientos años después, la luz del primero de estos antiguos errores ha llegado al orbital de la Cultura Masadaq. La luz del segundo podría no llegar a hacerlo.

Lectulandia

Iain M. Banks

A barlovento

ePUB v1.0

Superpollo 18.11.11

Título original: Look to Windward
Traducción: Paula Gamissans Serna / Marta García Martínez
Primera edición en Inglés: ©2000 by Iain M. Banks
ISBN: 978-84-9800-339-0
La Factoría de Ideas

Para los veteranos de la Guerra del Golfo

Gentil o Judío
oh tú que das vuelta a la rueda y miras a barlovento,
considera a Phlebas, que fue en otro tiempo tan gallardo
y alto como tú

T. S. ELLIOT,
"LA TIERRA BALDÍA", IV

Prólogo

A medida que se acercaba el momento en que ambos sabíamos que tendría que dejarlo, resultaba complicado distinguir los relámpagos de los centelleos de las armas de energía de los Invisibles.

Un súbito estallido de luz azul atravesó el cielo, creando un paisaje invertido con la tosca superficie inferior de las nubes y revelando, a través de la lluvia, el halo de destrucción que nos rodeaba: el armazón de una lejana construcción cuyo interior había desintegrado un cataclismo previo, los enmarañados restos de torres de alta tensión cerca de la boca del cráter, cañerías y túneles destrozados descubiertos por este, y el inmenso y descuartizado cuerpo del destructor terrestre, medio sumergido en la piscina de agua mugrienta del fondo del hoyo. Cuando la luz de la bengala murió, apenas dejó un recuerdo en el ojo y el tenue parpadeo del fuego del interior del destructor.

Quilan apretó mi mano con más fuerza.

–Debes marcharte. Ahora, Worosei.

Un nuevo centelleo, más débil esta vez, iluminó su rostro y el barro aceitoso que rodeaba su cintura, por donde desaparecía bajo la máquina de guerra.

Tuve que completar todo un ritual para consultar los datos de información del control de mi casco. El piloto de la nave ligera estaba de regreso, solo. La pantalla me decía que ninguna otra máquina lo acompañaba, y la ausencia de comunicaciones en el canal abierto implicaba que no había buenas noticias. No habría sobrecargo, no habría rescate. Cambié al modo de visión táctica. Tampoco decía nada bueno. La esquemática parpadeante indicaba una gran incertidumbre en la representación (mala señal por sí misma) pero parecía que nos encontrábamos justo en la línea de avance de los Invisibles, y que pronto nos veríamos invadidos por ellos. En diez minutos, tal vez. O quince. O cinco. A saber. No obstante, sonreí e intenté hablar con la mayor calma posible.

–No puedo llegar a ningún lugar seguro hasta que la nave llegue aquí –dije–. Ninguno de nosotros puede.

Intenté hacer pie en una posición más cómoda de la embarrada pendiente. Una serie de explosiones resonó en el aire. Me incliné sobre Quilan para proteger su descubierta cabeza. Oí el ruido sordo de los escombros deslizándose por la bajada sobre la que nos encontrábamos y de algo que se zambullía en el agua. Eché un vistazo a la piscina formada en el fondo de cráter cuando las olas rompieron contra la afilada coraza delantera del destructor terrestre y cayeron de nuevo. Al menos, el nivel del agua parecía mantenerse en su sitio.

–Worosei –dijo Quilan–, no creo que yo pueda ir a ninguna parte. No con esto

encima de mí. Por favor. No intento hacerme el héroe y tú tampoco deberías. Vete ya.

–Todavía hay tiempo –respondí–. Te sacaremos de aquí. Siempre has sido un impaciente. –La luz nos cegó de nuevo, iluminando cada una de las gotas de lluvia en la oscuridad.

–Y tú siempre...

Lo que quiera que pensase decir quedó ahogado por otra ráfaga de penetrantes detonaciones; el sonido nos ensordeció como si el propio aire se estuviera desgarrando.

–Vaya noche más ruidosa –dije, mientras me inclinaba de nuevo sobre él. Un zumbido se adueñó de mis oídos. Más luces. Al acercarme, pude ver el dolor en sus ojos–. Incluso el mal tiempo se nos ha puesto en contra, Quilan. Menudo trueno.

–Eso no ha sido un trueno.

–¡Claro que sí! Allí. Y un relámpago –repuse, mientras me inclinaba todavía más sobre él.

–Vete ya, Worosei –susurró–. No seas imbécil.

–Yo... –empecé. Pero entonces, mi rifle resbaló de mi hombro y lo golpeó en la frente.

–¡Ay! –se quejó.

–Lo siento –me disculpé, cargándome de nuevo el arma.

–Culpa mía, por perder el casco.

–Bueno –contesté, dando una palmada en los fragmentos de raíles que teníamos encima–, pero has ganado un destructor terrestre.

Quilan empezó a reír, pero luego su rostro se transformó en una mueca de dolor. Forzó una sonrisa y apoyó una mano sobre la superficie de una de las ruedas directrices del vehículo.

–Es curioso –dijo–. Ni siquiera estoy seguro de si es nuestro o de ellos.

–Pues yo tampoco –repuse. Eché un vistazo al armazón roto. El fuego de su interior se estaba propagando: unas llamas amarillas y azuladas emergían ya del orificio del lugar que había ocupado la cabina.

El mutilado destructor terrestre se había deslizado parcialmente dentro del cráter. En su lado más alejado, la oruga de la máquina reposaba sobre la pendiente del hoyo, una gran banda metálica que ascendía hasta su superficie como una destartalada escalera mecánica. Frente a nosotros, las gigantescas ruedas directrices sobresalían del casco del vehículo: algunas sostenían los enormes ejes de la trayectoria superior de la oruga, y otras quedaban en la parte inferior. Quilan estaba atrapado bajo ellas, encallado en el barro, con la parte superior del torso al descubierto.

Nuestros camaradas habían muerto. Solo quedábamos Quilan y yo, y el piloto de la nave ligera, que volvía a recogernos. El buque, situado a poco menos de dos kilómetros por encima de nosotros, no podía ayudarnos.

Yo ya había tratado de tirar de Quilan, ignorando sus quejidos, pero estaba totalmente atrapado. Intenté desplazar la oruga de la máquina con la unidad antigravitatoria de mi traje, y maldije nuestros presuntamente maravillosos proyectiles de última generación, tan útiles para matar a nuestra propia especie y para penetrar en blindajes, pero tan inútiles para cortar metales pesados.

Cerca de nosotros, se oyó un nuevo ruido; una ráfaga de chispas saltó desde la abertura de la cabina para desvanecerse entre la lluvia. Sentí la vibración de las detonaciones en el suelo, transmitidas por el cuerpo de la malograda máquina.

–Es la munición –dijo Quilan, con un hilo de voz–. Hora de que te marches.

–No. Sea lo que sea lo que ha volado la cabina, ha terminado con todas las reservas de munición.

–No lo creo. Esto podría estallar en cualquier momento. Sal de aquí.

–Ni hablar. Aquí estoy bien.

–¿Estás... qué?

–Estoy bien.

–Pareces idiota.

–No soy idiota. Deja de intentar deshacerte de mí.

–¿Por qué? Eres idiota.

–Deja de llamarme idiota, ¿quieres? Eres muy pesado.

–No soy pesado. Solo intento que actúes racionalmente.

–Estoy actuando racionalmente.

–Mira, no me impresionas nada. Tu obligación es salvar tu vida.

–Y la tuya es no desesperar.

–¿No desesperar? Tú estás haciendo el idiota, y yo tengo un... –Quilan abrió los ojos de pronto–. ¡Ahí! ¡Arriba! –siseó, señalando detrás de mí.

–¿Qué pasa? –Me volví, con el rifle a punto para disparar.

El soldado de los Invisibles estaba en la boca del cráter, observando los restos del destructor terrestre. Llevaba puesto una especie de casco, pero no le cubría los ojos y, presumiblemente, no era demasiado sofisticado. Levanté la mirada entre la lluvia. El soldado quedaba iluminado por la luz de las llamas del destructor terrestre, pero nosotros nos encontrábamos en la penumbra. Sostenía el rifle con una mano, no con ambas. Yo permanecí completamente inmóvil.

Entonces, el soldado se llevó algo a los ojos y empezó a escrutar el entorno. Se detuvo, apuntando directamente hacia nosotros. Yo ya había levantado el rifle y disparado cuando él dejó su dispositivo de visión nocturna y se dispuso a apuntar con su arma. Explotó en una ráfaga de luz, justo cuando otra explosión iluminó el cielo. La mayor parte de su cuerpo se tambaleó y se precipitó por la pendiente del cráter, hacia nosotros. Todo, excepto un brazo y la cabeza.

–Vaya. Ahora resulta que tienes buena puntería –dijo Quilan.

–Siempre la he tenido, amigo –respondí, dándole una palmada en el hombro–. Lo mantenía en secreto para no avergonzarte.

–Worosei –dijo, agarrando de nuevo mi mano–. Ese soldado no debía de estar solo. En serio, ahora debes marcharte.

–Yo... –empecé. Pero entonces, los restos del destructor terrestre y el cráter dieron una enorme sacudida al explotar algo dentro del armazón, y una intensa ráfaga de metralla salió del hueco de la cabina de la máquina. Quilan se estremeció de dolor. Varias placas de barro se deslizaron por la pendiente, rodeándonos, y los restos del soldado muerto se acercaron más a nosotros. Todavía tenía el rifle sujeto con el guante blindado. Volví a mirar la pantalla de mi casco. La nave ligera estaba a punto de llegar. Mi amor estaba bien, y había llegado el momento de marcharme.

Me volví para decirle algo.

–Alcánzame el rifle de ese cabrón –me pidió, señalando con la cabeza al soldado muerto–. A ver si me puedo llevar a un par de ellos conmigo.

–De acuerdo –repuse, alejándome a escarbar entre el barro y los escombros para coger el arma del soldado muerto.

–¡Mira a ver si hay algo más! –gritó Quilan–. Granadas... ¡lo que sea!

Bajé de nuevo junto a él y sumergí mis botas en el agua.

–Era todo lo que tenía –le dije, entregándole el rifle.

–Bien. Servirá.

Quilan apoyó el arma contra su hombro y volvió el torso en la medida en que lo permitieron sus piernas atrapadas, adoptando lo más parecido a una posición de disparo.

–Ahora, ¡vete de una vez, antes de que yo mismo te pegue un tiro! –Tuvo que levantar la voz, mitigada por otra serie de explosiones en al armazón del destructor terrestre.

Me incliné hacia delante y le di un beso.

–Nos veremos en el cielo –dije.

Por un momento, su rostro adoptó una expresión de ternura. Dijo algo, pero las detonaciones hicieron temblar el suelo y tuve que pedirle que lo repitiera, mientras el eco moría y las imágenes estroboscópicas de las luces invadían el cielo que nos cubría. Una señal parpadeó de pronto en mi visera, indicándome que la nave estaba justo encima de mí.

–He dicho que no hay prisa –me dijo, sereno, y sonrió–. Vive, Worosei. Vive por mí. Por los dos. Prométemelo.

–Te lo prometo.

–Buena suerte, Worosei. –Miró hacia la ladera del cráter.

Quise desearle lo mismo, o despedirme tal vez, pero fui incapaz de pronunciar una sola palabra. Solo pude mirarlo, sin esperanza; contemplé a mi marido por última

vez, me volví y me arrastré hacia arriba, deslizándome sobre el barro y alejándome de él. Pasé por encima del cadáver del Invisible al que había matado, junto al flanco de la máquina en llamas, bajo los cañones de la cabina de popa, mientras nuevas explosiones disparaban pedazos de armazón hacia el lluvioso cielo, que se zambullían después en el agua del fondo del cráter.

La pendiente enfangada y llena de aceite no me facilitaba el ascenso; parecía que bajaba en lugar de subir y, por un momento, llegué a pensar que nunca podría salir de aquel inmenso agujero, hasta que me agarré a la gran plancha de metal que quedaba de la oruga del destructor terrestre. Lo que mataría a mi amado iba a salvarme a mí: utilicé las secciones entrelazadas de la oruga incrustada a modo de escalera, y conseguí llegar a la cima.

Fuera del cráter, en la lejanía iluminada por el fuego, entre construcciones demolidas y ráfagas de lluvia, pude ver los contornos de otras enormes máquinas de guerra y las minúsculas siluetas que corrían tras de ellas.

La pequeña nave descendió en picado desde las nubes. Me lancé a bordo y nos elevamos de inmediato. Intenté volverme a mirar atrás, pero las puertas se cerraron de golpe y me precipité al interior mientras el pequeño módulo esquivaba los rayos y misiles, y ascendía hacia la nave *Tormenta de nieve,* que lo estaba esperando.

I

La luz de antiguos errores

Las barcazas descansaban en la oscuridad del tranquilo canal, con sus contornos difuminados por la nieve apilada en montículos sobre sus cubiertas. Las superficies horizontales de los caminos, los muelles, los bolardos y los puentes levadizos también cargaban con el mismo peso nebuloso de la nieve, y los altos edificios alejados de los muelles se cernían sobre la noche, con las ventanas, los balcones y los canalones rociados con una suave línea blanca.

Kabe sabía que aquella zona de la ciudad era tranquila a casi cualquier hora, pero aquella noche parecía y estaba más calmada todavía. Podía oír sus propios pasos hundirse en la blancura virgen de la nieve. Cada uno de ellos producía una especie de crujido. Se detuvo y levantó la cabeza, aspirando el aire frío. Reinaba la calma. Nunca había visto la ciudad tan silenciosa. Supuso que la nieve la hacía parecer más callada, amortiguando cualquier ínfimo ruido que pudiera dejarse oír. Aquella noche tampoco hacía viento, lo que significaba que, en ausencia de tráfico, el canal, pese a no estar helado, estaba perfectamente inerte y silencioso, sin gorgoteos de olas.

No había iluminación alguna que se reflejase sobre la negra superficie del canal, lo que hacía parecer que las barcazas reposaban sobre la nada, sobre una ausencia absoluta en la que apoyarse. Aquello tampoco era habitual. Las luces estaban apagadas en casi toda la ciudad, y en casi toda aquella cara del mundo.

Kabe miró hacia arriba. La nieve caía ahora con más suavidad. El remolino de nubes que cubría el centro de la ciudad y las montañas más alejadas se estaba disipando, revelando algunas de las estrellas más brillantes. Una tenue línea de luz iba y venía en función del movimiento de las nubes en el cielo. No había aeronaves ni buques; al menos, él no los vio. Incluso las aves parecían haber mitigado sus propias voces.

Y tampoco sonaba la música. Normalmente, en la ciudad de Aquime, siempre se oía alguna melodía procedente de un lugar u otro, si se prestaba la suficiente atención (y Kabe tenía muy buen oído). Pero, aquella noche, reinaba un absoluto silencio.

Sometido. Ese era el término. El lugar estaba sometido. Aquella era una noche especialmente sombría («¡Esta noche, bailaréis a la luz de antiguos errores!», había afirmado Ziller en la entrevista de aquella mañana... con cierto deleite) y ese humor parecía haber infectado a toda la ciudad, a toda la plataforma de Xaravve, en realidad, al orbital de Masaq al completo.

No obstante, pese a todo, parecía que la calma reinaba todavía más, gracias a la nieve. Kabe se quedó quieto durante un momento, preguntándose qué era lo que producía exactamente aquel silencio añadido. Era algo que había percibido ya antes, pero que nunca le había preocupado lo suficiente como para permanecer inmóvil e intentar descubrirlo. Algo relacionado con la propia nieve...

Se volvió a mirar el rastro que había dejado en el camino del canal. Tres líneas de huellas. Se preguntó lo que un humano –o cualquier bípedo– pensaría de aquellas pisadas. Seguramente, no se darían cuenta. Y, en caso de hacerlo, preguntarían y obtendrían una respuesta. El Centro se la daría: son las huellas del nuestro honorable embajador de los homomdanos: Kabe Ischloear.

Pocos misterios quedaban ya para entonces. Kabe echó un vistazo a su alrededor y luego realizó una breve danza saltando y arrastrando los pies, ejecutando los pasos con una delicadeza insólita para su peso y su tamaño. Volvió a mirar en torno a sí, aparentemente aliviado de haber escapado a cualquier observación. Estudió el rastro que sus movimientos habían dejado sobre la nieve. Aquello estaba mejor... Pero, ¿en qué habría estado pensando? En la nieve, y en su silencio.

Sí, de eso se trataba; lo que reinaba era algo parecido a una sustracción de sonido, porque todo el mundo estaba acostumbrado a que las condiciones climáticas fuesen acompañadas de algún ruido; el viento soplaba o rugía, la lluvia repiqueteaba o siseaba o, si era tan leve como para no producir por sí sola ningún sonido, al menos creaba goteos o gorgoteos. Pero la nieve, sin viento que la acompañase, parecía desafiar a la propia naturaleza; era como contemplar una pantalla con el volumen al mínimo, era como estar sordo. De eso se trataba.

Satisfecho, Kabe siguió caminando por el camino, justo cuando un montón de nieve acumulada en un tejado de un edificio alto cayó al suelo con un ruido sordo. Se detuvo, observó la larga cresta blanca que la avalancha en miniatura había creado cuando los últimos copos cayeron arremolinados a su alrededor, y se echó a reír.

Discretamente, para no perturbar el silencio.

Finalmente, las luces de una barcaza aún distante iluminaron la curva gradual del canal. Desde allí, sonaba una música suave, fácil de escuchar, pero música al fin y al cabo. Música de fondo, como la llamaban a veces. No era el propio recital.

Un recital. Kabe se preguntaba por qué lo habían invitado. El dron de Contacto E. H. Tersono había solicitado su presencia mediante un mensaje entregado aquella misma tarde. Estaba escrito con tinta sobre una tarjeta, que también había llegado en un dron de tamaño más reducido. En realidad, era más bien una «escudilla volante». El caso era que Kabe siempre acudía al recital del Octavo Día de Tersono sin ser expresamente invitado. El hecho de haberse asegurado de su asistencia tenía que significar algo. ¿Acaso le estaban diciendo que era un acto de osadía el haber ido en ocasiones anteriores en las que no había sido específicamente avisado?

Aquello resultaría extraño; en teoría el evento estaba abierto a todo el mundo –¿Y qué no lo estaba, en teoría?– pero las costumbres de los moradores de la Cultura, especialmente de los robots, y más de los viejos, como E. H. Tersono, todavía lograban sorprender a Kabe. No había leyes ni normas escritas, pero sí un montón de sutiles... cumplimientos, conjuntos de modales, formas de comportamiento cortés. Y modas. Había modas en casi todo, desde lo más trivial hasta lo más trascendental.

Trivial: aquella tarjeta entregada en una «escudilla volante»; ¿significaba acaso que todo el mundo iba a empezar a mover invitaciones físicamente? ¿Incluso la información rutinaria de un lugar a otro, en lugar de transmitirse con normalidad mediante un familiar, un dron, un terminal o un implante? ¡Qué tediosa y ridícula idea! La clásica afectación retrospectiva de la que podrían enamorarse, durante una temporada más o menos (¡ja! Como mucho).

Trascendental: ¡vivían o morían a su antojo! Algunas de sus personalidades más ilustres anunciaron que vivirían una vez y morirían para siempre, y miles de millones así lo hicieron. Y luego se inició una nueva tendencia entre la gente que ejercía la mayor de las influencias, consistente en renovar completamente sus cuerpos o cultivar cuerpos nuevos, o trasladar sus mentes a androides réplicas o diseños aún más extraños... Bien, en realidad, a cualquier cosa, no había límites. El caso era que todo el mundo empezaría a actuar así sin medida, solo porque se había puesto de moda.

¿Qué clase de comportamiento debía esperarse de una sociedad madura? ¿La mortalidad como un estilo de vida de libre elección? Kabe conocía la respuesta de su propio pueblo. Era una locura, una infantilidad, irrespetuosa con uno mismo y con la propia vida; una especie de herejía. Él, sin embargo, no estaba tan seguro, lo que podía significar que llevaba allí demasiado tiempo, o, simplemente, que estaba manifestando la empatía terriblemente promiscua hacia la Cultura que había ayudado a atraerlo allí en primer lugar.

De aquella forma, meditando sobre el silencio, la ceremonia, las modas y su propio lugar en la sociedad, Kabe llegó a la ornada pasarela que discurría desde el muelle hasta la extravagante e iluminada barcaza ceremonial de madera dorada, la *Soliton*. Allí, la nieve estaba plagada de pisadas, cuyo rastro conducía al acceso

subterráneo de un edificio cercano. Obviamente, el raro era él, que disfrutaba caminando sobre la nieve. Pero Kabe no vivía en aquella ciudad; en su hogar nunca había nieve o hielo, con lo que aquello era toda una novedad para él.

Justo antes de subir a bordo, el homomdano levantó la vista hacia el cielo nocturno, para ver una bandada de grandes aves blancas, formando una uve y volando en silencio por encima de su cabeza, sobre las jarcias de la embarcación, en dirección al interior desde el litoral del mar Alto. Las vio desaparecer tras los edificios, se sacudió la nieve del abrigo, agitó su sombrero y subió a bordo.

–Es como las vacaciones.

–¿Vacaciones?

–Sí. Vacaciones. Antes significaban lo opuesto a lo que ahora significan. Casi lo opuesto exacto.

–¿A qué te refieres?

–Oye, ¿esto se come?

–¿El qué?

–Esto.

–No sé. Muerde a ver.

–Pero se acaba de mover.

–¿Se ha movido, dices? ¿Cómo? ¿Por voluntad propia?

–Creo que sí.

–Bueno, aquí tenemos algo. Con una evolución desde un auténtico depredador como nuestro amigo Ziller, la respuesta instintiva, probablemente, sea afirmativa, pero...

–¿Qué es eso de las vacaciones?

–Ziller era...

–... lo que él decía. El opuesto exacto. Una vez, las vacaciones aludían al tiempo en que uno se marchaba.

–¿En serio?

–Sí. Recuerdo haberlo oído. Algo primitivo... de la Era de la Escasez.

–La gente tenía que hacer todo el trabajo y crear riqueza para ella misma y para la sociedad, por lo que no podía permitirse pasar mucho tiempo fuera. Así que trabajaba, más o menos, la mitad del día, la mayor parte de los días del año. Y luego tenía unos días libres asignados durante los que podía marcharse, si había logrado ahorrar suficiente intercambio colateral...

–Dinero. La palabra técnica es dinero.

–... entre tanto. Entonces, se iban a pasar el tiempo libre a otro lugar.

–Perdón, ¿es usted comestible?

–¿En serio le estás hablando a la comida?

–No sé. Es que no sé si es comida.

–En las sociedades muy primitivas, ni siquiera tenían eso. ¡Solo tenían algunos días libres al año!

–Pero yo pensaba que las sociedades primitivas podían ser...

–Se refería a sociedades primitivas industriales. Ni caso. ¿Vas a dejar de pinchar eso? Lo vas a estropear.

–¿Pero se puede comer?

–Cualquier cosa que puedas meter en tu boca y tragártela se puede comer.

–Ya sabes a qué me refiero.

–Pues pregunta, idiota.

–Lo acabo de hacer.

–¡Pero no a eso directamente! ¿Dónde está tu recordador, tu terminal, o lo que sea que tienes?

–No, es que no quería...

–Ya. ¿Se te han escapado todos de golpe?

–¿Cómo iban a hacerlo? Las cosas dejarían de funcionar si no hicieran nada al mismo tiempo.

–Ah, claro.

–Pero, a veces, tenían días en los que una especie de armazón manejaba la infraestructura. Y sí no, escalonaban el tiempo en que se marchaban. Depende del lugar y del momento.

–Aja.

–En cambio, lo que hoy definimos como vacaciones, o tiempo esencial, es el hecho de quedarnos en casa, porque de otra forma, no habría momentos de reunión. No conoceríamos a nuestros vecinos.

–En realidad, creo que no los conozco.

–Porque somos muy volátiles.

–Largas vacaciones.

–En el sentido antiguo del término.

–Y hedonista.

–Nos pica el gusanillo de movernos.

–Nos pica el gusanillo, las zarpas, las aletas, las barbas...

–Centro, ¿puedo comerme esto?

–Las bolsas de gas, las costillas, las alas, las ventosas...

–Vale, creo que la idea queda clara.

–¿Centro? ¿Hola?

–Las pinzas, las babas, las membranas móviles...

–¿Te callarás de una vez?

–¿Centro? ¿Me recibe? Mierda, no me funciona el terminal. O el Centro no

contesta.

–A lo mejor está de vacaciones.

–Las aletas, los músculos, *¡mmpf!* ¿Qué pasa? ¿Me he atragantado con algo?

–Sí, con un gusanillo, creo.

–Creo que por ahí empezamos.

–Muy apropiado.

–¿Centro? ¿Centro? Vaya, nunca antes me había ocurrido esto...

–¿Embajador Ischloear?

–*¿Mmm?* –Habían pronunciado su nombre. Kabe se dio cuenta de que debía de haberse sumido en uno de aquellos extraños estados de trance que experimentaba a veces en reuniones como aquella, cuando la conversación (o, más bien, varias conversaciones simultáneas), zumbaban de un lado al otro de forma abrumadora y lo mareaban de tal forma que no podía seguir quién decía qué a quién, y por qué.

Había descubierto que, posteriormente, solía recordar las palabras exactas que se habían pronunciado, pero todavía debía esforzarse para determinar el sentido que se ocultaba tras ellas. Pero, en el momento, se sentía extrañamente perdido. Hasta que se rompía el hechizo, como ahora, y su propio nombre lo despertaba.

Se encontraba en el salón de baile superior de la barcaza ceremonial *Soliton,* con varios cientos de individuos más, la mayoría humanos, pero no todos antropomórficos. El recital del compositor Ziller, con un antiguo mosaicordio chelgriano, había terminado hacía media hora. Había consistido en la interpretación de una pieza contenida, solemne, en concordancia con el ambiente de aquella tarde, aunque fue agradecida con entusiastas aplausos. Ahora la gente comía y bebía. Y hablaba.

Kabe estaba de pie, con un grupo de hombres y mujeres junto a una de las mesas del bufé. La atmósfera era cálida, agradablemente perfumada y amenizada con una suave música de fondo. Sobre los asistentes se alzaba una marquesina de madera y cristal, de la que emanaba una antigua forma de iluminación, a gran distancia del espectro corporal de todos, pero que otorgaba a la estancia una atractiva calidez.

El anillo de su nariz le había hablado. Cuando llegó por primera vez a la Cultura, no le había gustado la idea de tener que insertarse un transmisor de comunicaciones en el cráneo (ni en ningún otro lugar). El anillo de su familia era prácticamente lo único que siempre llevaba consigo, por lo que le hicieron una réplica perfecta que también funcionaba como terminal de comunicaciones.

–Siento molestarlo, embajador. Aquí el Centro. Usted que está más cerca, ¿me haría el favor de decirle al señor Olsule que está hablando con un broche convencional y no con su terminal?

–Sí. –Kabe se volvió hacia un joven vestido con un traje blanco que sostenía una pieza de joyería entre las manos, con el semblante perplejo–. ¿El señor Olsule?

–Sí, ya lo he oído –repuso el hombre, observando detenidamente al homomdano. Parecía sorprendido y Kabe tuvo la impresión de que lo había confundido con una escultura o algún artículo monumental de decoración. Era algo que le ocurría con relativa frecuencia. Cuestión de magnitud y silencio, básicamente. Era una de las pegas de ser un trípedo piramidal negro y reluciente de tres metros y pico de estatura, en una sociedad de bípedos escuálidos de piel mate y dos metros de altura. El joven miró de nuevo el broche–. Hubiera jurado que era...

–Perdóneme, embajador –dijo el anillo–. Gracias por su ayuda.

–Ah, de nada.

Una centelleante bandeja se acercó flotando hasta el joven, se inclinó frente a él en una especie de reverencia y dijo:

–Hola. Aquí el Centro otra vez. Lo que tiene aquí, señor Olsule, es una pieza de azabache con forma de cerepelo, esmaltada con platino y sumitio. Del estudio de la señora Xossin Nabbard, de Sintrier, seguidora de la escuela Quarafyd. Un trabajo fino de arte sustancial. Pero, desgraciadamente, no es un terminal.

–Vaya. ¿Y dónde está mi terminal, entonces?

–Se ha dejado todos los dispositivos en casa.

–¿Por qué no me han avisado?

–Usted no me lo pidió.

–¿Cuándo?

–Ciento veinti...

–Bueno, da igual. Sustituye... ejem... cambia esa instrucción. La próxima vez que salga de casa sin un terminal, que me monten un escándalo o algo.

–Muy bien. Así será.

–A lo mejor debería ponerme un cordón. Uno de esos implantes.

–Innegablemente, olvidar la cabeza sería harto complicado. Y, entretanto, yo le propondría uno de esos controles remotos de a bordo para acompañarlo el resto de la velada, si lo desea.

–Bien, de acuerdo. –El joven dejó el broche donde estaba y se volvió hacia la mesa del bufé–. Bueno, ¿esto se puede comer...? Vaya, se ha ido.

–Las membranas móviles –dijo la bandeja, flotando en el aire.

–¿Eh?

–Ah, Kabe, mi querido amigo. Aquí estás. Muchas gracias por venir.

Kabe se volvió sobre sus pasos para encontrarse con el dron E. H. Tersono flotando junto a él, a un nivel algo por encima de la cabeza de un ser humano y por debajo de la de un homomdano. La máquina medía poco menos de un metro de estatura, y la mitad en anchura y fondo. Su armazón rectangular con aristas redondeadas era de una delicada porcelana rosa en un entramado de petrelumen azul brillante. A través de la superficie traslúcida de porcelana, se podían apreciar los

componentes internos del dron, como sombras ocultas en su piel de cerámica. Su campo de aura, confinado a un reducido volumen situado justo bajo la base plana, era un suave rubor magenta que, si Kabe no recordaba mal, significaba que estaba ocupado. ¿Ocupado hablando con él?

–Tersono –respondió–. Sí. Bueno, tú me invitaste.

–Lo hice, es cierto. Solo se me ocurrió más tarde que pudieras malinterpretar mi invitación y pensar que era una especie de citación, o incluso una reclamación imperiosa. Claro que, una vez enviada...

–Ya. ¿Quieres decir que no era una reclamación?

–Era más bien una petición. Es que tengo que pedirte un favor.

–¿Ah, sí? –Eso era toda una novedad.

–Sí. ¿Podríamos hablar en un lugar más privado?

Privado, pensó Kabe. No era una palabra que sonase demasiado en la Cultura. Posiblemente, se utilizase en el contexto sexual más que en cualquier otro. Y ni siquiera entonces.

–Por supuesto –repuso–. Te sigo.

–Gracias –dijo el dron, flotando hacia la zona de popa mientras ascendía para observar por encima de las cabezas de la gente reunida en el espacio de funciones. La máquina viró de un lado al otro, indicando claramente que estaba buscando algo o a alguien–. En realidad –dijo–, nos falta quórum... Ah. Ya estamos. Por aquí, embajador Ischloear.

Se acercaron a un grupo de humanos agrupados en torno al mahrai Ziller. El chelgriano medía tanto de largo como Kabe de alto, y estaba cubierto de pelo, que se difuminaba desde el blanco del rostro hasta el marrón oscuro de la espalda. Tenía constitución corporal de depredador, con grandes ojos penetrantes y amplias mandíbulas. Sus patas traseras eran largas y fuertes. Una cola de rayas entrelazada con una cadena de plata se escondía entre ellas.

Donde sus lejanos ancestros habían tenido dos patas medias, Ziller tenía una sola extremidad, parcialmente cubierta por un chaleco oscuro. Sus brazos eran muy similares a los de un humano, aunque estaban recubiertos de pelo dorado y terminaban en grandes manos de seis dedos, que más bien parecían pezuñas.

En cuanto él y Tersono se unieron al grupo que rodeaba a Ziller, Kabe se encontró atrapado por otro balbuceo de conversación confusa.

–Claro que no sabes a lo que me refiero. No tienes contexto.

–Absurdo. Todo el mundo tiene un contexto.

–No. Se tienen entornos o situaciones. Esto no es lo mismo. Tú existes. Eso no se puede negar.

–Vaya, pues gracias.

–Claro. De lo contrario, estarías hablando contigo mismo.

–Estás diciendo que, en realidad, no vivimos, ¿no es eso?
–Depende de lo que se entienda por vivir. Pero sí, digamos, que sí.
–Es fascinante, apreciado Ziller –dijo E. H. Tersono–. Me pregunto...
–Porque no sufrimos.
–Porque apenas parecéis capaces de sufrir.
–¡Bien dicho! Pero, ahora, Ziller...
–Bah, esa es una discusión muy antigua...
–Pero la capacidad de sufrir es la única que...
–¡Eh! Yo he sufrido. Lemil Kimp me rompió el corazón.
–Cállate, Tulyi.
–...la única que te hace sensible, o lo que sea. No es el sufrimiento en sí.
–¡Pero lo hizo!
–¿Una discusión antigua, dice, señora Sippens?
–Sí.
–¿Antigua equivale a mala?
–Antigua equivale a desacreditada.
–¿Desacreditada? ¿Por quién?
–No es quién, sino qué.
–¿Y ese «qué» es...?
–La estadística.
–Bien, pues ya lo tenemos. La estadística. Bueno, ahora, Ziller, querido amigo...
–No puedes estar hablando en serio.
–Creo que ella cree que es más seria que tú, Zil.
–El sufrimiento desfavorece más que ennoblece.
–¿Y esa aseveración deriva en su totalidad de la supuesta estadística?
–No. Verás que también se necesita inteligencia moral.
–Uno de los prerrequisitos de la sociedad civilizada, y creo que ya estamos todos de acuerdo. Escucha, Ziller...
–Una inteligencia moral que nos inculca que el sufrimiento es malo.
–No. Una inteligencia moral que se inclina por considerar malo el sufrimiento hasta que se demuestre que es bueno.
–¡Ah! Entonces admites que el sufrimiento puede ser bueno.
–Excepcionalmente.
–Aja.
–Bien, de acuerdo.
–¿Qué?
–¿Sabías que eso funciona en varios idiomas distintos?
–¿El qué?
–Tersono –dijo Ziller, volviéndose al fin hacia el dron, que había descendido

hasta la altura de sus hombros y se acercaba cada vez más, intentando atraer la atención del chelgriano a lo largo de los últimos minutos, durante los cuales, su campo de aura se había ensombrecido al azul grisáceo que denotaba una frustración reservada.

El mahrai Ziller, compositor, medio marginado, medio exiliado, se alzó de su butaca y se balanceó sobre sus ancas traseras. Su extremidad media tomó por un instante la forma de una bandeja y depositó el vaso sobre la suave superficie peluda, mientras utilizaba sus extremidades delanteras para estirar su chaleco y peinarse las cejas.

–Ayúdame –pidió al dron–. Estoy intentando hablar en serio y tu compatriota me sale con juegos de palabras.

–En ese caso, le sugiero que desista y la aborde más tarde, cuando se encuentre en un estado de ánimos más serio y menos mordaz. ¿Ya conoce al embajador Kabe Ischloear?

–Sí. Somos viejos conocidos. Embajador...

–Me honra, señor –repuso el homomdano–. No soy más que un periodista.

–Sí. Tienden a llamarnos embajadores, ¿no es cierto? Será por halagarnos.

–Sin duda. Lo hacen con buena intención.

–Aunque a veces, resultan ambiguos –dijo Ziller, volviéndose por un instante hacia la mujer con la que había estado hablando. Ella levantó su copa e inclinó ínfimamente la cabeza.

–Cuando los dos hayan terminado de criticar a sus decididamente generosos invitados... –intervino Tersono.

–Tendríamos la conversión privada a la que te referías, ¿no? –preguntó Ziller.

–Eso es. Démosle el capricho al excéntrico dron.

–Muy bien.

–Por aquí, entonces.

El dron continuó su camino, bordeando la hilera de mesas, hacia la popa de la embarcación. Ziller siguió a la máquina, aparentemente flotando sobre la cubierta, con agilidad y gracilidad sobre su gran extremidad media y sus dos fuertes patas traseras. Kabe se percató de que el compositor todavía llevaba su copa de vino en una mano. Ziller utilizó la otra para saludar a un par de personas que se inclinaron al verlo pasar.

Kabe se sintió muy pesado y torpe en comparación. Intentó erguirse al máximo, para parecer menos voluminoso, pero chocó contra un antiguo y complicado aplique que colgaba del techo.

Los tres se sentaron en una cabina de la popa de la gran barcaza, con vistas a las oscuras aguas del canal. Ziller se había plegado sobre una mesa baja, Kabe se

acuclilló plácidamente sobre unos cojines que reposaban en el suelo y Tersono se acomodó sobre una silla de madera, de antiquísima apariencia. Kabe conoció al dron Tersono al inicio de los diez años que llevaba viviendo en el orbital de Masaq, y desde entonces, sabía que le gustaba rodearse de objetos antiguos, como aquella vieja barcaza y su vieja decoración, con sus viejos complementos.

Incluso la composición de la máquina recordaba a una especie de antigualla. Generalmente, en la cultura, cuanto mayor era un dron, más edad tenía. Los primeros ejemplares, que databan de ocho o nueve mil años atrás, eran del tamaño de un humano corpulento. Los modelos siguientes habían ido menguando gradualmente hasta llegar a los drones más avanzados que, durante un tiempo, fueron lo suficientemente pequeños como para guardarlos en un bolsillo. El metro de estatura de Tersono podía sugerir que lo habían construido hacía milenios, cuando en realidad solo tenía unos siglos de edad, y el espacio extra que ocupaba se justificaba por la separación de sus componentes internos, lo que le permitía exhibir mejor la fina transparencia de su poco ortodoxo caparazón de cerámica.

Ziller terminó su copa y extrajo una pipa de su chaleco. La chupó una y otra vez hasta que empezó a salir humo de la cazoleta, mientras el dron intercambiaba comentarios con el homomdano. El compositor todavía intentaba espirar aros de humo cuando Tersono, finalmente, dijo:

–... lo que me ha llevado a solicitar la presencia de los dos hoy aquí.

–¿Y cuál es el motivo? –preguntó Ziller.

–Estamos esperando a un invitado, compositor Ziller.

Ziller miró al dron de arriba abajo. A continuación, echó un vistazo por el amplio camarote y dirigió la vista hacia la puerta.

–¿Cómo? ¿Quién? ¿Ahora? –preguntó.

–No, ahora no. Dentro de unos treinta o cuarenta días. Me temo que aún no sabemos exactamente de quién se trata. Pero será uno de los suyos, Ziller. Alguien de Chel. Un chelgriano.

El rostro de Ziller era básicamente una esfera de pelo con dos grandes ojos negros, casi semicirculares, posicionados sobre una zona nasal gris y rosada, y una boca grande, parcialmente prensil. Ahora mostraba una expresión que Kabe no había visto nunca, aunque debía reconocer que solo conocía por encima al chelgriano, y desde hacía menos de un año.

–¿Va a venir aquí? –preguntó Ziller. Su voz sonó... gélida, fue la palabra que decidió Kabe.

–Exactamente. A este orbital, y, posiblemente, a esta plataforma.

–¿Casta? –dijo, aunque más que pronunciar la palabra, la escupió.

–Uno de los... ¿Tactados? Posiblemente un Entregado –respondió Tersono, con suavidad.

Por supuesto. El sistema de castas chelgriano. Al menos, parte de la razón por la que Ziller estaba con ellos y no allí. El compositor contempló su pipa y espiró otra bocanada de humo.

–Posiblemente un Entregado, ¿eh? –murmuró–. Todo un honor. Espero que conserven su etiqueta de una forma exquisitamente correcta. Ya pueden empezar a practicar desde ahora mismo.

–Creemos que viene a verlo a usted –dijo el dron, removiéndose en la silla sin tocarla, a la vez que extendía un campo de manipulación para tirar de las cuerdas de las cortinas doradas, bajándolas y ocultando las vistas al oscuro canal y a los muelles nevados.

–¿En serio? –Ziller golpeó suavemente con el dedo la cazoleta de su pipa, frunciendo el ceño–. Qué lástima. Estaba pensando en embarcarme en un crucero dentro de unos días. Por el espacio interplanetario. Durante medio año, como mínimo. Tal vez más largo. En realidad, ya lo tenía decidido. Espero que se comuniquen mis disculpas a cualquier diplomático autosuficiente o noble desdeñoso enviado aquí. Estoy seguro de que lo comprenderán.

–Estoy seguro de que no –murmuró el dron.

–Y yo también. Era una ironía. Pero lo del crucero es en serio.

–Ziller –dijo el dron, pausadamente–, quieren reunirse con usted. Aunque se embarque en un crucero, no le quepa duda de que lo seguirán y se encontrarán con usted en la nave.

–Y, por supuesto, no intentaréis detenerlo.

–¿Cómo íbamos a hacerlo?

–Supongo que querrán que vuelva –musitó Ziller, aspirando de su pipa–. ¿Es correcto?

–No lo sabemos –respondió el dron, con el aura del color del bronce, en señal de desconcierto.

–¿De verdad?

–Compositor Ziller, le estoy diciendo todo lo que sé.

–Bien. ¿Y se le ocurre alguna otra razón para esta expedición?

–Muchas, amigo, pero ninguna de ellas es especialmente prometedora. Como ya he dicho, no lo sabemos. No obstante, si me viera obligado a especular, coincidiría con usted en que solicitar su regreso a Chel sería el motivo más probable de esta inminente visita.

Ziller mordió la cánula de su pipa con tal fuerza que Kabe pensó que se rompería.

–No pueden obligarme a volver.

–Querido Ziller, ni siquiera se nos ocurriría sugerírselo –repuso el dron–. Ese emisario puede venir con tales intenciones, pero la decisión le corresponde enteramente a usted. Es un invitado honrado y respetado, Ziller. La ciudadanía de la

Cultura, en la medida en que tal cosa exista hasta cierto nivel de formalidad, es suya por poderes. Sus muchos admiradores, entre los que me incluyo, hace tiempo se la habrían otorgado por aclamación, sí tal hecho no hubiera parecido un acto presuntuoso.

Ziller asintió con aire pensativo. Kabe se preguntó si aquella expresión era chelgriana por naturaleza o bien un gesto adquirido o traducido.

–Muy halagador –dijo Ziller. A Kabe le dio la impresión de que la criatura realmente intentaba sonar elegante–. Pero sigo siendo chelgriano. Aún no estoy naturalizado.

–Por supuesto. Su presencia ya es un honor suficiente. Declarar que este es su hogar ya sería...

–Excesivo –cortó Ziller. El campo de aura del dron cambió de color, adquiriendo una tonalidad similar a la del barro, que indicaba vergüenza, aunque la escasez de flecos rojos denotaba que tampoco era muy aguda.

Kabe carraspeó. El dron se volvió hacia él.

–Tersono –dijo el homomdano–, no tengo del todo claro por qué estoy aquí, pero ¿puedo preguntar si, en todo este asunto, estás hablando como representante de Contacto?

–Por supuesto que puede. Y sí, hablo en nombre de la sección de Contacto. Con plena cooperación del Centro de Masaq.

–No me faltan amigos entre mis admiradores –dijo Ziller de pronto, mirando fijamente al dron.

–¿Faltan? –dijo Tersono, con el campo de aura anaranjado–. Ya le he dicho que...

–Me refiero entre algunas de las Mentes de aquí; las naves, Tersono, dron de Contacto –repuso Ziller con frialdad. El dron se echó hacia atrás en la silla. Un poco melodramático todo aquello, a ojos de Kabe–. Podría convencer a alguno de ellos para acogerme y proporcionarme mi propio crucero privado. Un crucero en el que al emisario le costaría mucho introducirse.

El aura del dron se tornó de color púrpura. Se tambaleó sobre la silla.

–Está en su derecho de intentarlo, estimado Ziller –dijo–. Pero eso podría tomarse como un terrible insulto.

–Que los jodan.

–Sí, bueno. Me refería a nosotros. Un terrible insulto a nuestra comunidad. Terrible, en tales circunstancias, ya tristes y lamentables...

–Ah, déjame ya. –Ziller miró hacia otro lado.

Claro, la guerra, pensó Kabe. Y la responsabilidad. La sección de Contacto consideraría el asunto como algo muy delicado.

El dron, medio vaporizado en el halo púrpura, guardó silencio durante un momento. Kabe se removió en los cojines.

–El caso es –continuó Tersono– que incluso la nave más voluntariosa podría no acceder a la clase de petición que acaba de mencionar. En realidad, apostaría a que ninguna lo haría.

Ziller volvió a morder la pipa. Se había extinguido por completo.

–Lo que significa que Contacto ya lo tiene todo bien atado, ¿no es así? –preguntó.

–Digamos que se han contemplado posibilidades –dijo Tersono, temblando de nuevo.

–Digámoslo, sí. Por supuesto, siempre dando por hecho que ninguna de esas naves Mentes a las que usted hace referencia estuviera mintiendo.

–Ah, no, nunca mienten. Aparentan, evaden, prevarican, confunden, desconciertan, distraen, ocultan, distorsionan sutilmente y malentienden con lo que acostumbra a presentarse como un deleite positivo, y suelen ser perfectamente capaces de lograr darle a uno una impresión completamente inequívoca de sus futuras acciones cuando, en realidad, su intención es justo la contraria, pero nunca mienten. Donde va a parar.

Kabe se asombró de la gélida mirada que Ziller lanzó a Tersono. Incluso sintió alivio de que esos grandes ojos oscuros no se dirigieran a él. Sin embargo, el dron parecía imperturbable.

–Ya veo –prosiguió el compositor–. Bien, entonces supongo que no puedo moverme. Imagino que puedo negarme a abandonar mi apartamento.

–Por supuesto que puede. Tal vez no sea muy digno, pero está en su derecho.

–Efectivamente. Pero si no tengo alternativa, que nadie espere que sea amable y cortés. –Ziller inspeccionó la cazoleta de la pipa.

–Esa es la razón por la que he solicitado la presencia de Kabe. –El dron se volvió hacia el homomdano–. Kabe, te agradeceríamos mucho que nos ayudaras a recibir y acoger a nuestro invitado o invitada de Chel cuando aparezca. Lo haríamos a medias, posiblemente con la ayuda del Centro, si se acepta. Todavía no sabemos cuándo será exactamente ni cuánto durará la visita, pero, obviamente, si se alarga más de lo previsto, ya lo arreglaríamos sobre la marcha. –La máquina se inclinó unos grados hacia un lado en su silla de madera–. ¿Nos harías ese favor? Ya sé que es pedir mucho, y no es necesario que respondas ahora mismo. Piénsalo y, si lo deseas, solicita toda la información que quieras. Pero nos harías un gran favor, dada la reticencia del compositor Ziller, por otro lado, perfectamente comprensible.

Kabe se acomodó en los cojines y parpadeó unas cuantas veces.

–Bueno, en realidad, puedo contestar ahora mismo –repuso–. Me encantaría ayudar. –Kabe miró a Ziller–. Por supuesto, sin ánimos de molestar al mahrai Ziller...

–Todo depende –le dijo Ziller–. Si puede distraer a ese saco de bilis, también me hará un favor a mí.

El dron emitió una especie de suspiro, elevándose y descendiendo de forma

mínima sobre su asiento.

–Bien, eso resulta... satisfactorio –concluyó–. Kabe, ¿podemos seguir hablando mañana? Nos gustaría informarte a lo largo de los próximos días. Nada demasiado intenso, pero, teniendo en cuenta las desafortunadas circunstancias de nuestra relación con los chelgrianos en estos últimos años, está claro que no queremos perturbar a nuestro invitado o invitada con alguna falta de conocimiento sobre sus usos y costumbres.

Ziller pronunció un sonido similar a un ¡ja!

–Por supuesto –dijo Kabe a Tersono–. Lo comprendo perfectamente. –Kabe extendió sus tres brazos–. Mi tiempo es vuestro.

–Y nuestra gratitud es tuya. Ahora –dijo la máquina, elevándose–, me temo que hemos estado aquí de charla durante tanto rato que nos hemos perdido el pequeño discurso del avatar del Centro, y si no nos apresuramos, llegaremos tarde al evento principal de la velada.

–¿Ya es tan tarde? –preguntó Kabe, levantándose también.

Ziller abrió la funda de su pipa y la guardó de nuevo en su chaleco. Se desplegó de la mesa y los tres regresaron al salón de baile, justo cuando se apagaban las luces y el techo se enrollaba con un fuerte estruendo, para dejar al descubierto un cielo de nubes finas y esparcidas, multitudes de estrellas, y el centelleante halo de luz del lado lejano del orbital. Sobre un pequeño escenario situado en el extremo del salón, el avatar del Centro –con la forma de un humano de piel plateada– estaba de pie, con la cabeza inclinada hacia delante. El aire frío se coló entre los humanos reunidos y los demás asistentes. Todos, excepto el avatar, levantaron la vista hacia el cielo. Kabe se preguntó en cuántos lugares más de la ciudad, de toda la plataforma y de todo aquel lado del gran mundo en forma de brazalete, se estaban produciendo escenas similares.

Kabe inclinó su enorme cabeza y miró hacia arriba, como el resto. Sabía más o menos dónde debía mirar; el Centro de Masaq llevaba insistiendo en ello los últimos cincuenta días, aproximadamente.

Silencio.

Entonces, algunos de los congregados murmuraron algo y varios de los terminales personales repartidos en aquel inmenso espacio emitieron sendos pitidos.

Y una nueva estrella brilló en los cielos. Al principio, solo era un mínimo parpadeo, pero después, el minúsculo punto de luz empezó a fulgurar cada vez con más fuerza, exactamente igual que si fuera una lámpara de intensidad regulable. Las estrellas más próximas empezaron a desaparecer, con sus débiles centelleos ahogados por el torrente de radiación que vertía la recién llegada. En unos momentos, la estrella había adquirido un resplandor homogéneo, de un color azul grisáceo que casi hacía sombra a las luces de las plataformas más lejanas de Masaq.

Kabe oyó algunas expresiones de admiración e incluso algún grito contenido.

–¡Madre mía! –dijo una mujer. Alguien sollozó.

–No es precisamente bello –murmuró Ziller, tan bajito que Kabe sospechó que solo él y el dron lo habían oído.

Todos contemplaron la escena durante unos momentos más. A continuación, el avatar de piel plateada y traje oscuro dijo:

–Gracias.

Su voz sonó hueca. No era alta, pero sí profunda, la típica voz de los avatares. Bajó del escenario y se marchó, abandonando el salón y dirigiéndose al muelle.

–Vaya, era auténtico –dijo Ziller–. Pensaba que solo se trataba de una imagen. –Miró a Tersono, que se permitió un débil resplandor de modestia aguamarina.

El techo empezó a desenrollarse, sacudiendo suavemente la cubierta bajo los tres pies de Kabe, como si los motores de la antigua barcaza se hubieran despertado de nuevo. Las luces alumbraban más bien poco; el resplandor de la nueva estrella seguía filtrándose entre las juntas del tejado, y luego a través del cristal cuando los segmentos se hubieron cerrado definitivamente. El salón era mucho más oscuro que antes, pero la gente veía perfectamente.

Parecen fantasmas, pensó Kabe, observando a los humanos. Muchos seguían mirando a la estrella. Otros salían a la cubierta exterior. Algunas parejas y varios grupos más numerosos se reunieron, reconfortándose unos a otros.

No pensaba que fuera a afectarlos tan profundamente, pensó el homomdano. *Creía que incluso se reirían de ello. En realidad, no los conozco. Ni siquiera después de tanto tiempo.*

–Esto es casi morboso –observó Ziller, levantándose–. Me marcho a casa. Tengo trabajo que hacer. Y no precisamente porque la noticia de esta noche haya resultado inspiradora o motivadora.

–Sí –dijo Tersono–. Perdone a un dron impaciente y grosero, pero quisiera preguntarle en qué ha estado trabajando últimamente, compositor Ziller. Hace tiempo que no edita nada, pero parece que ha estado muy ocupado.

–En realidad –repuso Ziller–, se trata de una pieza por encargo.

–¿En serio? –El aura del dron adoptó varias tonalidades, en señal de sorpresa–. ¿Para quién?

Kabe vio la mirada del chelgriano dirigirse brevemente hacia el escenario del que había descendido el avatar momentos antes.

–Todo a su debido tiempo, Tersono –contestó Ziller–. Pero es una composición importante, y aún falta un tiempo para su estreno.

–Ah. Qué misterioso.

Ziller se estiró, colocó una de sus peludas patas detrás de él y se relajó. Miró a Kabe.

–Sí, y si no me pongo enseguida a trabajar en ello, no llegaré a tiempo. –Se volvió

hacia Tersono–. ¿Me mantendrás informado sobre el maldito emisario?

–Tendrá acceso a toda la información de la que dispongamos.

–De acuerdo. Buenas noches, Tersono. –El chelgriano hizo un movimiento de cabeza a Kabe–. Embajador.

Kabe le devolvió el mismo saludo. El dron descendió. Ziller se alejó con gráciles pasos a través de la multitud.

Kabe miró a la estrella nova, con aire pensativo.

La luz de ochocientos tres años era la que brillaba con fuerza.

La luz de antiguos errores, pensó. Así era como Ziller la había denominado en la entrevista que Kabe había escuchado aquella mañana: «Esta noche bailaréis a la luz de antiguos errores». Con la salvedad de que nadie estaba bailando.

Había sido una de las últimas grandes batallas de la guerra idirana, y una de las más feroces y de las menos contenidas, ya que los idiranos lo arriesgaron todo, incluido el oprobio de los que consideraban amigos y aliados, en una serie de intentos desesperados y brutalmente destructivos de alterar el cada vez más evidente y probable resultado de la guerra. Solamente (si la palabra pudiera utilizarse en un contexto tal) seis estrellas habían sido destruidas durante los casi cincuenta años que duró la devastadora guerra. Aquella batalla por un ínfimo tallo de porción galáctica, que se prolongó algo menos de cien años, provocó entre tanto desastre la explosión de los dos soles Portisia y Junce.

Pasó a ser conocida como la batalla de las Dos Novas, pero, realmente, lo que habían sufrido los dos soles había generado algo más que una supernova en cada uno de ellos. Ninguno de los dos astros había brillado en un sistema inhóspito. Varios mundos habían muerto, biosferas enteras se habían extinguido y miles de millones de criaturas pensantes habían sufrido –aunque brevemente– y perecido en aquellas catástrofes gemelas.

Los idiranos habían cometido los actos, los bautizados como «atroces crímenes»; su monstruoso armamento, incomparable al de la Cultura, se había ensañado primero con una de las estrellas y después con la otra. Aún así, podía afirmarse que la Cultura podría haber prevenido lo que ocurrió. Los idiranos intentaron demandar la paz en varias ocasiones previas al inicio de la batalla, pero la Cultura persistió en el intento de la rendición incondicional, de forma que la guerra había proseguido y los dos astros habían muerto.

Ya hacía tiempo de aquello. La guerra había finalizado ochocientos años antes y la vida continuó. Pero la verdadera luz espacial llevaba todos aquellos siglos arrastrándose a través de la distancia intermedia, y dado su parámetro relativístico, ahora era cuando los astros debían estallar, y aquel era justo el momento de la muerte de aquellos miles de millones de seres, mientras la deslumbrante cáscara de luz invadía el sistema de Masaq.

La Mente que era el Centro del orbital de Masaq tenía sus razones para querer conmemorar la batalla de las Dos Novas, y había solicitado tolerancia por parte de sus habitantes, anunciando que, durante el intervalo que transcurriera entre la primera nova y la segunda, llevaría a cabo su propia forma de luto, aunque sin que ello afectase al cumplimiento de sus obligaciones. Había dado a entender que habría un evento conmemorativo para definir el fin de aquel periodo, aunque aún no se había revelado la forma exacta que tomaría.

Kabe sospechaba que, a aquellas alturas, ya lo sabía. Se encontró mirando involuntariamente hacia la dirección que Ziller había tomado, cuando su presencia se había esfumado momentos antes, tras preguntarle quién le había encargado cualquiera que fuese la composición en la que estaba trabajando.

Todo a su debido tiempo, pensó Kabe. Aquellas habían sido las palabras de Ziller.

Para aquella noche, el Centro solo había deseado que la gente mirase al cielo y viese la repentina y silenciosa luz, y pensase; tal vez que contemplase el acontecimiento durante un rato. Kabe tenía cierta esperanza de que los habitantes del orbital no le diesen el suficiente valor y prosiguiesen con sus ocupadas vidas individuales, pero, aparentemente, y allí por lo menos, el deseo del Centro se había cumplido.

–Todo muy lamentable –dijo el dron E. H. Tersono a Kabe, emitiendo el sonido de un suspiro. A Kabe le sonó casi sincero.

–Cuando menos, revulsivo para todos nosotros –coincidió Kabe. Sus propios ancestros habían sido mentores de los idiranos, junto a quienes lucharon en las primeras batallas de aquella antigua guerra. El homomdano sentía el peso de sus propias responsabilidades con la misma intensidad con que la Cultura sentía el suyo.

–Intentamos aprender –dijo Tersono–, pero seguimos cometiendo errores.

Kabe sabía que ahora hablaba de Chel, de los chelgrianos y de la guerra de Castas. Se volvió y miró de frente a la máquina mientras la gente seguía marchándose bajo aquella fantasmagórica y homogénea luz.

–Siempre se puede no hacer nada, Tersono –repuso–. Aunque tales trayectorias siempre conllevan sus propios lamentos.

A veces soy demasiado simplista –pensó Kabe–, *les digo con demasiada exactitud lo que quieren escuchar.*

El dron se inclinó hacia atrás, para hacer patente que estaba mirando al homomdano. Pero no medió palabra.

II

Tormenta de Nieve

El casco de los restos de la nave se inclinaba en todas direcciones, torciéndose hacia un lado, luego hacia el otro, y arqueándose hacia arriba. Había luces empotradas en el centro de lo que se había transformado en el techo, justo encima del peculiar suelo vidriado; los reflejos centelleaban desde la cristalina y arremolinada superficie distorsionada, y desde los muñones de equipamiento inidentificable que sobresalían por encima.

Quilan intentó encontrar un lugar donde mantenerse en pie, donde le pareciera que distinguiría sobre qué se mantenía en pie y, a continuación, desconectó el campo antigravitatorio de su traje y posó los pies sobre la superficie. Resultaba difícil de determinar por culpa de las botas, pero parecía que el tacto del suelo era lo que aparentaba ser: cristal. La rotación del armazón había producido lo que parecía un cuarto de gravedad. Quilan palpó las cintas de sujeción de su abultada mochila.

Miró a su alrededor y levantó la vista. La superficie interior del armazón parecía muy deteriorada. Había varias hendiduras y una serie de orificios dispersos, algunos circulares y otros elípticos, pero todos bastante simétricos y pulidos, como parte del diseño; ninguno atravesaba por completo el material y ninguno era desigual. La única abertura que conducía al exterior estaba justo en el morro de la nave, a setenta metros de su posición, aproximadamente en el centro de la masa de suelo en forma de cuchara. El armazón había sido perforado semanas antes para facilitar el acceso una vez que el casco se había situado y asegurado. De esa forma fue como consiguió entrar.

Quilan vio varias secciones desteñidas en la superficie del armazón que no tenían buen aspecto, así como varios tubos y cables colgando, cerca que las luces recién emplazadas. Una parte de él se preguntó para qué se habrían molestado con aquello.

El interior de la nave había sido evacuado, abierto al espacio; nadie habría llegado hasta allí sin un traje completo, con su concomitante equipamiento sensorial que hacía que las lámparas resultasen totalmente innecesarias. Quilan miró al suelo. Tal vez los técnicos eran supersticiosos, o simplemente, sensibles. La iluminación convertía a aquel lugar en algo menos intimidatorio, menos hechizado.

Podía entender que deambular por allí con la única compañía de las radiaciones ambientales, que afectaban a los sentidos magnificados, podía provocar terror a cualquiera que tuviese una naturaleza sensible. Habían encontrado la mayor parte de lo que esperaban hallar, suficiente como para salvar a dos mil almas más. Pero, claramente, no era lo bastante como para satisfacer sus propias esperanzas. Echó otro vistazo. Parecía que habían retirado todo el equipamiento sensorial y de monitorización que habían empleado para inspeccionar los restos de la nave privada *Tormenta de nieve.*

A través de sus botas, Quilan sintió una sacudida. Miró hacia un lado, justo en el momento en que la proa de la nave se recolocaba en su lugar. Encerrado en aquel buque de la muerte. Por fin.

~ *Aislamiento establecido, dice* –dijo una voz en su cabeza. La máquina de su mochila produjo una leve vibración.

~ *Dice que la proximidad de los sistemas del traje interfiere con sus instrumentos. Tendrás que desconectar tu comunicador. Ahora dice: por favor, retire la mochila de su espalda.*

~ ¿Podremos seguir hablando?

~ *Tú y yo podremos seguir hablando entre nosotros, y la nave podrá seguir hablando conmigo.*

~ De acuerdo –respondió Quilan, descolgándose la mochila–. ¿Las luces están bien?

~ *Son solo luces, nada más.*

~ ¿Dónde puedo poner...? –empezó a decir, pero la mochila empezó a tornarse ligera en sus manos y a apartarse de él.

~ *Quiere saber si tiene su propia fuerza motriz* –le informó la voz de su cabeza.

~ Por supuesto que sí. Dile que vaya rápido, ¿de acuerdo? Dile que tenemos presión temporal porque hay un buque de guerra de la Cultura que se dirige hacia nuestra posición, para...

~ *¿Crees que eso supondrá alguna diferencia, comandante?*

~ No lo sé. Dile también que tenga precaución.

~ *Quilan, creo que se limitará a hacerlo que deba hacer, pero si realmente quieres que...*

~ No. No; lo siento. No lo hagas.

~ *Sé que esto es muy duro para ti, Quil. Te dejaré a solas un rato, ¿de acuerdo?*

~ Bien. Gracias.

La voz de Huyler se desconectó. Daba la impresión que un mínimo zumbido en la frontera del oído hubiera desaparecido de pronto.

Quilan miró al dron militar durante un momento. La máquina era de color gris argentado y de aspecto bastante anodino, como la mochila de un traje espacial antiguo. Flotaba en silencio, aproximadamente a un metro del suelo, en dirección al extremo más cercano de la nave para iniciar el patrón de búsqueda.

Quilan pensó que sería pedir demasiado. Las posibilidades eran demasiado remotas. Ya era un pequeño milagro el haber descubierto algo en aquel desalentador entorno y el poder rescatar a aquellas almas de semejante destrucción una segunda vez. Pedir más... probablemente no tenía sentido, pero era natural.

¿Qué criatura inteligente dotada de juicio y sentimiento iba a actuar de otro modo? Siempre se quiere más. Siempre se dan por sentado los éxitos pasados y se asume que marcan el camino hacia futuros triunfos. Pero el universo no tiene en cuenta los intereses de las distintas civilizaciones, y pretender que así sea sería cometer el más calamitoso y craso de todos los errores.

Tener la esperanza que albergaba Quilan, una esperanza contra toda probabilidad y estadística, y en aquel contexto, también contra el propio universo, era algo lógico, pero también vano. El animal que había en él ansiaba algo que su cerebro superior sabía que no ocurriría. Y aquel era el punto central en el que se encontraba, el frente en el que sufría: la lucha de las simplicidades químicas del cerebro inferior, con su deseo en contra de la fulminante realidad, refugiada en la conciencia. Ninguno de los dos bandos podía rendirse ni ganar terreno. El fragor de la batalla le ardía en la mente.

Se preguntó si, pese a lo que habían dicho, Huyler podía escuchar algún indicio de todo aquello.

~ Todas las pruebas confirman que la interfaz se ha recuperado completamente. Se han completado todas las comprobaciones de errores. Ahora está lista para la interacción y la descarga –anunció la hermana técnica. Parecía que pretendía sonar más a máquina que las propias máquinas.

Quilan abrió los ojos y parpadeó. Miró hacia la luz durante un segundo. Los auriculares que llevaba solo eran visibles desde el rabillo de los ojos. La butaca reclinada sobre la que descansaba era firme, pero confortable. Se encontraba en las instalaciones médicas de la nave templo *Piedad*, de las Hermanas Mendicantes. A través de los relucientes e impecables estantes de productos y equipamientos médicos, cerca de un lado de algo sucio y abollado del tamaño de una cabina de refrigeración doméstica, la hermana técnica que le hablaba era una jovencita de expresión grave en el rostro, cubierta de pelo marrón oscuro y con la cabeza

parcialmente afeitada.

~ Voy a descargarlo ahora mismo –continuó–. ¿Quiere interactuar inmediatamente?

~ Sí, quiero.

~ Un momento, por favor.

~ Espere. ¿Qué es lo que va a... experimentar?

~ Conciencia. Visión, alimentada a través de su cámara. –La hermana palpó una minúscula vara que sobresalía de sus auriculares–. Oído, en forma de la voz que usted emite. ¿Continúo?

~ Sí.

Se oyó la mínima expresión de un siseo, y luego una profunda voz masculina que dijo, en tono adormilado:

~ *... siete, ocho... nueve... ¿Hola? ¿Qué? ¿Qué sitio es este? ¿Qué es esto? ¿Dónde...? ¿Qué ha pasado?*

Era una voz que pasó de una farfullada somnolencia a una atemorizada confusión, y, a continuación, a un determinado grado de control, en tan solo unas cuantas palabras. Sonaba más joven de lo que Quilan esperaba. Imaginó que tampoco era necesario que sonase mayor.

~ Sholan Hadesh Huyler –respondió pausadamente–. Bienvenido de nuevo.

~ *¿Quién es? No puedo moverme.* –Aún quedaba un rastro de incertidumbre y ansiedad en la voz–. *Esto no es... el más allá, ¿verdad?*

~ Mi nombre es comandante Quilan IV de Itirewein Llamado-a-Armas-de-Entregados. Siento que no pueda moverse, pero no se preocupe. Su interfaz de personalidad todavía se encuentra en el sustrato original en el que fue almacenado, en el Instituto de Tecnología Militar de Cravynir, en Aorme. En estos momentos, está en un sustrato de a bordo de la nave templo *Piedad,* que órbita en torno a una luna del planeta Reshref Cuatro, en la constelación del Arco, junto con los restos del transbordador estelar *Tormenta de nieve.*

~ *Aja. Bien. Y dice que es usted comandante. Yo era almirante general. Lo supero en jerarquía.*

Ahora la voz se controlaba a la perfección. Mantenía el tono profundo, pero era tajante. La voz de alguien acostumbrado a dar órdenes.

~ Su rango era superior al mío al morir, sin duda, señor.

La hermana técnica ajustó algo en la consola que tenía delante.

~ *¿De quién son esas manos? Parecen femeninas.*

~ Pertenecen a la hermana técnica que cuida de nosotros. La perspectiva de usted nace de unos auriculares que lleva puestos.

~ *¿Puede oírme?*

~ No.

~ *Pídale que se los quite y me muestre su aspecto.*

~ ¿Está...?

~ Por favor, comandante.

Quilan se oyó suspirar. Pidió a la hermana técnica lo que Huyler le había solicitado. Ella lo hizo, pero con expresión de preocupación.

~ *Tiene un aspecto agrio, francamente. Podía no haberme empeñado en verla, la verdad. Bien, entonces, ¿qué ha ocurrido, comandante? ¿Qué estoy haciendo aquí?*

~ Han sucedido muchas cosas. Tendrá un informe histórico completo a su debido tiempo.

~ *¿Fecha?*

~ Nueve de primavera de 3455.

~ *¿Sólo han pasado ochenta y seis años? Pues me esperaba más. Dígame, ¿por qué me han resucitado?*

~ Francamente, no lo tengo muy claro.

~ *Entonces, francamente, creo que debería ponerme en contacto rápidamente con alguien que realmente lo sepa.*

~ Ha habido una guerra, señor.

~ *¿Una guerra? ¿Contra quién?*

~ Contra nosotros mismos. Una guerra civil.

~ *¿Relacionada con las castas?*

~ Sí, señor.

~ *Supongo que era de esperar. Entonces, ¿he sido reclutado? ¿Los muertos se utilizan como reservas?*

~ No, señor. La guerra ha terminado. Actualmente, estamos viviendo un periodo de paz, pero habrá cambios. Hubo una tentativa de rescatarlo a usted y a las otras personalidades almacenadas en el sustrato del Instituto Militar durante la guerra, en el que yo también participé, pero que solo tuvo éxito de forma parcial. De hecho, hasta hace unos días, pensábamos que había sido un fracaso absoluto.

~ *Entonces, ¿me han devuelto a la vida para apreciarlas glorias manifiestas del nuevo orden? ¿Para reeducarme? ¿Para reparar incorrecciones pasadas? ¿O qué?*

~ Nuestros superiores creen que puede ayudar en una misión a la que ambos nos enfrentamos.

~ *¿Ambos? Aja. Exactamente, ¿de qué misión se trata, comandante?*

~ Por el momento, no puedo avanzar nada, señor.

~ *Parece preocupantemente ignorante para ser el que maneja los hilos aquí.*

~ Lo siento. Creo que mi actual falta de conocimiento podría deberse a un procedimiento de seguridad. Pero me parece que su experiencia y habilidad con respecto a la Cultura podrían resultar de gran ayuda.

~ *Mis ideas sobre la Cultura eran políticamente impopulares incluso cuando*

estaba vivo. Precisamente, esa fue una de las razones por las que me ofrecieron almacenarme en Aorme en lugar de morir e ir al cielo, o darme cabezazos contra alguna pared de la sede de las Fuerzas Combinadas de Inteligencia. ¿Me está diciendo que los jefazos han cambiado de idea respecto a mí?

~ Es posible. Quizá sus conocimientos sobre la Cultura han demostrado ser de utilidad.

~ *¿Incluso pese a tener ocho décadas y media de antigüedad?*

Quilan hizo una breve pausa, tras la que expresó algo que llevaba preparando varios días, desde que habían redescubierto el sustrato.

~ Ha costado mucho esfuerzo y dedicación recuperarlo a usted y prepararme a mí para mi misión. Espero que todo ese trabajo no haya sido en vano o vaya a desperdiciarse.

Huyler guardó silencio durante un momento.

~ *En esa máquina del Instituto, había otros quinientos a mi lado. ¿Ellos también han vuelto?*

~ La cifra final de almacenados rondaba el millar, pero sí, todos parecen haber cruzado, aunque usted es el único que ha sido revivido hasta el momento.

~ *Bien, soldado. Entonces podría empezar contándome qué es lo que sabe sobre esta misión.*

~ Solo conozco lo que podría definirse como la historia «tapadera», señor. Me han inducido a olvidar el auténtico objetivo de la misión por ahora.

~ *¿Cómo?*

~ Es una medida de seguridad. Le contarán todos los detalles de la misión y usted no los olvidará. Y yo debería ir recordando gradualmente cuál es mi cometido, pero en caso de que algo fallase, usted sería la reserva, la copia de seguridad.

~ *¿Temen que alguien pueda leer su mente, comandante?*

~ Supongo que sí.

~ *Aunque, por supuesto, la Cultura no hace esas cosas.*

~ Eso nos han dicho.

~ *Precaución absoluta, ¿no? Debe de tratarse de una misión importante. Aunque, si puede recordar que tiene una misión secreta...*

~ Me han informado formalmente de que también olvidaré eso en un día o dos.

~ *Bueno, suena muy interesante. ¿Cuál será la historia tapadera, entonces?*

~ Yo acudiré a una misión cultural diplomática en uno de los mundos de la Cultura.

~ *¿Una misión cultural Cultural?*

~ En cierto sentido, sí.

~ *Era broma, hijo. Relaje un poco ese congelado esfínter, ¿quiere?*

~ Lo siento, señor. Necesito su aprobación para emprender la misión y para

transferirlo a otro sustrato de mi interior. Es un proceso que puede llevar cierto tiempo.

~ *¿A otra máquina que está dentro de usted, dice?*

~ Sí, señor. Hay un dispositivo dentro de mi cráneo, diseñado para aparentar ser un Guardián de Almas corriente, pero que puede almacenar su personalidad.

~ *Pues no tiene usted la cabeza tan grande, comandante.*

~ El dispositivo no mide más de un dedo, señor.

~ *¿Se puede hacer algo tan inteligente y tan pequeño?*

~ Sí, señor, se puede. Pero, probablemente, no es el momento de entrar en detalles técnicos.

~ *Le ruego me disculpe, comandante, pero, para un soldado de la vieja escuela, la guerra en general y las misiones en particular se basan casi en su totalidad en los detalles técnicos. Además, me está presionando, hijo. Usted tiene la sartén por el mango. Yo tengo ochenta y seis años que recuperar, y ni siquiera sé si me está diciendo la verdad. Todo lo que me cuenta suena muy, pero que muy sospechoso. Y eso de ser transferido dentro de usted... ¿me está diciendo que ni siquiera voy a tener mi propio cuerpo?*

~ Siento que no haya habido más tiempo para informarle, señor. Pensábamos que lo habíamos perdido. Dos veces, en cierto modo. Cuando descubrimos que su sustrato había sobrevivido, ya me habían encomendado mi misión. Y sí, su consciencia será completamente transferida al sustrato del interior de mi cuerpo. Usted tendrá acceso a todos mis sentidos y podremos comunicarnos, aunque usted no podrá controlar mis movimientos a menos que yo quede profundamente inconsciente o sufra una muerte cerebral. El único detalle técnico que conozco es que el dispositivo es una matriz de nanoespuma cristalina que está enlazada con mi cerebro.

~ *Entonces, ¿solo me necesitan para acompañarlo? ¿Qué mierda de perfil de misión es ese? ¿Para quién trabaja, comandante?*

~ Será una experiencia nueva para ambos, señor. Para mí, todo un privilegio. Creen que su presencia y sus consejos aumentarán las posibilidades de éxito de la misión. En cuanto a su última pregunta, he sido entrenado e informado por un equipo dirigido por estodien Visquile.

~ *¿Visquile? ¿Ese viejo horror todavía vive? Lo llevo claro.*

~ Le manda saludos, señor. Tengo una comunicación personal y privada suya dirigida a usted.

~ *Usted dirá, comandante.*

~ Señor, se nos ocurrió que desearía algo más de tiempo para...

~ *Comandante Quilan, me da la impresión de que me están arrastrando a algo bastante sospechoso. Seré sincero con usted, joven; no es probable que acepte tomar parte en su misión desconocida, incluso tras escuchar el mensaje de Visquile, pero*

tenga claro que no lo haré ni por casualidad si no oigo cualquier gilipollez que ese tipejo quiera decirme. ¿Me he explicado con claridad?

~ Con una claridad extrema, señor. Hermana técnica, ¿podría hacer el favor de reproducir el mensaje de estodien Visquile a Hadesh Huyler?

~ En proceso –respondió ella.

Quilan se quedó a solas con sus pensamientos. Se percató de lo tensa que había sido la comunicación con el fantasma de Hadesh Huyler, y relajó deliberadamente su cuerpo, destensó los músculos y estiró la espalda. De nuevo, su mirada se posó sobre las relucientes superficies de las instalaciones médicas, pero lo que estaba viendo era el interior del casco de la nave *Tormenta de nieve.*

Ya había estado a bordo una vez, mientras aún intentaban localizar y extraer el alma de Huyler de entre las otras mil almacenadas dentro del sustrato recuperado, que habían situado en los restos de la nave con un dron militar especialmente adaptado. Le habían prometido que, posteriormente, si había tiempo, le permitirían regresar allí junto con aquel dron para intentar rastrear otras almas que las búsquedas originales hubieran podido pasar por alto.

Pero el tiempo se estaba agotando. Le había llevado tiempo obtener el permiso para lo que quería hacer, y a los técnicos militares les estaba llevando tiempo la realización de los ajustes de la máquina. Mientras tanto, les habían comunicado que el buque de guerra de la Cultura estaba de camino, a tan solo unos días de allí. En aquellos momentos, los técnicos se mostraban pesimistas ante la perspectiva de poder terminar el dron a tiempo.

La imagen del malogrado casco de la nave parecía haber quedado incrustada en su cerebro.

~ *¿Comandante Quilan?*

~ ¿Señor?

~ *Solicitamos permiso para la introducción.*

~ Concedido, señor. ¿Hermana técnica? Transfiera a Hadesh Huyler al sustrato del interior de mi cuerpo.

~ Ahora mismo –contestó ella–. En proceso.

Quilan se había preguntado varias veces si sentiría algo. Y así fue: un cosquilleo, y luego una sensación de calor en la nuca. La hermana técnica le mantuvo informado durante todo el proceso; la transferencia marchaba bien y tardaba unos dos minutos. La comprobación de que todo estaba en orden llevó el doble de tiempo.

Qué extraños destinos sueñan nuestras tecnologías para nosotros –pensó mientras estaba allí tumbado–. *Aquí estoy yo, un macho embarazado del fantasma de un viejo soldado muerto, para viajar juntos más allá de los límites de una luz más antigua que nuestra civilización, y desempeñar una tarea para la que llevo formándome durante casi un año y sobre la que, actualmente, apenas tengo*

conocimiento.

Su nuca se estaba enfriando. Pensó que la temperatura de su cabeza había aumentado ligeramente con respecto a hacía unos minutos. Tal vez fueran imaginaciones suyas.

Pierdes a tu amor, tu corazón, tu verdadera alma –pensó– *y ganas... «un destructor terrestre»* –la escuchó decir, con falsedad, con alegría, dentro de su mente, mientras el cielo empapado por la lluvia centelleaba sobre ella y el gran peso lo inmovilizaba del todo. Ciertos recuerdos de aquel dolor y desesperación le llenaron los ojos de lágrimas.

~ Proceso completado.

~ *Probando, probando* –dijo la voz seca y lacónica de Hadesh Huyler.

~ Hola, señor.

~ *¿Está bien, hijo?*

~ Sí, señor.

~ *¿Le ha dolido, comandante? Parece algo... molesto.*

~ No, señor. Es solo un antiguo recuerdo. ¿Cómo se siente?

~ *Bastante raro, la verdad. Me atrevería a decir que me acostumbraré. Parece que todo se está poniendo en su sitio. Mierda, esa técnica no tiene mejor aspecto a través de unos ojos que el que tenía a través de una cámara.*

Por supuesto, Huyler podía ver lo que veía Quilan. Antes de que este pudiera responder, Huyler añadió:

~ *¿Seguro que está bien?*

~ Afirmativo, señor. De verdad.

Quilan permaneció de pie en el interior del casco de la nave *Tormenta de nieve.* El dron militar rastreaba de un lado al otro, casi tocando el suelo llano, siguiendo un patrón de rejilla. Pasó sobre el hoyo por donde habían arrancado el sustrato de Aorme.

A lo largo de los dos días que habían transcurrido desde el hallazgo del sustrato, Quilan había convencido a los técnicos de que merecía la pena recalibrar al dron para que buscase sustratos de menor tamaño del de Huyler, sustratos de la talla de un Guardián de Almas, en realidad. Ya habían llevado a término un rastreo estándar, pero era necesario intentar echar un vistazo más minucioso. Las Hermanas Mendicantes de la nave templo lo habían ayudado a convencerlos: cualquier oportunidad de rescatar un alma debía aprovecharse en todo su potencial.

No obstante, cuando el dron ya estuvo preparado, la nave de la Cultura que debía transportarlo en la primera etapa de su viaje ya estaba empezando a aminorar la marcha. El dron militar tendría tiempo para un solo rastreo. Nada más que uno.

Quilan lo observó detenidamente, siguiendo la cuadrícula invisible sobre el suelo

llano. Miró a través del agujereado casco de la nave.

Intentó recrear en su mente el interior del buque, cómo era cuando estaba intacto, y se preguntó en qué zona había estado ella, por dónde se había movido y dónde había apoyado la cabeza para dormir en la falsa noche de la nave.

Las unidades principales de control podían haber estado allí arriba, ocupando la mitad del espacio del buque, el hangar para las naves pequeñas en popa, las cubiertas a un lado y al otro, las cabinas individuales aquí o allá...

Quilan pensó que tal vez todavía existía una posibilidad, quizá los técnicos se habían equivocado y todavía quedaba algo por encontrar. El casco de la nave solo se mantenía gracias a alguna forma de energía. Todavía no comprendían todo respecto a aquellos inmensos buques. Tal vez en algún lugar, entre todos aquellos restos...

La máquina flotó hacia él, con el reflejo de las parpadeantes luces del techo sobre su caparazón. Quilan la miró.

~ *Siento interrumpir, Quil, pero quiere que te apartes de en medio.*

~ Por supuesto. Lo siento. –Quilan se retiró a un lado, con un nivel decente de agilidad, esperaba. Llevaba tiempo sin ponerse un traje.

~ *Te dejaré solo de nuevo.*

~ No, no hace falta. Hable, si quiere hablar.

~ *De acuerdo. Me estaba preguntando...*

~ ¿El qué?

~ *Llevamos mucho tiempo haciendo trabajos técnicos y de calibración, pero no hemos tocado ninguna de las suposiciones básicas que se han creado aquí, como, por ejemplo, ¿es realmente cierto que podemos oírnos cuando hablamos así, pero no cuando pensamos? La distinción me parece demasiado sutil.*

~ Bueno, eso es lo que nos han dicho. ¿Por qué lo pregunta? ¿Ha sentido alguna especie de...?

~ *No. Es solo que, cuando miras algo a través de los ojos de otra persona y piensas algo, al rato empiezas a preguntarte si lo que has pensado es real o se trata de alguna especie de telepatía de lo que piensa el otro.*

~ Creo que entiendo a lo que se refiere.

~ *Entonces, ¿podemos comprobarlo?*

~ Supongo que sí, señor.

~ *De acuerdo. A ver si capta lo que estoy pensando.*

~ Señor, no creo... –Pensó, pero se hizo un silencio, como si sus propios pensamientos se hubieran cortado. Esperó unos segundos más. Y luego otros tantos. El dron continuaba con su patrón de búsqueda, cada vez alejándose más de él.

~ *¿Y bien? ¿Ha captado algo?*

~ No, señor. Escuche, yo...

~ *No sabe lo que se ha perdido, comandante. Bien, su turno. Adelante, piense en*

algo. Cualquier cosa.

Quilan suspiró. La nave enemiga... no, mejor no pensar en ellos de ese modo... El buque podía estar al caer. Sintió que lo que Huyler y él estaban haciendo en aquellos momentos era una completa pérdida de tiempo, pero, por otro lado, no podían hacer nada para que el dron desempeñase su tarea con mayor rapidez, de forma que tampoco estaban desperdiciando nada. En realidad, qué más daba.

Le pareció un intervalo extraño, el hecho de encontrarse en aquel mausoleo hermético, de pie en medio de aquella desolación, con otra mente dentro de la suya, intercambiando ausencias frente a una misión sobre la que apenas sabía nada.

Y también pensó en la larga avenida de la antigua Briri, en otoño, cuando ella caminaba sobre las alfombras ámbar de hojas secas, desatando explosiones doradas de hojas en el aire. Pensó en la ceremonia de su boda, en los jardines de la finca de su padre, en el reflejo del puente ovalado sobre el lago. Mientras pronunciaban los votos, una ráfaga de viento procedente de las colinas había enturbiado y borrado aquella imagen, mientras se llevaba algunos sombreros y hacía volar la sotana del sacerdote. Pero la misma brisa fuerte, con aroma a primavera, había acariciado las copas de los árboles y esparcido una nube de flores blancas que cayó en torno a ellos como si fuera nieve.

Varios de los pétalos seguían reposando sobre su pelo y sus pestañas al final del oficio, cuando él se volvió hacia ella, retiró su cinturón ceremonial y el de su esposa, y la besó. Sus amigos y familiares prorrumpieron en vítores; lanzaron sombreros al aire, algunos de los cuales fueron atrapados por una nueva racha de viento y terminaron posándose en el lago y navegando a través de las pequeñas olas, como una exquisita flotilla de navíos de vivos colores.

Pensó de nuevo en su rostro, en su voz, en aquellos últimos momentos. *Vive por mí,* le había pedido y hecho prometer. ¿Cómo iban a saber que sería una promesa que ella nunca podría mantener y que él viviría para seguir recordando?

La voz de Huyler lo interrumpió.

~*¿Ha pensado en algo, comandante?*

~ Sí, señor. ¿Ha captado algo?

~ No. *Solo aspectos fisiológicos. Parece que seguimos teniendo cierto grado de privacidad. Ah; la máquina dice que ya ha terminado.*

Quilan miró al dron, que había llegado al otro extremo del suelo de la nave.

~ ¿Qué es lo que...? Huyler, ¿puedo hablar directamente con esa cosa?

~ *Creo que puedo arreglarlo, ahora que ha terminado. Pero yo podré oír de todas formas.*

~ No me importa. Yo sólo...

~ *Aquí. Prueba.*

~ ¿Máquina? ¿Dron?

~ *Sí, comandante Quilan.*

~ ¿Hay otras personalidades aquí, en algún lugar del casco de la nave?

~ No. Solo la que me encargaron rescatar antes, que ahora comparte coordenadas con usted, la del almirante general Huyler.

~ ¿Seguro? –preguntó Quilan, intentando disimular cualquier atisbo de esperanza y desesperación que pudiera teñir sus palabras.

–Sí.

~ ¿Y en el material del propio casco?

~ Eso no es relevante.

~ ¿Lo has escaneado?

~ No puedo. No está abierto a mis sensores.

La máquina era meramente inteligente, pero no sensible. Con toda probabilidad, no habría podido reconocer las emociones latentes tras las palabras de Quilan, aunque estas se hubieran hecho notar.

~ ¿Estás absolutamente seguro? ¿Lo has escaneado todo?

~ Estoy seguro, sí. Las únicas tres personalidades presentes en el casco de la nave, en cualquier forma apreciable para mis sentidos, son usted, la personalidad a través de la cual me comunico con usted, y la mía propia.

Quilan miró hacia el suelo que yacía bajo sus pies. Estaba claro que no había esperanza.

~ De acuerdo –dijo–. Gracias.

~ No hay de qué.

Al final, se había marchado definitivamente y para siempre. Había desaparecido de una forma nueva, sin lo reconfortante de la ignorancia, y sin apelación. Antes, creíamos que el alma podía salvarse. Ahora, nuestra tecnología, nuestra comprensión ampliada del universo y nuestra vanguardia en el más allá nos han robado nuestras irreales esperanzas y las han remplazado con sus propias normas y leyes, con su propia álgebra de salvación y continuidad. Nos han proporcionado un ápice de cielo, y han intensificado la realidad de nuestra desesperación cuando sabemos que existe realmente y que no encontraremos allí a aquellos a quienes amamos.

Quilan encendió su comunicador. Había un mensaje. «Están aquí», rezaban las letras en la pequeña pantalla del traje. Era de hacía once minutos. Había transcurrido más tiempo del que había calculado.

~ *Parece que ha llegado nuestro transporte.*

~ Sí. Les haré saber que estamos listos.

~ *De acuerdo, comandante.*

–Aquí el comandante Quilan –transmitió–. Comprendo que nuestros invitados han llegado.

–Comandante. –Era la voz del coronel Ustremi, dirigente principal de la misión–.

¿Todo bien?

–Todo bien, señor. –Quilan miró a través del suelo vidriado y echó un rápido vistazo a su alrededor–. Todo bien.

–¿Encontraste lo que estabas buscando, Quil?

–No, señor.

–Lo siento, Quil.

–Gracias, señor. Podemos abrir de nuevo la escotilla. La máquina ya ha terminado su trabajo. A ver si los técnicos pueden encontrar algo excavando.

–De acuerdo. Procedemos a la apertura. Uno de nuestros invitados quiere entrar a saludar.

–¿Aquí? –preguntó Quilan, observando cómo se desplazaba el minúsculo cono en la proa de la nave.

–Sí. ¿Hay algún problema?

–No, supongo que no. –Quil miró de nuevo al dron, que flotaba en el aire, en el punto en el que había concluido su búsqueda–. Dígale a su máquina que se desconecte primero, ¿de acuerdo?

–Dron.

El dron militar se posó sobre el suelo.

–De acuerdo. Ya pueden entrar.

La silueta apareció entre la oscuridad de la escotilla abierta. Parecía humana, pero podía no serlo; un hombre no habría sobrevivido mejor que él en aquel desastre sin un traje adecuado.

Quilan subió el aumento del visor, enfocando a la criatura mientras esta empezaba a descender la rampa hacia el interior del casco de la nave. El bípedo parecía tener la piel negra como la tinta, y vestía de color gris plateado. Tenía aspecto de estar muy delgado, pero entonces, todos lo estaban. Sus pies tocaron la superficie plana que Quilan pisaba y empezaron a acercarse a él. Balanceaba los brazos al caminar.

~ *Parecerían presas si tuvieran más carne.*

Quilan no respondió. La ventana ampliada de su visor mantuvo a la criatura con el mismo aumento hasta que la diferencia entre dicha ventana y el resto de la vista desapareció. Su rostro era estrecho y afilado, con una nariz delgada y puntiaguda, y los ojos pequeños y de un color azul intenso, rodeados de blanco, que destacaban en aquella cara oscura como la noche.

~ *Mierda. Así, de cerca, ya no parece tan apetitoso.*

–¿Comandante Quilan? –dijo la criatura. La piel que rodeaba sus ojos se movió al pronunciar aquellas palabras, pero su boca permaneció estática.

–Sí –respondió.

–Encantado de verlo. Soy el avatar de la Unidad de Ofensiva Rápida *Valor de*

incordio. Es un placer conocerlo. He venido para llevarlo en la primera etapa de su viaje al orbital de Masaq.

–Muy bien.

~ Sugerencia rápida: pregúntele cómo debe dirigirse a él.

–¿Tiene algún nombre, o algún rango? ¿Cómo debo llamarlo?

–Yo soy la nave –respondió la criatura, levantando y dejando caer sus escuálidos hombros–. Llámeme Incordio, si quiere. O Avatar. O, simplemente, Nave. –Su boca se torció levemente a los lados.

~ O abominación, ya puestos.

–Muy bien, Nave.

–De acuerdo. –Levantó las manos–. Solo quería saludarle personalmente. Estaremos esperando. Háganoslo saber cuando esté listo para marchar. –Sus ojos recorrieron el lugar–. Dijeron que no había problema con que viniese aquí. Espero no haber interrumpido nada.

–Ya había terminado. Estaba buscando algo, pero no lo he encontrado.

–Lo siento.

~ Más te vale, puto espárrago.

–Gracias. ¿Nos vamos?

Quilan emprendió el camino hacia el círculo nocturno que se abría en la proa de la nave. El avatar caminó junto a él, y miró al suelo durante un segundo.

–¿Qué es lo que le ha ocurrido a este buque?

–No lo sabemos con exactitud –repuso Quilan–. Perdió una batalla. Algo lo atacó y lo destrozó. El casco perduró, pero todo lo que había en el interior quedó destruido.

–Estado de fusión compactada –asintió el avatar–. ¿Y la tripulación?

–Estamos caminando sobre ella.

–Lo siento. –Inmediatamente, la criatura se elevó a medio metro del suelo. Dejó de efectuar el movimiento de caminar y adoptó una posición sentada. Cruzó brazos y piernas–. Esto sucedió en la guerra, imagino.

Llegaron a la rampa y empezaron a subir. Quilan siguió caminando y se volvió un momento hacia la criatura.

–Efectivamente, Nave –le dijo–. Sucedió durante vuestra guerra.

III

Infraurora

-Pero podrías morir.

–Ahí está el tema.

–Ya veo.

–No, me parece que no, ¿no crees?

–No.

La mujer se echó a reír y continuó ajustando el arnés de vuelo. En torno a ellos, el paisaje era del color de la sangre seca.

Kabe estaba de pie sobre una maltrecha pero elegante plataforma de madera y piedra, suspendida en el borde de un gran barranco. Estaba hablando con Feli Vitrouv, una mujer de salvajes cabellos negros y piel oscura, con una musculatura bien desarrollada. Llevaba un traje azul ajustado con una pequeña riñonera, y se encontraba en pleno proceso de atarse un arnés alado, un complicado dispositivo lleno de listones de aletas comprimidas que cubrían la mayor parte de las superficies posteriores, desde los tobillos hasta la nuca, y que se extendían a lo largo de los brazos. Había unas sesenta personas más distribuidas sobre la plataforma, la mitad de ellas también ataviadas con los arneses. A su alrededor, un gran bosque de árboles dirigibles.

La aurora acababa de empezar a romper en dirección contraria al giro galáctico, lanzando rayos inclinados a través del nuboso cielo índigo. Las luces de las estrellas más débiles ya se habían visto sumergidas hacía rato en la luminosa bóveda celeste; solo unas pocas seguían resplandeciendo. Los únicos objetos visibles en el cielo eran Dorteseli, uno de los dos grandes planetas gaseosos del sistema, rodeado por un anillo, y la temblorosa nova de Portisia.

Kabe miró la plataforma. La luz solar era tan roja que casi parecía marrón.

Brillaba desde las lejanísimas atmósferas que cubrían el orbital, por encima del acantilado sobre el que se hallaban y a través del oscuro valle, con sus pálidas islas de niebla, y se sumergía hacia el frente sobre las colinas bajas y las distantes llanuras del lado más alejado. Los gritos de los animales nocturnos del bosque se habían esfumado lentamente a lo largo de los últimos veinte minutos, y la llamada de los pájaros empezaba a llenar el aire helado del amanecer entre las ramas.

Los árboles dirigibles eran bóvedas oscuras esparcidas entre los árboles mayores que nacían del suelo. A Kabe le parecían amenazadores, especialmente bajo aquella rubicunda luz. Las gigantescas bolsas de gas se cernían sobre ellos, se arrugaban y se desinflaban, pero no dejaban de ser impresionantemente imponentes, sobre la henchida masa del depósito, con las estranguladoras raíces enrolladas en el suelo en torno a ellos, como tentáculos gigantes, marcando su territorio y manteniendo a raya a los árboles convencionales. Una brisa agitaba suavemente las ramas de estos últimos, cuyas hojas emitían un agradable susurro. Al principio, los dirigibles no parecieron afectados por el viento, pero luego empezaron a moverse lentamente entre crujidos y crepitaciones, aumentando así el efecto de monstruosidad del ambiente.

Los rayos solares carmesí ya comenzaban a posarse sobre las copas de los árboles dirigibles más lejanos, a cientos de metros del lado menos profundo del precipicio; un grupo de voladores ya había desaparecido y aterrizado en zonas apenas discernibles del bosque. Al otro lado de la plataforma, el paisaje se dividía entre barrancos, pedregales y árboles, que se fundían en las sombras del gran valle donde los serpenteantes giros y codos del río Tulume aparecían difuminados a través de los bancos de niebla.

–Kabe.

–Ah, Ziller.

Ziller llevaba un traje oscuro y ajustado, que solo dejaba al descubierto su cabeza, sus manos y sus pies. La zona donde el material de su vestimenta cubría su extremidad media estaba acolchada con un refuerzo de piel. En realidad, fue el chelgriano quien quiso salir a ver a los voladores. Kabe ya conocía aquel deporte desde hacía varios años, poco después de su llegada a Masaq. Su primer contacto, por aquel entonces, tuvo lugar en una gran barcaza articulada que descendía por el río Tulume hacia los lagos Enlazados, el Gran Río y la ciudad de Aquime. Desde cubierta, observó los lejanos puntos que formaban los voladores en el cielo.

Aquel era el primer encuentro entre Kabe y Ziller desde la reunión en la barcaza *Soliton*, cinco días antes. Kabe había terminado y presentado varios artículos y proyectos en los que había estado trabajando, y acababa de empezar a estudiar el material sobre Chel y los chelgrianos que el dron de Contacto E. H. Tersono le había enviado. Esperaba que Ziller no intentase contactar con él, con lo que se sorprendió al recibir un mensaje de este, convocándole en la plataforma de los voladores al

amanecer.

–Ah, compositor Ziller –dijo Feli Vitrouv mientras el chelgriano se acercó trotando y se acomodó entre ella y Kabe. La mujer levantó rápidamente un brazo. Un ala membranosa se desplegó unos metros; era traslúcida con un leve matiz de azul grisáceo. Enseguida, se volvió a plegar. La mujer adoptó una expresión de visible satisfacción.

–Aún no le hemos convencido a usted de que lo intente, ¿no? –preguntó.

–No. ¿Y a Kabe?

–Yo peso demasiado –repuso este.

–Eso me temo –dijo Feli–. Demasiado peso como para arriesgarse. Podría ponerse un arnés de flotación, supongo, pero eso sería hacer trampas.

–Pensaba que la gracia de esta práctica era precisamente esa.

La mujer levantó la mirada desde su posición, ajustándose una cinta de sujeción en torno al muslo. Sonrió al chelgriano.

–¿Eso creía?

–Hacerle trampas a la muerte.

–Ah, eso. Bueno, es una forma de definirlo.

–¿Solo es eso?

–Hacer trampas en el sentido de... impedir. No en el sentido técnico de aceptar el cumplimiento de ciertas reglas y luego no hacerlo en secreto, como todo el mundo.

El chelgriano guardó silencio durante un momento, y luego repuso:

–Aja.

La mujer se incorporó, sin dejar de sonreír.

–¿Cuándo estará de acuerdo con una aseveración mía, compositor Ziller?

–No estoy muy seguro. –Ziller echó un vistazo por la plataforma, donde los voladores que aún no habían salido seguían completando su preparación, y el resto recogía las cestas de desayuno y las transfería a las pequeñas naves que flotaban junto a ellos–. ¿No forma parte de las trampas?

Feli intercambió varios gritos de buena suerte con otros compañeros, así como algunos consejos de última hora. A continuación, miró a Kabe y a Ziller, y asintió hacia una de las naves.

–Vamos. Haremos trampas y tomaremos el camino fácil.

La nave era poco más que una astilla con forma de flecha, con una gran cabina abierta. A Kabe le parecía más una lancha a motor que un artefacto volador. Calculó que su tamaño era suficiente como para transportar a unos ocho humanos. Él pesaba lo mismo que tres de aquellos bípedos, y Ziller, probablemente, tendría la masa de otros dos, con lo que viajarían por debajo del máximo de su capacidad, aunque Kabe no lo veía excesivamente claro. La nave se tambaleó ligeramente cuando subió a bordo. Los asientos mórficos se reajustaron para acomodar a las dos siluetas no

humanas. Feli Vitrouv se sentó en la butaca principal. Las aletas dobladas emitieron un pequeño *clack* cuando las apartó de en medio al acomodarse. Tiró de una palanca del tablero de la cabina de pilotaje y dijo:

–Control manual, por favor, Centro.

–Control manual activado –respondió la máquina.

La mujer recolocó la palanca de control en su lugar y, a continuación, tras un rápido vistazo a su alrededor, tiró de ella, la giró y la presionó para despegar de la plataforma y salir a toda velocidad por encima de las copas de los árboles del bosque. Una especie de campo energético invisible impedía el paso del viento al compartimento de pasajeros. Kabe extendió un brazo y lo tocó con un dedo, sintiendo una invisible resistencia como de plástico.

–Bien, ¿qué les parecen las trampas? –preguntó Feli a sus pasajeros.

–¿Podría estrellar la nave? –preguntó Ziller mirando hacia un lado, con aparente indiferencia.

–¿Es una petición? –La mujer se echó a reír.

–No. Solo una pregunta.

–¿Quiere que lo intente?

–No especialmente.

–Bien. Entonces, la respuesta es: probablemente, no. Yo estoy pilotando la nave, pero si cometiera alguna estupidez, el control automático tomaría los mandos y nos sacaría de cualquier apuro.

–¿Y eso es hacer trampas?

–Depende. No es lo que yo llamo hacer trampas. –Feli viró la nave en dirección a un grupo de árboles dirigibles que yacía en un claro–. Yo lo definiría como una combinación razonable de diversión y seguridad. –Se volvió para mirarlos. La nave serpenteó ligeramente en el aire, para esquivar dos árboles altos–. Aunque, claro está, un purista podría decir que no debería utilizar una nave para llegar a mi dirigible en primer lugar.

Los árboles pasaban a toda velocidad, uno a cada lado, muy cerca de la nave. Kabe se estremeció. Se oyó un ruidito sordo y, al mirar atrás, vio algunas hojas y tallos girando en remolinos en la estela de la nave. Esta se inclinó hacia delante, apuntando al árbol dirigible de mayor tamaño, volando hacia la parte inferior de la gran bolsa de gas donde las gigantescas raíces tentaculadas se unían y salían hacia la vaina bulbosa y oscura del depósito.

–¿Un purista iría caminando? –sugirió Ziller.

La mujer realizó una especie de movimiento repetitivo con la palanca de control y la nave se detuvo entre las raíces. Feli guardó la palanca de mando en el panel de control que tenía delante.

–Aquí está nuestro chico –dijo, señalando el inmenso globo verde oscuro que

ahora ocultaba la mayor parte del cielo matinal.

El árbol dirigible ascendía unos quince metros por encima de ellos y proyectaba una profunda sombra. La superficie de la bolsa de gas era áspera y veteada, pero parecía fina como el papel. Daba la impresión de haber sido remendada, torpemente, con hojas gigantes. A Kabe le pareció una nube de tormenta.

–¿Y cómo iban a llegar a este bosque en primer lugar? –preguntó Ziller.

–Creo que ya veo adonde quiere llegar –dijo Feli, saltando al exterior de la nave, sobre una gran raíz. Comprobó de nuevo las sujeciones de su arnés, forzando la vista en la oscuridad–. La mayoría llegaría por vía subterránea –explicó, mientras miraba el árbol dirigible y levantaba la vista hacia los árboles enraizados–. Algunos lo harían planeando –añadió, contemplando el dirigible, que parecía estirarse y tensarse. A Kabe le pareció que la mujer detectaba sonidos procedentes del depósito–. Y otros tomarían una nave espacial –prosiguió. Seguidamente, les dedicó una sonrisa a sus compañeros–. Perdonen. Ha llegado el momento de ocupar mi lugar.

Extrajo un par de enormes guantes de su riñonera y se los puso. Extendió las manos, dejando al descubierto unas uñas negras, la mitad de largas que sus dedos, que salían desde las puntas. Seguidamente, Feli se volvió y se encaramó a uno de los laterales del depósito, trepando hasta llegar al borde, donde el material elástico se enrollaba bajo el dirigible. El árbol crujía con fuerza. La bolsa de gas se expandía y se tensaba.

–Otros podrían llegar en vehículo terrestre o en bicicleta, o en barco y después a pie –continuó Feli, colocándose en la boca del depósito–. Por supuesto, los auténticos puristas, los adictos al cielo, viven allí en sus tiendas y sobreviven gracias a la caza, la fruta y verdura silvestres. Van a todas partes a pie o con el arnés alado, y nunca se dejan ver en las ciudades. Viven para volar; es un ritual, un... ¿cómo lo llaman? Un sacramento, casi una religión para ellos. Odian a la gente como yo porque lo hacemos por mera diversión. Muchos ni siquiera nos hablan. En realidad, tampoco se dirigen la palabra entre ellos, y me parece que algunos incluso han perdido el don del lenguaje, aunque... ¡Aaay! –Feli se volvió de pronto, cuando el dirigible se separó del depósito y se elevó hacia el cielo como una gigantesca burbuja negra emanando de una enorme boca oscura.

Bajo la bolsa de gas, sujeta a ella por una espesa masa de filamentos, surgió una extensa lámina verde del grosor de una hoja, de unos ocho metros de ancho, estriada por nervios más oscuros.

Feli Vitrouv se puso en pie, estiró las manos y, con las garras de los guantes, se lanzó hacia la masa de filamentos que yacía justo bajo el dirigible, golpeando la gran lámina verde, que se onduló y se estremeció. Le dio una patada con los pies, y otra serie de cuchillas perforó la membrana. El dirigible titubeó en su ascenso, pero luego continuó elevándose hacia el cielo.

Liberado de la sombra del dirigible, el aire que rodeaba la nave espacial pareció iluminarse mientras la enorme forma seguía arrastrándose hacia arriba, con un sonido similar al de un suspiro.

–¡Ja, ja! –gritó Feli.

Ziller se volvió hacia Kabe.

–¿La seguimos? –preguntó.

–¿Por qué no?

–¿Máquina voladora? –dijo Ziller.

–Aquí el Centro, comandante Ziller –dijo una voz desde los reposacabezas de sus asientos.

–Elévanos. Queremos seguir a la señora Vitrouv.

–Por supuesto.

La nave despegó casi en línea recta, con suavidad pero veloz, hasta ascender al mismo nivel que la mujer de negros cabellos, que se había girado de tal forma que miraba hacia el exterior de la lámina bajo el dirigible. Kabe miró hacia un lado. En aquellos momentos, se encontraban a unos sesenta metros de altitud y ascendían a un ritmo respetable. Al bajar la vista hacia el exterior, pudo ver el interior de la base del dirigible, donde las resmas de la lámina se desplegaban desde el depósito y se estiraban ondeando al viento.

Feli Vitrouv les dedicó una gran sonrisa mientras su cuerpo se movía de un lado al otro al son del batir de la lámina entre el clamor del ascenso.

–¿Están bien por ahí? –preguntó riendo. Sus cabellos volaron contra su rostro y sacudió la cabeza.

–Sí, creo que sí –respondió Ziller a gritos–. ¿Qué tal usted?

–¡Mejor que nunca! –exclamó ella, mirando arriba y abajo, primero al dirigible y después al suelo.

–Volviendo a lo de las trampas... –prosiguió Ziller.

–¿Sí? ¿Qué ocurre?

–Todo este lugar es como una gran trampa.

–¿Por qué dice eso? –Feli soltó una mano y quedó peligrosamente suspendida por un solo brazo, mientras se apartaba el cabello de la boca con las garras del guante. Aquella maniobra puso nervioso a Kabe. Él no habría dudado en ponerse una gorra o algo así.

–Está hecho para que parezca un planeta –continuó Ziller–. Y no lo es.

Kabe estaba contemplando el amanecer. Ahora el sol lucía un tono rojo intenso. Un amanecer en un orbital, lo mismo que una puesta de sol, duraba mucho más tiempo que el mismo acontecimiento en un planeta. En primer lugar, el cielo se iluminaba, y luego el astro emergente parecía disgregarse del infrarrojo, un resplandeciente espectro bermellón que surgía de la neblina y se deslizaba a

continuación por todo el horizonte, fulgurando suavemente a través de los muros de la plataforma y las lejanas masas de aire, y ganaba altura gradualmente, poco a poco. No obstante, una vez iniciado el día, su luz duraba más tiempo que en un planeta. Y todo aquello era una ventaja discutible, a ojos de Kabe, puesto que los amaneceres y las puestas de sol eran los que proporcionaban las mejores y más espectaculares vistas.

–¿Entonces? –preguntó Feli, colgada de nuevo por ambas manos.

–Entonces, ¿por qué molestarnos con esto? –gritó Ziller, señalando el dirigible–. Volar hasta aquí. Utilizar el arnés alado...

–¡Hacerlo todo en sueños! ¡En realidad virtual! –repuso ella, riendo.

–¿Acaso resultaría menos falso?

–Esa no es la cuestión. La pregunta es: ¿sería menos divertido?

–Bien, ¿lo sería?

–¡Pues claro que sí! –asintió ella, entre risas. Sus cabellos, atrapados de pronto por una corriente de aire, se arremolinaron sobre su cabeza como si fueran llamas negras.

–Entonces, ¿piensas que solo es divertido si contiene un determinado grado de realidad?

–Es más divertido –gritó ella–. Hay gente que salta en dirigible por puro pasatiempo, pero solo lo hacen en... –Su voz se perdió con el rugido de una ráfaga de viento. El dirigible sufrió una sacudida y la nave tembló ligeramente.

–¿En qué? –bramó Ziller.

–En sueños –gritó Feli–. ¡Hay puristas aficionados al vuelo con arnés alado en realidad virtual que ni se plantean hacerlo de verdad!

–¿Los desprecia? –preguntó Ziller.

La mujer parecía desconcertada. Se inclinó desde la membrana ondulada y se soltó de una mano (pero esta vez, dejó el guante donde estaba, anclado en el grueso filamento), escarbó en su riñonera y se encajó un minúsculo objeto en una de sus fosas nasales. Después, introdujo de nuevo la mano en el guante y adoptó una postura más relajada. Cuando volvió a hablar, su tono de voz se volvió normal y, con la transmisión a través del anillo nasal de Kabe y el terminal de Ziller, fuese cual fuese, la conversación se reanudó como si ella estuviera sentada entre ambos.

–¿Despreciarlos, dice?

–Eso es –contestó Ziller.

–¿Y por qué demonios iba a despreciarlos?

–Porque consiguen con el mínimo esfuerzo y sin riesgo alguno lo que usted hace jugándose la vida.

–Es su elección. Yo también podría hacerlo así, si quisiera. Y, de todas formas – prosiguió, mirando hacia el dirigible que tenía encima y contemplando los cielos que

la rodeaban–, no se consigue exactamente lo mismo, ¿no creen?

–Ah, ¿no?

–No. Uno sabe cuando es real o cuando es RV.

–Eso también se puede fingir.

Dio la impresión de que la mujer suspiraba, y, acto seguido, hacía una mueca.

–Miren, lo siento, pero es hora de volar y preferiría estar sola. No se ofendan. –Feli volvió a sacar la mano del guante, guardó el terminal nasal de nuevo en la riñonera y, con ciertas dificultades, volvió a introducir la mano en el guante. A Kabe le pareció que tenía frío. Se encontraban a más de medio kilómetro del barranco y el aire que corría sobre el campo energético de la nave le estaba helando el caparazón. El ritmo de ascenso se había reducido notablemente, y el cabello de Feli volaba ahora hacia un lado, en lugar de arremolinarse sobre su cabeza.

»¡Nos vemos! –gritó en el aire. A continuación, se soltó.

Primero soltó los guantes y después, las botas. Kabe vio de nuevo las brillantes uñas negras, con el reflejo amarillo anaranjado de la luz del sol, mientras Feli se dejaba caer. Liberado, el dirigible reanudó su ascenso hacia el cielo.

Kabe y Ziller echaron un vistazo por el mismo lado de la nave, que retrocedió, manteniendo la altitud y, seguidamente, se dio la vuelta, de forma que ambos pudieran observar la caída en picado de la mujer. Feli extendió brazos y piernas y las aletas se desplegaron, convirtiéndola, desde una simple silueta, en un gigantesco pájaro azul verdoso. Pese al bramido del viento, Kabe oyó su grito de victoria. Ella viró, encarándose con el amanecer, y luego siguió girando y desapareció momentáneamente tras la gran hoja verde. Kabe vislumbró otros muchos voladores en el cielo, minúsculos puntos y siluetas recorriendo el espacio aéreo bajo los globos de los árboles dirigibles.

Feli se ladeó, ganó cierta altura y tomó una curva en ascenso que la conduciría justo bajo ellos. La nave se inclinó ligeramente en el aire, permitiendo así que no la perdieran de vista.

Pasó a unos veinte metros por debajo de ellos, ejecutó una voltereta y les dedicó una aclamación acompañada de una gran sonrisa. Seguidamente, se balanceó para darse la vuelta de espaldas al cielo y realizó una nueva caída en picado, plegando las alas y descendiendo a toda velocidad. Dio la impresión de que se había hundido en el suelo.

–¡Oh! –exclamó Kabe.

¿Acaso habría muerto? Kabe ya había empezado a componer en su cabeza el próximo artículo verbal que enviaría al Servicio Homomdano de Noticias de Corresponsales a Larga Distancia. Llevaba ya nueve años enviando aquellas cartas ilustradas a su hogar cada seis días, y ya había acumulado una fiel minoría de oyentes. Nunca se había encontrado con la necesidad de describir una muerte por

accidente en uno de sus registros, y no le atraía en absoluto la idea de tener que hacerlo ahora.

Pero, entonces, las alas azules se desplegaron de nuevo y la mujer apareció una vez más, a un kilómetro de distancia, antes de desaparecer finalmente tras una cerca de láminas verdes.

–Nuestro ángel no es inmortal, ¿no es cierto? –preguntó Ziller.

–No –repuso Kabe. No tenía claro lo que era un ángel, pero pensó que sería una grosería solicitar aquella información a Ziller o al Centro–. No. No tiene reserva.

Feli Vitrouv formaba parte de la mitad aproximada de los voladores cuyas mentes no tenían registro para ser revividas si caían al suelo y se mataban. Aquel dato produjo una desagradable sensación en Kabe, solo de pensarlo.

–Se llaman a ellos mismos los Desechables –añadió.

Ziller guardó silencio durante unos segundos.

–Resulta algo extraño que esta gente adopte epítetos que matarían por erradicar si les hubieran sido impuestos. –Un reflejo amarillo anaranjado iluminó una parte del pulido casco de la nave–. Existe una casta chelgriana denominada los Invisibles.

–Lo sé.

–Cierto, ¿cómo progresan sus estudios? –preguntó Ziller, levantando la vista.

–Ah, bastante bien. Solo he tenido cuatro días y tenía que terminar varios trabajos míos. Pero ya he empezado con ellos.

–Se ha embarcado en una tarea poco envidiable, Kabe. Yo le ofrecería una disculpa de parte de mi especie, pero siento que sería algo superfluo, dado que eso es más o menos en lo que consiste todo el cuerpo de mi trabajo.

–Ah, bien –repuso Kabe, avergonzado. Sentir tanta vergüenza por uno mismo resultaba... bueno, vergonzoso.

–Y en cuanto a esta gente –dijo Ziller, señalando hacia el lado de la nave desde donde se vislumbraban las siluetas de los voladores–, es un poco rara. –Se recostó en su asiento y extrajo la pipa de uno de sus bolsillos –.¿Nos quedamos aquí un rato para admirar el amanecer?

–De acuerdo –repuso Kabe.

Desde allí arriba, la vista abarcaba cientos de kilómetros de la plataforma de Frettle. El sistema estelar, Lacelere, seguía iluminándose progresivamente en un color amarillo, brillando a través de los continentes de aire en dirección contraria al giro galáctico, con un resplandor que borraba cualquier detalle de las tierras en las que aún reinaba la penumbra. En dirección al giro galáctico, bajo la confusa línea amplia y afilada, que iba menguando lentamente, de las plataformas totalmente iluminadas por la luz del día, y colgadas del cielo como un brazalete de perlas, emergían las montañas Tulier, cubiertas de nieve en las cimas. A la derecha, el paisaje se fundía hacia las sabanas, desapareciendo en la niebla. A la izquierda, se vislumbraban unas

colinas en la lejanía azul, y el filo de un amplio estuario donde el Gran Río de Masaq se entregaba al mar de Frettle y a las aguas de más allá.

–¿Cree que soy demasiado provocador con los humanos? –preguntó Kabe, chupando insistentemente la pipa.

–Me parece que usted les gusta –contestó Kabe.

–¿En serio? –Ziller pareció decepcionado.

–Los ayudamos a definirse. Y eso les gusta.

–¿Definirse? ¿Nada más?

–No creo que esa sea la única razón por la que les gusta que estemos aquí. Al menos, no en su caso, Ziller. Les damos un parámetro alienígena contra el que pueden calibrarse.

–Mejor eso que ser mascotas de alta cuna.

–Usted es diferente, querido Ziller. Lo llaman compositor Ziller, un apelativo jerárquico que nunca antes había oído. Se sienten orgullosos de que escogiera venir aquí; la Cultura en general y el Centro y el pueblo de Masaq en particular, obviamente.

–Obviamente –murmuró Ziller, insistiendo con la pipa aún apagada y contemplando el paisaje.

–Usted es una estrella entre ellos.

–Un trofeo.

–En cierto modo, sí, pero muy respetado.

–Tienen sus propios compositores. –Ziller golpeó la cazoleta de su pipa con el ceño fruncido y chasqueó la lengua–. Las Mentes, esas máquinas que tienen, podrían descomponer lo que quisieran y luego reunido a su antojo.

–Pero eso sería hacer trampas –repuso Kabe.

El chelgriano se encogió de hombros y emitió una especie de bramido que podía haber sido interpretado como una risa.

–No me dejarán hacer trampas para evitar a ese puto emisario, no... –Ziller miró fijamente al homomdano–. ¿Hay alguna noticia nueva sobre ese asunto?

Kabe ya sabía, gracias al Centro de Masaq, que Ziller había ignorado solícitamente cualquier dato relacionado con el enviado que llegaría desde su hogar.

–Han enviado una nave para traerlo o traerla hasta aquí –repuso–. Bueno, para iniciar el proceso. Aparentemente, hubo un cambio de planes de última hora en el lado chelgriano.

–¿Y eso?

–Según me han dicho, no lo saben. Había una cita concertada, que luego fue cambiada por Chel. –Kabe guardó silencio durante unos segundos–. Algo sobre los restos de una nave.

–¿Qué nave?

–Ah... *mmm.* Tendríamos que preguntar al Centro. ¿Hola, Centro? –dijo, golpeando innecesariamente su anillo nasal con cierta vergüenza.

–Kabe, aquí el Centro. ¿En qué puedo ayudarlo?

–Esa nave naufragada donde recogen al enviado chelgriano...

–¿Sí?

–¿Tienes más detalles?

–Era una nave articulada privada de Itirewein, de la facción de los Leales, que se perdió en las últimas fases de la guerra de Castas. Fue descubierta cerca de la estrella Reshref hace unas semanas. Se llamaba *Tormenta de nieve.*

Kabe miró a Ziller, que permanecía al tanto de toda la conversación. El chelgriano se encogió de hombros.

–Nunca había oído hablar de ella.

–¿Tenemos más información sobre la identidad del emisario que va a venir? –preguntó Kabe.

–Algo. Todavía no sabemos su nombre, pero por lo visto es, o era, un oficial militar moderado que luego entró en una orden religiosa.

Ziller gruñó.

–¿De qué casta? –preguntó con rudeza.

–Creemos que se trata de un Entregado de la casa Itirewein. Debo señalar que existe cierto grado de incertidumbre en todos estos datos. Chel no ha proporcionado demasiada información al respecto.

–No me digas –respondió Ziller, mirando hacia atrás para contemplar el amarillo sol consumando su ascenso.

–¿Y para cuándo esperamos la llegada del emisario? –preguntó Kabe.

–Para dentro de unos treinta y siete días.

–De acuerdo. Muchas gracias.

–No hay de qué. Tendrá noticias mías o del dron Tersono, Kabe. Los dejo en paz.

Ziller estaba añadiendo algo a la cazoleta de la pipa.

–¿Supone alguna diferencia la casta del enviado? –preguntó Kabe.

–En realidad, no –repuso Ziller–. Me da igual qué o a quién envíen. No quiero hablar con ellos. Está claro que mandar a uno de tantos camarillas militantes que, además, resulta ser una especie de violento venerado demuestra que no están intentando congraciarse conmigo, precisamente. No sé si sentirme insultado o halagado.

–A lo mejor es un devoto de sus composiciones.

–Sí, a lo mejor se desdobla o se triplica como profesor de musicología en las universidades de mayor prestigio –respondió Ziller, chupando de nuevo la pipa. Un hilillo de humo salió de la cazoleta.

–Ziller –continuó Kabe–, quiero preguntarle algo. –El chelgriano lo miró a los

ojos–. Esa extensa obra en la que está trabajando, ¿marcará el final de la era de las Dos Novas? ¿Se la ha encargado el Centro? –De pronto, Kabe se encontró a sí mismo mirando sin querer en dirección a la luz de Portisia.

–¿Entre nosotros? –sonrió Ziller.

–Por supuesto. Tiene mi palabra.

–En ese caso, sí –dijo Ziller–. Una sinfonía desarrollada para conmemorar el fin del periodo de luto del Centro y abarcar una meditación sobre los horrores de la guerra, así como una celebración de la paz que ha reinado desde entonces, excepto por alguna mancha puntual y trivial. Será interpretada en directo, justo tras la puesta de sol del día de la ignición de la segunda nova. Si mi dirección es tan precisa y minuciosa como de costumbre y calculo correctamente el tiempo, la luz se hará justo al inicio de la última nota. –Ziller hablaba con deleite–. El Centro tiene previsto preparar alguna especie de espectáculo de luces para el concierto. No estoy seguro de permitirlo, pero ya veremos.

Kabe sospechó que el chelgriano sintió cierto alivio de que alguien le preguntase y pudiese hablar del tema.

–Ziller, esa es una maravillosa noticia –dijo. Sería la primera pieza musical completa del compositor desde su exilio autoimpuesto. Había gente, entre la que se incluía Kabe, preocupada por si Ziller no volvía a crear otra obra de la monumental escala de la que se había proclamado maestro–. Estoy ansioso por escucharla. ¿Está terminada?

–Casi. Ahora estoy con los arreglos. –El chelgriano levantó la vista hacia la luz que desprendía la nova de Portisia–. Ha quedado realmente bien –continuó, pensativo–. Una materia prima maravillosa. Algo de lo que puedo sentirme bien orgulloso. –Sonrió a Kabe con frialdad–. Incluso las catástrofes de los otros Implicados parecen encontrarse a otro nivel de elegancia y refinamiento estético comparadas con las de Chel. Las abominaciones de mi propia especie son lo suficientemente eficaces en cuanto a muerte y sufrimiento, pero no dejan de ser pedestres y horteras. Cualquiera pensaría que tuvieron la decencia de proporcionarme una inspiración mejor.

Kabe guardó silencio durante unos momentos.

–Es triste odiar tanto a su pueblo, Ziller –observó.

–Lo es –coincidió el compositor, contemplando el lejano Gran Río–. Aunque, afortunadamente, ese odio me aporta una inspiración realmente vital para mi trabajo.

–Sé que no existe la posibilidad de que vuelva con ellos, Ziller, pero al menos, podría ver a ese emisario.

–¿Debería? –preguntó Ziller, mirándolo fijamente.

–Si no lo hace, podría parecer que tiene miedo de sus argumentos.

–¿En serio? ¿De qué argumentos?

–Supongo que le dirá que lo necesitan a usted –prosiguió Kabe, con paciencia.

–Para ser su trofeo, en lugar de ser el de la Cultura.

–Creo que «trofeo» no es la palabra adecuada. Símbolo, diría yo. Los símbolos son importantes, los símbolos funcionan. Y cuando el símbolo es una persona, el símbolo entonces se vuelve... dirigible. Una persona simbólica que, hasta cierto punto, puede guiar su propio recorrido, determinar su destino e incluso el de su sociedad. En cualquier circunstancia. A cierto nivel, le dirán que la sociedad a la que usted pertenece, su civilización entera, debe reconciliarse con su disidente más notorio, de forma que también pueda hacerlo consigo misma, y reconstruirse a continuación.

–Han hecho una buena elección con usted, ¿no, embajador? –dijo Ziller, mirando fijamente a Kabe.

–No de la forma a la que creo que se refiere. Ni coincido ni discrepo con tal argumento. Pero es probable que sea el que vengan a ofrecerle. Incluso si usted no ha pensado en ello, ni ha intentado anticiparse a sus propuestas, debe saber que, de haberlo hecho, se lo habría imaginado de todas formas.

Ziller miró a los ojos del homomdano. Kabe se percató de que no era tan complicado como creía encontrarse con aquella mirada oscura y penetrante. Pero tampoco era algo que habría escogido como mero divertimento.

–¿Realmente soy un disidente? –preguntó finalmente Ziller–. Es que me he acostumbrado a verme a mí mismo como un refugiado cultural, o como alguien que busca asilo político. Esta es una recategorización potencialmente inquietante.

–Sus comentarios previos los han incitado a actuar, Ziller. Lo mismo que sus actos; primero viniendo aquí y luego quedándose en segundo plano, hasta el fin de la guerra.

–La tesitura de la guerra, querido compañero estudioso homomdano, son tres mil años de opresión despiadada, imperialismo cultural, explotación económica, tortura sistemática, tiranía sexual y el culto a la avaricia arraigado hasta el punto de la herenciabilidad genética.

–Eso no es más que amargura, estimado Ziller. Ningún observador externo resumiría con mayor hostilidad la historia reciente de la especie chelgriana.

–¿Tres mil años conforman una historia reciente?

–Está cambiando de tema.

–Sí, es que me parece cómico que tres milenios le parezcan «recientes». Está claro que eso resulta más interesante que discutir sobre el grado exacto de culpabilidad atribuible al comportamiento de mis compatriotas desde que se nos ocurrió la brillante idea del sistema de castas.

–Nosotros somos una especie longeva –dijo Kabe, con un suspiro–, y formamos parte de la comunidad galáctica desde hace muchos milenios. Tres mil años distan

mucho de resultar insignificantes según nuestros cálculos, pero en la historia de una especie inteligente que ha viajado por todo el espacio, sí se pueden definir como recientes.

–Todo esto le molesta, ¿verdad, Kabe?

–¿A qué se refiere?

El chelgriano señaló, con la caña de la pipa, hacia un lado de la nave espacial.

–Lo ha sentido por esa hembra humana cuando parecía que iba a estrellarse contra el suelo y salpicar con sus sesos el paisaje, ¿no es cierto? Y, como mínimo, le ha incomodado mi amargura, como usted la ha llamado, y también que odie a mi gente.

–Todo lo que ha dicho es verdad.

–¿Su propia existencia está tan repleta de ecuanimidad que no encuentra salida para preocuparse si no es en nombre de los demás?

Kabe se apoyó en el respaldo de su asiento, pensando.

–Supongo que eso parece –repuso.

–De ahí, tal vez, proceda su identificación con la Cultura.

–Tal vez.

–Entonces, ¿sentiría la actual... llamémosla «vergüenza», referente a la guerra de Castas?

–Englobar a los treinta y un trillones de ciudadanos de la Cultura podría incluso desplegar un poco de mi empatía, sí.

Ziller esbozó una mínima sonrisa y levantó la vista hacia el horizonte del orbital suspendido en el cielo. El gran ribete iluminado empezaba en la neblina del giro galáctico, estrechándose y desapareciendo en el cielo; una sola línea salpicada por inmensos océanos y por las desiguales barreras de hielo de las costas de las sierras Mamparas, de superficies moteadas de verde, marrón, azul y blanco; aquí más anchas, allí más estrechas, rodeadas casi siempre por los mares del Filo y sus islas dispersas, aunque en algunas zonas (invariablemente, donde se erigían las sierras Mamparas) se extendían directamente hacia los muros de retención. La amenaza que suponía el Gran Río de Masaq era visible tan solo en algunas regiones cercanas. Arriba, el lado lejano del orbital no era más que una línea brillante, cuyos detalles geográficos se perdían en aquel bruñido filamento.

En ocasiones, si se era poseedor de buena vista, al mirar hacia el lado lejano en línea recta ascendente, se podía vislumbrar el pequeño punto que era el Centro de Masaq, flotando libremente en el espacio, a un millón y medio de kilómetros en el vacío centro de aquel gran brazalete de tierra y mar.

–Sí –concluyó Ziller–. Son muchos, ¿verdad?

–Y fácilmente podrían haber sido más. Han escogido la estabilidad.

Ziller seguía mirando al cielo.

–¿Sabe que hay gente que navega por el Gran Río desde que se terminó el orbital?

–preguntó.

–Sí. Algunos ya van por el segundo circuito. Se autodenominan los Viajeros del Tiempo, porque, al ir en contra del giro galáctico, se mueven a menos velocidad que el resto de la gente del orbital, con lo que incurren en una pena de dilatación relativista del tiempo, insignificante, aunque real.

Ziller asintió. Sus enormes ojos oscuros se sumergieron en las vistas.

–¿Y hay gente que navegue a contracorriente? –preguntó.

–Algunos lo hacen. Hay gente para todo. –Kabe hizo una pausa–. Nadie ha completado todavía un circuito del orbital entero; necesitarían vivir mucho tiempo para hacerlo. La suya es una ruta mucho más dura.

Ziller estiró su extremidad media y los brazos, y guardó la pipa.

–Debe serlo. –Su boca adoptó una forma que Kabe sabía que era una sonrisa genuina–. ¿Volvemos a Aquime? Tengo trabajo que hacer.

IV

Tierra de ceniza

~¿Nuestras propias naves no son lo suficientemente buenas?

~ Las suyas son más veloces.

~ *¿Aún más?*

~ Eso me temo.

~ *Además, odio este ir y venir. Primero una nave, luego otra, luego otra y luego una cuarta. Me siento como un paquete de mensajería.*

~ Esto no será alguna oscura forma de ofensa, o una manera de retrasarnos, ¿no?

~ *¿El qué? ¿El hecho de que no nos proporcionen nuestra propia nave?*

–Sí.

~ *No lo creo. De un modo relativamente oscuro, incluso puede que lo que intenten sea impresionarnos. Dicen que están poniendo tanto empeño en corregir los errores que han cometido que no prescindirán de ninguna nave para el deber normal de cualquiera de sus miembros.*

~ ¿Y tiene más sentido utilizar cuatro naves en distintos momentos?

~ *Es la forma en la que tienen establecidas sus fuerzas. La primera nave era un buque de guerra. Las mantienen cerca de Chel por si se desata otro conflicto armado. Pueden trasladarse a cierta distancia, como si fueran transbordadores, pero no demasiada. La que ocupamos en estos momentos es un superelevador, como una especie de remolque rápido. A continuación, subiremos a un Vehículo General de Sistemas; una especie de depósito gigante o madre nodriza. Transporta a otras naves de guerra que pueden desplegarse en caso de eventos hostiles. El VGS puede alejarse más que el buque de guerra, pero tampoco puede distanciarse en exceso del espacio chelgriano. Y la última nave es una antigua embarcación de guerra desmilitarizada, que se utiliza normalmente en toda la galaxia para este tipo de piquetes.*

~ En toda la galaxia. De alguna forma, esas palabras siguen sorprendiendo.

~ *Sí. Bastante hacen tomándose semejante interés en nuestro relativamente endeble bienestar.*

~ Si los cree, eso es todo lo que realmente intentan hacer.

~ *¿Usted los cree, comandante?*

~ Supongo que sí. Solo que no estoy convencido de que sea una justificación suficiente para lo que ha sucedido.

~ *Está claro que no.*

Los primeros tres días de su viaje transcurrieron a bordo de la Unidad de Ofensiva Rápida de la clase Torturador llamada *Valor de incordio*. Era un objeto masivo de construcción aparentemente improvisada; un manojo de gigantescas unidades motoras tras una barquilla y un minúsculo habitáculo que tenía toda la pinta de ser una idea de última hora.

~ *Mira que llega a ser fea esta cosa* –dijo Huyler cuando la vieron por primera vez, recorriendo la cubierta de *Tormenta de nieve* en aquella pequeña lanzadera junto al avatar de piel oscura y traje gris–. *¿Y se supone que estos son ascetas en decadencia?*

~ Existe una teoría que afirma que se avergüenzan de su armamento. Mientras tenga un aspecto poco elegante, rudo y desproporcionado, pueden intentar fingir que no les pertenece, o que no forma parte de su civilización, o, en caso contrario, solo es algo temporal, porque todo lo que ellos hacen es de una sutileza muy refinada.

~ *O podría tratarse de una cuestión de forma y función. No obstante, debo confesar que eso es nuevo para mí. ¿Qué joven genio universitario ha desarrollado esa teoría?*

~ Le satisfará saber, Hadesh Huyler, que ahora contamos con una Sección Civilizacional de Perfiles Metalógicos en la Inteligencia Naval.

~ *Veo que tengo mucho que recuperar con respecto a la terminología moderna. ¿Qué significa metalógico?*

~ Es una abreviatura de psico-fisio-filosofilógico.

~ *Ah, claro. Por supuesto. Suerte que he preguntado.*

~ Es un término propio de la Cultura.

~ *¿Un puto término de la Cultura?*

~ Sí, señor.

~ *Ya veo. ¿Y para qué demonios sirve esa sección nuestra de la metalógica?*

~ Intenta explicar cómo piensan los demás Implicados.

~ *¿Implicados?*

~ También es uno de sus términos. Significa «especies que viajan por el espacio más allá de un determinado nivel tecnológico que desean y son capaces de interactuar

unos con otros».

~ *Ya veo. Siempre es mal síntoma eso de empezar a utilizar la terminología del enemigo.*

Quilan echó un rápido vistazo al avatar sentado en el asiento contiguo. Le sonrió con cierta inseguridad.

–Coincido con usted, señor –dijo.

Tras pronunciar esas palabras, volvió de nuevo la vista hacia el buque de guerra de la Cultura. En realidad, era más bien feo. Antes de que Huyler expresase sus propias ideas, Quilan había estado pensando en el aspecto brutalmente poderoso de la nave. Resultaba extraño tener a alguien dentro de su cabeza, que miraba a través de los mismos ojos que él y veía exactamente las mismas cosas, que llegase a conclusiones tan distintas y experimentase emociones tan disímiles.

La nave llenaba la pantalla, como lo había hecho desde su partida. Se acercaban a ella a gran velocidad, pero el trayecto era largo, de algunos cientos de kilómetros. Un mensaje en uno de los laterales de la pantalla revelaba el nivel de aumento respecto a cero. Quilan admiró para sus adentros lo poderosa y lo fea que era la nave. Tal vez, en cierto sentido, siempre era el caso. Huyler interrumpió sus pensamientos.

~ *Imagino que sus sirvientes ya están a bordo.*

~ No llevo a ningún sirviente, señor.

~ *¿Cómo?*

~ Viajo solo, señor. Bueno, con usted.

~ *¿Piensa viajar sin sirvientes? ¿Es usted una especie de marginado o algo así, comandante? No será uno de esos embrionicistas negadores de Castas, ¿no?*

~ No, señor. En parte, el hecho de no ir acompañado de servidumbre refleja algunos de los cambios que han tenido lugar en nuestra sociedad desde su muerte corpórea, señor. Sin duda, todos le serán detallados en los informes.

~ *Sí, bueno, los consultaré con más atención cuando tenga tiempo. No podría creerse la cantidad de pruebas y cosas que me han hecho, incluso cuando usted dormía. Tuve que recordarles que los revividos también necesitan echar una cabezada de vez en cuando. Si no, terminan conmigo. Pero, mire, comandante, eso de los sirvientes... He leído información sobre la guerra de Castas, pero pensaba que había terminado en tablas. Por todos los cielos, ¿todo esto significa que, en realidad, perdimos?*

~ No, señor. La guerra terminó con un acuerdo tras la intervención de la Cultura.

~ *Eso ya lo sé. ¿Pero era un acuerdo respecto a no tener sirvientes?*

~ No, señor. La gente todavía tiene sirvientes. Los oficiales aún emplean a escuderos y palafreneros. No obstante, yo pertenezco a una orden que se abstiene de esa clase de ayuda personal.

~ *Visquile mencionó que era usted una especie de monje. No me había dado*

cuenta de que era tan abnegado.

~ Existe otra razón para viajar solo, señor. Si me permite recordárselo, el chelgriano al que vamos a ver es un Negador.

~ *Ah, sí, ese tal Ziller. Un liberal engreído venido a menos que piensa que tiene el deber divino de crear los lloriqueos para aquellos que no pueden molestarse en lloriquear por ellos mismos. Lo mejor que se puede hacer con ese tipo de gente es darles una patada. Esos mierdas no en tienden lo primero en lo que a responsabilidad y deber se refiere. No se puede renunciar a una casta más de lo que se renuncia a toda la especie. ¿Y nosotros tenemos que darle el gusto a ese imbécil?*

~ Es un gran compositor, señor. Y nosotros no lo expulsamos; Ziller dejó Chel para autoexiliarse a la Cultura. Renunció a su estatus de Entregado y...

~ *Oh, déjeme adivinar. Se declaró un Invisible.*

~ Efectivamente, señor.

~ *Lástima que no llegara hasta el final y se convirtiera en un Castrado.*

~ En cualquier caso, no está muy de acuerdo con la sociedad chelgriana. La idea era que, al viajar solo, tal vez pudiera resultarle menos intimidatorio y más aceptable.

~ *No somos nosotros quienes debemos ser aceptables para él, comandante.*

~ En la posición en la que nos encontramos, no tenemos elección, señor. El gabinete ha decidido que debemos intentar convencerlo para que regrese. Y yo he aceptado esa misión, lo mismo que usted. No podemos obligarlo a volver, así que tenemos que pedírselo.

~ *¿Y él está dispuesto a escucharnos?*

~ En realidad, no tengo ni idea, señor. Lo conocí cuando éramos pequeños, he seguido su carrera y me gusta su música. Incluso la he estudiado. Pero eso es todo lo que tengo que ofrecer. Supongo que habrán pedido a otros más cercanos a él, familiarmente o por convicciones, que hagan lo que voy a hacer yo, pero parece ser que nadie estaba preparado para asumir la tarea. Me veo obligado a aceptar que, pese a no ser el candidato idóneo, debo de ser el mejor para este trabajo y que tengo que seguir adelante.

~ *Todo eso suena un poco amargo, comandante. Me preocupa su ánimo.*

~ Me encuentro algo bajo de moral, señor, por razones personales. Pero mi ánimo y mi sentido del deber son más fuertes que todo eso y tengo claro que una orden es una orden.

~ *Así es, comandante, así es.*

La unidad *Valor de incordio* transportaba a una tripulación de veinte humanos y algunos drones pequeños. Dos de los humanos saludaron a Quilan desde el hangar para naves y lo condujeron a sus dependencias, formadas por una única cabina de techo bajo. Su exiguo equipaje y sus pertenencias ya estaban allí, transferidas desde

la fragata militar que lo había llevado hasta el casco de *Tormenta de nieve.*

Habían habilitado algo parecido a un camarote militar para él y le habían asignado uno de los drones, que le explicó que el interior del compartimento podía deformarse para crear lo más cercano a sus deseos. Quilan respondió que ya le satisfacía la disposición presente y que él mismo desharía el equipaje y se quitaría el resto de su traje de vacío.

~ *¿Intentaba el dron ser nuestro sirviente?*

~ Lo dudo, señor. Quizá lo haría si se lo pidiésemos con mucha amabilidad.

~ *¡Ja!*

~ Hasta ahora, todos parecen muy prudentes y deseosos de ayudar, señor.

~ *Sí. Y eso me huele muy mal.*

Quilan fue asistido por el dron, y, para su sorpresa, este actuó como un verdadero sirviente, eficaz y silencioso. Lavó su ropa, ordenó su equipamiento y le aconsejó sobre la mínima (prácticamente inexistente) etiqueta que se aplicaba a bordo de una nave de la Cultura.

La primera noche, se celebró algo similar a una cena formal.

~ *¿Es que aún no tienen uniformes? Esta sociedad está gobernada por putos disidentes. Es odiosa.*

La tripulación trataba a Quilan con una urbanidad pedante. Apenas supo nada nuevo de ellos, ni por ellos. Aparentemente, se lo pasaban en grande con las simulaciones, con las que empleaban mucho tiempo, quedándose con poco para dedicarle a él. Quilan se preguntaba si solo querían evitarlo, pese a que no le preocupaba que fuera así. Le gustaba tener tiempo para sí mismo, y estudiar los archivos de la biblioteca de la nave.

Hadesh Huyler también llevaba a cabo sus propias investigaciones, y absorbió finalmente los archivos del informe que habían descargado junto con su propia personalidad al dispositivo Guardián de Almas introducido en el cráneo de Quilan.

Acordaron un horario para que Quilan pudiese disfrutar de cierta privacidad; si no ocurría nada excepcional, una hora antes de dormir y otra hora después de despertarse, Huyler se desconectaría de los sentidos de Quilan.

Las reacciones de Huyler ante la historia detallada de la guerra de Castas, que había estudiado en primer lugar, en contra de los consejos de Quilan, fueron recorriendo una serie de fases: sorpresa, incredulidad, indignación, enfado y, finalmente –cuando la parte sobre la Cultura le quedó clara–, una furia repentina seguida de una gélida calma. Quilan experimentó las mismas emociones alteradas del otro ser que albergaba en su interior en el transcurso de toda una tarde. Le produjo un sorprendente desgaste.

Solo después de aquello, el viejo soldado se decidió a empezar por el principio y

a estudiar en orden cronológico todo lo que había ocurrido desde su muerte corpórea y el almacenamiento de su personalidad.

Como en el caso de todos los seres revividos, la personalidad de Huyler necesitaba dormir y soñar para mantener la estabilidad, aunque aquel estado similar al coma se conseguía con una especie de aceleración del tiempo, de forma que, en lugar de dormir toda una noche, Huyler podía pasar con menos de una hora de descanso. La primera noche durmió en el mismo tiempo real que Quilan, la segunda, la pasó estudiando y reposó durante ese breve lapso de tiempo. A la mañana siguiente, cuando Quilan restableció el contacto después de su hora de gracia, la voz del interior de su cabeza dijo:

~ *Comandante.*

~ Señor.

~ *Perdió a su esposa. Lo siento. No lo sabía.*

~ No es un tema del que me guste hablar demasiado señor.

~ *¿Era esa el alma que estaba buscando en la nave en la que me encontró?*

~ Sí, señor.

~ *Ella también era militar.*

~ Sí, señor, comandante, como yo. Nos casamos antes de la guerra.

~ *Debía de quererlo mucho para seguirlo al Ejército.*

~ En realidad, fui yo quien la siguió a ella, señor. Ella tuvo la idea de alistarse. E intentar rescatar las almas almacenadas en el Instituto Militar de Aorme antes de la llegada de los rebeldes también fue cosa suya.

~ *Parece una hembra hecha y derecha.*

~ Lo era, señor.

~ *Lo siento de verdad, comandante Quilan. Yo nunca llegué a casarme, pero sé lo que significa amar y perder. Solo quería que supiera que tiene todo mi apoyo, nada más.*

~ Gracias. Se lo agradezco de verdad.

~ *Creo que tal vez usted y yo deberíamos estudiar un poco menos y hablar un poco más. Para tener un contacto tan íntimo, no nos hemos contado casi nada de nuestras vidas. ¿Qué le parece, comandante?*

~ Creo que podría ser una buena idea, señor.

~ *Empecemos entonces por tutearnos, ¿no crees? Al hacer mis deberes, he leído ese espeso párrafo legal adjunto a la información estándar del protocolo, que dice que mi rango de almirante general perdió su vigencia cuando tuvo lugar mi muerte corpórea. Mi estatus es el de oficial honorario en reserva y tú eres el que ostenta aquí el mayor rango. Si alguien tiene que hablar de usted, ese sería yo. En cualquier caso, llámame Huyler, si te parece bien; así es como me conoce la gente.*

~ Bien, se... esto, Huyler, dado nuestro nivel de intimidad, el rango no tiene

ninguna relevancia. Por favor, llámame Quil.

~ *Trato hecho, Quil.*

Los días transcurrieron sin incidencias; viajaron a una velocidad absurda y dejaron el espacio chelgriano muy, muy atrás. La UOR *Valor de incordio* los traspasó, con ayuda de su lanzadera, a un objeto llamado superelevador, otra gran nave grande y recia, aunque de aspecto menos improvisado que el buque de guerra. La máquina, de nombre *Incivil*, solo los recibió con una voz. No tenía tripulación humana. Quilan se sentó sobre lo que parecía una zona abierta sin utilizar, donde sonaba una suave música muy sosa.

~ ¿Nunca te casaste, Huyler?

~ *Una execrable debilidad por las hembras inteligentes, elegantes e insuficientemente patrióticas, Quil. Siempre decían que mi primer amor era el Ejército y no ellas, y ninguna de esas zorras sin corazón estuvo preparada para anteponer a su pareja y a su gente a sus propios intereses egoístas. Si yo hubiera tenido el sentido común suficiente, probablemente ahora estaría felizmente casado con una mujer adorable, que, sin duda, me habría sobrevivido, e incluso habría tenido varios hijos.*

~ Suena a huida por los pelos.

~ *Veo que no especificas de quién.*

El Vehículo General de Sistemas *Lista departes sancionadas* apareció en la pantalla de la sala del superelevador como otro punto de luz en el firmamento. Se convirtió en un círculo plateado y su tamaño fue aumentando hasta llenar la pantalla, aunque no había rastro de ningún detalle en su centelleante superficie.

~ *Debe de ser esa.*

~ Supongo.

~ *Posiblemente hayamos pasado junto a alguna embarcación de escolta, aunque su presencia no se nos haya hecho manifiesta. Es eso que el Ejército llama «unidad de alto valor»; nunca las mandan solas.*

~ Pensaba que sería algo mayor.

~ *Siempre tienen ese aspecto poco imponente desde el exterior.*

El superelevador se sumergió en el centro de la superficie plateada. Desde el interior, la sensación era como mirar al exterior dentro de una nave al atravesar una nube, y luego tuvieron la impresión de estar zambulléndose en otra superficie, y luego en otra, y en unas cuantas más en rápida sucesión, lo mismo que al hojear páginas de un libro antiguo a toda velocidad.

Desde la última membrana, pasaron a un inmenso espacio nebuloso iluminado

por una línea amarillenta, casi blanca, situada encima de las capas de la etérea bruma. Se encontraban justo sobre la popa de la nave. El buque medía veinticinco kilómetros de largo y diez de ancho. La superficie superior estaba formada por zonas verdes; colinas y cordilleras separadas por ríos y lagos.

Enmarcados por inmensas batangas corrugadas y apuntaladas, ornadas en rojo y azul, los laterales del VGS eran de un tono dorado leonado, moteados con una confusión de plataformas cubiertas de follaje y balcones, y perforados con una asombrosa variedad de aberturas muy iluminadas, como una resplandeciente ciudad vertical, establecida sobre acantilados de arenisca de tres kilómetros de altura. El aire estaba plagado de miles de naves de todo tipo que Quilan jamás había visto ni oído mencionar. Algunas eran minúsculas, otras eran del mismo tamaño que el superelevador. Y otros puntos, todavía más pequeños, eran individuos que flotaban en el aire.

Dos gigantescos buques más, cada uno de ellos de un volumen ocho veces inferior al del *Lista de partes sancionadas*, compartían el envoltorio del recinto del campo que rodeaba al VGS. A pocos kilómetros hacia cada lado, más visibles y de menor densidad, sus propias concentraciones de naves pequeñas los rodearon.

~ Resulta algo más impresionante por dentro, ¿verdad?

Hadesh Huyler guardó silencio.

Un avatar de la nave y un grupo de humanos le dieron la bienvenida. Sus dependencias resultaron ser generosas hasta el punto de la extravagancia; tenía una piscina para él solo y el lateral de uno de los camarotes tenía vistas al abismo cuya pared más lejana, a un kilómetro de distancia, era una batanga de estribor del VGS. Otro dron muy discreto desempeñaba el papel de sirviente.

Lo invitaron a tantas comidas, fiestas, ceremonias, festivales, inauguraciones, celebraciones y otros eventos y reuniones que el dispositivo de administración de compromisos de su traje llenó dos pantallas solo con la lista de las distintas formas de clasificar tanta invitación. Quilan aceptó algunas, especialmente las que incluían música en directo. La gente era amable. Él era amable con la gente. Algunos expresaron su pesar con respecto a la guerra. Él se mostraba digno y apaciguador. Huyler echaba chispas en su mente, escupiendo escarnios a cada momento.

Quilan viajó y paseó por aquella inmensa nave, atrayendo las miradas a cada paso que daba. En una nave de treinta millones de pasajeros, no todos humanos ni drones, y él era el único chelgriano. Pero raras veces alguien le daba conversación.

El avatar le había advertido de que, entre los que intentarían charlar con él, habría periodistas que podrían retransmitir sus comentarios en los servicios de noticias de la nave. En tales circunstancias, la indignación y el sarcasmo de Huyler supondrían toda una ventaja. De todas formas, Quilan mediría sus palabras minuciosamente antes de

decirlas, pero también escucharía los comentarios de Huyler en determinados momentos, fingiendo perderse en sus propios pensamientos. Le satisfizo y le divirtió ver cómo se ganaba una gran reputación como ser inescrutable como resultado.

Una mañana, antes de que Huyler estableciese contacto con él tras la hora de gracia, Quilan se levantó de la cama y se acercó a la ventana que daba a la zona exterior. Cuando ordenó que la superficie se tornase transparente, no se sorprendió de ver las llanuras de Phelen a través de ella, quemadas, llenas de cráteres, extensas en la distancia humeante bajo un cielo de color ceniza. Una carretera en ruinas las atravesaba y, sobre ella, circulaba el camión cochambroso y mutilado a la velocidad de un insecto amuermado por el invierno. Quilan se dio cuenta de que no se había despertado ni levantado, y de que todo era un sueño.

El destructor terrestre sufrió una sacudida y tembló bajo él, enviándole hondonadas de dolor a todo el cuerpo. Se oyó gemir a sí mismo. El suelo debía de estar vibrando. Se suponía que se encontraba bajo aquella cosa que lo tenía atrapado y no dentro de ella. ¿Cómo había ocurrido aquello? Qué dolor. ¿Acaso estaría muriendo? Sería eso. No podía ver nada y le costaba respirar.

A cada rato, imaginaba que Worosei le habría limpiado la cara, o lo habría colocado sentado para que estuviera más cómodo, o se habría limitado a hablar con él, dándole ánimos, con tranquilidad; pero parecía más que, de alguna forma (imperdonable), había caído dormido cada vez que ella hacía esas cosas, y solo se despertaba al haberse marchado ella. Intentó abrir los ojos pero no lo consiguió. Intentó hablar con ella, gritar para que regresase, pero no lo consiguió. Y, tras unos instantes, intentaría levantarse con todas sus fuerzas, solo para asegurarse una vez más de haber perdido el contacto con ella, con su aroma, con su voz.

–Sigues vivo, ¿eh, Entregado?

–¿Quién eres? ¿Qué pasa?

Oyó voces a su alrededor. Le dolía la cabeza. Y también las piernas.

–Tu moderna armadura no te ha salvado, ¿eh? Podrían haberte atiborrado de líquidos. No tendrían ni que haberte machacado primero. –Alguien se echó a reír.

El dolor de sus piernas se hizo insoportable. El suelo tembló bajo él. Debía de encontrarse en el interior del destructor terrestre, con su tripulación. Estaban enfadados porque había sufrido un impacto y los habían matado. ¿Estaban hablando con él? Tenía que haber soñado lo de la cabina y los incendios, o tal vez el vehículo era muy grande y ahora se encontraba en una zona que no había sufrido daños. No todos estaban muertos.

–¿Worosei? –dijo una voz. Se dio cuenta de que debía de ser la suya.

–Ooh, ¡Worosei! ¡Worosei! –dijo otra voz, burlándose de él.

–Por favor –suplicó. Intentó mover los brazos, pero solo consiguió que le dolieran

aún más.

–Ooh, Worosei, ooh, Worosei, por favor.

Antiguo edificio de la facultad, bajo los juzgados Rebote, en el Instituto Técnico Militar, ciudad de Cravinyr, Aorme. Allí era donde los habían almacenado. Las almas de los viejos soldados y estrategas militares. No deseados en tiempos de paz, ahora eran considerados como un importante recurso. Además, mil almas eran mil almas, y merecía la pena salvarlas de la destrucción de los rebeldes Invisibles. La misión de Worosei; su idea. Osada y peligrosa. Había movido los hilos para llevarla a término, lo mismo que había hecho anteriormente cuando se habían unido, asegurarse de que ella y Quilan serían destinados juntos. Hora de marcharse. ¡Ahora! ¡Rápido!

¿Acaso habían estado allí?

Le pareció recordar el aspecto del lugar... *el laberinto de pasillos, las pesadas puertas, la oscuridad y el frío, la falsa iluminación del visor del casco. Los otros; dos escuderos, Hulpe y Nolica, los mejores, confiables y fieles, una especie de triunvirato o trinidad de las fuerzas especiales del Ejército. Worosei al lado, con el rifle colgado del hombro y sus gráciles y elegantes movimientos, incluso con el traje. Su esposa. Tendría que haber persistido en su intento de detenerla, pero ella había insistido. Su idea.*

El dispositivo de sustratos estaba allí; era mayor de lo que imaginaban, del tamaño de una cabina de refrigeración doméstica. Nunca llegaremos a la nave. No al mismo tiempo.

–Hey, Entregado. Ayúdame a quitarte esto. Vamos. –Alguien seguía riendo.

Quitarte esto. Nada de recuperar. La nave.

Y ella tenía razón. Dos de los militares llegaron con la máquina. Nunca lo conseguiría.

¿Era Worosei? Acababa de limpiarle la cara, lo habría jurado. Intentó llamarla con todas sus fuerzas, intentó decir algo.

–¿Qué está diciendo?

–Y yo qué sé. Qué más da.

Uno de los brazos le dolía muchísimo, ¿sería el izquierdo o el derecho? Se enfadó consigo mismo por no poder determinar cuál era. Qué absurdo. ¡Ay! Worosei, ¿Por qué...?

–¿Estás intentando arrancarlo?

–No, solo el guante. Tendrá anillos o algo. Siempre llevan algo.

Worosei le susurró algo al oído. Se había quedado dormido. Ella se acababa de ir. Intentó llamarla de nuevo.

Llegaron los Invisibles con armamento pesado. Tendrían alguna nave, probablemente con escolta. Tormenta de nieve intentaría permanecer oculta, en ese

caso. Estaban solos. Esperando que la pequeña nave regresase por ellos. Luego los descubren, los atacan y los pierden a todos. Locura, destellos y explosiones por todas partes, mientras la facción de los Leales se cubría y contraatacaba desde donde demonios se encontrara. Corrieron bajo la lluvia; el edificio que dejaron atrás ardió y se derrumbó, reduciéndose a escombros por culpa de las armas energéticas. Era de noche y estaban solos.

–¡Dejadlo!

–Nosotros solo...

–Haced lo que se os dice u os dejo tirados en la puta carretera, ¿comprendido? Si vive, pediremos un rescate. Incluso muerto vale más que dos de vosotros juntos, imbéciles descerebrados, así que aseguraos de que sigue vivo cuando lleguemos a Golse, o lo seguiréis de cerca hasta el cielo.

–¿Asegurarnos de que viva? ¡Pero si tendrá suerte si aguanta esta noche!

–Bueno, si recogemos a algún médico que esté menos jodido que él, nos aseguraremos de que lo atiende a él en primer lugar. Mientras tanto, es cosa vuestra. Botiquín. Os daré raciones extra si sobrevive. Ah, y no lleva nada que valga la pena.

–¡Eh! Nosotros queremos una parte del rescate. ¡Eh!

Se habían caído en el interior del cráter. El vehículo se deslizaba a toda velocidad. Una gran explosión los había hecho volcar en el barro. Se habrían matado de no haber llevado los trajes. Algo golpeó con fuerza su casco, destruyendo los auriculares y atestando el visor de una luz cegadora. Se lo quitó como pudo y este cayó rodando al interior de la gran piscina formada en el fondo del cráter. Más explosiones. Atrapado e inmovilizado en el barro.

–Entregado, no haces más que dar por el saco, ¿lo sabías?

–¿Qué ha sido eso?

–Y yo qué coño sé.

El destructor terrestre, sin cabina, con una estela de humo y una de sus grandes orugas segmentadas en la pendiente del cráter, rodó a trompicones hacia el interior. Worosei había conseguido esquivar todos los escombros y se había salvado. Intentó liberarlo, pero cayó cuando la máquina se deslizó encima de él, Quilan profirió un grito al hundirlo en el suelo el colosal peso del destructor, y sus piernas quedaron atrapadas al chocar contra algo duro. Se rompió varios huesos.

Vio marcharse a la pequeña nave que la condujo a la nodriza, y la puso a salvo. El cielo seguía salpicado de destellos y le zumbaban los oídos con las detonaciones. El destructor terrestre hizo que el suelo temblase al explotar su munición, y cada estallido le producía un tremendo dolor. La lluvia no cesaba y le empapaba el rostro y el pelaje, camuflando sus lágrimas. El nivel del agua del cráter aumentaba, ofreciéndole una forma alternativa de morir, hasta que una nueva explosión de la máquina sacudió el suelo e hizo brotar una bocanada de aire desde el centro de la

mugrienta piscina, cuyo contenido se empezó a escurrir, formando un hondo túnel. Aquel lado del cráter también se desmoronó y el morro del destructor terrestre se inclinó hacia abajo, la parte posterior se elevó y la máquina pivotó sobre él, zambulléndose con furia en el orificio y provocando una nueva serie de explosiones.

Quilan intentó arrastrarse con ayuda de sus manos, pero no pudo. Empezó a tratar de excavar para liberar sus piernas.

A la mañana siguiente, un equipo de búsqueda y rescate de los Invisibles lo encontró en el barro, semiconsciente, rodeado de un hoyo poco profundo que había cavado en torno a sus piernas, pero aún incapaz de poder liberarse. Uno de sus miembros le propinó varias patadas en la cabeza y le apuntó directamente a la frente con una pistola, pero él todavía sacó fuerzas para decir en voz alta su título militar y su rango. Los Invisibles tiraron de él, librándolo del abrazo del barro e ignorando sus gritos, lo arrastraron pendiente arriba y lo lanzaron a la parte posterior de un vehículo medio destrozado, junto con el resto de los muertos y de los que agonizaban.

Avanzaban lo más despacio que parecía posible, con los que iban a morir confinados en un vagón cuya vida tampoco parecía lo suficientemente larga como para completar el viaje. El camión había perdido las puertas traseras en lo que fuera que hubiera desembocado en la imposibilidad de avanzar a una velocidad poco mayor que la de caminar. Cuando lo movieron y limpiaron la sangre de sus ojos, pudo ver las llanuras de Phelen tras de sí. Eran tierras negras y quemadas, que se extendían hasta donde abarcaba la vista. De cuando en cuando, ráfagas de humo manchaban el horizonte. Las nubes eran negras o grises, y a veces caían cenizas como lluvia suave.

Pero la lluvia real arreciaba con fuerza cuando el vehículo se encontraba en una zona de la carretera situada por debajo del nivel de las llanuras, transformando la vía en un arroyo gris e invadiendo la puerta trasera y el compartimento posterior del camión. Habían levantado a Quilan, que gemía de dolor, y lo habían sentado en uno de los bancos de la parte de atrás. Consiguió mover un brazo y la cabeza, no sin mucha dificultad, para contemplar con impotencia cómo tres de los heridos que lo acompañaban morían en sus camillas, engullidos por la marea gris. Él y uno de los otros gritaron, pero aparentemente, nadie los oyó.

El camión empezó a girar precipitadamente de un lado al otro, deslizándose sin rumbo en el barrizal. Quilan levantó la vista, asustado, hacia el abollado techo mientras el agua mugrosa se arremolinaba sobre los cuerpos sumergidos, a la altura de sus rodillas. Se preguntó si realmente le importaba o no morir, y decidió que sí porque tenía una posibilidad de volver a ver a Worosei. Entonces, el camión se estabilizó y encontró tracción, saliendo lentamente de las aguas y recuperando el camino entre rugidos.

La mezcla de ceniza y agua empezó a escurrirse de la parte posterior, dejando al

descubierto los cadáveres, rebozados en gris, como si llevaran sudarios.

El camión tomó varios desvíos para esquivar hoyos y cráteres. Atravesó dos puentes improvisados entre tambaleos. Se cruzó con otros vehículos que circulaban en dirección contraria a la suya y, en una ocasión, un par de naves supersónicas pasaron en vuelo raso por encima de él, levantando polvo y cenizas. Nadie lo adelantó en ningún momento.

Quilan fue mínimamente atendido por dos camilleros de los Invisibles, que tenían órdenes de vigilarlo. En realidad, eran Desoídos, una casta por encima de los Invisibles, perteneciente a la ideología de los Leales. Ambos parecían alternar impredeciblemente entre el alivio de que fuera a sobrevivir y pudieran obtener un pellizco del rescate y el fastidio de que hubiera sobrevivido. En su cabeza, los bautizó como Mierda y Pedo, y se enorgulleció de no poder recordar sus verdaderos nombres.

Fantaseaba. Básicamente, fantaseaba con la idea de reunirse con Worosei sin que ella se hubiese enterado de que él había sobrevivido, de forma que el encuentro supusiese una completa sorpresa. Intentaba imaginar el aspecto de su rostro, la sucesión de expresiones que vería en ella.

Por supuesto, jamás sucedería así. Ella estaría igual que él, si las circunstancias fueran inversas; intentaría por todos los medios averiguar qué le había ocurrido a él, con la esperanza, por vana que pudiera parecer, de que hubiera sobrevivido gracias a cualquier milagro. Así, lo descubriría, o alguien se lo comunicaría cuando se difundiese la información sobre su huida, y él no vería esa expresión en su rostro. No obstante, podía imaginar todo aquello y se pasaba las horas haciéndolo, mientras el camión traqueteaba y gruñía en su trayecto a través de las calurosas llanuras.

Les había dicho su nombre, una vez que hubo conseguido articular palabra, pero nadie pareció prestarle la menor atención; lo único aparentemente importante era que se trataba de un noble, con la marca y la armadura que lo acreditaban. Tampoco estaba seguro de la conveniencia de recordarles cómo se llamaba. Si lo hacía, y se lo comunicaban a sus superiores, tal vez Worosei tardaría menos en descubrir que permanecía con vida, pero también tenía aquella parte supersticiosa y cautelosa que temía hacerlo, porque se imaginaba que alguien se lo decía a ella (satisfaciendo aquella presunta vana esperanza) e imaginaba la expresión de su rostro en ese momento, pero también se imaginaba muriendo después de aquello, porque no habían podido curar sus lesiones y cada vez se sentía más débil.

Aquello resultaría demasiado cruel. Que le dijeran que, contra todo pronóstico, había sobrevivido, para descubrir más tarde que había muerto por culpa de sus lesiones... Por eso decidió guardar silencio sobre su identidad.

Si existía la posibilidad de pagar un rescate o una alternativa aún más rápida, podría haber montado un alboroto, pero no tenía medios de pago inmediato, y las fuerzas de los Leales –Junto con algún independiente que pudiera haber sido

aceptado en ambos bandos– se habían reagrupado en algún lugar próximo a Chel. No importaba. Worosei estaría allí con ellos. A salvo. No dejaba de imaginar la expresión de su rostro.

Entró en coma antes de llegar a lo que quedaba de la ciudad de Golse. El intercambio con rescate tuvo lugar sin que él tuviera conocimiento alguno de lo que estaba ocurriendo. Un trimestre más tarde, cuando la guerra ya había terminado y regresaba a Chel, supo lo que le había ocurrido a la nave *Tormenta de nieve*, y que Worosei había muerto allí.

Se marchó durante la noche del VGS, cuando la luz del sol ya había desaparecido y una profunda iluminación rojiza bañaba las tres naves y las escasas máquinas que volaban perezosamente en torno a ellas.

En realidad, se encontraba en otra embarcación, llamada *Piquete muy veloz*, en el último tramo de su viaje al orbital de Masaq. La nave desapareció en el interior del *Lista de partes sancionadas* y, al poco tiempo, salió y se separó del exterior elipsoide y plateado, virando para emprender el camino del sistema estelar de Lacelere y abandonando el VGS, que inició su giro para regresar al espacio chelgriano, una inmensa y brillante cueva de aire que centelleaba a través del vacío existente entre las estrellas.

Aerosfera

Uagen Zlepe, erudito, se encontraba suspendido del follaje subventral del lado izquierdo del behemotauro dirigible *Yoleus*, con ayuda de su cola prensil y su mano izquierda. Sostenía una placa de escritura glífica con un pie y escribía en ella con la otra mano. La otra pierna quedaba colgando, temporalmente libre para posibles necesidades. Vestía unos pantalones amplios de color cereza (en aquellos momentos, enrollados por encima de las rodillas), sujetos por un firme cinturón con bolsillos, una chaqueta negra y corta con una capa plegada, recios brazaletes de espejo en los tobillos y una cadena en el cuello con cuatro piedras apagadas y un gorro con borla. Su piel era de un tono verde claro y medía unos dos metros cuando se erguía sobre sus patas traseras, y algo más desde la nariz hasta la cola.

A su alrededor, más allá de los helechos colgantes del follaje del behemotauro, agitado por el viento, el paisaje se desvanecía hacia una brumosa nada azulada en todas direcciones, excepto hacia arriba, donde el cuerpo de aquella criatura colmaba el cielo.

Dos de los siete soles apenas resultaban visibles, uno grande y rojo a la derecha, justo por encima del Horizonte Asumido, y otro de menor tamaño de color anaranjado a la izquierda, a un cuarto aproximado por debajo, en línea recta. No se veía ninguna otra megafauna, aunque Uagen sabía que había una cerca de allí, justo encima de la superficie superior de *Yoleus*. El behemotauro dirigible *Muetenive* estaba en celo, y así llevaba desde hacía tres años estándar. *Yoleus* había seguido a la otra criatura durante todo aquel tiempo, viajando de forma diligente tras ella, siempre justo por debajo y por detrás, practicando el cortejo, argumentando sus motivos, esperando con paciencia a alcanzar su propio momento e injuriando, infectando o, simplemente, apartando del camino a todos los demás pretendientes potenciales.

Según los parámetros de los behemotauros dirigibles, un cortejo de tres años suponía algo más que un mero capricho, pero nada más importante que un antojo pasajero. No obstante, *Yoleus* parecía muy comprometido con la persecución, y esa misma atracción los había llevado a tan bajo nivel de la aerosfera Oskendari a lo largo de los últimos cincuenta días estándar; normalmente, una megafauna como aquella prefería permanecer más arriba, donde el aire era menos denso. Allí abajo, donde el ambiente era tan cargado y gelatinoso que Uagen Zlepe había notado que su propia voz sonaba distinta, era necesaria una gran cantidad de la energía de un behemotauro dirigible para controlar su flotabilidad. *Muetenive* estaba probando el ardor de *Yoleus*, y también su estado de forma física.

En una zona de mayor altura –tal vez a unos cinco o seis días estándar a aquel lento ritmo de deriva– se encontraba la entidad lenticular de gigalitina Buthulne, donde tal vez la pareja llegase a aparearse finalmente, aunque probablemente no lo

haría.

En realidad, no estaba nada claro que lograsen siquiera llegar al inmenso continente vivo en primer lugar. Las aves mensajeras habían traído noticias de una burbuja de convección masiva que parecía estar a punto de manar de las zonas inferiores de la aerosfera a lo largo de los siguientes días, y que, si se interceptaba correctamente, proporcionaría un rápido y fácil ascenso al mundo flotante de Buthulne, aunque el tiempo previsto era muy ajustado.

Los cotilleos entre la variada población de *Muetenive* y *Yoleus*, de organismos dependientes, simbiotas, parásitos y huéspedes, indicaban la alta probabilidad de que *Muetenive* perdería el tiempo durante los siguientes dos o tres días, tras los que realizaría una carrera a máxima velocidad por el espacio aéreo justo hasta la parte superior de la burbuja de convección, para comprobar si *Yoleus* era capaz de mantener contacto. Si era el caso y lo hacían, harían una entrada espléndidamente espectacular en la presencia de Buthulne, donde un colosal parlamento de miles de sus colegas serían testigos de su gloriosa llegada.

El problema era que, a lo largo de las últimas decenas de miles de años, *Muetenive* había demostrado ser un jugador algo imprudente en aquellas lides. A menudo, dejaba aquellos *sprints* deportivos o de apareamiento para cuando ya era demasiado tarde.

De esa forma, quizá no llegarían a la región adecuada hasta que la burbuja ya hubiera desaparecido, y las dos megafaunas y todos los seres que reptaban en su interior, se aferraban a su exterior o flotaban a su alrededor se quedarían sin nada más que una turbulencia o, peor aún, corrientes de aire descendentes, mientras la burbuja se elevaba en la aerosfera.

Y todavía más alarmante para los de *Yoleus*, dada la fabulosa y legendaria reputación de la entidad lenticular de gigalitina Buthulne, era el hecho de que las aves mensajeras afirmaban que se trataría de una burbuja especialmente grande, y que a Buthulne le apetecía cambiar de paisaje, lo que significaba que era probable que se posicionase justo encima del chorro de aire, para alcanzar las capas superiores de la aerosfera. Si eso ocurría, podían transcurrir años, o incluso décadas, antes de que encontraran a otra entidad lenticular de gigalitina, y siglos –posiblemente milenios– antes de que la propia Buthulne se dejase ver de nuevo.

La Casa de Invitados de *Yoleus* era un bulto en forma de calabaza situado justo delante del tercer conjunto dorsal de aletas de la criatura, a escasa distancia de su cima. En aquella estructura, que le recordaba a una fruta vacía pese a sus cincuenta metros de anchura, Uagen tenía sus dependencias.

Uagen estaba allí, observando a *Yoleus*, la otra megafauna y la ecología completa de la aerosfera, desde hacía trece años. Ahora estaba considerando seriamente la posibilidad de cambiar de forma drástica tanto su esperanza de vida como su forma

corpórea, para adaptarse mejor a la escala de la aerosfera y a la prolongada duración de las vidas de sus habitantes.

Uagen había tenido una forma bastante similar a la humana durante la mayor parte de los noventa años que había vivido en la Cultura. Su actual constitución simiesca –sumada al uso de cierta tecnología de la Cultura, aun sin base en la ciencia de campo, ante la que la megafauna nunca había mostrado objeción– había resultado una estrategia de adaptación sensata para la aerosfera.

No obstante, poco antes, había empezado a pensar en alterar su forma para parecerse a algo más similar a un pájaro gigante, y en vivir potencialmente durante mucho tiempo y, posiblemente, de forma indefinida; lo suficiente como para experimentar, por ejemplo, la lenta evolución de un behemotauro.

En el supuesto caso de que *Yoleus* y *Muetenive* se apareasen, intercambiando y fusionando sus personalidades, ¿cómo se llamarían los dos behemotauros resultantes? ¿*Yolenunive* y *Mueteleus?* ¿Cómo afectaría exactamente aquella cópula sin descendencia a sus dos protagonistas? ¿Qué cambios sufriría cada uno? ¿Sería un intercambio equitativo o uno de los dos dominaría al otro? ¿Habría descendencia en algún caso? ¿Los behemotauros morían alguna vez por causas naturales? Nadie lo sabía. Aquellas preguntas y otras miles seguían sin respuesta. La megafauna de las aerosferas era muy escrupulosa a la hora de guardar silencio respecto a aquellas cuestiones, y en todos los registros históricos –o al menos, en todos los que Uagen había consultado en los notoriamente inmodestos depósitos de datos de la Cultura–, la evolución de un behemotauro jamás había sido documentada.

Uagen lo habría dado prácticamente todo para presenciar semejante proceso y aportar todas las respuestas, pero solo la posibilidad de hacerlo suponía un gran compromiso a largo plazo.

Suponía que, si conseguía algo de todo aquello, debería regresar a su orbital natal para comunicárselo a sus profesores, a su madre, a sus familiares, y a sus amigos y demás. Todos ellos lo esperaban de vuelta en otros diez o quince años, pero cada vez tenía la mayor certeza de que él era uno de esos eruditos que dedicaban sus vidas al trabajo, en lugar de pertenecer a aquel grupo que completaba un periodo de estudio intenso para adquirir un desarrollo más pleno. No experimentaba una excesiva sensación de pérdida a aquel respecto; según los parámetros humanoides de esperanza de vida, ya había tenido una existencia larga y fructífera cuando decidió dedicarse al estudio como prioridad principal.

No obstante, el largo viaje de regreso a casa le parecía algo desalentador. La aerosfera Oskendari no mantenía un contacto regular con la Cultura (ni con nadie más) y lo último que Uagen había oído era que la siguiente nave de la Cultura con un programa de ruta que se acercase al sistema no partiría hasta al cabo de otros dos años. Habría otras embarcaciones que saldrían antes, pero aún tardaría más en llegar a

casa si debía salir en una nave alienígena, eso en caso de que aceptaran llevarlo.

Incluso tomando un transporte de la Cultura, pasaría al menos un año de viaje hasta su hogar, y otro año para llegar hasta allí, y después el trayecto de vuelta... ninguna nave tenía programado un destino tan lejano la última vez que lo consultó.

Quince años atrás, le habían ofrecido su propia nave, cuando llegó la noticia de que un behemotauro dirigible había consentido alojar a un erudito de la Cultura, pero adquirir una nave estelar que solo utilizaría dos veces en veinte o treinta años le había parecido un derroche excesivo, incluso según los parámetros de la Cultura. Sin embargo, si iba a quedarse allí para no volver a ver con vida a ninguno de sus familiares y amigos, no tendría elección en cuanto a su regreso. En cualquiera de los casos, tenía que meditarlo mucho.

La Casa de Invitados de *Yoleus* se había ubicado en un lugar que proporcionase a los visitantes de la criatura unas vistas agradables y bien ventiladas. Con el cortejo de *Muetenive* y la táctica de seguimiento de *Yoleus* por debajo y por detrás, la casa se había convertido en un lugar sombrío y claustrofóbico. Mucha gente se había marchado, y los invitados que no lo habían hecho se mostraban excesivamente parlanchines y nerviosos según la opinión de Uagen que, al fin y al cabo, estaba allí para estudiar. Por ese motivo, empezó a sociabilizarse aún menos que antes, y cada vez pasaba más tiempo sumergido en su estudio o recorriendo las bulbosas superficies del behemotauro.

Se colgó del follaje, trabajando en silencio.

Bandadas de falfícoras vagaban entre los remolinos de viento en torno a las dos inmensas criaturas; columnas y nubes de infinitésimas siluetas oscuras. Precisamente, era el vuelo de una bandada de falfícoras lo que Uagen intentaba describir en su placa de escritura glífica.

Escribir, obviamente, apenas era el término adecuado para lo que hacía Uagen. No se escribía en una placa de escritura glífica; se accedía a su interior hueco con ayuda del bolígrafo digital y se cincelaba, se modelaba, se coloreaba, se texturizaba, se mezclaba, se equilibraba y se anotaba, todo al unísono. Los glifos de ese tipo eran sólidas composiciones poéticas, creadas desde nada sólido. Eran verdaderos hechizos, imágenes perfectas, auténticas intelectualizaciones de sistemas cruzados.

Los glifos habían sido inventados por las Mentes (o sus equivalentes) y corría el infame rumor de que solo se habían creado para proporcionar un sistema de comunicación que los humanos (o sus equivalentes) fueran incapaces de comprender o reproducir. Gente como Uagen había dedicado su vida a demostrar que las Mentes no eran tan abismalmente inteligentes como pensaban o que los cínicos paranoicos se habían equivocado.

–Bien. Ya he terminado –dijo Uagen, sosteniendo la placa frente a su rostro y mirándola atentamente. Le dio la vuelta e inclinó la cabeza. Mostró la placa a su

compañera, la intérprete Praf 974, que estaba suspendida de una rama cercana al hombro de Uagen.

Praf 974 era una Decisiva de quinto orden de la Tropa Deductora del Decimoprimer Follaje del behemotauro dirigible *Yoleus*, a quien habían concedido inteligencia autónoma actualizada y el título de intérprete cuando fue asignada a Uagen. Inclinó la cabeza a la misma altura que él y echó un vistazo a la placa.

–No veo nada. –Hablaba en marain, el idioma de la Cultura.

–Estás boca abajo.

La criatura batió las alas. Sus alargados ojos miraban fijamente a Uagen.

–¿Acaso importa? –preguntó.

–Sí. Está polarizado. Mira. –Uagen giró la placa frente a la intérprete y la invirtió.

Praf 974 retrocedió, con las alas medio extendidas y el cuerpo encogido, como si estuviera preparándose para emprender el vuelo. Se relajó y recuperó la postura, balanceándose de un lado al otro.

–Ah, sí. Ahí están.

–Estaba tratando de utilizar el fenómeno por el cual se observa a una bandada de, por ejemplo, falfícoras desde una gran distancia, pero no pueden verse por la incapacidad de distinguir a una criatura individual desde tan lejos, con lo cual, se fusionan y se reúnen formando un grupo compacto y se vuelven visibles de repente, como si surgieran de la nada, como una metáfora de la comprensión conceptual, una experiencia a menudo igualmente precipitada.

Praf 974 volvió la cabeza, abrió el pico, sacó la lengua a toda velocidad para recolocar una hoja retorcida y miró de nuevo a Uagen.

–¿Y cómo se hace eso? –preguntó.

–*Mmm...* con mucho talento –repuso él, echándose a reír con cierta sorpresa. Guardó el bolígrafo y pulsó sobre la placa para almacenar el glifo.

Pero no debió de guardarlo bien, porque se deslizó desde su ranura lateral y cayó hacia el vacío azul.

–¡Oh, vaya! –dijo Uagen–. Tendría que haber repuesto el cordón.

El bolígrafo se convirtió en un minúsculo punto. Ambos lo miraron.

Praf 974 dijo:

–Era tu instrumento de escritura, ¿no?

–Sí –contestó Uagen, agarrándose la pierna derecha.

–¿Tienes otro?

–*Mmm...* en realidad, no –repuso él, mordiéndose una uña.

–*Mmm...* –Praf 974 inclinó la cabeza.

–Supongo que tendré que ir a buscarlo –dijo Uagen, rascándose la cabeza.

–Es el único que tienes.

Uagen soltó la mano y la cola del follaje, y se dejó caer al vacío para recuperar el

instrumento. Praf 974 también liberó sus garras y lo siguió.

El aire era cálido y cargado; bramaba y golpeaba los oídos de Uagen.

–He recordado –dijo Praf 974 mientras ambos empezaron a caer en picado.

–¿Qué? –preguntó Uagen, mientras fijaba la placa de escritura a su cinturón, de donde extrajo un par de gafas antiventisca y se las puso, con los ojos ya llorosos.

Se inclinó en el aire para seguir al bolígrafo con la vista, aunque este ya estaba casi fuera de su campo de visión. Aquellos instrumentos de escritura eran pequeños pero muy densos, y también, sin intención, muy aerodinámicos. Y estaba cayendo a una alarmante velocidad. Las ropas de Uagen revolotearon y ondearon como una bandera en un temporal.

El gorro con borla que llevaba se escapó de su cabeza; intentó agarrarlo, pero salió despedido hacia arriba. Por encima de él, la enorme masa del behemotauro dirigible *Yoleus* se alejaba lentamente.

–¿Quieres que vaya a recuperar tu gorro? –gritó Praf 974 entre los bramidos del viento.

–No, gracias –exclamó Uagen–. Ya lo recogeremos a la vuelta.

Uagen se dio la vuelta y miró hacia las azules profundidades. El bolígrafo surcaba el viento como el proyectil de una ballesta.

Praf 974 se acercó a Uagen hasta que su pico quedó a la altura de su oído derecho y las plumas se agitaron en el cargado aire al nivel de su hombro.

–Como te decía... –empezó.

–¿Sí?

–El behemotauro *Yoleus* sabría más sobre tus conclusiones respecto a tu teoría sobre los efectos de la susceptibilidad gravitacional que influyen en la religiosidad de una especie con una particular referencia a sus creencias escatológicas.

Uagen estaba perdiendo de vista el bolígrafo. Miró a Praf 974 y frunció el ceño.

–¿Y?

–Nada. Acabo de recordarlo.

–Ah, bueno. Espera un momento. ¿Podrías...? O sea, que el bolígrafo cae a toda velocidad. –Uagen pulsó un botón de su puño izquierdo; sus ropas se pegaron a su cuerpo y dejaron de ondear. Adoptó una postura de salto al vacío, uniendo las manos y enrollando la cola en torno a sus piernas. Junto a él, Praf 974 plegó las alas y también consiguió un aspecto más aerodinámico.

–No puedo verlo –dijo ella.

–Yo sí. Creo. El muy puñetero...

El bolígrafo cada vez se alejaba más de él. Su resistencia al aire debía de ser algo inferior a la suya, incluso en la posición de caída en picado. Uagen miró durante un segundo a la intérprete.

–Creo que tendré que acelerar –gritó.

La silueta de Praf 974 pareció alargarse cuando plegó aún más las alas, pegándolas al cuerpo, y estiró el cuello. Alcanzó enseguida a Uagen y empezó a adelantarle. A continuación, se relajó y siguió cayendo.

–No puedo ir más deprisa –dijo.

–Bien. Entonces, nos vemos dentro de un rato.

Uagen pulsó un par de botones de su muñeca. Unos minúsculos motores situados en los brazaletes de sus tobillos se pusieron en marcha.

–¡Abre paso! –le gritó a la intérprete.

Las cuchillas propulsoras de los motores eran expansibles y, aunque no necesitaba demasiada energía adicional para aumentar la velocidad de la caída lo suficiente como para alcanzar el bolígrafo, sufrió el terrible accidente de atravesar con ellas a uno de los sirvientes más fieles de *Yoleus.*

Praf 974 ya se había alejado unos metros.

–Intentaré recuperar tu gorro sin dejar que me coman las falfícoras.

–Ah. De acuerdo.

Uagen incrementó su velocidad de caída. El viento ululaba en sus orejas y unos pequeños crujidos en los oídos y en las cavidades del cráneo le indicaron que la presión estaba aumentando. Había perdido de vista el bolígrafo por un momento; como si el azul oceánico del cielo, aparentemente infinito, se lo hubiera tragado.

Si hubiera mantenido los ojos clavados en él, ahora podría asegurarse de conocer su posición exacta. En todo aquello, existía una similitud, tal vez, con el glifo de la repentina aparición de las falfícoras. Una relación con la concentración perceptual, con la forma en que la visión podía extraer un significado del semicaos del campo visual.

Quizá el bolígrafo se había desviado hacia un lado. Quizá un ave de rapiña camuflada, pensando que era comida, lo había engullido. Quizá no podría reubicarlo hasta que ambos alcanzasen la curvada superficie interna de la esfera. Uagen supuso que el objeto podía rebotar contra ella. ¿Cuál sería su profundidad? La aerosfera no era realmente una esfera; en realidad, ninguno de sus dos lóbulos era una esfera. A cierto nivel, el fondo de los lados curvados de la aerosfera estaba invertido, hundiéndose bajo la masa del cuello de detritos.

¿A cuánta distancia se encontraban de la línea polar de la aerosfera? Uagen recordó que se habían acercado mucho; por lo visto, la entidad lenticular de gigalitina Buthulne no se había alejado demasiado de la línea polar desde hacía décadas. ¡Quizá tendría que posarse sobre el cuello de detritos! Volvió a mirar hacia abajo. Ni rastro de algo sólido. Además, le habían dicho que, para verlo, se necesitaban varios días de caída en picado. Y, en cualquier caso, si el bolígrafo caía en la basura y la porquería del cuello, tampoco iba a encontrarlo nunca. Por otro lado, allí abajo había... cosas. Como Praf 974 había dicho, a lo mejor se lo comían.

¡Y todavía podía aterrizar sobre el cuello de detritos justo en el momento previo a la expulsión! Entonces, moriría seguro. ¡En el vacío! ¡Como parte de una pelota de mierda glorificada! ¡Qué horror!

Las aerosferas migraban por toda la galaxia, orbitando una vez cada cincuenta o cien millones de años, en función de lo cerca que se encontrasen del centro. Arrastraban residuos y gases que se adherían a los lados externos y, desde sus bases, cada pocos cientos de años, desechaban los residuos que los carroñeros de su flora y fauna no habían podido procesar completamente. Restos del tamaño de pequeñas lunas salían de imposibilidades globulares tan grandes como enanos, dejando una estela de globos de detritos esparcidos por los brazos espirales que situaban la primera aparición de aquel extraño mundo en la galaxia en un billón y medio de años atrás.

La gente había asumido que las aerosferas debían ser obra de la inteligencia, pero en realidad, nadie –o, al menos, nadie dispuesto a compartir sus conocimientos sobre el tema– tenía ni idea. La megafauna podía saber algo pero, para frustración de eruditos como Uagen Zlepe, las criaturas como *Yoleus* se encontraban tan y tan lejos del período Inescrutable que, con cualquier propósito práctico, el mundo también podría haber sido sinónimo de «sinceridad», o un «parlanchín de corazón simple».

Uagen se preguntó a qué velocidad estaba cayendo en ese momento. Tal vez si lo hacía demasiado rápido, volaría directamente hacia el bolígrafo, se lo clavaría y se mataría. ¡Qué deliciosa ironía! Y qué dolor. Comprobó la velocidad de caída en una pequeña pantalla situada en un rincón de sus gafas. Era de veintidós metros por segundo, y su tasa de descenso estaba aumentando de forma lenta y progresiva. Ajustó su velocidad a una constante de veinte.

Volvió a fijar su atención en el gran abismo azul que se extendía al frente y por debajo, y localizó el bolígrafo, que se tambaleaba de forma mínima mientras caía, como si algo o alguien invisible estuviera garabateando una espiral con él. Uagen consideró que se acercaba al objeto a un ritmo satisfactorio. Cuando se encontró a pocos metros de él, redujo ligeramente la velocidad, hasta encontrarse al nivel del instrumento, no más rápido de lo que una pluma caería a través del aire fresco.

Uagen cogió el bolígrafo. Intentó detener su caída de la forma más impresionante, como lo haría una persona de acción (pese a ser un estudioso erudito, también era alguien ávido de aventura, por inverosímil que eso pudiera parecer), dando una vuelta en el aire hasta situar los pies por debajo, donde las cuchillas propulsoras de los brazaletes se enfrentaron a la resistencia del aire. En retrospectiva, la posibilidad de haberse mutilado él mismo era bastante alta. Pero, en lugar de ello, simplemente perdió todo control y empezó a dar caóticas volteretas en el aire, gritando y maldiciendo, intentando mantener la cola enrollada y alejada de las cuchillas propulsoras, desprendiéndose de nuevo, sin querer, del bolígrafo.

Extendió sus extremidades y esperó a que sus movimientos adquiriesen cierta regularidad, tras lo que volvió a adoptar una posición aerodinámica para retomar el control de la caída y recuperar el objeto. Alcanzó a ver un vago indicio de la silueta de *Yoleus,* muy, muy arriba, y un pequeño contorno –lo suficiente cercano como para ser una forma y no un simple punto– en diagonal ascendente. Parecía Praf 974. Y allí estaba el bolígrafo; encima de él, abandonando su caída en espiral y reemprendiendo su actitud de proyectil de ballesta. Uagen utilizó los controles de sus puños para reducir la potencia de los propulsores.

El bramido del viento aminoró; el bolígrafo cayó suavemente en su mano. Lo fijó a un lateral de la placa de escritura y volvió a usar los controles de la muñeca para relanzar los motores de las cuchillas propulsoras. La sangre le subió a la cabeza, añadiendo un nuevo rugido a sus oídos, sumado al del viento, que oscurecía y emborronaba el azul panorama. Su collar, un regalo cortesía de su tía Silder, de antes de marcharse, se deslizó bajo su barbilla.

Dejó que las cuchillas propulsoras volasen libremente durante un momento, y luego volvió a alimentar los motores. Sentía la cabeza pesada y cargada, pero aquello era lo peor que había experimentado hasta entonces. Su precipitada caída en picado se convirtió en un lento planeo, con el denso aire como ayuda para mantener su estabilidad. Finalmente, se detuvo. Pensó en intentar equilibrar su posición mediante los motores de los brazaletes de los tobillos. Activaría la capa y se dejaría flotar hacia arriba.

Se quedó allí, suspendido e inmóvil, mientras los motores giraban con dificultad en el denso ambiente.

Entrecerró los ojos.

Había algo allí abajo, a mucha distancia, pero aún perceptible entre la neblina. Una silueta. Una enorme silueta que ocupaba aproximadamente la misma parte de su campo visual que su mano estirada, pero tan lejana que apenas era visible en la nebulosa. Uagen fijó la vista, miró hacia otro lado y volvió a mirar hacia abajo.

Definitivamente, allí había algo. Desde la aleteada forma de un dirigible, parecía otro behemotauro, aunque *Yoleus* había mostrado que *Muetenive* los había conducido a un nivel inhabitual, dolorosa y discutiblemente bajo, casi sin precedentes, con lo que Uagen consideró muy extraña la posible presencia de otra de aquellas gigantescas criaturas tan por debajo incluso de la pareja del cortejo. Por otro lado, la forma tampoco parecía la habitual. Tenía demasiadas aletas y, en plano –bajo la circunstancia de estar mirando hacia abajo y por la espalda–, tenía aspecto de ser asimétrica. Muy poco usual. Incluso alarmante.

Se oyó un aleteo cerca.

–Aquí está tu gorro.

Uagen se volvió a mirar a Praf 974, que batía las alas lentamente en la densidad

del aire y sostenía en el pico el gorro con borla.

–Ah, gracias –repuso él, cogiendo con fuerza la prenda.

–¿Tienes el bolígrafo?

–*Mmm, sí, sí,* lo tengo. Mira allí abajo. ¿Ves algo?

Praf 974 fijó la vista en la dirección indicada. Finalmente, dijo:

–Hay una sombra.

–Sí, ¿verdad? ¿Te parece que pudiera ser un behemotauro?

–No –contestó la intérprete, girando la cabeza.

–¿No?

La intérprete giró la cabeza hacia el otro lado.

–Sí –dijo.

–¿Sí?

–No y sí. Los dos a la vez.

–¡Ah! –Uagen volvió a mirar hacia abajo–. Me pregunto qué será.

–Y yo también. ¿Volvemos al *Yoleus?*

–*Mmm,* no sé. ¿Crees que debemos hacerlo?

–Sí. Hemos caído a mucha distancia. No veo el *Yoleus.*

–Oh. Vaya. –Uagen miró hacia arriba. Claramente, la silueta gigante de la criatura había desaparecido entre la niebla–. Ya veo. O, mejor dicho, no veo. Ja, ja.

–Efectivamente.

–*Mmm...,* pero sigo preguntándome qué es eso de allí abajo.

El sombrío contorno de aquel ser gigante parecía inmóvil. Las corrientes de aire casi lo hacían desaparecer entre la niebla en ciertos momentos, dejando solo a la predisposición del ojo el hecho de que seguía allí. Y luego volvía, se distinguía, pero seguía sin mostrar nada más que una forma, una sombra de un azul más profundo que el del inmenso abismo de aire que tenían por debajo.

–Deberíamos regresar al *Yoleus.*

–¿Crees que tendrá alguna idea de lo que es eso?

–Sí.

–Parece un behemotauro, ¿no?

–Sí y no. Quizá esté enfermo.

–¿Enfermo?

–Herido.

–¿Herido? ¿Qué puede...? ¿Cómo se puede herir un behemotauro?

–Es muy poco habitual. Deberíamos regresar al *Yoleus.*

–Podríamos acercarnos a echar un vistazo –dijo Uagen. En realidad, no estaba seguro de querer hacerlo, pero sintió que debía decirlo. Al fin y al cabo, se trataba de algo interesante. Por otro lado, también resultaba un poco inquietante. Como bien había dicho Praf 974, habían perdido el contacto visual con *Yoleus.* Encontrarlo de

nuevo no debía entrañar mucha dificultad; el behemotauro no se movía a gran velocidad, y solo con ascender en línea recta probablemente llegarían bajo la criatura. Pero, bueno, aún así...

¿Y si *Muetenive* decidía emprender una fuga precipitada de la burbuja de convección en ese momento, en lugar de hacerlo al cabo de uno o dos días? En ese caso, él y Praf 974 podían perderse y quedarse a la deriva. *Yoleus* podía no darse cuenta de su ausencia. Y si se había percatado de que ya no estaban en su interior, y si se veía impulsado por un repentinamente fogoso *Muetenive*, posiblemente enviaría a un par de aves exploradoras, para protegerlos y escoltarlos de vuelta. Pero no existía garantía alguna de que supiera que él y Praf 974 no se encontraban a salvo entre su follaje.

Uagen miró a su alrededor, en busca de falfícoras. Ni siquiera iba armado; cuando rechazó cualquier clase de dispositivos de escolta, la universidad insistió en que, al menos, llevase una pistola encima, pero él ni se había molestado en sacarla de su caja.

–Deberíamos regresar al *Yoleus*. –La intérprete hablaba a gran velocidad, que era lo más parecido a mostrar nervios o inquietud. Probablemente, Praf 974 nunca se había encontrado en la situación de no poder ver la inmensa criatura que era su hogar, su anfitriona, su líder, su madre. Debía de tener miedo, si es que aquellas criaturas podían sentirlo.

Uagen tenía miedo, él sí podía reconocerlo. No demasiado, pero sí lo suficiente como para esperar que Praf 974 rechazase acompañarlo a explorar aquella extraña silueta, para lo que debían descender un gran trecho. Ni siquiera quería calcular cuántos kilómetros.

–Deberíamos regresar al *Yoleus* –repitió ella.

–¿De verdad lo crees?

–Sí. Deberíamos regresar al *Yoleus*.

–Supongo que tienes razón. De acuerdo. –Uagen suspiró–. Discreción, y todo eso. Mejor que sea *Yoleus* quien decida qué hacer.

–Deberíamos regresar al *Yoleus*.

–Que sí, que sí. –Uagen utilizó los controles de su muñeca para activar la capa plegada. Esta se abrió, formó una especie de esfera y, lentamente, empezó a expandirse.

–Deberíamos regresar al *Yoleus*.

–En eso estamos, Praf. Ahora nos vamos. –Sintió que empezaba a elevarse y que un suave impulso en sus hombros lo levantaba para adoptar una posición horizontal.

–Deberíamos regresar al *Yoleus*.

–Praf, por favor. Eso es precisamente lo que estamos haciendo. Deja de...

–Deberíamos regresar al *Yoleus*.

–¡Que te he dicho que ya vamos! –Uagen redujo la potencia de los motores de los brazaletes, y la capa hinchada, como una esfera negra perfecta, floreciendo por detrás de su cabeza, levantó con suavidad todo su peso y lo alzó hacia arriba.

–Deberíamos...

–*¡Praf!*

Las cuchillas propulsoras se escondieron de nuevo en los brazaletes. Al fin, Uagen flotaba en línea ascendente. Praf 974 batió sus alas con algo más de fuerza para situarse a su altura. Miró la enorme esfera negra que formaba la capa.

–Otra cosa –dijo.

Uagen estaba mirando hacia abajo, entre sus botas. Aquella gigantesca silueta empezaba a desaparecer entre la bruma. Clavó los ojos en la intérprete y le preguntó:

–¿Qué?

–Al *Yoleus* le gustaría saber más sobre los vacíos dirigibles de tu Cultura.

Uagen miró el globo negro sobre su cabeza. La capa producía la elevación comprimiéndose en forma de balón y luego expandiendo su superficie, creando un vacío en el interior. Y ese vacío era el que le elevaba, desde los hombros, hacia el cielo.

–¿Cómo? ¡Ah, bueno! –Ojalá no hubiera mencionado aquello. Y ojalá hubiera traído consigo una bibliografía técnica más completa de la Cultura–. En realidad, no soy ningún experto en la materia. Fui un mero turista sobre ellos, en alguna ocasión, en mi orbital natal.

–Mencionaste algo sobre las bombas de vacío. ¿Cómo se consiguen? –Parecía que a Praf 974 le costaba un considerable esfuerzo físico mantenerse a su nivel. Batía las alas con toda la fuerza con que la densa atmósfera le permitía hacerlo.

Uagen reajustó las dimensiones de la capa. Su ritmo de ascenso se redujo.

–¡Ah! Según tengo entendido, se crea el vacío en esferas.

–Esferas.

–Esferas de armazón muy fino. Se mantienen los espacios entre las esferas llenas de... esto... bien; helio o hidrógeno, creo, en función de la inclinación. Aunque no creo que se consiga una elevación mucho mayor comparando solo el uso de hidrógeno y helio, sino el de un tanto por ciento reducido. Una de esas cosas que se suelen hacer porque pueden ser, en lugar de porque deben ser.

–Ajá..

–Entonces se pueden bombear. Las esferas y el gas.

–Ajá. ¿Y cómo se realiza ese bombeo?

–*Mmm...* –Uagen volvió a dirigir la mirada hacia abajo, pero la inmensa silueta sombría ya había desaparecido.

V

Un sistema muy atractivo

(Grabando).

–Es una excelente simulación.

–No es ninguna simulación.

–Sí, claro. Sí que lo es, ¿no?

–¡Empuja! ¡Empuja!

–¡Ya empujo! ¡Ya empujo!

–¡Pues empuja con más fuerza!

–No crees que esto sea una puta simulación, ¿verdad?

–No. Una puta simulación, no.

–Mira, no sé de qué va esto, pero sea lo que sea, no está bien.

–¡Las llamas están ascendiendo por el mástil!

–¡Pues échales agua!

–Es que no llego a...

–Estoy realmente impresionado.

–Tienes algo, ¿no es cierto?

–Debe de estar glandulando. Nadie puede ser tan estúpido.

–Me alegro de haber esperado a la noche. ¿Tú no?

–Absolutamente. ¡Mira el lado del día! Nunca lo había visto brillar de esa forma, ¿y tú?

–No, que yo recuerde.

–¡Ja! Me encanta. Es una simulación brillante.

–Que no es ninguna simulación, payaso. ¿Es que no escuchas?

–Deberíamos sacar a ese tipo de ahí.

–¿Qué es, por cierto?

–Qué, no. Quién. Es un homomdano. Su nombre es Kabe.

–Ah.

Estaban practicando *rafting* sobre lava. Kabe se encontraba sentado en el centro de una balsa, observando el moteado flujo amarillento de la roca fundida al frente, y el desolado y oscuro panorama que recorría. Podía oír las voces de los humanos, pero no prestaba excesiva atención a quién decía el qué.

–Ya ha salido.

–¡Brillante! ¡Mira ahí! ¡Y el calor...!

–Sí. Cárgatelo.

–¡Se ha incendiado!

–Rema sobre las zonas oscuras, imbécil, ¡no sobre las brillantes!

–Mételo y sácalo.

–¿Qué?

–¡Mierda!, cómo quema.

–Sí quema, sí. ¡Vaya simulación!

–Que no es una simulación. Y te están dando.

–¿Alguien puede...?

–¡Echarnos una mano!

–¡Anda, tíralo! Coge otro remo.

Se encontraban en una de las últimas ocho plataformas inhabitadas de Masaq. Allí –y en tres plataformas a favor del giro galáctico y en cuatro en contra–, el Gran Río de Masaq fluía en línea recta a lo largo de un túnel de base material de setenta y cinco mil kilómetros de largo, a través de un paisaje aún en proceso de formación.

–¡Hey! ¡Quema, quema, quema! ¡Qué simulación!

–Saca a ese tipo de ahí. Para empezar, no tenía que haber sido invitado. Aquí hay unitemporales que no tienen salvación. Si este payaso cree que estamos en una simulación, podría hacer algo.

–Saltar por la borda, por ejemplo.

–Necesitamos más cuerpos a estribor.

–¿Dónde, dices?

–A la derecha. A este lado, joder.

–Ni se te ocurra bromear con eso. Está tan retorcido que no me fío de que vuelva a subir si se cae ahí dentro.

–¡Se acerca un túnel! ¡La temperatura subirá aún más!

–No puede ser. No lo permitirán.

–¿Es que no escuchas, joder? ¡Esto no es ninguna simulación!

Como práctica ya habitual a aquellas alturas en la Cultura, los asteroides del sistema propio de Masaq –la mayoría recogidos y emplazados en órbitas planetarias varios miles de años antes, durante la construcción del orbital– fueron transportados por un vehículo elevador a la base de la superficie de la plataforma, donde cualquiera

de los diversos sistemas de distribución de energía (armas destructoras de corteza planetaria, para quien insistía en considerarlas como tales) calentaban los cuerpos hasta fundirlos, de manera que la materia más extraña, junto con los procesos de manipulación de energía, dejaban que el fluido resultante corriera en ciertas direcciones designadas o esculpiera formas que cubrían la ya existente morfología de la materia estratégica de base.

–Encima.

–¿Qué?

–Caería encima. No dentro. A mí no me mires así, es la densidad.

–Espero que lo sepas todo sobre la puta densidad. ¿Tienes un terminal?

–No.

–¿Un implante?

–No.

–Yo tampoco. Intenta encontrar uno o a alguien que lo tenga y saque a ese cretino de ahí.

–La clavija. ¡Tienes que sacarla primero!

–Ah, claro.

La gente –especialmente la de la Cultura, ya se tratase de humanos, ex humanos, alienígenas o máquinas– llevaba miles de años construyendo orbitales como aquel, y poco tiempo después de que el proceso se convirtiese en una tecnología madura, aún miles de años atrás, alguien había pensado (sin riesgos calculados) en utilizar parte de los ríos de lava generados naturalmente en aquellos procesos como medio para un nuevo deporte.

–Perdón. Yo tengo un terminal.

–Ah, sí, Kabe. Claro.

–¿Qué?

–Que yo tengo un terminal. Aquí tienes.

–¡Remos! ¡Cuidado con las cabezas!

–¡Aquí hay mucha luz y hace un calor insoportable!

–¡Agachaos!

–¡A cubierto!

–*¡Uuuuh!*

–¡Vamos a perderlos!

–Centro, ¿has visto a ese? Aguafiestas. Elimínalo.

–Hecho.

De aquella forma, el *rafting* sobre lava se convirtió en un pasatiempo. En Masaq, la tradición ordenaba hacerlo sin ayuda de tecnología de campo o de cualquier tipo de inteligencia del ámbito de la ciencia material. Así, la experiencia resultaba más excitante y sus usuarios se acercaban más a su realidad que si se utilizasen materiales

que solo cumpliesen las demandas que requería. Era lo que la gente llamaba un deporte con factor mínimo de seguridad.

–¡Ojo con el remo!

–¡Ya lo tengo!

–Vale. ¡Empuja!

–Vaya. ¡Mierda!

–¿Qué es lo que...?

–¡Aaah!

–¡Está bien, está bien!

–¡Joder!

–... Estáis todos locos, por cierto. Feliz *rafting*.

La propia balsa –una plataforma de fondo llano, de cuatro metros por doce, y con bordas de un metro de alto– era de cerámica, y la cubierta que protegía a los pasajeros del calor del túnel de lava que estaban atravesando era de plástico aluminizado, y los remos de madera, para introducir una nota corpórea a la actividad.

–¡Mi pelo!

–¡Quiero irme a casa!

–¡Cubo de agua!

–¿Ese tipo...?

–Deja de quejarte.

–¡Madre mía!

El *rafting* sobre lava siempre había resultado excitante y peligroso. Una vez que las ocho plataformas fueron rellenadas con aire, aquel deporte se había convertido en una privación; el calor irradiado se unía al calor por convección y, pese a que la gente encontraba más auténtico descender por la lava sin equipamiento de respiración, quemarse los pulmones no era más divertido de lo que pudiera parecer.

–¡Ah! ¡Mi nariz! ¡Mi nariz!

–Gracias.

–¡Pulverizadores!

–De nada.

–Yo estoy con el otro tío. No me creo nada de esto.

Kabe se recostó. Tuvo que encogerse, ya que la parte interior de la cubierta de la balsa se encontraba justo por encima de su cabeza. El plástico aluminizado reflejaba el calor del techo del túnel, pero la temperatura del aire seguía siendo extrema. Algunos de los humanos vertían agua sobre ellos mismos o la pulverizaban sobre otros. Espirales de vapor llenaban la pequeña cueva móvil en la que se había convertido la balsa. La luz era de un rojo muy oscuro e intenso, y se derramaba con cada cabeceo y corcoveo de la embarcación.

–¡Duele!

–¡Vale, pues deja de hacer daño!

–¡Eliminadme a mí también!

–¡Ya casi estamos fuera! Oh, no. ¡Astillas!

La boca de salida del túnel de lava tenía dientes; estaba serrada con un montón de protuberancias similares a las estalactitas.

–¡Astillas! ¡Al suelo!

Una de las astillas rasgó la fina cubierta de protección de la balsa y la lanzó sobre la superficie amarilla y roja de la lava. La película protectora se encogió y empezó a arder. A continuación, atrapada en la corriente térmica del flujo de lava, se elevó aleteando como un pájaro en llamas. Una ráfaga de calor invadió a los ocupantes de la balsa. La gente empezó a gritar. Kabe se vio obligado a lanzarse hacia atrás para evitar ser alcanzado por una de las lanzas colgantes de roca. Sintió que algo cedía bajo él; se oyó un ruido seco y otro grito.

La balsa salió despedida desde el túnel y cayó en un amplio cañón de escarpados precipicios cuyos oscuros filos de basalto quedaban iluminados por la gran corriente de lava que fluía entre ellos. Kabe volvió a incorporarse. La mayor parte de los seres humanos se lanzaba o pulverizaba agua después de la última explosión de calor; muchos habían perdido el cabello, algunos estaban sentados o tumbados, con aspecto chamuscado pero despreocupado, con los ojos fijos hacia el frente, como en estado de éxtasis. Una pareja permaneció sentada en el fondo de la balsa, gritando a pleno pulmón.

–¿Era tu pierna? –preguntó Kabe al hombre que estaba sentado detrás de él.

–Sí –respondió este, sujetándose la extremidad con una mueca de dolor–. Creo que está rota.

–Sí, yo también lo creo. Lo siento mucho. ¿Puedo hacer algo por ti?

–Intenta no volver a lanzarte así hacia atrás. Al menos, no cuando yo esté aquí.

Kabe miró hacia delante. El río de lava anaranjada se alejaba serpenteando entre las paredes del cañón. Ya no se veían más túneles de lava.

–Creo que puedo garantizártelo –repuso–. Lo siento mucho. Me dijeron que debía sentarme en el centro de la balsa. ¿Puedes moverte?

El hombre se deslizó hacia atrás con ayuda de una mano y arrastrando las nalgas, sin dejar de sujetarse la pierna. Los demás empezaron a tranquilizarse. Algunos todavía gritaban, pero uno de ellos dijo que todo iba bien, que ya no había más túneles de lava.

–¿Estás bien? –preguntó una de las hembras al hombre de la pierna rota. Su chaqueta todavía humeaba. No tenía cejas, y su cabello rubio era encrespado y le faltaban mechones enteros.

–Está rota. Sobreviviré.

–Ha sido culpa mía –explicó Kabe.

–Buscaré una tablilla.

La mujer se acercó a una especie de consigna que había en la popa de la embarcación. Kabe echó un vistazo a su alrededor. Olía a pelo quemado, a ropa sucia y a carne humana chamuscada. Vio que algunos de los pasajeros tenían parches descoloridos en el rostro, y que otros mantenían las manos sumergidas en cubos de agua. La pareja que estaba agachada seguía chillando. Los que no habían sufrido daños se reconfortaban entre ellos, con las caras estriadas por lágrimas, iluminadas por el reflejo de la luz en las oscuras paredes de los precipicios. Hacia arriba, centelleando con fuerza en el negro cielo, la nova de Portisia los miraba atentamente.

Y se supone que esto es divertido, pensó Kabe.

–¿Y se vuelve todavía más ridículo?

–¿Qué? –gritó alguien desde la balsa– ¿Los rápidos?

–No.

Alguien empezó a sollozar de forma histérica.

–Ya he visto bastante. ¿Le parece?

–Totalmente. Con una vez, creo que ya ha sido suficiente.

(Fin de la grabación).

'

Kabe y Ziller se encontraban frente a frente en una gran estancia de elegante decoración, iluminada por una dorada luz solar que se colaba a través del balcón abierto, disimulado a su vez entre las ondeantes ramas de una gran planta azulada. Una miríada de tenues tiras de sombras se movía sobre las mullidas alfombras de estampados abstractos y revoloteaba en silencio sobre los grabados de los aparadores de madera, los robustos muebles y los sofás tapizados.

Tanto el homomdano como el chelgriano llevaban dispositivos que parecían cascos protectores de dudosa efectividad, o chillona bisutería ornamental para la cabeza. Ziller resopló:

–Estamos ridículos.

–Tal vez por esa razón la gente recurre a los implantes.

Ambos se retiraron los dispositivos. Kabe, sentado en una elegante *chaise longue* de aspecto ligero, con profundos huecos y diseñada especialmente para trípedos, apartó los auriculares a un lado.

Ziller, enroscado en un amplio sofá, dejó los suyos en el suelo. Parpadeó un par de veces y luego buscó su pipa en uno de los bolsillos del chaleco. Llevaba unos pantalones ajustados de color verde pálido y una coraza esmaltada en las ingles. El chaleco era de piel, con joyas incrustadas.

–¿Eso cuándo fue? –preguntó.

–Hará unos ocho días.

–La Mente del Centro tenía razón. Están todos bastante locos.

–Y, a pesar de todo, la mayoría de ellos ya había practicado antes el *rafting* sobre lava, y lo había pasado igual de mal. He consultado los datos, y, excepto tres de los veintitrés humanos que acaba de ver, todos lo han vuelto a hacer. –Kabe cogió un almohadón y empezó a juguetear con sus flecos–. Aunque hay que decir que dos de ellos han experimentado una muerte corpórea temporal al volcar su canoa, y una de ellas, una unitemporal o Desechable, murió aplastada al practicar escultura de glaciares.

–¿Murió del todo?

–Del todo y para siempre. Recuperaron el cuerpo y oficiaron un funeral.

–¿Edad?

–Tenía treinta y un años estándar. Apenas una adulta.

Ziller chupó su pipa. Miró a través del balcón. Se encontraban en una gran casa situada en una finca de las colinas Tirianas, en Osinorsi Inferior, la plataforma siguiente a favor del giro galáctico a la de Xaravve. Kabe compartía la casa con una gran familia de humanos, de unos dieciséis miembros, dos de ellos niños. Habían levantado una nueva planta solo para él. A Kabe le gustaba la compañía de los humanos y sus pequeños, aunque se dio cuenta de que era menos gregario de lo que pensaba.

Había presentado al chelgriano a los otros seis presentes que deambulaban por la casa, que le enseñó de punta a punta. Desde las ventanas y los balcones en pendiente, y desde el tejado ajardinado, se veían, cerniéndose sobre las llanuras, los precipicios de la cordillera que conducía al Gran Río de Masaq hasta el profundo jardín de la plataforma Osinorsi Inferior.

Estaban esperando al dron E. H. Tersono, que se dirigía allí para comunicarles lo que él mismo había definido como importantes noticias.

–Creo recordar –dijo Ziller– que he afirmado estar de acuerdo con el Centro en que todos están bastante locos, y usted ha empezado una frase con un «a pesar de todo». –Entonces, frunció el ceño–. Pero todo lo que ha dicho a continuación parecía coincidir con mi argumento original.

–Lo que quería decir es que, por mucho que parezcan odiar la experiencia, y pese a no sufrir presiones de ningún tipo para repetirla...

–Que no sea la de sus amigos igual de cretinos.

–... nunca la eligieron, porque, por terrible que pudiera parecer en su momento, sienten que han obtenido algo positivo de ella.

–¿Ah, sí? ¿Y qué será? ¿Qué la han superado a pesar de su estupidez de pasar por una experiencia traumática totalmente innecesaria? Lo que uno debe aprender de una práctica desagradable es la determinación de no repetirla. O al menos, la predisposición a no hacerlo.

–Sienten que se han puesto a prueba...

–Y han visto que están locos. ¿Eso es válido como resultado positivo?

–Sienten que se han puesto a prueba contra la naturaleza...

–¿Qué tiene todo eso de natural? –protestó Ziller– Lo más cercano a algo «natural» que hay aquí está a diez minutos luz de distancia. Y es el puto sol. –Soltó un gruñido–. Y no me atrevería a decir que tampoco han jugado con eso.

–No creo que lo hayan hecho. En realidad, era la inestabilidad potencial de Lacelere la que produjo la alta tasa de seres revividos en el orbital de Masaq, antes de que se hiciera famoso por su exceso de diversión. –Kabe dejó el almohadón en su sitio.

Ziller lo miró fijamente.

–¿Me está diciendo que el sol podría explotar?

–Bueno, en teoría. Es una...

–¡Está de broma!

–Por supuesto. Las posibilidades son...

–¡Nunca me dijeron eso!

–En realidad, no sería una explosión propiamente dicha, pero podría sufrir erupciones...

–¡Erupciones! ¡Yo he visto erupciones!

–Sí. Son bonitas, ¿verdad? Pero existe una posibilidad (entre varios millones, durante el tiempo en que la estrella se encuentre en su secuencia principal) de que produzca una serie de erupciones que el Centro y las defensas del orbital no podrían desviar, ni proteger de ella a sus habitantes.

–¿Y construyeron esta cosa aquí de todas formas?

–Se comprende que, en cualquier otro caso, se trataba de un sistema muy atractivo. Además, creo que con el tiempo han ido incorporando dispositivos de protección extra bajo la plataforma, que podrían resistir poco menos que a una supernova, aunque, por supuesto, cualquier tipo de tecnología es susceptible de fallar, y por eso la cultura de revivencia de almas sigue siendo algo tan común.

–Podrían habérmelo dicho –dijo Ziller, sin dejar de negar con la cabeza.

–Tal vez el riesgo se estima tan reducido que han preferido no preocuparle.

Ziller se acarició el pelo de la cabeza y dejó la pipa.

–No me lo creo.

–Es cierto; la probabilidad de sufrir un desastre es muy remota, especialmente en determinados años y eras. –Kabe se levantó y abrió un aparador, de donde extrajo una ensaladera con frutas.

–¿Un poco de fruta?

–No, gracias.

Kabe eligió una capulina madura. Se había sometido a una alteración de la flora intestinal para poder tomar alimentos comunes de la Cultura. Pero, de forma menos

habitual, también habían modificado sus sentidos oral y nasal para que la comida tuviera el mismo sabor que para cualquier humano estándar de la Cultura. Dio la espalda a Ziller mientras se introducía la capulina en la boca, masticó la fruta un par de veces y se la tragó. El gesto de volverse ante los demás al comer se había convertido en algo habitual; los miembros de la especie de Kabe tenían enormes bocas y algunos humanos se aterrorizaban si los veían comer.

–Pero, volviendo a lo que hablábamos –dijo, limpiándose con una servilleta–, no utilicemos la palabra «naturaleza» entonces; digamos que sienten que han ganado algo al oponerse a fuerzas mucho mayores que ellos mismos.

–Y eso no se considera un síntoma de locura. –Ziller negó con la cabeza–. Kabe, creo que ha pasado aquí demasiado tiempo.

El homomdano salió al balcón para disfrutar de las vistas.

–Más bien, yo diría que es un hecho demostrable que esta gente no está loca. Llevan vidas aparentemente muy sanas.

–¿Cómo? ¿Esculpiendo glaciares?

–Eso no es lo único que hacen.

–Claro. También practican otras muchas actividades insensatas; esgrima sin ropa, escalada libre, vuelo con arnés...

–Hay muy pocos que se dediquen solamente a esos pasatiempos extremos. La mayoría vive de manera muy normal.

–Según dictan los parámetros de la Cultura. –Ziller encendió de nuevo su pipa.

–Bueno, sí, ¿y por qué no? Se sociabilizan, tienen aficiones, practican otros juegos más seguros, leen o ven televisión, acuden a espectáculos. Se reúnen drogados en estados glandulados, estudian, viajan...

–Ah.

–... aparentemente por placer, o simplemente practican... la alfarería. Y, por supuesto, muchos de ellos se dan el gusto de crear obras de arte. –Kabe esbozó una sonrisa y extendió sus tres extremidades–. Algunos incluso componen piezas musicales.

–Pasan el tiempo. Nada más que eso. El tiempo les pesa porque carecen de cualquier tipo de contexto, de cualquier marco válido en sus vidas. Insisten en mantener la esperanza de que aquello que creen que encontrarán en el lugar hacia el que se dirigen les aportará una autosatisfacción que consideran merecida y que, paradójicamente, nunca han llegado a experimentar.

Ziller frunció el ceño y dio unos golpecitos a la cazoleta de su pipa.

–Algunos viajan toda su vida con una esperanza y luego se llevan la mayor de las decepciones –dijo–. Otros, menos idealistas, llegan a aceptar que el propio acto de viajar ofrece, si no una satisfacción personal, un alivio del sentimiento de que deberían sentirse satisfechos.

Kabe observó cómo un pájaro saltaba de rama en rama en el exterior, con el cuerpo rubicundo y la larga cola manchada por las sombras de las hojas. Oyó las estridentes voces de los niños humanos, jugando y chapoteando en la piscina situada junto a la casa.

–Oh, vamos, Ziller. Podría decirse que cualquier especie inteligente se siente así de alguna forma.

–¿Sí? ¿La suya también?

Kabe manoseó los suaves pliegues de las cortinas del balcón.

–Nosotros somos mucho más antiguos que los humanos, pero creo que sí nos sentimos así una vez. –Se volvió a mirar al chelgriano, enroscado en su asiento, como si estuviera preparado para abalanzarse sobre una presa–. Toda vida sensible que haya evolucionado de forma natural siente una inquietud. En un nivel o escala determinados.

Ziller pareció reflexionar durante unos momentos sobre aquello, y luego negó con la cabeza. Kabe no estaba seguro de si aquel gesto significaba que sus palabras le habían resultado demasiado absurdas como para merecer una respuesta digna, de si había incurrido en un terrible cliché, o de si había argumentado un punto ante el cual el chelgriano era incapaz de responder adecuadamente.

–El asunto es –dijo finalmente Ziller– que, al haber construido tan minuciosamente su propio paraíso desde las premisas básicas de eliminar cualquier causa posible de conflicto entre ellos, y también de todas las amenazas naturales... –Hizo una pausa y lanzó una amarga mirada a la luz del sol que se reflejaba en un dorado ribete de su sofá–. Bueno, de casi todas las amenazas naturales, luego se encuentran con unas vidas tan vacías que tienen que recrear falsas versiones de la clase de terrores que miles de generaciones de ancestros intentaron conquistar a lo largo de toda su existencia.

–Creo que eso es como criticar a alguien por tener un paraguas y también una ducha –repuso Kabe–. Lo que realmente importa es la elección. –Dispuso las cortinas de una forma más simétrica–. Esta gente controla sus terrores. Puede elegir probarlos, repetirlos o evitarlos. Y eso no es lo mismo que vivir bajo el volcán cuando se acaba de inventar la rueda o preguntarse cuándo el dique se romperá y asolará todo el pueblo. De nuevo, esto se aplica a todas las sociedades que han madurado más allá de la era del barbarismo. No tiene más misterio.

–Pero la Cultura insiste mucho en su utopianismo –dijo Ziller en un tono que Kabe consideró casi amargo–. Son como un bebé que solo quiere lanzar lejos un juguete.

Kabe contempló a Ziller fumando su pipa durante un rato, y después caminó a través de la nube de humo y se sentó sobre sus tres extremidades en la alfombra mullida que se extendía junto al sofá de su compañero.

–Creo que es natural, y signo del éxito de una especie, que lo que debía sufrirse como necesidad acabe disfrutándose como deporte. Incluso el miedo puede ser recreativo.

–¿Y la desesperación? –Ziller miró fijamente a los ojos del homomdano.

Kabe se encogió de hombros.

–¿Desesperación? –repitió–. Bueno, solo en el caso de reducir el término a lo que ocurre cuando uno se desespera por completar una tarea, o vencer en algún juego o deporte, y finalmente lo consigue. La desesperación previa convierte a la victoria en algo más dulce.

–Eso no es desesperación –repuso Ziller, con calma–. Eso es una inquietud temporal, el desvanecimiento de la irritación de la decepción prevista. Yo no me refería a algo tan trivial. Me refería a la clase de desesperación que devora el alma, que contamina los sentidos de forma que cualquier experiencia, por placentera que pudiera ser, se satura de amargura. La clase de desesperación que provoca pensamientos suicidas.

–No. –Kabe se balanceó hacia atrás–. No. Pueden tener la esperanza de dejar eso atrás.

–Sí. Lo dejan para los que vendrán.

–Ah –asintió Kabe–. Creo que llegamos al tema de lo que le ocurrió a su gente, Ziller. Bueno, algunos sienten remordimientos que se acercan a la desesperación a ese respecto.

–Fue obra nuestra en su mayor parte. –El compositor golpeó el tabaco de su pipa con un minúsculo instrumento de plata y produjo varias nubes de humo–. Sin duda, no habríamos entrado en guerra sin la ayuda de la Cultura.

–Eso no es necesariamente cierto.

–Discrepo. De todas formas, al menos después de una guerra, podrían habernos obligado a enfrentarnos a nuestra propia estupidez. La implicación de la Cultura provocó que sufriéramos la carnicería del conflicto y no consiguiéramos aprender ninguna lección. En lugar de ello, culpamos directamente a la Cultura. Fuera de nuestra completa destrucción, los resultados no podían haber sido peores, y a veces siento que incluso eso es una excepción injustificable.

Kabe permaneció inmóvil durante un rato, contemplando el humo azul que brotaba de la pipa de Ziller.

'

En una ocasión, Ziller había sido mahrai Ziller VIII de Wescript Dotado-de-Tactados. Nacido en el seno de una familia de administradores y diplomáticos, fue un prodigio musical casi desde la infancia. Compuso su primera obra orquestal a una edad en la que la mayoría de pequeños chelgrianos luchan por aprender a no comerse los zapatos.

Le habían otorgado la designación de Dotado –dos castas por debajo del nivel en la que había nacido– cuando abandonó los estudios, escandalizando a sus padres.

Pese a conseguir exorbitante fama y fortuna en su carrera, no dejó por ello de escandalizarlos todavía más, hasta el punto de la enfermedad y la crisis nerviosa, cuando se convirtió en un Negador de Castas radical, se introdujo en la política como Ecualitario y utilizó su prestigio para defender el fin del sistema de castas. Progresivamente, el ámbito político y el gran público empezaron a escucharlo; todo parecía apuntar a que el Gran Cambio tan comentado podía finalmente llegar a tener lugar. Tras un infructuoso atentado contra su vida, Ziller renunció completamente a su casta y quedó reducido a lo más bajo del ámbito no criminal: un Invisible.

Un segundo intento de asesinato casi triunfó; lo dejó más cerca de la muerte que de la vida, ingresado en un hospital durante un cuarto de año. Se podría debatir ampliamente si los meses que permaneció apartado del panorama político supusieron alguna diferencia importante, pero, indiscutiblemente, para cuando se hubo recuperado, la marea había subido de nuevo, el contragolpe se había iniciado y cualquier esperanza de cambios significativos parecía haberse esfumado durante, como mínimo, una generación entera.

La producción musical de Ziller había sufrido durante sus años de implicación política, al menos en cantidad. Anunció que se retiraba de la vida pública para concentrarse en la composición, alienando de esa forma a sus antiguos aliados liberales y provocando el deleite de los conservadores que habían sido enemigos suyos. Pese a la gran presión que sufría, no quiso renunciar a su estatus de Invisible –aunque, cada vez más, lo trataban como a un Entregado honorario– y nunca mostró ningún signo de apoyo por la causa, excepto por aquellos que estudiaban el silencio en referencia a cualquier asunto político.

Su prestigio y su popularidad aumentaron aún más, le llovieron cascadas de premios, menciones y honores, las encuestas lo revelaron como el chelgriano más importante de la época, e incluso se desataron rumores de que, algún día, llegaría a ser presidente ceremonial.

Con semejante cota de fama y prominencia sin precedentes, utilizó su presunto reconocimiento del mayor honor civil que el estado chelgriano podía otorgar –en una majestuosa y solemne ceremonia celebrada en Chelise, la capital del estado, que se emitiría en toda la esfera del espacio chelgriano–, para anunciar que él jamás había cambiado sus ideales, que era y siempre sería un liberal Ecualitario, que se sentía más orgulloso de haber trabajado con la gente que seguía unida a aquellos ideales que de su propia música, que había madurado para detestar las fuerzas del conservadurismo aún más que durante su juventud, que seguía despreciando al Estado, a la sociedad y a la gente que había tolerado el sistema de castas, que no aceptaba aquel honor y devolvería el resto, y que ya había reservado un pasaje para abandonar el estado

chelgriano de inmediato y para siempre, porque, al contrario que sus camaradas liberales a los que amaba, respetaba y admiraba tanto, él no tenía la fuerza moral necesaria para seguir viviendo en aquel régimen vicioso, odioso e intolerable.

Su discurso fue ovacionado con un colosal silencio de sorpresa. Abandonó el escenario entre silbidos y abucheos y pasó la noche en una embajada de la Cultura, a cuyas puertas se agolpó una masa dispuesta a terminar con su vida.

Se embarcó en una nave de la Cultura al día siguiente, y viajó extensamente por allí a lo largo de los siguientes años. Finalmente, estableció su hogar en el orbital de Masaq.

Ziller se quedó allí incluso después de la elección de un presidente ecualitario en Chel, que tuvo lugar siete años después de su marcha. Se llevaron a cabo varias reformas y los Invisibles y las otras castas fueron exoneradas al fin; pero, no obstante, pese a numerosas peticiones e invitaciones, Ziller no había regresado a su hogar, sin dar excesivas explicaciones.

La gente dio por hecho que la razón era que el sistema de castas seguía vigente. Parte del compromiso que habían vendido las reformas de las castas superiores era que los títulos y los nombres de cada casta se conservarían como parte de la nomenclatura legal de cada individuo, y que una nueva ley de propiedad proporcionaría la titularidad de las tierras de clanes a la familia inmediata del superior de cada casa.

A cambio, la gente de cualquier nivel social tendría la libertad, a partir de entonces, de casarse y procrear con quien quisiese, y cada pareja tomaría la casta del designado más alto de los dos, su descendencia heredaría la casta; tribunales de castas electas supervisarían la redesignación de los individuos que solicitasen una casta, y ya no existiría ninguna ley que castigase a aquellos que afirmasen ostentar una casta superior a la suya, con lo que, en teoría, cualquiera podía ser lo que quisiera, aunque un tribunal de justicia insistiese en denominarlos con el apelativo de la casta en la que nacieron o a la que fueron redesignados.

Aquello suponía un colosal cambio en el comportamiento y en las leyes en comparación con el sistema antiguo, pero no dejaba a un lado el sistema de castas, y eso no parecía suficiente para Ziller.

Entonces, la coalición de gobierno de Chel designó a un Castrado como presidente, como símbolo efectivo pero sorprendente del gran cambio que había tenido lugar. El régimen sobrevivió a un intento de golpe de Estado perpetrado por varios oficiales de las Guardias, experiencia gracias a la cual pareció fortalecerse, repartiendo el poder y la autoridad, de manera aún más plena e irrevocable, entre los escalafones más bajos de las castas originales. Pero Ziller, posiblemente más popular que nunca, siguió sin querer regresar. Según sus propias palabras, prefería esperar a ver qué ocurría.

Pero algo horrible sucedió a continuación y él lo supo, y no volvió a casa, ni siquiera tras la guerra de Castas, que estalló nueve años después de su marcha y que fue, por reconocimiento propio, culpa de la Cultura en su mayor parte.

'

Finalmente, Kabe dijo:

–Mi propio pueblo luchó una vez contra la Cultura.

–Al contrario que nosotros, que luchamos contra nosotros mismos. –Ziller miró al homomdano–. ¿Obtuvieron algún provecho de la experiencia? –preguntó con aspereza.

–Sí. Perdimos mucho; mucha gente valiente, muchas naves nobles. Y no alcanzamos nuestros principales objetivos de guerra directamente, pero mantuvimos nuestro recorrido civilizacional, y ganamos en el sentido de que descubrimos que se puede vivir en armonía en la Cultura, y en que ya no era lo que creíamos y nos preocupaba: una existencia mesurada en el hogar galáctico. Desde entonces, nuestras dos sociedades han mantenido un trato cordial y, en ocasiones, incluso hemos establecido alianzas.

–Vamos, que, al final, no acabaron con ustedes.

–Tampoco lo intentaron. Ni nosotros. Nunca fue ese tipo de guerra y, por otro lado, no es su forma de hacer las cosas, ni la nuestra. En realidad, la de nadie en nuestros días. En cualquier caso, nuestras disputas con la Cultura siempre fueron un derivado de la acción principal, que era el conflicto entre nuestros habitantes y los idiranos.

–Ah, sí. La famosa batalla de las Dos Novas –dijo Ziller con cierto desdén.

A Kabe le sorprendió su tono de voz.

–¿Ya ha terminado los retoques de su sinfonía? –preguntó.

–Casi.

–¿Sigue estando orgulloso de ella?

–Sí. Mucho. No hay ningún problema con la música. No obstante, empiezo a preguntarme si mi entusiasmo se ha llevado lo mejor de mí. Quizá me equivoqué al implicarme tan a fondo con el *memento morí de* la Mente de nuestro Centro. –Ziller se movió nerviosamente y luego hizo una seña con la mano–. Ah, no me haga caso. Siempre me quedo algo abatido cuando termino una obra de esta envergadura, y debo admitir que siento un cierto grado de nerviosismo ante la perspectiva de dirigirla frente a la cantidad de público estimada por el Centro. Y tampoco tengo claros los complementos esos que el Centro quiere añadir a la música. –Ziller gruñó–. Quizá soy más purista de lo que pensaba.

–Estoy seguro de que todo irá maravillosamente bien. ¿Cuándo tiene el Centro la intención de anunciar el concierto?

–Muy pronto –contestó Ziller, a la defensiva–. Es una de las razones por las que

he venido aquí. Pensé que me asediarían si me quedaba en casa.

Kabe asintió lentamente.

–Me alegro de poder ayudarlo –añadió–. Y estoy impaciente por escuchar su obra.

–Gracias. Estoy contento del resultado, pero no puedo evitar sentirme algo cómplice del macabrismo del Centro.

–Yo no lo definiría como macabro. Los viejos soldados rara vez lo son. Deprimido, inquieto y, en ocasiones, morboso, pero no macabro. Este es un asunto civil.

–¿El Centro no es un civil? –preguntó Ziller– ¿El Centro puede estar deprimido e inquieto? ¿Esa es otra de las cosas sobre las que no he sido informado?

–El Centro de Masaq nunca ha estado deprimido o inquieto, hasta donde yo sé –repuso Kabe–. Pero, en una ocasión fue la Mente de un Vehículo General de Sistemas adaptado a la guerra y estuvo en la batalla de las Dos Novas, al final de la guerra, y sufrió una destrucción casi completa de manos de una flota idirana.

–No del todo completa.

–No del todo.

–Entonces, no creen en eso de que el capitán debe morir con el barco.

–Creo que ser el último en abandonarlo se considera suficiente. Pero, ¿se da cuenta? Masaq se lamenta por los que perdió, por todos los que murieron, e intenta compensar su participación en la guerra.

–Ya podrían haberme contado algo de todo esto –murmuró Ziller, negando con la cabeza. Kabe se guardó de comentar que el compositor lo hubiera averiguado todo con relativa facilidad si se hubiera molestado en intentarlo. Ziller dio unos golpecitos a su pipa–. Bien, esperemos que no sufra de desesperación.

–El dron E. H. Tersono está aquí –anunció la casa.

–Ah. Perfecto.

–Justo a tiempo.

–Que pase.

El dron entró flotando por el balcón, reflejando la luz del sol sobre su piel de porcelana rosada y su armazón de petrelumen azul.

–He visto que el balcón estaba abierto. Espero que no les importe.

–En absoluto.

–Escuchando detrás de la puerta, ¿eh? –preguntó Ziller.

El dron se aposentó con delicadeza sobre una silla.

–Estimado Ziller, por supuesto que no. ¿Por qué lo pregunta? ¿Acaso estaban hablando de mí?

–No.

–Bien, Tersono –intervino Kabe–, eres muy amable al visitarnos. Comprendo que debemos ese honor a que traes noticias frescas sobre nuestro enviado.

–Sí. Me han revelado la identidad del emisario de Chel que vamos a recibir –repuso el dron–. Su nombre completo es, y cito textualmente, comandante Tibilo Quilan IV 47° Otoño de Itirewein Llamado-a-Armas-de-Entregados, Orden de Sheracht.

–¡Cielo santo! –dijo Kabe, mirando a Ziller–. Sus nombres completos son aún más largos que los de la Cultura.

–Sí. Un rasgo simpático, ¿verdad? –contestó Ziller. Miró al interior de su pipa, con el ceño fruncido–. Entonces, nuestro emisario es un sacerdote militar. Un rico intermediario, descendiente de una de las familias soberanas, que encontró sentido a su vida alistándose en el Ejército, o a quien arrastraron allí para quitarlo de en medio, y luego encontró la fe, o le pareció políticamente correcto encontrarla. De padres tradicionalistas. Y, seguramente, viudo.

–¿Lo conoce? –preguntó Kabe.

–En realidad, sí. De hace mucho tiempo. Fuimos juntos a la escuela de pequeños. Éramos amigos, supongo, aunque no especialmente íntimos. Perdimos el contacto. Y no he sabido nada de él desde entonces. –Ziller inspeccionó su pipa, con expresión de querer encenderla de nuevo. Pero, en lugar de eso, la volvió a guardar en el bolsillo de su chaleco–. Pero aunque no nos hubiéramos conocido tiempo atrás, el resto de su embrollado nombre revela casi todo lo que hace falta saber. Los nombres completos de la Cultura actúan como direcciones; los nuestros, como historias envasadas. Y, por supuesto, revelan si hay que efectuar una reverencia o merecerla. Nuestro comandante Quilan esperará, con toda seguridad, que nos inclinemos ante él.

–Puede que le haga un flaco favor –dijo Tersono–. Tengo una biografía completa que podría interesarle...

–En realidad, no me interesa –repuso Ziller tajantemente, volviéndose a mirar un cuadro que colgaba de una pared. En él, se mostraban antiguos homomdanos que cabalgaban sobre enormes criaturas de grandes colmillos, ondeando banderas y blandiendo lanzas con aire heroico.

–A mí me gustaría echarle un vistazo después –dijo Kabe.

–Por supuesto.

–Entonces, ¿cuánto tardará en llegar? ¿Veinticuatro o veinticinco días?

–Aproximadamente.

–Espero que esté disfrutando del viaje –concluyó Ziller, con una voz extraña, casi infantil. Escupió sobre sus manos y alisó el revuelto pelaje de sus antebrazos, dejando a la vista las zarpas al hacerlo; sus uñas eran negras y curvadas, del tamaño de un dedo meñique humano, que brillaban bajo la luz solar como cuchillas de obsidiana.

El dron de la Cultura y el homomdano cruzaron una mirada. Kabe bajó la cabeza.

VI

La resistencia fortalce el carácter

Quilan no dejaba de hacerse preguntas sobre los nombres de las naves. Tal vez se trataba de alguna elaborada broma para enviarlo al inicio del último tramo de su viaje, a bordo de una nave unitemporal, una Unidad de Ofensiva Rápida de la clase Gángster, a la que habían desmilitarizado para convertirla en un *Piquete muy veloz,* cuyo nombre era *La resistencia fortalece el carácter.*. Era un nombre humorístico, aunque mordaz. La mayor parte de los nombres de sus naves eran de ese estilo, incluso más guasones.

La flota chelgriana tenía denominaciones románticas, útiles o poéticas, pero en la Cultura –aunque tenía algunas naves con nombres de similar naturaleza–, solían recurrir a apelativos irónicos, minuciosamente oscuros, presuntamente divertidos o francamente absurdos. Quizá aquello se debía en parte a que tenían una infinidad de naves. Quizá reflejaba el hecho de que sus naves eran sus propios capitanes y escogían sus propios nombres.

Lo primero que hizo al subir a bordo del buque, al adentrarse en un pequeño vestíbulo con el suelo cubierto de madera pulida y bordeado por plantas azules y verdes, fue respirar hondo.

–Huele como... –empezó.

~ *... en casa* –terminó la voz en su cabeza.

–Sí. –Quilan tomó aire y experimentó una sensación extraña aunque agradable, entre la debilitación y la tristeza. De pronto, se acordó de la infancia.

~ *Cuidado, hijo.*

–Comandante Quilan, bienvenido a bordo –lo saludó una voz de procedencia incierta–. He incorporado una fragancia al ambiente que podría proporcionarle reminiscencias de la atmósfera del Lago Itir, en Chel, durante la primavera. ¿Le

resulta agradable?

–Sí. Sí, por supuesto –asintió Quilan.

–Bien. Sus dependencias se encuentran justo al frente. Espero que se sienta como en casa.

El comandante esperaba un camarote pequeño como el que le habían asignado en la unidad *Valor de incordio,* pero recibió una agradable sorpresa al ver que el interior de *La resistencia fortalece el carácter,* había sido reformado para alojar cómodamente a unas doce personas, al contrario que los habituales camarotes estrechos que albergaban a la misma cifra cuadruplicada.

La nave no tenía tripulación y prefirió no utilizar avatares o drones para comunicarse. Se limitaba a dirigirse a Quilan directamente, y llevaba a cabo las mundanas tareas del hogar creando campos internos de manipulación, mediante los cuales parecía que las ropas, por ejemplo, flotaban en el aire, se lavaban de alguna forma, se doblaban y se guardaban por sí solas.

~ *Es como vivir en una puta casa encantada* –dijo Huyler.

~ Menos mal que ninguno de los dos es supersticioso.

~ *Pero piensa que eso significa que te está escuchando todo el tiempo. Te espía.*

~ Eso podría interpretarse como una forma de honestidad.

~ *O de arrogancia. Estas cosas no eligen sus nombres por casualidad.*

La resistencia fortalece el carácter. Cuando menos, como lema era un poco insensible, dadas las circunstancias de la guerra. ¿Acaso intentaban decirle, y al propio Chel a través de él, que en realidad no les importaba lo que había ocurrido, a pesar de todas sus protestas? ¿O que sí les importaba y lo sentían, pero que todo había sido por su propio bien?

Era más probable que el nombre de la nave fuese mera coincidencia. En ocasiones, la Cultura se caracterizaba por un determinado nivel de despreocupación, la cara inversa de la moneda de la legendaria minuciosidad y profundidad de la sociedad, así como de la tenacidad de sus propósitos, como si de vez en cuando, se sorprendiera a sí misma en una actitud excesivamente obsesiva y precisa, e intentase incurrir en una irresponsabilidad o frivolidad repentinas.

¿O tal vez se aburre de hacerlo todo bien?

Supuestamente, tenía una paciencia infinita, unos recursos ilimitados, una comprensión incesante, ¿y ninguna mente racional, con letras mayúsculas o sin ellas, iba a cansarse nunca de tanta bondad sin fronteras? ¿Nadie iba a querer provocar algún altercado, aunque fuera solo uno, solo para demostrar de lo que eran capaces?

¿O acaso tales pensamientos se limitaban a traicionar su propia herencia de ferocidad animal? Los chelgrianos se mostraban orgullosos de haber evolucionado a partir de depredadores. Era una especie de orgullo doble, también, aunque algunos lo considerasen contradictorio por naturaleza; estaban orgullosos de que sus ancestros

lejanos hubiesen sido depredadores, pero también se jactaban de que su especie hubiese evolucionado y madurado lejos de la clase de comportamiento que podía implicar la herencia.

Tal vez solo una criatura con un legado tan antiguo de salvajismo podría pensar igual que Quilan, que, en su mente, había acusado a las Mentes de pensar. Tal vez los humanos –que no podían vanagloriarse de una pureza de depredación ancestral como la de los chelgrianos, pero que se habían comportado con un salvajismo más que notable contra los de su propia especie y contra otras desde que empezaron a considerarse civilizados– también podían pensar de esa forma, pero sus máquinas no. Quizá incluso ese era el motivo por el que habían entregado gran parte de la gestión de su civilización a las máquinas en primer lugar; no confiaban en ellos mismos con los poderes y energías colosales que su ciencia y su tecnología les habían proporcionado.

Aquello podía resultar reconfortante, pero por el hecho de que muchos lo consideraban preocupante, y Quilan sospechaba que la Cultura lo veía como algo embarazoso.

Muchas civilizaciones que habían adquirido los medios necesarios para desarrollar inteligencias artificiales genuinas lo hacían debidamente, y la mayoría diseñaba o daba forma a la consciencia de dichas IA en mayor o menor medida; obviamente, cuando uno construye un ser inteligente que es, o puede llegar a ser, mucho mayor que él mismo, no le interesa desarrollar algo susceptible de detestarlo, con la posibilidad de idear formas de exterminarlo.

Así, las IA, sobre todo al principio, solían reflejar el comportamiento civilizacional de sus especies de origen. Incluso cuando experimentaban su propia forma de evolución y empezaban a designar a sus sucesores –con o sin la ayuda, o los conocimientos, de sus creadores– solía aparecer un sabor detectable de su carácter intelectual y de la moralidad básica de su especie precursora, que se hallaba presente en la consciencia resultante. Aquel suave sabor podía ir desapareciendo gradualmente en las siguientes generaciones de IA, pero normalmente se veía reemplazado por otro, adoptado y adaptado de cualquier otro lugar, o simplemente, mutaba más allá del reconocimiento en lugar de desaparecer por completo.

Lo que varios Implicados pertenecientes a la Cultura también habían intentado, a menudo por pura curiosidad cuando la IA ya se había convertido en una tecnología establecida e incluso habitual, era concebir una consciencia sin sabor alguno, sin bagaje de ningún tipo, que había pasado a denominarse IA perfecta.

Crear tales inteligencias no resultó particularmente difícil una vez se hubo conseguido la creación de las IA en primer lugar. Las complicaciones afloraron cuando tales máquinas ya contaban con el suficiente poder como para hacer cualquier cosa que quisieran. Ni se volvieron locas ni intentaron aniquilar a sus creadores, y

tampoco cayeron en ningún estado de solipsismo autómata.

Lo que sí hicieron, a la primera oportunidad que se les presentó, fue sublimarse, o abandonar el universo material por completo y unirse a los seres, comunidades y civilizaciones enteras que lo habían hecho anteriormente. Sin duda, era una norma y terminó siendo una ley el hecho de que «las IA perfectas siempre se subliman».

Otras muchas civilizaciones quedaron perplejas ante aquello, o afirmaron que se trataba de algo natural, o menospreciaron el hecho tachándolo de poco interesante y meramente suficiente como para demostrar que no merecía la pena desperdiciar tiempo y recursos en crear consciencias tan perfectas y, a la vez, tan inútiles. Prácticamente solo la Cultura encontró que el fenómeno era casi un insulto personal, si se podía considerar a una civilización entera como un único ser.

Así, un vestigio de prejuicio o similar, un elemento de moral o de otro tipo de parcialidad debía estar presente en las Mentes de la Cultura. ¿Por qué ese mismo vestigio no iba a ser, entre humanos o chelgrianos, lo que se convirtiera en una predisposición natural hacia el aburrimiento, provocada por la pura y aguda implacabilidad de su célebre altruismo y una debilidad por el delito menor ocasional; un hierbajo de despecho en los interminables campos dorados de su caridad?

Aquel pensamiento no le provocaba ninguna inquietud, lo que a él mismo le parecía extraño. Una parte de él, una parte oculta, dormida, incluso pensaba que la idea, si no agradable, resultaba al menos satisfactoria, incluso útil.

Cada vez tenía una mayor sensación de que le quedaba mucho por descubrir acerca de la misión en la que se había embarcado, y de que esta era importante, y de que cada vez estaba más decidido a cumplir con lo que fuera que debiese cumplir.

Sabía que, más tarde, tendría más información sobre ello; recordaría más después, porque estaba recordando más ahora. Cada vez más.

–¿Cómo estamos hoy, Quil?

El coronel Jarra Dimirj se acomodó en el asiento que yacía junto a la cama de Quilan. El coronel había perdido su extremidad media y un brazo al estrellarse su nave el último día de la guerra. Los miembros ya se estaban regenerando. A muchos de los mutilados del hospital parecía no importarles ir deambulando por ahí con extremidades en pleno proceso de desarrollo a la vista, y algunos, normalmente los más quejosos y doloridos, incluso bromeaban con que tenían algo que se asemejaba mucho a un brazo, una extremidad media o una pierna infantil pegados al cuerpo.

El coronel Dimirj prefería mantener cubiertos sus incipientes miembros, lo que –en la medida en que le preocupaba cualquier cosa– Quilan encontró de mejor gusto. El coronel parecía haberse impuesto como deber el hecho de hablar en rotación con todos los pacientes del hospital. Y, obviamente, ahora era su turno. A Quilan le pareció que aquel día estaba diferente. Se lo veía con más energía. Tal vez se iría

pronto a casa, o quizá lo habían promocionado.

–Estoy bien, Jarra.

–Aja. ¿Cómo va tu nuevo yo?

–Parece que están contentos. Dicen que estoy progresando satisfactoriamente.

Se encontraban en el Hospital Militar de Lapendal, en Chel. Quilan seguía postrado en una cama, aunque la propia cama tenía ruedas y un programa de automovimiento, y podía transportarlo, si él lo deseaba, por casi todo el hospital y por casi cualquier tipo de terreno. Quilan pensaba que aquella era la fórmula ideal para el caos, pero, aparentemente, el personal médico había encomendado a los sanitarios que diese todos los paseos que quisiera. Pero daba lo mismo; totalmente lo mismo; Quilan no había utilizado la movilidad de su cama para nada. Se quedó allí donde estaba, junto a la gran ventana que daba, según le dijeron, a los jardines y el lago de la costa del otro lado.

Ni siquiera se había asomado. Tampoco había leído nada, excepto el monitor de su revisión ocular. No había visto nada, excepto el ir y venir del personal médico, los pacientes y las visitas del pasillo exterior. En ocasiones, cuando alguien dejaba la puerta de la habitación cerrada, solo escuchaba a la gente en el pasillo. Prácticamente todo el tiempo, Quilan miraba al frente, a la pared blanca que tenía justo delante.

–Eso está bien, sí –dijo el coronel–. ¿Cuándo crees que podrás levantarte de esa cama?

Sus lesiones eran graves. Un día más en aquel camión ruinoso cruzando las llanuras de Phelen en Aorme y habría muerto. Por lo que fuera, lo habían dejado en la ciudad de Golse y, después de un triaje, lo habían transferido a una nave depósito de los Invisibles en unas horas. Los médicos de la nave, sobresaturados de trabajo, hicieron todo lo posible por estabilizarlo. Pero, pese a ello, estuvo a punto de morir en varias ocasiones.

La facción militar de los Leales y su familia negociaron el rescate. Una lanzadera médica neutral de una de las Órdenes de Cuidados lo llevó a una nave hospital del ejército. Agonizaba cuando llegó. Tuvieron que desechar su cuerpo desde el estómago hacia abajo, la necrosis se lo había comido todo hasta la extremidad media y estaba destrozando sus órganos internos. Finalmente, también los desecharon y le amputaron dicha extremidad, tras lo que fue conectado a una máquina que lo mantendría con vida hasta completarse la regeneración del resto de su cuerpo, parte por parte; esqueleto, órganos, músculos y ligamentos, piel y pelo.

El proceso casi había terminado, aunque su recuperación fue más lenta de lo que habían calculado. Quilan apenas podía creer que hubiera estado tantas veces tan cerca de la muerte y no hubiera tenido la suerte de morir.

Tal vez pensaba en ver a Worosei, en sorprenderla, en contemplar aquella

expresión en su rostro, con la que había soñado tantas veces en la parte trasera del camión al cruzar las llanuras. Tal vez aquello precisamente era lo que lo había mantenido con vida. No lo sabía, porque lo único que podía recordar tras los primeros días en el camión tenía la forma de sensaciones momentáneas e inconexas: dolor, olores, rayos de luz, náuseas repentinas, alguna frase o palabra suelta... Ignoraba cuáles habían sido sus pensamientos –suponiendo que hubiera pensado– durante los momentos más confusos y febriles de la travesía, pero le parecía perfectamente posible, a la vez que probable, que aquellas fantasías sobre Worosei lo hubieran mantenido con vida, y hubieran marcado la diferencia entre la muerte y la supervivencia.

Qué cruel resultaba aquel pensamiento. Haberse encontrado tan cerca de una muerte que habría agradecido felizmente, y haberla evitado aferrándose a la equivocada convicción de que podía verla con vida otra vez. Se enteró de su muerte a su llegada a Lapendal. No había dejado de preguntar por ella desde que se despertó de la primera operación en la nave hospital, cuando lo dejaron reducido a una cabeza y un tronco.

Había ignorado la solemne y meticulosa explicación del doctor sobre lo radical de su intervención quirúrgica, y sobre la gran proporción de su cuerpo que se habían visto obligados a sacrificar para poder salvarle la vida, pero él se había limitado a preguntar, entre náuseas y confusión, dónde estaba ella. El doctor no tenía ni idea. Le dijo que lo averiguarían, pero nunca lo volvió a ver en persona, y ningún otro miembro del personal sanitario pudo ayudarlo en su búsqueda.

Un capellán de una Orden de Cuidados hizo todo lo que pudo para descubrir el paradero de la nave *Tormenta de nieve* y de Worosei, pero la guerra aún proseguía, y la ubicación de una embarcación de combate o de cualquiera de los miembros de su tripulación no era la clase de información que se obtenía fácilmente.

Se preguntó quién sabía entonces que la nave se encontraba desaparecida, presumiblemente perdida. Posiblemente, solo el Ejército. Era probable que ni siquiera su propio clan hubiera obtenido la información antes de que esta se hiciera pública y notoria. ¿Acaso había existido un momento en que hubieran podido informarle sobre el destino de Worosei, en el que él estuviese lo suficientemente cerca de la muerte como para traspasar su umbral? Tal vez. O tal vez no.

Al final, su cuñado, el gemelo de Worosei, se lo notificó, el día después de que el clan supiese la noticia. La nave se había perdido, e imaginaban que había sido destruida. Una flota de los Invisibles la sorprendió a unos días de Aorme. El enemigo atacó con algo que parecía una especie de arma de impacto de ondas de gravedad. Primero impactó contra la nave mayor, y su escolta informó sobre la destrucción interna total de *Tormenta de nieve,* casi de forma instantánea. No quedó rastro de ningún alma rescatada.

La tripulación de la nave escolta intentó escapar, pero la persiguieron y la derribaron. Su propia destrucción dio fin a su último mensaje, antes incluso de poder notificar su posición. De allí sí se pudieron rescatar algunas almas, que más tarde confirmaron los detalles de lo ocurrido.

Worosei había muerto en el acto, hecho que Quilan supuso que debía considerar como una bendición, pero la catástrofe que había sufrido la nave *Tormenta de nieve* había sobrevenido con tal rapidez que la tripulación de a bordo no tuvo tiempo de ser salvada por sus Guardianes de Almas, y el armamento utilizado contra ellos había sido configurado específicamente para destruir los propios dispositivos.

Quilan tardó medio año en apreciar la ironía de que, al preparar el ataque que destruiría la tecnología de los Guardianes de Almas, el arma autora había dejado casi indemne la antigua tecnología de rescate de sustratos de Aorme.

El hermano gemelo de Worosei se había desmoronado al darle la noticia a Quilan. Este sintió una especie de preocupación distante por su cuñado y emitió algunos de los sonidos utilizados para reconfortar, pero no lloró; e intentando examinar sus propios pensamientos y sentimientos, lo único que consiguió fue experimentar un terrible vacío, una ausencia casi total de emotividad, excepto por una sensación de perplejidad tal vez excesivamente limitada.

Sospechó que su cuñado sintió vergüenza al llorar frente a él, o quizá se ofendió por que él no mostrase apenas un signo de dolor. En cualquier caso, solo acudió a visitarlo en esa ocasión. Otros miembros del clan de Quilan hicieron el viaje para verlo; su padre y otros familiares. Él no sabía qué decirles. Las visitas se fueron terminando y él se sintió bastante aliviado.

Le asignaron una consejera de duelo, pero él no sabía qué decirle y sentía que la estaba defraudando, puesto que no era capaz de seguir su guía hacia el terreno emocional que ella aseguraba que debía explorar. Los capellanes ya no se servían de ayuda.

Cuando la guerra terminó, de pronto, inesperadamente, tan solo unos días antes, Quilan experimentó algo parecido a la alegría por el fin del conflicto, pero casi de inmediato, se dio cuenta de que, en realidad, no había sentido nada. El resto de los pacientes y del personal del hospital lloró, rió, y, los que podían, lo celebraron emborrachándose por la noche. Pero él se sintió extrañamente alejado de todos ellos, y no notó más que cierto enojo resignado ante el ruido, que lo mantuvo despierto hasta horas intempestivas para él. Ahora, su única visita regular, aparte del personal médico, era el coronel...

–Supongo que no te has enterado, ¿no? –preguntó el coronel Dimirj. Sus ojos brillaban y a Quilan le parecía alguien que acababa de escapar de la muerte, o que había ganado una apuesta inesperada.

–¿Enterarme de qué, Jarra?

–De lo de la guerra. Cómo empezó, quién la desató, por qué terminó de una forma tan repentina...

–No. No sé nada de todo eso.

–¿No te pareció raro que terminase tan rápido?

–En realidad, no pensé mucho en ello. Supongo que perdí el contacto con la realidad cuando estuve tan mal. No me di cuenta de cómo se acabó todo.

–Bueno, pues ahora ya sabemos la razón –dijo el coronel, golpeando la cabecera de la cama de Quilan con el brazo sano–. ¡Fueron esos cabrones de la Cultura!

–¿Ellos pusieron fin a la guerra? –Chel había mantenido contacto con la Cultura durante varias centenas de años. Eran conocidos por su extendida presencia por toda la galaxia, por su superioridad tecnológica (aunque no gozaban del vínculo aparentemente único que los chelgrianos tenían con los sublimados) y por su tendencia a sus interferencias presuntamente altruistas. Una de las esperanzas más vanas que había albergado el pueblo durante la guerra era que la Cultura interviniese de pronto y separase a los combatientes, arreglándolo todo de nuevo.

Pero aquello no ocurrió. Ni tampoco intervino el Puen-Chelgriano, la propia fuerza avanzada de Chel entre los sublimados, esperanza todavía más pía que la anterior. Lo que había sucedido, de forma más prosaica pero poco menos sorprendente, fue que los dos bandos de la guerra, los Leales y los Invisibles, empezaron a dialogar de repente y llegaron a un acuerdo a una velocidad prodigiosa. Era un compromiso que, en realidad, no favorecía especialmente a nadie, pero sin duda era mejor que seguir con una guerra que estaba amenazando con desgarrar a toda la civilización chelgriana. ¿Y decía el coronel Dimirj que la Cultura había intervenido?

–Bueno, la detuvieron, sí lo quieres ver así. –El coronel se inclinó sobre Quilan–. ¿Quieres saber cómo?

A Quilan no le interesaba particularmente el tema, pero hubiera sido grosero por su parte decirlo.

–¿Cómo? –preguntó.

–Diciéndonos la verdad, a nosotros y a los Invisibles. Nos mostraron quién era el auténtico enemigo.

–Ah. Entonces, al final sí intervinieron. –Quilan seguía confuso–. ¿Quién es el auténtico enemigo?

–¡Ellos! ¡Los ciudadanos de la Cultura! –repuso el coronel, dando otra palmada sobre la cabecera de la cama de Quilan. Se recostó de nuevo en su asiento; le brillaba la mirada–. Detuvieron la guerra confesando que fueron ellos quienes la iniciaron. Eso fue lo que hicieron.

–No comprendo.

La guerra se había desencadenado cuando los recién emancipados y fortalecidos Invisibles pusieron en marcha todo el armamento que acababan de adquirir contra quienes habían sido sus superiores en el antiguo sistema de castas.

Se crearon nuevas milicias y compañías de guardias como resultado de la frustrada sublevación de las Guardias, cuando una facción del Ejército había intentado organizar un golpe de Estado tras la primera elección, que ganaron los Ecualitarios. Las milicias y compañías, y el entrenamiento acelerado de las castas antiguamente inferiores, cuyo objetivo era hacerse cargo de la mayoría de las naves del Ejército, formaban parte de un intento de democratizar las fuerzas armadas de Chel y de asegurar que, mediante un sistema de equilibrio de poderes, ningún brazo aislado de dichas fuerzas pudiese tomar el control del Estado.

Resultó una solución imperfecta y muy cara, que conllevó a que más gente que nunca tuviera acceso a un armamento tremendamente poderoso, pero lo único que tenía que suceder para que funcionase fue el hecho de que nadie se comportase de forma insensata. Pero entonces, Muonze, el presidente de la casta de los Castrados, hizo precisamente eso, y fue respaldado por la mitad de quienes habían obtenido mayores beneficios gracias a las reformas. ¿Qué relación podía tener la Cultura con todo eso? Quilan tenía claro que el coronel estaba decidido a contárselo.

–Fue la Cultura quien consiguió la elección de ese idiota Ecualitario Kapyre como presidente, antes de Muonze –continuó Dimirj, inclinándose de nuevo sobre Quilan–. Sus dedos movieron los hilos todo el tiempo. Prometieron a los parlamentarios toda la puta galaxia si votaban a Kapyre; naves, hábitats, tecnologías; solo los dioses saben qué más. Por eso salió elegido ese Ecualitario, y desaparecieron el sentido común y tres mil años de tradición, así como el sistema. Y luego apareció ese cretino de Muonze. ¿Y sabes qué?

–No. ¿Qué?

–Que también consiguieron que fuese elegido. Con las mismas tácticas.

–Ah.

–¿Y ahora qué dicen?

Quilan negó con la cabeza.

–Ahora dicen que no sabían que se volvería loco, que jamás se les ocurrió que un poco de igualdad, justo lo que la gente había estado pidiendo a gritos durante todo aquel tiempo, no iba a ser suficiente para ellos, ni que algunos resultarían ser tan estúpidos y ambiciosos como para querer venganza. Que nunca pensaron que sus malditos amigos de las castas querrían llevar a cabo algún tipo de acción subversiva. Algo así no tendría sentido, no sería nada lógico. –El coronel casi escupió aquellas últimas palabras–. Entonces, cuando todo nos explotó en la cara, todavía estaban trasladando sus propias naves y sus propias armadas lejos de nosotros. No tenían fuerzas disponibles para intervenir, no encontraron a casi nadie de toda la gente a

quien habían compensado, porque estaba muerta, como Muonze, o prisionera u oculta.

El coronel se apoyó otra vez en el respaldo de su asiento.

–Por lo tanto, nuestra guerra civil no fue tal. Fue obra de esos presuntos buenos samaritanos. Y, francamente, ni siquiera sé si esa es toda la verdad. ¿Cómo podemos saber realmente si son tan poderosos y avanzados como afirman ser? Quizá su ciencia es poco superior a la nuestra y estaban empezando a tenernos miedo. Quizá deseaban que ocurriese todo esto.

Quilan todavía intentaba digerir lo que estaba escuchando. Tras unos momentos, durante los que el coronel permaneció allí sentado, asintiendo con la cabeza, dijo:

–Bueno, en caso de haber ocurrido todo de esa forma, tampoco lo reconocerían así, por las buenas, ¿no?

–¡Ja! Puede que todo se hubiera descubierto al final de cualquier manera, y que intentasen parecer honestos confesándolo todo.

–Pero si nos lo dijeron a nosotros y a los Invisibles en primer lugar, para detener la guerra...

–Es lo mismo; quizá estábamos a punto de descubrirlo. Intentaron disfrazar su intervención. –El coronel apoyó una de sus garras en un lateral de la cama de Quilan–. Es decir, ¿de verdad podemos creer que realmente han tenido el descaro de revelarnos cifras y estadísticas? ¿de decirnos que esto casi nunca ocurre, que en el noventa y nueve por ciento de los casos ese tipo de «intromisiones» funcionan según lo previsto, que nosotros hemos tenido muy mala suerte, que lo sienten de veras y que nos ayudarán a reconstruirnos? –El coronel negó con la cabeza con vehemencia–. ¡Para nada! ¡Si no hubiéramos perdido casi todo lo que teníamos en esa puta guerra loca que ellos provocaron, me entrarían ganas de entrar en conflicto contra ellos!

Quilan miró a Jarra. Los ojos del coronel eran grandes, y el pelo de su cabeza se erizó al moverla. Sintió que la suya daba vueltas, por la incredulidad.

–¿Todo eso es cierto? –preguntó– ¿De verdad?

El coronel se levantó, como si su rabia lo hubiera hecho saltar de la silla.

–Deberías ver las noticias, Quil. –Miró hacia ambos lados, como si esperase que algo o alguien le extrajera la rabia acumulada, y luego respiró hondo–. Esto no acaba aquí, puedes creerme. Esto no terminará hasta dentro de mucho, mucho tiempo. Te veré más tarde, Quilan. Adiós, por ahora. –El coronel salió de la habitación dando un portazo.

Y Quilan encendió un monitor, por primera vez en meses, y descubrió que todo era como el coronel le había contado, y que las pautas del cambio de su propia sociedad las había marcado la Cultura que, con su propia confesión, había ofrecido lo que ellos mismos denominaban ayuda, y que otros podían considerar como un soborno, para las elecciones de quienes creían que debían ser elegidos, y aconsejados

y persuadidos y casi amenazados, para obtener lo que la Cultura creía que era mejor para los chelgrianos.

Su implicación había empezado a descender, y la Cultura había iniciado el retiro de las fuerzas que había acercado secretamente a la esfera de influencia y colonización chelgriana por si las cosas iban mal cuando, sin precedente alguno, todo había ido estrepitosamente mal.

Sus excusas eran las que había enumerado el coronel, aunque, bajo la perspectiva de Quilan, también existía el hecho de que no estaban tan acostumbrados a especies evolucionadas desde depredadores como lo estaban a otras especies, y aquello había resultado ser un factor importante en su fracaso a la hora de anticiparse al catastrófico cambio de comportamiento que se inició con Muonze y cayó como una cascada por toda la sociedad recién reestructurada, o a la ferocidad y velocidad con que este tuvo lugar una vez que hubo empezado.

Apenas podía creerlo, pero no tenía otro remedio. Pasó horas frente a la televisión y habló con el coronel y con otros pacientes que habían empezado a visitarlo. Era todo verdad. Todo.

Un día, la víspera de la primera vez que le permitían levantarse de la cama, oyó cantar a un pájaro en el exterior, junto a su ventana. Pulsó los botones del panel de control de la cama para girarla y elevarla, y así poder mirar al exterior. El ave ya se había marchado, pero Quilan vio un cielo con algunas nubes dispersas, los árboles de la orilla lejana del resplandeciente lago, las olas que rompían en la rocosa costa y la hierba del jardín que ondeaba al son del viento.

(Una vez, en un mercado de Robunde, había comprado para ella un pájaro enjaulado porque su canto era hermoso. Lo llevó a la habitación que habían alquilado mientras ella terminaba su tesis sobre la acústica en los templos.

Ella le dio las gracias con mucha elegancia, se acercó a la ventana, abrió la puerta de la jaula y ahuyentó al pajarillo, que salió volando, sin dejar de cantar. Lo contempló durante un momento, hasta que desapareció, y luego se volvió hacia él con una expresión que reflejaba disculpa, desafío y preocupación, todo a un tiempo. Él estaba de pie, bajo el quicio de la puerta, dedicándole una sonrisa).

Sus lágrimas disolvieron el paisaje.

VII

Comité de bienvenida

Los visitantes importantes viajaban normalmente a Masaq en una barcaza ceremonial gigante de madera dorada, con gloriosas banderas y un aspecto fabuloso, encajonada en un envoltorio elipsoide de aire perfumado cosido con medio millón de globos vela aromatizados. Para el emisario chelgriano Quilan, el Centro pensó que tan flagrante ostentación podía desencadenar una nota discordante, de excesiva celebración, por lo que decidió enviar un módulo sencillo, pero bien decorado y personalizado, a la cita con el ex buque de guerra *La resistencia fortalece el carácter.*

El comité de bienvenida estaba formado por uno de los delgados avatares de piel plateada del Centro, por el dron E. H. Tersono, el homomdano Kabe Ischloear y una hembra humana que representaba a la Junta General del orbital, llamada Estray Lassils, que parecía anciana y lo era. Lucía una larga melena blanca, sujeta en un moño, y su tez bronceada estaba llena de arrugas. Para su edad, era alta y delgada, y mantenía una postura bien erguida. Llevaba un vestido negro, formal pero sencillo, al que iba sujeto un único broche. Sus ojos brillaban y Kabe imaginó que la mayor parte de los surcos de su rostro eran líneas de expresión creadas por las risas y sonrisas. Le causó buena impresión desde el primer momento y, dado que la Junta General había sido elegida por la población de drones y humanos del orbital, y la habían designado específicamente para representarla, el embajador homomdano supuso que también había gustado a los demás.

–Centro –dijo Estray Lassils con voz alegre–, tu piel parece más mate de lo habitual.

El avatar del orbital llevaba unos pantalones blancos y una chaqueta ceñida que destacaban sobre su argentada piel que, ciertamente, parecía menos reflectante de lo normal a ojos de Kabe. La criatura asintió.

–Hay tribus aborígenes chelgrianas que, tiempo atrás, tenían creencias supersticiosas en lo referente a los espejos –respondió el avatar con su incongruente voz profunda. Sus grandes ojos negros parpadearon. Estray Lassils se encontró contemplando dos minúsculas imágenes de sí misma representadas en los párpados de la criatura que, por un momento, se habían vuelto completamente reflectantes–. Y he considerado, en pro de la seguridad...

–Comprendo.

–¿Y qué tal están los otros miembros de la Junta, señora Lassils? –le preguntó el dron Tersono. Parecía, más que cualquier cosa, más iridiscente que nunca, con su piel rosada de porcelana y su diáfano petrelumen bien pulido.

La mujer se encogió de hombros.

–Como siempre –respondió–. De hecho, hace un par de meses que no los veo. La próxima asamblea es... –se detuvo, con aire pensativo.

–Dentro de diez días –le sopló el broche.

–Gracias, casa –contestó ella y le hizo una seña al dron con la cabeza–. Ahí lo tienes.

La Junta General debía representar a los habitantes de la Cultura en el Centro a su mayor nivel; pero era un ministerio más bien honorario, puesto que cada individuo podía hablar con el Centro siempre que quisiera. No obstante, como aquello conllevaba una ínfima posibilidad teórica de que un Centro malicioso o enfadado pudiera enfrentar a cualquier habitante de un orbital con otro y crear un entorno hostil, se consideró la sensata posibilidad de formar una junta convenientemente elegida. Eso también significaba que los visitantes de otras sociedades más autocráticas o estratificadas podían recurrir a alguien que identificasen como una representación oficial de toda la población.

La principal razón por la que Kabe decidió que le gustaba Estray Lassils era que, pese a encontrarse allí en un consecuente papel poco menos que ceremonial –al fin y al cabo, representaba a casi cincuenta mil millones de personas– había invitado, aparentemente a su antojo, a una de sus sobrinas, una pequeña de seis años llamada Chomba.

Era delgada y de cabello rubio, y permaneció sentada y tranquila en el borde acolchado de la piscina central de la sala principal del módulo de personal, mientras este se dirigía a su encuentro con la nave *La resistencia fortalece el carácter.* Vestía unos pantalones cortos de color morado y una chaqueta amplia amarillo limón. Balanceaba los pies en el agua, donde unos grandes peces rojos nadaban entre rocas perfectamente dispuestas y lechos de gravilla. Los animales miraban los deditos de Chomba con una curiosidad recelosa y se acercaban a ellos poco a poco.

Los demás estaban de pie –o flotando, en el caso de Tersono– formando un grupo frente a la zona de monitores de la sala principal. Un gran monitor se extendía por

toda la pared circular, de manera que, cuando estaba activado, les daba la impresión de que estaban viajando por el espacio sobre un enorme disco, y con otro suspendido encima de sus cabezas (el techo también podía funcionar como pantalla, lo mismo que el suelo, aunque algunos consideraban algo inquietante aquel efecto).

La parte más alta y profunda de la pantalla estaba enfocada directamente hacia el frente, y allí era hacia donde Kabe miraba de cuando en cuando, aunque lo único que mostraba era un campo estelar, con un anillo rojo que parpadeaba lentamente para indicar la dirección desde donde se acercaba la nave. Dos amplias bandas del orbital de Masaq cruzaban la imagen desde el suelo hasta el techo, y también había un gran sistema tormentoso de nubes enroscadas que solo se veía sobre una plataforma mayoritariamente oceánica, pero Kabe se distraía más con el sinuoso movimiento de los peces y la niña humana sentada al borde del agua.

Uno de los efectos de vivir en una sociedad donde la gente acostumbraba a perdurar cuatro siglos y tenía un promedio de un hijo por habitante era la escasa ocasión de ver a algún pequeño y –dado que a estos se los solía mantener juntos en grupos en lugar de dispersarlos por toda la sociedad– aún parecían ser menos de los que realmente eran. En algunas zonas, se aceptaba más o menos que la conducta civilizacional de la Cultura procediese del hecho de que todo humano perteneciente a la sociedad había sido minuciosa, exhaustiva, e imaginativamente consentido y mimado de niño, por casi todos quienes lo rodeaban.

–No pasa nada –dijo la niña a Kabe cuando lo vio observándola. Señaló con la cabeza a los peces–. No muerden.

–¿Estás segura? –le preguntó Kabe, agachándose sobre sus tres extremidades para acercarse a la pequeña. Ella contempló la maniobra con unos ojos aparentemente fascinados, pero prefirió no decir nada al respecto.

–Sí –repuso en lugar de eso–. No comen carne.

–Pero tus deditos parecen sabrosos –dijo Kabe con intención de hacerla reír, aunque inmediatamente, temió haberla asustado.

Ella frunció el ceño durante un segundo, y luego se encogió de hombros y soltó una risilla.

–Tú no comes personas, ¿verdad?

–No, a menos que tenga un hambre terrible –contestó Kabe con seriedad, tras lo que se maldijo de nuevo para sus adentros. Empezó a recordar que tampoco se le habían dado bien nunca los pequeños de su propia especie.

Ella adoptó una expresión de incertidumbre, y después –tras uno de esos semblantes ausentes a los que uno se acostumbra cuando la gente consulta un lazo neural u otro dispositivo implantado– sonrió.

–Los homomdanos sois vegetarianos. Lo acabo de consultar.

–Ah –dijo él, sorprendido–. ¿Llevas un implante neural?

Tenía entendido que los niños no acostumbraban a utilizarlos; como norma general, tenían juguetes o avatares de compañía que cumplían con ese rol. La colocación del primer implante era lo más parecido a un ritual formal de iniciación a la vida adulta en la Cultura. Y otra tradición era ir ascendiendo gradualmente desde un juguete hablador, pasando por otros dispositivos cada vez menos infantiles a un terminal en forma de bolígrafo, broche o pendiente.

–Sí, tengo un lazo –respondió la niña, con orgullo–. Se lo he preguntado.

–Está dando la lata –dijo Estray Lassils, acercándose a la piscina. La niña asintió.

–Bastante más allá del límite establecido por el que cualquier niño razonable y normal se habría rendido hace rato –contestó la pequeña, con una voz áspera que probablemente quería imitar a la de un hombre.

–Chomba es la viva imagen de la redefinición del término «precocidad» –aclaró Estray Lassils a Kabe, acariciando los rizos rubios de la niña–. Con un éxito considerable, hasta la fecha.

La pequeña se encogió bajo la mano de Estray y chasqueó la lengua. Siguió chapoteando en la piscina, pero con más fuerza, alejando el banco de peces.

–Espero que hayas saludado correctamente al embajador Kabe Ischloear –dijo Estray a Chomba–. Antes, cuando te he presentado, te has mostrado extrañamente tímida.

La pequeña emitió un suspiro teatral y se puso en pie, apoyando una de sus minúsculas manos sobre la gigantesca que Kabe le ofreció como ayuda. Acto seguido, hizo una reverencia.

–Embajador Kabe Ischloear, mi nombre es Chomba Lassils dam Palacope de Sintriersa de Masaq. ¿Cómo está usted?

–Muy bien, gracias –respondió Kabe con una inclinación de cabeza–. ¿Cómo estás tú, Chomba?

–Como quiere, básicamente –intervino Estray Lassils. La niña adoptó una expresión de aburrimiento.

–O mucho me equivoco –prosiguió Kabe– o tu precocidad aún no ha avanzado hasta la designación de un segundo nombre.

Chomba sonrió con una expresión pretendidamente astuta. Kabe se preguntó si había utilizado palabras demasiado largas.

–Nos informa de que lo tiene –aclaró Estray, mirando a la niña fijamente–. Pero todavía no piensa decirnos cuál es.

La pequeña alzó la cabeza y miró hacia otro lado, con aires de suficiencia. Acto seguido, miró a Kabe a los ojos y le preguntó:

–¿Tiene usted hijos, embajador?

–Por desgracia, no.

–Entonces, ¿no tiene a nadie aquí?

–Efectivamente.

–¿Y no se siente solo?

–¡Chomba! –reprendió Estray Lassils.

–No pasa nada. No, no me siento solo, Chomba. Conozco a mucha gente como para eso. Además, tengo mucho que hacer.

–¿A qué se dedica?

–Estudio, aprendo e informo.

–¿Sobre qué? ¿Sobre nosotros?

–Sí. Hace muchos años empecé a intentar comprender a los humanos y tal vez, en consecuencia, al resto de la gente en general. –Kabe extendió las manos lentamente e intentó esbozar una sonrisa–. Y mi investigación continúa. Escribo artículos, ensayos, prosa y poesía, que envío a mi hogar original, y que intentan, en la medida en que me lo permite mi modesto talento, explicar la Cultura y a su pueblo de una forma más completa a los míos. Por supuesto, nuestras dos sociedades se conocen bien en lo que respecta a datos fuente, pero a veces es necesario cierto grado de interpretación para extraerle sentido a esa información. Lo que yo intento es aportar ese toque personal.

–Pero, ¿no es divertido estar rodeado por todos nosotros?

–Cuando se canse de esta conversación, no dude en decírmelo, embajador –dijo Estray Lassils, en tono de disculpa.

–No, está bien. A veces sí es divertido, Chomba, a veces desconcertante, y a veces muy gratificante.

–Pero somos completamente diferentes, ¿no? Nosotros tenemos dos piernas. Ustedes tienen tres. ¿No echa de menos a otros homomdanos?

–Solo a una.

–¿A quién?

–A alguien a quien amé una vez. Pero, por desgracia, ella no me quería.

–¿Por eso decidió venir aquí?

–Chomba...

–Es posible, Chomba. La distancia y la diferencia pueden curar. Al menos aquí, rodeado por humanos, nunca tendré que ver a alguien a quien confunda con ella, aunque solo sea un instante.

–Vaya. Debió de quererla mucho.

–Supongo que sí.

–Aquí están –dijo el avatar del Centro. Se volvió a mirar al fondo de la sala. En la pantalla de la pared curvada, el grueso cilindro de *La resistencia fortalece el carácter,* se deslizaba a través de la oscuridad. Apenas se apreciaban partes del complejo campo de la nave, que se hacía visible progresivamente, como si el módulo estuviese atravesando capas de gasa mientras se acercaba a la aeronave mayor.

El módulo llegó a la popa, flotando hacia la unidad de alojamiento situada en la

parte frontal de la antigua nave de guerra, donde una serie de luces pequeñas identificaban un rectángulo del casco. Se oyó un ruido sordo, apenas perceptible, cuando las dos naves se conectaron. Kabe miró el agua de la piscina. Ni siquiera se onduló. El avatar se dirigió al fondo de la sala, con el dron flotando tras su hombro izquierdo. La vista de popa desapareció para dejar paso a las grandes puertas traseras del módulo.

–Sécate los pies –ordenó Estray Lassils a su sobrina.

–¿Por qué?

Las puertas del módulo se abrieron, revelando un vestíbulo revestido con plantas y a un chelgriano de gran estatura, ataviado con un traje religioso oficial. Algo parecido a una gran bandeja flotaba a su lado, con dos modestas maletas encima.

–Comandante Quilan –saludó el avatar de piel plateada mientras se acercaba a él e inclinaba la cabeza a modo de reverencia–. Represento al Centro de Masaq. Sea usted bienvenido.

–Gracias –contestó el chelgriano. Kabe percibió un olor ácido en el ambiente cuando las atmósferas de la nave y del módulo se mezclaron.

Se hicieron las pertinentes presentaciones. Kabe pensó que el chelgriano parecía amable pero reservado. Hablaba marain, al menos igual de bien que Ziller, y con el mismo acento. Y, lo mismo que Ziller, había aprendido el idioma en lugar de recurrir a un dispositivo de traducción.

La última en ser presentada fue Chomba, que recitó su casi completo nombre al chelgriano, buscó en uno de los bolsillos de su chaqueta y le entregó un pequeño ramillete de flores.

–Son de nuestro jardín –le explicó–. Siento que estén un poco aplastadas, es que las llevaba en el bolsillo. Por eso no se preocupe, solo es polvo. ¿Quiere ver unos peces?

–Comandante, nos complace mucho su visita –dijo el dron Tersono, que flotaba entre el chelgriano y la niña–. Sé que no hablo solo en nuestro nombre, sino en el de cada uno de los habitantes del orbital de Masaq, cuando digo que nos sentimos verdaderamente honrados con su llegada.

Kabe pensó que aquella sería la oportunidad ideal para el comandante Quilan de mencionar a Ziller, si era de los que no compartían aquella imagen poco realista de la cortesía. Pero el chelgriano se limitó a sonreír.

Chomba miró al dron con los ojos llenos de furia. Quilan inclinó la cabeza para ver más allá del cuerpo de Tersono y observarla, mientras este, extendiendo un campo arqueado azul y rosado hacia los hombros de Quilan, lo invitó a seguirlo. La plataforma flotante que transportaba las maletas del chelgriano fue detrás de ellos hacia el módulo. Las puertas se cerraron y se convirtieron de nuevo en una gran pantalla.

–Todos los presentes nos encontramos aquí para darle la bienvenida, evidentemente, pero también para poner en su conocimiento que estamos a su entera disposición durante toda su estancia, que se prolongará el tiempo que usted desee.

–Yo no. Tengo cosas que hacer.

–Ja, ja, ja –repuso el dron–. Bueno, todos los adultos, en todo caso. ¿Cómo le ha ido el viaje? Espero que se haya sentido cómodo y satisfecho.

–Ha resultado muy satisfactorio, gracias.

–Por favor, tome asiento.

Se acomodaron en unos sofás mientras el módulo se ponía en marcha. Chomba volvió a sumergir los pies en la piscina. Detrás, *La resistencia fortalece el carácter,* efectuó una maniobra equivalente a una voltereta hacia atrás, se convirtió en un punto, y desapareció.

Kabe se puso a reflexionar sobre las diferencias entre Quilan y Ziller. Eran los dos únicos chelgrianos a los que había conocido en persona, aunque había estudiado minuciosamente a la especie desde que Tersono le pidió ayuda el día del recital en la barcaza *Soliton.* Sabía que el comandante era más joven que el compositor, y le pareció que su figura y su forma física eran mejores. Su pelo, de color marrón pálido, se veía más brillante y cuidado, y su musculatura más prominente. Incluso tenía una expresión algo más inquieta en los ojos y en el rostro. Tal vez aquello no era tan sorprendente. Kabe sabía mucho sobre el comandante Quilan.

El chelgriano se volvió hacia él.

–¿Representa usted aquí oficialmente a Homomda, embajador Ischloear?

–No, comandante... –empezó Kabe.

–El embajador Ischloear se encuentra aquí por petición de Contacto –aclaró Tersono.

–Me pidieron que actuase como anfitrión durante su estancia –explicó Kabe al chelgriano–. Me sentí humildemente honrado ante semejante halago y acepté de inmediato, pese a no ostentar ninguna formación diplomática real. Para ser sincero, soy más un cruce entre periodista, turista y estudiante que cualquier otra cosa. Espero que no le molesten mis palabras. Solo le digo esto por si cometo algún fallo en el protocolo. En caso de ser así, no quisiera que se reflejase en mis compañeros. –Kabe hizo un leve gesto con la cabeza a Tersono, que le respondió con una inclinación a modo de reverencia.

–¿Hay muchos homomdanos en Masaq? –preguntó Quilan.

–No. Yo soy el único –repuso Kabe.

El comandante asintió lentamente.

–Es a mi a quien corresponde la tarea de representar al ciudadano medio –intervino Estray–. El embajador Ischloear no es representativo, pero sí encantador. –La mujer dedicó una sonrisa a Kabe, que se percató de que nunca había dado con un

gesto traducible para indicar humildad–. Pienso –prosiguió ella– que probablemente le pedimos a Kabe su ayuda como anfitrión para demostrar que, en Masaq, no somos tan terribles como para asustar a nuestros invitados no humanos.

–Ciertamente, mahrai Ziller parece haber encontrado irresistible su hospitalidad –dijo Quilan.

–El compositor Ziller continúa honrándonos con su presencia –coincidió Tersono. Su campo de aura se veía muy rosado en contraste con el tono cremoso de la butaca sobre la que reposaba–. El Centro se muestra muy modesto al no ensalzar las numerosas virtudes del orbital de Masaq, pero déjeme garantizarle que se trata de un lugar de innumerables placeres. El Gran...

–Supongo que mahrai Ziller no sabe que estoy aquí –interrumpió Quilan pausadamente, mirando al dron y al avatar alternativamente.

–Se le ha mantenido informado de sus avances –asintió la criatura de piel plateada–. Desgraciadamente, no se encuentra aquí para darle la bienvenida en persona.

–Tampoco esperaba que lo hiciera –repuso Quilan.

–El embajador Ischloear es uno de los mejores amigos del compositor Ziller –dijo Tersono–. Estoy seguro de que, cuando llegue el momento, tendrán muchos temas sobre los que hablar.

–Creo que puedo asegurar que soy el mejor amigo homomdano que tiene en Masaq, sí –añadió Kabe.

–Imagino que su propia conexión con el compositor Ziller se remonta a mucho más atrás, comandante –dijo Estray–. A la escuela, ¿verdad?

–Sí –contestó Quilan–. Pero no nos hemos visto ni hemos hablado desde entonces. Más que viejos amigos, somos amigos de la infancia. ¿Cómo se encuentra nuestro genio ausente, embajador? –preguntó a Kabe.

–Está bien –contestó este último–. Ocupado con sus composiciones.

–¿Echa de menos su hogar? –preguntó el chelgriano, mostrando poco más que un atisbo de sonrisa en el rostro.

–Según dice, no –respondió Kabe–, aunque en sus obras de los últimos años me ha parecido detectar una cierta nota de nostalgia y de regreso a los antiguos temas populares chelgrianos, con matices de resolución final en su desarrollo. –Por el rabillo del ojo, Kabe vio que el aura de Tersono se ruborizaba de satisfacción tras aquellas palabras–. Pero tal vez eso no signifique nada –prosiguió. El campo del dron se tornó en un azul glacial.

–Ya veo que es usted aficionado a su música, embajador –dijo el chelgriano.

–Bueno, creo que todos lo somos –se apresuró en decir Tersono–. Yo...

–Yo no lo soy.

–Chomba –dijo Estray.

–La adorable niña aún no tiene la suficiente madurez como para apreciar la música del maestro –continuó Tersono. Kabe observó un asomo de color morado en el campo de aura del dron, allanándose y disipándose en dirección a la criatura sentada al borde de la piscina. Vio moverse la boca de Chomba, pero sospechó que Tersono había erigido alguna especie de campo de separación entre ella y el resto del grupo. Apenas pudo oír sus palabras, pero la propia Chomba no se había dado cuenta de nada, o no le había importado. Estaba muy concentrada en los peces.

»Yo me considero uno de los admiradores más fervientes del compositor Ziller –decía el dron, en voz muy alta–. He visto a la señora Estray Lassils aplaudir con entusiasmo en varios conciertos y recitales de Ziller, y sé que el Centro disfruta en ocasiones recordando a los orbitales vecinos que su compatriota eligió a este como segundo hogar en lugar de a ellos. Todos estamos a la expectativa de escuchar la última sinfonía de Ziller dentro de unas semanas. Estoy seguro de que será espléndida.

Quilan asintió. Extendió las manos.

–Bien, como supongo que ya sabrán –dijo–, me han pedido que intente persuadir a mahrai Ziller de regresar a Chel. –Miró a todos uno por uno, y finalmente, fijó sus ojos en Kabe–. Imagino que no será tarea fácil. Embajador Ischloear...

–Por favor, llámeme Kabe.

–Bien, Kabe, ¿qué piensas al respecto? ¿Tengo razón al considerar que será un objetivo difícil?

Kabe pensó.

–No puedo imaginar –empezó Tersono– que el compositor Ziller pueda ni soñar con dejar pasar la oportunidad de reunirse con el primer chelgriano que...

–Pienso que tiene toda la razón, comandante Quilan –dijo Kabe.

–... ha puesto los pies...

–Por favor, llámame Quil.

–... en Masaq en...

–Francamente, Quil, te han asignado una misión jodida.

–... tantos y tantos años.

–Eso me temía.

~ *¿De acuerdo?*

~ Sí. Muchas gracias.

~ *Sea usted bienvenido* –dijo Huyler en la cabeza de Quilan, imitando la profunda voz del avatar del Centro–. *Estaba casi demasiado ocupado como para pasarte comentarios al respecto.*

~ Bueno, tampoco era estrictamente necesario.

Estaban preocupados por si la bienvenida a Quilan resultaba abrumadora, bien

por accidente, bien deliberadamente. Su desliz momentáneo, cuando embarcaron en *La resistencia fortalece el carácter,* de responder en voz alta a un pensamiento transmitido por Huyler los puso en guardia, por lo que acordaron que, durante la primera parte de la recepción de Quilan, Huyler permanecería en silencio a menos que detectase cualquier incidencia alarmante por la que creyese que debía llamar la atención de Quilan.

~ Bien, Huyler. ¿Algo interesante?

~ *Un grupo curioso, ¿no crees? Solo una de ellos era humana.*

~ ¿Y la niña?

~ *Bueno, y la niña. Si es que realmente es una niña.*

~ No nos pongamos paranoicos, Huyler.

~ *Tampoco seamos condescendientes, Quil. De todas formas, parece que se han decantado por el acercamiento amigable más que por el autoritario.*

~ Podría darse el caso de que Estray Lassils fuera Presidenta del Mundo. Y el avatar de piel plateada podría encontrarse bajo el control directo del dios que ostenta el poder de la vida o la muerte sobre el orbital y todos sus habitantes.

~ *Sí, y podría darse el caso de que la mujer fuese un testaferro sin poder alguno y el avatar una simple marioneta.*

~ ¿Y el dron? ¿Y el homomdano?

~ *La máquina afirma que procede de Contacto, con lo que podría pertenecer a Circunstancias Especiales. Pero el tipo grande de tres patas sí parece genuino, y yo le daría el beneficio de la duda por el momento. Posiblemente piensen que es adecuado porque tiene un mayor número de piernas del que acostumbran a ver. Él tiene tres piernas, y nosotros también, si contamos la extremidad media. Podría ser así de simple.*

~ Supongo.

~ *En cualquier caso, ya estamos aquí.*

–Así es. Y es un «aquí» que impresiona bastante, ¿no te parece?

~ *Todo marcha bien, imagino.*

Quilan esbozó una mínima sonrisa. Se apoyó en la barandilla de cubierta y echó un vistazo a su alrededor. El río se estrechaba a lo lejos y el paisaje desfilaba rápidamente a ambos lados.

El Gran Río de Masaq era una simple curva de agua que recorría sin interrupción todo el orbital y fluía lentamente, como resultado de poco más que el efecto coriolis del mundo en rotación.

Alimentado por afluentes y arroyos en toda su extensión, se veía mermado por la evaporación cuando discurría por zonas desérticas o cuando se vaciaba por potentes cascadas y por las escorrentías hacia los mares, los pantanos y los canales de riego, y se veía absorbido por lagos gigantes, extensos océanos y colosales sistemas de

canalización, para reaparecer a través de enormes estuarios que se entremezclaban hasta formar de nuevo una sola corriente de agua.

El río fluía por su interminable curso a través de laberintos de cavernas escondidas bajo continentes elevados, cuyas profundidades solo quedaban esporádicamente iluminadas por algún orificio hondo o por inmensas fosas profundas que parecían las raíces de las montañas. Atravesaba el decreciente número de topografías aún no formadas de la plataforma en túneles transparentes que desembocaban en paisajes que todavía se encontraban en proceso de modelación e inscripción por las vulcanologías prefabricadas de las técnicas de formación terrestre del orbital.

Desaparecía bajo las sierras Mamparas en colosales laberintos de agua que danzaban bajo aquellos amplios diques y se deslizaba –desbordándose en ocasiones durante estaciones enteras– hacia las llanuras que se perdían en el horizonte, antes de sumergirse en sinuosos cañones de varios kilómetros de profundidad y de miles de longitud. Se congelaba desde un extremo de un continente hasta el otro durante el afelio del orbital o en los inviernos locales producidos por un grupo de dispersadas lentes solares del orbital.

Su curso atravesaba varias ciudades bien delimitadas o de expansión incontrolada y, al llegar a plataformas como la de Osinorsi, cuyo nivel mediano se hallaba por debajo de la elevación de la corriente, el río discurría por encima de llanuras, sabanas, desiertos o pantanos situados sobre montañas o cordilleras trenzadas que dominaban el suelo a cientos o a miles de metros de altura; elevadas cintas de tierra coronadas por nubes, bordeadas por cascadas, forradas por vegetación colgante y ciudades verticales, perforadas por cuevas y, como allí, con artísticos arcos esculpidos que convertían a las monumentales montañas en una imagen más precisa de lo que eran exactamente: enormes acueductos sobre un curso de agua de diez millones de kilómetros de largo.

El parapeto que los separaba del sistema montañoso, a poca distancia de los acantilados y las llanuras que marcaban el inicio de Xaravve, era un banco de hierba, con flores esporádicas, de menos de diez metros de anchura.

Desde su posición de ventaja, desde un camarote de proa elevado de la barcaza ceremonial *Bariatricista,* Quilan podía contemplar, a través de la neblina, las colinas y los ríos que crecían a través de brumosos bosques, a dos kilómetros por debajo de él.

Le habían preguntado si deseaba dirigirse directamente a la casa que habían habilitado para su estancia, o si prefería pasear por el Gran Río de Masaq, en una de sus famosas embarcaciones, donde habían preparado una pequeña recepción. Él respondió que aceptaba encantado el ofrecimiento. El avatar del Centro se mostró complacido ante ello, y el dron Tersono brilló con su aprobación de color rosado.

El módulo de personal había descendido lentamente hacia la atmósfera del orbital. El techo de la nave también se había convertido en una pantalla, que mostraba el arco flotante del atardecer y el lado lejano del orbital, mientras el buque se sumergía en el cálido aire matinal de la plataforma de Osinorsi. El módulo había sobrevolado la alongada forma de ese de la cordillera central que transportaba el río por el nivel inferior de la plataforma. Ambas naves se reunieron con la barcaza *Bariatricista* junto a la delimitación con Xaravve.

A unos cuatrocientos metros, la barcaza era casi el doble de larga que la anchura del río en aquel lugar; era una embarcación alta, iluminada, con dos niveles de cubiertas y tachonada de mástiles, algunos de los cuales ostentaban velas ornadas, aunque de la mayoría colgaban banderas de varios colores.

Quilan había visto a mucha gente, aunque el barco no estaba ni mucho menos lleno.

–Todo esto no será por mí, ¿verdad? –había preguntado al dron Tersono mientras el módulo se acercaba a la popa de una de las cubiertas.

–Bueno... –había respondido de forma algo incierta–. No. ¿Por qué? ¿Preferiría una nave privada?

–No. Solo sentía curiosidad.

–Hay otras recepciones de distinta índole, fiestas y distintos eventos que se están celebrando en estos momentos en la barcaza –le había aclarado el avatar–. Además, hay mucha gente para quien este barco es un hogar temporal o permanente.

–¿Cuánta gente ha venido a verme a mí?

–Unos setenta –repuso el avatar.

–Comandante Quilan –había dicho el dron–. Si ha cambiado de idea...

–No. Yo...

–Comandante, ¿me permite una sugerencia? –había preguntado Estray Lassils.

–Por favor.

Así, el módulo se posicionó de forma que Quilan pudiese entrar directamente en el camarote de proa elevado de la barcaza; Estray Lassils desembarcó al mismo tiempo que él y le mostró el camino, quedándose rezagada mientras él se abría paso de un extremo al otro de una especie de armazón que atravesaba una bulliciosa fiesta, para llegar finalmente a una de las cubiertas traseras del barco.

Allí había un reducido grupo de humanos, parejas en su mayor parte. Quilan recordó un nebuloso y caluroso día, en un barco mucho más pequeño que navegaba sobre un río más ancho, pero infinitamente menor, a miles de años luz de aquel preciso momento. Su tacto, su aroma, el peso de su mano sobre su hombro...

Los humanos lo miraron con curiosidad, pero no le dijeron nada. Él miró hacia el exterior y contempló las vistas. El día era claro, pero fresco. El gran río y aquel

enorme y asombroso mundo se extendían y giraban por debajo de él, llevándoselo con ellos.

VIII

El retiro de Cadracet

Al cabo de un rato, apartó la vista del paisaje.

Estray Lassils llegó desde uno de los bailes de la ruidosa fiesta, con el rostro sonrojado y la respiración pesada, y lo acompañó a la sección de la barcaza dispuesta para su recepción.

–¿Está seguro de que le apetece conocer a toda esta gente, comandante? –le preguntó la mujer.

–Sí, gracias.

–Bien, no dude en decírmelo cuando quiera marcharse. No pensaremos mal de usted. He investigado un poco a su orden. Parecen algo... ascéticos y monásticos. Estoy segura de que todo el mundo lo entenderá si nuestro grupo le cansa o le resulta algo pesado.

~ Me pregunto hasta dónde habrán investigado.

–Seguro que sobreviviré.

–Así me gusta. Se supone que yo soy veterana en este tipo de cosas, pero a veces también me parecen algo tediosas. No obstante, las recepciones y las fiestas son panculturales, o, al menos, eso dicen. Nunca he sabido si sentirme reconfortada u horrorizada ante ello.

–Supongo que ambas sensaciones son apropiadas, en función del estado de ánimo del momento.

~ Bien dicho, hijo. Creo que me vuelvo a mi retiro. Concéntrate en ella; parece muy astuta. Puedo sentirlo.

–Comandante Quilan, espero que sea consciente de lo mucho que lamentamos lo que le ocurrió a su pueblo –prosiguió la mujer, mirando al suelo y después al chelgriano–. Imagino que ya estará harto de oírlo a estas alturas, en cuyo caso, me

disculpo también por haberlo dicho, pero en ocasiones una siente que debe dejar constancia de ciertas cosas. –Estray apartó la vista en dirección a la brumosa profundidad del paisaje–. La guerra fue culpa nuestra. Enmendaremos y repararemos todo lo que podamos, pero, por si sirve de algo, y soy consciente de que no es demasiado, pedimos nuestras más sinceras disculpas. –Hizo un ademán con sus viejas y arrugadas manos–. Creo que todos nosotros sentimos que estamos en deuda con usted y con su gente. –Volvió a bajar la vista antes de mirarlo de nuevo a los ojos–. No dude en apelar a ello.

–Gracias. Aprecio mucho su sentimiento y su ofrecimiento. Mi misión no es ningún secreto.

Ella entornó los ojos y esbozó una tímida e indecisa sonrisa.

–Sí. Bien. Veremos lo que podemos hacer. Espero que no tenga demasiada prisa, comandante.

–No demasiada –repuso él.

Ella asintió y siguió caminando. En un tono más distendido, dijo:

–Espero que la casa que le ha preparado el Centro sea de su agrado, comandante.

–Como bien ha dicho, en mi orden no somos conocidos por gustar de grandes caprichos o lujos. Estoy seguro de que tendré más de lo que necesito.

–Imagino que así será. Pero si necesita cualquier cosa, no dude en pedirla, aunque sea tener menos de lo que sea.

–Supongo que la casa no estará junto a la de mahrai Ziller.

Ella sonrió.

–Ni siquiera se encuentra junto a la siguiente plataforma, sino a dos de distancia. Pero me han dicho que tiene unas vistas fantásticas y acceso privado a su propia subplataforma. ¿Sabe a lo que me refiero? ¿Conoce el significado de todos estos términos?

–Yo también he investigado, señora Lassils –sonrió Quilan.

–Sí, por supuesto. Bien, veamos qué clase de terminal o de dispositivo desea utilizar. Si ha traído con usted su propio comunicador, estoy segura de que el Centro podrá adaptárselo, y si no, puede proporcionarle un avatar o algún otro familiar a su disposición o... bueno, lo que usted decida. ¿Qué prefiere?

–Creo que uno de sus terminales bolígrafo estándar será suficiente.

–Comandante, tengo la fuerte sospecha de que, en el momento en el que llegue a su casa habrá alguien esperándolo allí. –Se estaban acercando a una gran cubierta superior decorada con muebles de madera, parcialmente cubierta por marquesinas y salpicada de gente–. Y será una bienvenida bastante más agradable que esta: una tropa de gente desesperada por hablar con usted. No olvide que puede marcharse cuando quiera.

~ *Amén.*

Todo el mundo se volvió a mirarlo.

~ *Unamos fuerzas, comandante.*

Había unas setenta personas para recibir a Quilan, entre las que se encontraban tres miembros de la Junta General –a quienes Estray Lassils reconoció, saludó, y con los que se reunió en cuanto el decoro se lo permitió–, varios eruditos en asuntos chelgrianos o cuya especialidad incluía el prefijo *xeno*, profesores en su mayor parte, y un grupo de seres no humanos, de especies que Quilan desconocía completamente y que se enroscaban, flotaban, se mecían o se despatarraban por la cubierta, las mesas y los sillones.

La situación aún se complicaba más con otras criaturas varias que, excepto el avatar, Quilan podía haber confundido con otros alienígenas inteligentes, pero que resultaron ser simples mascotas de compañía. Y todo aquello se sumaba a una apabullante diversidad de otros humanos que ostentaban títulos que no eran títulos y oficios que nada tenían que ver con el trabajo.

~ *¿Transcripcionista mimético cultural? ¿Qué demonios significa eso?*

~ Ni idea. Imagínate lo peor. Debe de ir por debajo de informador.

El avatar del Centro le había presentado a todo el mundo; alienígenas, humanos y drones, a los que se trataba realmente como ciudadanos con plenos derechos y libertades como el resto. Quilan asentía con la cabeza y sonreía, o asentía y estrechaba manos y efectuaba cualquier otro ademán que le pareciera apropiado.

~ *Supongo que este tipo raro de piel plateada es el anfitrión perfecto para toda esta tropa. Los conoce a todos. Y los conoce íntimamente, también, con sus debilidades, sus gustos, sus aversiones y demás.*

~ No es eso lo que nos han dicho.

~ *Ah, claro. Solo sabe tu nombre y que estás bajo su jurisdicción. Eso es lo que dicen. Solo sabe lo que tú quieres que sepa. ¡Ja! ¿No te parece un poco difícil de creer?*

Quilan no sabía lo cerca que podía vigilar el Centro de un orbital de la Cultura a todos sus ciudadanos. En realidad, tampoco importaba. Pero se dio cuenta de que sabía muchas cosas sobre aquellos avatares cuando pensó en ello, y lo que Huyler había comentado sobre su don de gentes era totalmente cierto. Incansables, amables hasta la saciedad, con una memoria de elefante, y con algo similar a una capacidad telepática para determinar quién se llevaría bien con quién, la presencia de un avatar era comprensiblemente considerada indispensable en cualquier evento social de determinada magnitud.

~ *Con una de esas cosas plateadas y un implante, aquí la gente no tiene ni que molestarse en recordar los nombres de los demás.*

~ Me pregunto si también olvidarán los suyos.

Quilan habló, cautelosamente, con un montón de gente, y probó los alimentos que se ofrecían sobre las mesas, todos servidos en platos y bandejas con imágenes codificadas para indicar cuáles eran aptos para cada especie.

Miró hacia arriba, y se percató de que habían dejado atrás el colosal acueducto y navegaban a través de una inmensa llanura de hierba verde, salpicada por lo que parecían estructuras de gigantescas tiendas de campaña.

~ *Arboles bóveda.*

~ Ah.

El río fluía con mayor lentitud en aquella zona y se ensanchaba en más de un kilómetro de una ribera a la otra. Al frente, asomando por entre la niebla, otra especie de montaña empezaba a hacerse visible.

Lo que había juzgado momentos antes como nubes lejanas resultaron ser los picos de las montañas recubiertos de nieve, ensartados en la cima de una cordillera. Los ondulados precipicios se erigían casi en vertical, coronados con finos velos blancos que podían ser cascadas de agua helada. Algunas de esas esbeltas columnas se extendían hasta la base de los acantilados, mientras que otras, hebras blancas aún más delgadas, desaparecían a medio camino o se perdían y reaparecían con más fuerza deslizándose lentamente por la enorme pared rocosa.

~ *El macizo de Aquime. Aparentemente, este riachuelo suyo rodea ambos lados y luego sigue en línea recta. La ciudad de Aquime, justo en el centro, en las costas del mar Alto, es donde vive nuestro amigo Ziller.*

Quilan miró el enorme barranco y las montañas rociadas de nieve, que se iban tornando más y más reales con cada latido de su corazón.

En las montañas Grises se encontraba el monasterio de Cadracet, que pertenecía a la Orden Sheracht. En una ocasión, Quilan estuvo allí de retiro, para intentar superar su duelo. Solicitó un permiso especial al Ejército, que le concedió la excedencia manteniéndolo en su rango. También le ofrecieron la baja permanente, con licencia honrosa y una modesta pensión.

Él ya tenía todo un lote de medallas. Le concedieron una por pertenecer al Ejército, una por haber sido un combatiente armado, otra por ser un Entregado que podía haber evitado fácilmente la lucha en primer lugar, otra por haber resultado herido (con un lingote porque sus lesiones eran especialmente graves), otra por haber participado en una misión especial y una última decretada cuando se descubrió que la guerra había sido responsabilidad de la Cultura y no de la especie chelgriana. Los soldados la llamaban el premio de los No-Culpables. Quilan guardaba las medallas en una caja pequeña, dentro de un cofre que había en su celda, junto con las póstumas que habían concedido a Worosei.

El monasterio yacía sobre un arrecife rocoso en la ladera de una modesta

montaña, rodeado por un grupo de árboles junto a un pequeño arroyo. Desde allí, se veía el desfiladero bajo los peñascos, los precipicios, la nieve y el hielo de los picos más altos de la cordillera. Detrás de él, cruzando el río sobre un modesto y muy antiguo puente de piedra celebrado en canciones y cuentos de tres mil años de antigüedad, pasaba el camino desde Oquoon hasta la llanura central, olvidando en ese tramo sus precipitadas curvas.

Durante la guerra, una tropa de sirvientes de los Invisibles, que ya había dejado morir a sus amos en otro monasterio más lejano que aquel, había tomado Cadracet y capturado a la mitad de los monjes que no habían conseguido escapar, principalmente, los más ancianos. Los lanzaron por encima del parapeto al arroyo rocoso. La caída no fue suficiente para matarlos a todos, y algunos sufrieron, se lamentaron y gimieron durante un día y una noche hasta morir de frío antes del siguiente amanecer. Dos días más tarde, una unidad de las tropas de los Leales invadió el monasterio y torturó a los Invisibles antes de quemar vivos a sus líderes.

Y la misma historia de horror, malevolencia y castigo escalatorio fue la que tuvo lugar en todas partes. La guerra había durado menos de cincuenta días; y muchas guerras –la mayoría de las guerras, incluso las que se limitaban a un único planeta– apenas llegaban a iniciarse en ese período de tiempo por la preparación de las movilizaciones, la colocación estratégica de las fuerzas, el establecimiento del pie de guerra en la sociedad y el ataque, la posesión y la consolidación previos a los siguientes ataques entre los bandos. Las guerras en el espacio y entre planetas y otro tipo de hábitats, efectivamente, podían concluir en tan solo unos minutos o incluso segundos, pero normalmente se prolongaban durante años, a veces siglos o generaciones enteras, antes de llegar a su final, en función casi enteramente del nivel de tecnología de las civilizaciones implicadas.

La guerra de Castas había sido diferente. Una guerra civil; una especie y sociedad en guerra consigo misma. Aquel tipo de conflicto era de los más terribles, y la proximidad inicial de los combatientes, repartidos entre la población militar y la civil en prácticamente cualquier estamento e institución, se traducía en la existencia de una especie de salvajismo explosivo en el conflicto prácticamente en el mismo momento en que se desencadenaba, llevándose a la primera oleada de víctimas totalmente por sorpresa: familias enteras eran acuchilladas en sus camas, ajenas a la existencia de cualquier posible problema, dormitorios enteros de sirvientes eran pulverizados con gas, y los leales agonizantes apenas tenían tiempo de creer que aquellos a quienes habían dedicado sus vidas los estuvieran asesinando; conductores o pasajeros de vehículos, capitanes de barco, pilotos de aeronaves o buques espaciales se veían de pronto asaltados por sus acompañantes, o atacaban a quienes los acompañaban.

El monasterio de Cadracet había sobrevivido relativamente indemne a la guerra, a pesar de su breve ocupación. Habían saqueado algunas de las estancias, y quemado y

profanado algunos iconos y libros sagrados, pero los daños estructurales eran mínimos.

La celda de Quilan se encontraba en la parte posterior del tercer patio del edificio, y daba al camino adoquinado que se adentraba en la húmeda ladera verde de la montaña, junto a los marchitos y amarillentos árboles que lo rodeaban. En su celda había un banco sobre el suelo de piedra, un pequeño cofre para sus pertenencias, un taburete, un escritorio de madera y un lavamanos.

No se permitía forma alguna de comunicación en la celda, excepto leer y escribir. La primera debía realizarse con libros o marcos encordados, y la segunda –para aquellos que no dominaban los nudos, los abalorios y los trenzados– se limitaba a la utilización de hojas sueltas y bolígrafos de tinta.

También estaba terminantemente prohibido hablar con nadie en la celda y, según la interpretación más estricta de las leyes, incluso un monje que hablase consigo mismo o en sueños, debía confesarse ante su superior y aceptar funciones extraordinarias como penitencia. Quilan sufría unas terribles pesadillas, como era habitual desde su estancia en el hospital de Lapendal, y solía despertarse presa del pánico en plena noche, pero nunca estaba seguro de haber gritado. Preguntó a los monjes de las celdas contiguas y ellos aseguraron no haberlo oído nunca. Quilan los creyó.

Hablar estaba permitido antes y después de las comidas, así como durante las tareas comunales en las que se consideraba que la conversación no interfería. Quilan hablaba menos que los demás en los campos escalonados donde cultivaban los alimentos y en los trayectos que recorrían por los senderos de la montaña para recoger madera. A los demás no parecía importarles. El ejercicio físico lo fortaleció y le ayudó a recuperar su buena forma. Ellos también lo agotaban, pero no lo suficiente como para impedir que se despertase cada noche con sueños de tinieblas y rayos, dolor y muerte.

La biblioteca era la zona de estudio por excelencia. Las pantallas de lectura se hallaban censuradas de forma inteligente, para que los monjes no pudieran malgastar el tiempo en distracciones vanas o trivialidades; tenían acceso a material religioso, a obras de referencia y poco más. Aunque aquello seguía dejando material para varias vidas enteras. Las máquinas también podían actuar como enlace con el Puen-Chelgriano, los desaparecidos, los ya sublimados. Pero habría de pasar cierto tiempo antes de que un recién llegado como Quilan pudiera utilizarlas con tal propósito.

Su mentor y consejero era Fronipel, el monje más anciano que sobrevivió a la guerra. Se había escondido de los Invisibles en un bidón de cereales de uno de los sótanos, y había permanecido allí durante dos días después de la invasión del monasterio por parte del destacamento de los Leales, ignorando que ya estaba a salvo. Demasiado débil como para salir de allí, casi murió deshidratado de no haber sido

porque los soldados lo descubrieron al organizar un operativo de búsqueda para localizar algún posible Invisible rezagado.

En las zonas que sus hábitos dejaban al descubierto, el pelo del anciano monje era escaso y áspero. Tenía otras partes del cuerpo casi desnudas que permitían ver su agrietada piel grisácea. Se movía con dificultad, especialmente cuando el clima era húmedo, lo que resultaba habitual en Cadracet. Sus ojos, escondidos tras unas antiguas gafas, parecían proyectados, como si hubiera una especie de humo gris entre las dos esferas. El viejo monje llevaba su decrepitud sin un atisbo de orgullo ni desdén. En aquella era de regeneración corpórea y órganos de recambio, semejante decadencia no podía sino ser voluntaria, o incluso deliberada.

Normalmente, hablaban en una pequeña celda vacía destinada a tal fin. Solo contenía un asiento ondulado en forma de ese y una pequeña ventana.

El anciano monje tenía la prerrogativa de utilizar el primer nombre de sus acólitos, de forma que llamaba Tibilo a Quilan, lo que le hacía sentir de nuevo como un niño. Imaginó que ese sería precisamente el propósito. A su vez, él debía dirigirse a Fronipel como Custodio.

–En ocasiones siento... siento celos, Custodio. ¿Es eso una locura? ¿O algo malo?

–¿Celos de qué, Tibilo?

–De su muerte. De que ella muriese. –Quilan miró por la ventana, incapaz de enfrentarse a los ojos del monje. Desde allí, las vistas eran prácticamente idénticas a las de su propia celda–. Si pudiera pedir una sola cosa, pediría su regreso. Creo que ya he asumido que eso es imposible, o muy poco probable al menos, pero, ¿sabe? Ya casi no queda nada seguro. Esto es otra cosa; todo es contingente en nuestros días, todo es provisional gracias a nuestra tecnología y nuestra comprensión.

Quilan miró a los ojos nebulosos del anciano monje.

–Antiguamente –prosiguió– la gente moría y eso era todo. Se podía albergar la esperanza de reencontrarse con alguien en el cielo, pero cuando uno moría, moría. Era simple, era definitivo. Y ahora... –Agitó la cabeza con furia–. Ahora la gente muere y los Guardianes de Almas la reviven, o la llevan al cielo que sabemos que existe, sin necesidad alguna de la fe. Tenemos clones, cuerpos regenerados (yo mismo estoy regenerado en mi mayor parte)... A veces me despierto y pienso si sigo siendo yo. Sé que se supone que uno es su mente, su juicio y su pensamiento, pero no creo que sea tan fácil. –Agitó de nuevo la cabeza y se secó la cara con la manga de su hábito.

–Entonces, sientes celos de eras más tempranas.

Quilan guardó silencio durante unos momentos y dijo:

–Esto también. Pero estoy celoso de ella. Si no puedo tenerla conmigo, solo me queda el deseo de no vivir. No es un deseo de matarme, sino de no haber sobrevivido. Si no puedo compartir mi vida con ella, quiero compartir su muerte. Y no puedo, por

eso siento envidia. Celos.

–Las dos cosas no son lo mismo, Tibilo.

–Lo sé. Algunas veces, lo que siento es... no estoy seguro... como un débil anhelo por lo que no tengo. En ocasiones es lo que creo que quiere decir la gente cuando utiliza la palabra envidia, y otras veces son auténticos y rabiosos celos. Casi la odio por haber muerto sin mí. –Quilan negó con la cabeza, casi sin creer lo que estaba diciendo. Era como si sus palabras, al fin expresadas ante otro, dieran forma a unos pensamientos que no había querido reconocer hasta esconderlas incluso de sí mismo. Miró al anciano monje a través de sus lágrimas–. Pero yo la quería, Custodio. La quería.

–Estoy seguro de que así es, Tibilo –asintió Fronipel–. Si no, no estarías sufriendo de esta manera.

Quilan volvió a apartar la mirada.

–Ya ni siquiera lo sé con seguridad –dijo–. Afirmo que la quería, creo que lo hacía, estaba seguro de hacerlo, pero, ¿realmente era así? Tal vez lo que realmente siento es culpabilidad por no haberla querido. No lo sé. Ya no sé nada.

El anciano monje se rascó una de sus calvas.

–Sabes que estás vivo, Tibilo, y que ella está muerta, y que podrías verla de nuevo –repuso.

–¿Sin su Guardián de Almas? No lo creo, señor. Ni siquiera estoy seguro de creer en verla de nuevo aunque se hubiera recuperado –dijo Quilan, mirándole a los ojos.

–Como tú mismo has dicho, vivimos en una era en la que los muertos regresan, Tibilo.

Ambos sabían que llegaba un momento en el desarrollo de cualquier civilización –que viviese durante un tiempo suficiente– en el que sus habitantes podían registrar sus condiciones mentales, y realizar una lectura efectiva de una personalidad que podía ser almacenada, duplicada, leída, transmitida y, finalmente, instalada en cualquier dispositivo u organismo complejo y compatible.

En cierto sentido, era la postura reductivista real más radical; un conocimiento de que la mente nacía de la materia y podía ser definida de la forma más absoluta y fundamental en términos materiales, y como tal, no era válida para todo el mundo. Algunas sociedades habían alcanzado el horizonte de ese conocimiento y se habían encontrado al límite del control que implicaba, solo para darse la vuelta, no dispuestas a perder los beneficios de las creencias que podían verse amenazadas por semejante desarrollo.

Otros pueblos habían aceptado el intercambio y lo habían sufrido, perdiéndose en caminos que parecían fiables, incluso loables en su momento, pero que finalmente les condujeron a la extinción definitiva.

La mayoría de sociedades que se habían adherido a aquellas tecnologías se implicaron y cambiaron para afrontar las consecuencias. En lugares como la Cultura, dichas consecuencias se traducían en que la gente podía hacer copias de seguridad de sí misma justo antes de emprender alguna acción peligrosa, podía crear versiones de su propia mente que podían ser utilizadas para enviar mensajes o vivir una gran variedad de experiencias en muchos lugares distintos y con una enorme diversidad de formas físicas o virtuales. Cualquiera podía transferir su personalidad completa a un cuerpo o dispositivo distintos al suyo, o podía fusionarse con otros individuos –equilibrando la individualidad conservada contra una totalidad consensual– en dispositivos específicamente concebidos para tal intimidad metafísica.

Entre los miembros del pueblo chelgriano, el curso de la historia había divergido de la norma. El dispositivo que se les emplazaba, el Guardián de Almas, rara vez era utilizado para revivir a un individuo. En lugar de ello, lo usaban para asegurarse de que el alma, la personalidad del que moría, era apta para ser aceptada en el cielo.

La mayor parte de los chelgrianos había creído, durante mucho tiempo, lo mismo que la mayor parte de las especies inteligentes, en un lugar al que los muertos acudían tras su muerte. En el planeta, había existido una gran variedad de distintas religiones y cultos, pero el sistema de creencias que había terminado por dominar a Chel y que fue exportado a todas las estrellas a las que viajó la especie –incluso si, para entonces, se tomase como una verdad más simbólica que literal– era aquel que seguía abogando por la mítica vida de ultratumba, donde la bondad se recompensaba con una eternidad de felicidad y la maldad se condenaba –independientemente de la casta del individuo en el mundo mortal– a la servidumbre eterna.

Según los registros cuidadosamente mantenidos y minuciosamente analizados de las antiguas civilizaciones de la galaxia, los chelgrianos habían persistido en su religiosidad durante un significativo período de tiempo posterior a la llegada de la metodología científica, y –al continuar fieles al sistema de castas– no tenían por costumbre retener tan manifiestamente discriminatorio orden social durante mucho tiempo posterior a la historia postcontacto. No obstante, nada de todo eso preparó a ninguna de las sociedades observadoras para lo que ocurrió poco después de que los chelgrianos adquiriesen la capacidad de transcribir sus propias personalidades a otros medios ajenos a sus propios cerebros individuales.

Sublimarse era una parte aceptada, aunque no exenta de cierto misterio, de la vida galáctica. Significaba abandonar la vida normal del universo, basada en la materia, dejándola atrás para ascender a un estado ensalzado de la existencia, basado en la energía pura. En teoría, cualquier individuo, biológico o mecánico, podía sublimarse, mediante la tecnología adecuada, pero la pauta consistía en que ringleras enteras de una sociedad o especie desaparecieran al mismo tiempo, por lo que, a menudo, la totalidad de una civilización se marchaba de un plumazo (y, que se supiera, solo a la

Cultura le preocupaba que semejante absolutismo implicase un determinado grado de coacción. Para ella).

Normalmente, aparecían varios signos de alerta de que una sociedad estaba a punto de sublimarse: cierta tendencia de hastío social extendido, el renacimiento de religiones y otras creencias irracionales inactivas desde un determinado tiempo atrás, un interés repentino por la mitología y la metodología de la propia sublimación... Y, normalmente, todos estos síntomas se daban en civilizaciones longevas y establecidas.

Florecer, establecer contacto, desarrollarse, expandirse, alcanzar la estabilidad y, finalmente, sublimarse, era aproximadamente el equivalente a la secuencia estelar para las civilizaciones, aunque también existía una tradición igualmente honorable y venerable de vivir con tranquilidad, de ocuparse uno de sus asuntos (casi siempre) y de quedarse sentado sintiéndose agradablemente invulnerable y saturado de conocimiento.

De nuevo, la Cultura era una excepción. Ni se sublimaba y se apartaba de en medio, ni reivindicaba su lugar junto al resto de sofisticados unidos que rememoraban su existencia en la sabiduría galáctica. En lugar de ello, se comportaba como un adolescente idealista.

En cualquier caso, sublimarse consistía en apartarse de la vida normal de la galaxia. Las pocas excepciones poco más que imaginadas a aquella regla habían sido poco más que excentricidades: algunos de los sublimados regresaron y eliminaron su planeta natal, o escribieron sus nombres en nubes de gas del espacio interestelar o los esculpieron a mayor escala, o erigieron curiosos monumentos, o dejaron artefactos incomprensibles desperdigados por el espacio o los planetas, o volvieron con alguna forma extraña para realizar una aparición normalmente breve, y topológicamente limitada, en lo que solo podía concebirse como alguna especie de ritual.

Todo ello, por supuesto, era conveniente para quienes se quedaban atrás, porque la consecuencia era que sublimarse conducía a poderes y habilidades que proporcionaban un estatus casi divino a quienes habían sufrido la transformación. Si el proceso hubiera sido solo un paso tecnológico más en el camino de cualquier sociedad ambiciosa, como la nanotecnología, la IA o la creación de agujeros de gusano, presumiblemente, todo el mundo lo llevaría a cabo en cuanto pudiera.

En lugar de ello, la sublimación parecía cualquier cosa menos útil tal y como se entendía el mundo normalmente. En vez de permitir jugar al gran juego galáctico de la influencia, la expansión y el logro mejor que en otros tiempos, aparentemente, lo que hacía era apartar al sublimado de todo aquello.

La sublimación no era un acto comprendido en su totalidad –por lo visto, la única forma de entenderlo era llevarlo a cabo– y pese a los inestimables esfuerzos de varios Implicados por estudiar el proceso, los resultados habían sido sorprendentemente

frustrantes (se había comparado a intentar sorprenderse a uno mismo cayendo dormido, mientras que se creía que era tan fácil como ver dormirse a otro), pero existía una fuerte y fidedigna pauta ante su probabilidad, comienzo, desarrollo y consecuencias.

Los chelgrianos se habían sublimado parcialmente; aproximadamente un seis por ciento de su civilización había abandonado el universo material en el decurso de un solo día. Pertenecían a todas las castas, y a todas las creencias religiosas, desde los ateos hasta los devotos de diversos cultos, y entre ellos, se encontraban diversas máquinas inteligentes y sensibles que Chel había desarrollado, pero nunca explotado a pleno rendimiento. Fue imposible determinar un patrón discernible en el evento de sublimación parcial.

Nada de todo aquello resultaba especialmente extraño propiamente dicho, aunque para algunos de ellos, el hecho de haberse marchado del todo cuando los chelgrianos solo llevaban unos pocos cientos de años en el espacio parecía –de forma perversa– un acto inmaduro a ojos de otros. Lo más destacable, e incluso alarmante, era que los sublimados no habían cesado de mantener el contacto con una gran parte de su civilización, que no se había movido con ellos.

Dichos enlaces tomaban forma de sueños, manifestaciones en lugares religiosos (y eventos deportivos, aunque la gente tendía a pasarlo por alto), alteraciones de datos presuntamente intactos y secretos del Gobierno y de archivos de clanes, y manipulaciones de ciertas constantes físicas absolutas en laboratorios. Un gran número de artefactos supuestamente perdidos fue recuperado, y un montón de carreras resultaron arruinadas cuando se revelaron los escándalos y cuando tuvieron lugar grandes avances científicos inesperados.

Y todo eso fue bastante ignorado.

La mejor decisión que pudo tomarse fue que algo había que hacer con el propio sistema de castas. Su vigencia a lo largo de varios milenios había hecho arraigar entre los chelgrianos la idea de formar parte, y de disgregarse, de un gran todo; la perspectiva que implicaba tenía consecuencias jerárquicas y de continuidad que habían demostrado ser más fuertes que cualquier otro proceso que dirigiera el curso normal de un evento de sublimación y sus consecuencias.

Durante varios cientos de años, muchos Implicados empezaron a vigilar muy de cerca a los chelgrianos. De ser una especie poco interesante y casi tildada de barbárica, con capacidades mediocres y perspectivas modestas, pasaron a adquirir de pronto un glamur y una mística que la mayor parte de civilizaciones llevaba milenios intentando conseguir. Por toda la galaxia, se instituyeron programas de investigación de la sublimación, que se energizaron y salieron de la letargia a medida que se asimilaban las horribles posibilidades de tal acto.

Los temores de los Implicados resultaron ser infundados. Lo que el Puen-

Chelgriano hizo con sus superpoderes aún vigentes fue construir un Cielo. Convirtieron en algo real y palpable algo cuya creencia antes requería un acto de fe. Cuando un chelgriano moría, su dispositivo Guardián de Almas era el puente que los transportaba hacia la vida eterna.

Existía una inevitable imprecisión asociada al proceso completo que los Implicados de toda la galaxia acostumbraban a practicar con cualquier cosa relacionada con la sublimación, pero se había probado, para satisfacción incluso de los observadores más escépticos, que las personalidades de los chelgrianos muertos sobrevivían tras la muerte, y la comunicación con ellas era posible a través de determinada gente o de dispositivos aptos para ella.

Aquellas almas describían un cielo muy similar al de la mitología chelgriana, e incluso hablaban de entidades que podían ser las almas de chelgrianos fallecidos mucho tiempo antes del desarrollo de la tecnología de los Guardianes de Almas, aunque ninguno de dichos remotos ancestros se comunicaba directamente con el mundo mortal, lo que hizo crecer la sospecha de que eran conceptos creados por el Puen-Chelgriano, imágenes de lo que aquellos ancestros podían ser si el Cielo hubiera existido realmente desde el principio.

No obstante, no cabía duda alguna de que la gente era salvada por su Guardián de Almas e ingresaba en el cielo, recreado por el Puen-Chelgriano en la imagen de un paraíso que idearon sus ancestros.

–Pero, los muertos que regresan, ¿son realmente aquellos a los que conocíamos, Custodio?

–Eso parece, Tibilo.

–¿Y con eso basta? ¿Con que lo parezca?

–Tibilo, también podrías preguntar si, al despertarnos, somos los mismos que se acostaron la noche anterior.

Quilan esbozó una amarga sonrisa.

–Eso ya lo he preguntado –dijo.

–¿Y cuál fue la respuesta?

–Que, por desgracia, sí lo somos.

–Dices «por desgracia» porque te sientes triste.

–Digo «por desgracia» porque si fuéramos distintos a cada despertar, el yo que se despierta no sería el que ha perdido a su esposa.

–Y, sin embargo, también somos distintos, aunque sea ligeramente, en cada nuevo día.

–Somos distintos, aunque sea ligeramente, con cada nuevo parpadeo, Custodio.

–Solo en el sentido más trivial, por el tiempo que ha transcurrido desde el momento de ese parpadeo. Crecemos a cada momento, pero los incrementos reales de

nuestra experiencia se miden en días y noches. En dormir y soñar.

–Soñar –repitió Quilan, apartando de nuevo la mirada–. Sí. Los muertos escapan de la muerte en el Cielo, y los vivos escapan de la vida en los sueños.

–¿Hay algo más que te hayas preguntado?

No era raro, en aquella época, que la gente con terribles recuerdos se sometiera a una extirpación de los mismos, o se retirase a sus sueños, y viviese de ellos en un mundo virtual desde el que resultase relativamente fácil excluir los recuerdos y sus efectos, que convertían a la vida normal en algo insoportable.

–¿Quiere decir si he considerado esa posibilidad?

–Sí.

–No me lo he planteado seriamente. Me sentiría como si estuviera renegando de ella. –Quilan suspiró–. Lo siento, Custodio. Debe de estar aburrido de escucharme decir lo mismo días tras día.

–Nunca es exactamente lo mismo, Tibilo. –El monje sonrió–. Porque existe un cambio.

Quilan también sonrió, aunque lo hizo por ofrecer una respuesta cortés.

–Lo que no cambia, Custodio, es que lo único que deseo de verdad con toda mi sinceridad y mi pasión ha muerto.

–Tal y como te sientes en estos momentos, resulta difícil creer que llegará un momento en que pienses que la vida vale la pena, pero llegará.

–No, Custodio. No creo que llegue. Porque no quisiera ser aquel que se había sentido como me siento ahora y luego hubiera avanzado u olvidado ese sentimiento hasta estar mejor. Ese es precisamente mi problema. Prefiero la idea de la muerte a sentirme como me siento ahora, pero preferiría sentirme así para siempre que sentirme mejor, porque sentirme mejor significaría haber dejado de ser aquel que la amó, y eso no podría soportarlo.

Quilan miró al anciano con lágrimas en los ojos.

Fronipel se acomodó en el siento, parpadeando.

–Debes creer que incluso eso puede cambiar –dijo–, pero no significará que la ames menos.

Quilan se sintió casi tan bien como se había sentido antes de enterarse de que Worosei había muerto. No era placer, pero sí una especie de claridad, de ligereza. Sintió que, al menos, había tomado algo parecido a una decisión, o que estaba a punto de hacerlo.

–No puedo creerlo, Custodio.

–Entonces, ¿qué, Tibilo? ¿Tu vida será un mar de dolor hasta el momento de tu muerte? ¿Es eso lo que quieres? Tibilo, yo no veo ninguna señal de eso en ti, pero existe una forma de vanidad en el dolor, por la que se disfruta en lugar de sufrir. He visto a gente que piensa que el dolor les proporciona algo que nunca antes han tenido,

y, por terrible y real que sea su pérdida, prefiere abrazarse a ese horror a apartarlo de su vida. Odiaría ver que te pareces siquiera a este tipo de masoquistas emocionales.

Quilan asintió. Intentó parecer tranquilo, pero una aterradora rabia se había adueñado de él mientras el anciano pronunciaba aquellas palabras. Sabía que Fronipel tenía las mejores intenciones, y que era sincero cuando decía que no consideraba así a Quilan, pero solo el hecho de haber sido comparado con gente tan egoísta y caprichosa casi lo hizo temblar de furia.

–Habría preferido morir con honor a tener que soportar esta carga.

–¿Es eso lo que quieres, Tibilo? ¿Morir?

–Me parece la mejor opción. Cuanto más pienso en ello, más me gusta.

–Y dicen que el suicidio conduce al olvido total.

La antigua religión se había mostrado ambivalente con respecto a quitarse uno la vida. Nunca había sido un acto apoyado, pero existieron muchas visiones de sus pros y sus contras a lo largo de varias generaciones. Desde el advenimiento de un cielo real y demostrable, el Puen-Chelgriano lo desaconsejó fervientemente –tras una serie de suicidios en masa– y aclaró que aquellos que se quitaban la vida solo para llegar antes al Cielo no tendrían permitido entrar en él. Ni siquiera permanecerían en el limbo; sus almas no serían salvadas. No todos los suicidios se tratarían necesariamente con la misma dureza, pero la impresión que quedó era que era mejor tener un motivo irrecusable para presentarse en las puertas del Paraíso con las manos manchadas de sangre propia.

–Sería algo poco honorable, Custodio. Preferiría que mi muerte no fuera en vano.

–¿En una batalla, por ejemplo?

–Por ejemplo.

–En tu familia no existe una gran tradición de tal rigor marcial, Tibilo.

Los miembros de la familia de Quilan habían sido terratenientes, comerciantes, banqueros y aseguradores durante mil años. Él fue el primero en sostener algo más letal que un arma ceremonial en varias generaciones.

–Tal vez ha llegado el momento de empezar esa tradición.

–La guerra ha terminado, Tibilo.

–Siempre hay guerras.

–Pero no siempre son honrosas.

–Uno puede morir de forma deshonrosa en una guerra honrosa. ¿Por qué no iba a poder aplicarse eso a la inversa?

–Además, nos encontramos en un monasterio, no planeando estrategias en barracas.

–Yo vine aquí a pensar, Custodio. Nunca renuncié al servicio.

–Entonces, ¿estás decidido a volver al Ejército?

–Creo que sí.

Fronipel miró a los ojos del joven durante un rato. Finalmente, estirándose en su lado del asiento curvado, dijo:

–Eres un comandante, Quilan. Un comandante que dirige a sus tropas cuando su único deseo es solo morir podría resultar muy peligroso.

–No arrastraría a nadie más a mi decisión, Custodio.

–Eso es fácil decirlo, Tibilo.

–Lo sé. Y hacerlo no es fácil. Pero no tengo ninguna prisa por morir. Estoy preparado para esperar hasta estar seguro de estar haciendo lo correcto.

El anciano monje se recostó en su asiento, se quitó las gafas y sacó un paño grisáceo y mugriento de un bolsillo. Respiró sobre las dos grandes lentes y las limpió. Las estudió atentamente. Quilan pensó que no estaban más limpias que antes. El monje se las puso de nuevo y lo miró, parpadeando.

–Esto, comandante, ya es un cambio.

Quilan asintió.

–Es más como un... como una aclaración –dijo–. Señor.

El anciano asintió lentamente.

Dirigible

Uagen Zlepe, erudito, se estaba preparando una infusión de hojas de jhagel cuando Praf 974 apareció de repente en el alféizar de la ventana de la pequeña cocina.

El humano adaptado a simio y la tomadora de decisiones de quinto orden convertida en intérprete habían regresado al behemotauro dirigible *Yoleus* sin contratiempos, tras recuperar el bolígrafo errante de la placa de escritura glífica y tras avistar lo que fuera que avistaron bajo ellos en las azules profundidades de la aerosfera. Praf 974 había salido volando, literalmente, para informar a su superior. Y Uagen había decidido echar una cabezadita después de tantos nervios. Al despertarse, al cabo de una hora exacta, tenía la boca seca y llegó a la conclusión de que un té de hojas de jhagel sería lo mejor.

La ventana circular de su minúscula cocina daba a un bosque inclinado, que conformaba la superficie frontal superior de *Yoleus*. De ella, colgaba una serie de cortinas de gasa que podía abrir y cerrar a su antojo, pero que casi siempre dejaba recogidas a los lados. Las vistas, anteriormente, habían sido fantásticas y luminosas, pero a lo largo de los últimos tres años, solo consistían en una gran sombra bajo la acechadora presencia de *Muetenive*, la eventual pareja de *Yoleus*. El follaje de la piel del behemotauro *Yoleus* estaba empezando a adquirir un aspecto encogido y anémico bajo la oscuridad de la otra criatura. Uagen suspiró e inició el proceso de preparación de su infusión.

Las hojas de jhagel eran muy preciadas para él. Solo había traído consigo algunos kilos desde casa; y no le quedaba más que un tercio de aquella cantidad en aquel momento, por lo que se había impuesto un racionamiento de una taza cada veinte días para controlar el consumo. Debería haber traído semillas, supuso, pero, por alguna razón, lo había olvidado.

Preparar la infusión se había convertido en una especie de ritual para Uagen. Presuntamente, el té de jhagel debía tener efectos tranquilizantes, pero para él, solo el proceso de preparación ya lo relajaba notablemente. Tal vez cuando se terminasen las existencias, tendría que realizar los mismos movimientos con alguna mezcla placebo –sin bebérsela, naturalmente–, para observar qué grado de tranquilidad podía inducirse únicamente mediante la ceremonia de la preparación.

Con el ceño fruncido por la concentración, empezó a colar parte de la infusión de color verde pálido a una taza caliente con la ayuda de un hondo recipiente que contenía veintitrés capas graduadas de filtros, con temperaturas oscilantes entre los cuatro y los veinticuatro grados.

Entonces, la intérprete Praf 974 se posó en el alféizar de su ventana sin previo aviso. Uagen dio un respingo y parte del líquido caliente se vertió sobre su mano.

–¡Ay! *Mmm,* hola, Praf. *Mmm,* sí, ¡ay!

Dejó la taza y la tetera sobre la encimera y puso la mano bajo el grifo de agua fría.

La criatura saltó a través de la ventana circular, con las alas fuertemente plegadas. En el pequeño fregadero, pareció de pronto enormemente grande.

Miró el pequeño charco que había dejado la infusión.

–Momento de relax –observó.

–¿Eh? Ah, sí –repuso Uagen–. ¿Qué puedo hacer por ti, Praf?

–El *Yoleus* quiere hablar contigo.

Aquello no era algo habitual.

–¿Cómo? ¿Ahora?

–Inmediatamente.

–¿Por qué iba...? ¿Sobre...?

–Sí.

Uagen se sintió algo asustado. Podía intentar tranquilizarse un poco. Señaló la tetera que reposaba sobre los fogones.

–¿Y mi té de hojas de jhagel?

Praf 974 miró la tetera y luego a Uagen.

–Su presencia no ha sido requerida.

–¿Estás seguro, *Yoleus? Mmm.* Es decir, que...

–Suficientemente seguro. ¿Necesitas un porcentaje de expresión?

–No. No hace falta. Es terriblemente. Solo es que. No estoy seguro de. Es muy...

–Uagen Zlepe, erudito, no estás acabando las frases.

–Ah, ¿no? Bueno, me refiero a... –Uagen tragó saliva–. ¿Realmente crees que es necesario que vaya allí abajo?

–Sí.

–Ah.

–*Mmm.* El. *Mmm.* Sea lo que sea, ¿no subirá hasta aquí?

–No.

–¿Seguro?

–Suficientemente seguro. Ese lo que sea piensa que la mejor forma de experimentar es en una situación/circunstancia similar a esta.

–Ah. Ya veo.

Uagen se encontraba de pie, de una forma algo precaria, sobre lo que parecía una zona pantanosa especialmente inestable. De hecho, estaba en el interior más profundo del cuerpo del behemotauro dirigible *Yoleus,* en una estancia que solo había visto una vez anteriormente, y que hubiera preferido no tener que visitar de nuevo a lo largo de toda su estancia.

El lugar era del tamaño aproximado de un salón de baile. Era semiesférico, con nervios y curvas por todas partes. Incluso el suelo tenía ondulaciones, olas bajas y huecos. Las paredes parecían gigantescas cortinas plegadas, reunidas en forma de esfínter en la cumbre. Estaba oscuro y Uagen se veía obligado a utilizar su sensor interno de infrarrojos, que hacía que todo pareciera gris y granulado, y si cabía, aún más aterrador.

El olor era similar al de una alcantarilla situada bajo un matadero. Adheridos a la pared, había seres muertos, muertos vivientes y vivos. Uno de ellos –perteneciente a la última categoría, por suerte– era Praf 974. Por debajo de ella, empequeñeciendo visualmente su tamaño, estaban las recién adheridas carcasas, con aspecto seco, de dos falfícoras, con las alas y las garras colgando. Junto a la intérprete, se hallaba el cuerpo aún mayor de un explorador de rapiña.

Praf 974 no tenía mal aspecto; estaba colgada, con las alas bien plegadas y las patas en posición de parada. La criatura que estaba suspendida junto a ella, cuyo cuerpo era casi del tamaño del de Uagen y cuyas alas medían quince metros de punta a punta, parecía encontrarse muy debilitada y –si no estaba ya muerta– cerca de la muerte. Tenía los ojos entornados, y su enorme cabeza con pico caía desplomada sobre su pecho, con las alas pegadas a la curvada pared de la estancia, y las piernas colgando sin movimiento.

Algo que parecía una raíz o un cable partía de la base de su cráneo y se adentraba en la pared. La zona por donde se introducía en su cabeza estaba manchada de sangre, empapando su oscura piel escamosa. La criatura experimentó un súbito escalofrío y dejó escapar un grave gemido.

–El informe del explorador de rapiña sobre la criatura de allí abajo ha resultado insuficiente –dijo el behemotauro dirigible *Yoleus* a través de Praf 974–. Las falfícoras capturadas aún saben menos, excepto por un rumor reciente de alimentos. Su información podría ser suficiente.

Uagen tragó saliva.

–*Mmm* –fue capaz de decir, mirando fijamente al explorador de rapiña. Según los estándares locales, ni lo habían torturado, ni tan siquiera maltratado, pero lo que fuera que le había ocurrido no parecía nada agradable. Lo habían enviado a reconocer la silueta que Uagen y Praf 974 habían avistado cuando buscaban el bolígrafo de la placa de escritura glífica.

El explorador de rapiña se había zambullido en las profundidades, escoltado por el resto de su banda. Se había posado sobre lo que, aparentemente, era otro behemotauro dirigible, pero que estaba herido o dañado y que, posiblemente, había perdido el rumbo y, probablemente, la razón. Había investigado algo en su interior, y emprendido el vuelo a toda prisa hacia *Yoleus*, que había escuchado sus informaciones y llegado a la conclusión de que la criatura no era lo suficientemente

elocuente como para explicar de forma adecuada lo que había observado –el explorador de rapiña ni siquiera fue capaz de determinar la identidad del otro behemotauro–, por lo que *Yoleus* decidió mirar directamente en sus recuerdos, hurgando en ellos con la ayuda de un enlace directo entre su mente y la de *Yoleus,* fuera cual fuera, y estuviera donde estuviera.

En todo aquello no había nada inhabitual, ni siquiera cruel; el explorador de rapiña era, en cierto sentido, una parte del behemotauro dirigible, y no hubiera tenido sentido que tuviera intereses o incluso una existencia ajena a la inmensa criatura; probablemente, se había sentido orgulloso de que la información que albergaba fuese lo bastante importante como para que *Yoleus* quisiera verla directamente. No obstante, a ojos de Uagen, seguía pareciendo un pobre miserable encadenado a un muro en una cámara de tortura, después de que su torturador le hubiera extraído lo que quería. La criatura gimió de nuevo.

–*Mmm.* Sí –dijo Uagen–. Yo podría hacer ese informe. Verbal, ¿no?

–Sí –respondió el behemotauro dirigible a través de Praf 974.

Uagen sintió cierto alivio.

Entonces, la intérprete se apoyó contra la pared que se erigía tras ella. Parpadeó unas cuantas veces y dijo:

–*Mmm.*

–¿Qué? –preguntó Uagen, repentinamente consciente de un curioso sabor en su boca. Sabía que estaba manoseando el collar que le había regalado su tía Silder. Bajó las manos a los lados. Le temblaban.

–Sí.

–Sí, ¿qué?

–También estaría...

–¿El qué? ¿El qué? –Uagen era consciente de que su voz era poco menos que un aullido.

–La placa de escritura glífica.

–¿Qué?

–Tu placa. Se puede utilizar para registrar las impresiones que recibas, lo que me resultará de gran utilidad.

–¡Ah! La placa. Sí, sí, claro. ¡Eso!

–Bien, entonces, estamos de acuerdo.

–*Mmm.* Sí. Supongo. Es...

–Libero a la Decisiva de quinto orden de la Tropa Deductora del Decimoprimer Follaje que ahora es la intérprete Praf 974. –Se oyó un sonido similar al de un beso sonoro, y Praf 974 se despegó de la pared, dejándose caer en picado a lo largo de los dos primeros metros antes de replegar sus alas con un fuerte estrépito, con la mirada salvaje, como si la hubieran despertado de un susto. Praf 974 flotó frente al rostro de

Uagen, aleteando y esparciendo con el movimiento un olor a podrido hacia él. Se aclaró la garganta.

–Siete bandas de exploradores de rapiña te acompañarán –le dijo–. Llevarán una vaina de señalización por luces con ellos y te esperarán.

–Y ahora, ¿qué?

–Pronto equivale a bueno, tarde a peor, Uagen Zlepe, erudito. Por tanto, inmediatez.

–*Mmm.*

Cayeron en masa, entrelazados, por el abismo de aire azul oscuro. Uagen se estremeció y miró a su alrededor. Uno de los soles había desaparecido. El otro se había desplazado. Por supuesto, no se trataba de soles reales, sino de inmensos puntos de luz; esferas del tamaño de pequeñas lunas cuyo calor aniquilador se encendía y se apagaba siguiendo un patrón dictado por su propio baile por aquel inmenso mundo.

A veces, brillaban lo suficiente como para evitar caer en lo más hondo del pozo gravitatorio de Oskendari, otras veces ardían, bañando de radiación las zonas más cercanas de la aerosfera mientras la presión de la luz liberada los impelía hacia arriba, de forma que habrían podido escapar de la atracción de la aerosfera de no ser porque giraban y emitían un pulso de luz que los hacía retroceder de nuevo.

Aquellas lunas solares podían copar varias vidas de estudio; Uagen lo sabía, pero posiblemente pertenecían más al campo de alguien interesado en la física que a alguien como él. Subió el sistema de calefacción de su traje –habían logrado persuadir a *Yoleus* para que le permitiese volver a sus dependencias y vestirse con algo más adecuado para una misión de exploración–, pero empezó a transpirar. En realidad, no tenía frío, sino miedo. Lo volvió a bajar.

Las tres bandas de exploradores de rapiña caían en torno a él, con sus largos cuerpos oscuros en forma de dardos girando lentamente mientras surcaban el viento denso y azul con sus enormes picos. Los motores de los brazaletes de los tobillos rugían suavemente, manteniéndolo al ritmo de los aerodinámicos y esbeltos exploradores. Praf 974 iba agarrada a su espalda, con el cuerpo pegado al suyo desde la nuca hasta la grupa, y las alas envolviendo su torso. Si hubieran caído por separado, la intérprete las habría desplegado. Su abrazo era fuerte, y Uagen ya se había visto obligado a pedirle que aflojara un poco la intensidad porque se estaba quedando sin respiración.

Tenía la vana esperanza de que el otro behemotauro dirigible hubiera desaparecido, pero, de pronto, allí estaba; un extenso y alarmante abismo de un azul aún más profundo yacía bajo ellos. Uagen sintió encogerse su corazón y se preguntó si la criatura pegada a su espalda podía sentir su miedo.

Intentó decidir si se avergonzaba de estar asustado, y decidió que no. El miedo

existía por algún propósito. Se hallaba conectado a cualquier criatura que no hubiera vuelto completamente la espalda a su herencia evolutiva y se había rehecho en cualquier imagen que codiciaba. Cuanto más sofisticado se volvía un ser, menos recurría al miedo y al sufrimiento para mantenerse vivo; podía permitirse ignorarlos porque existían otras formas de afrontar las consecuencias cuando las cosas se torcían.

Se preguntó cómo encajaba en todo aquello la imaginación. Tenía la sensación de que debía hacerlo. Cualquier organismo podía aprender a evitar experiencias de una determinada índole, que previamente le hubieran producido daños y, por ende, dolor. Pero con la inteligencia real aparecía una forma de anticipación al dolor, que prevaciaba la herida. Uagen pensó que existiría alguna serie de glifos sobre el tema. Trabajaría con ellos más tarde, suponiendo que sobreviviera.

Levantó la vista. *Yoleus* era invisible, con su inmensa masa perdida en la dispersa neblina superior. Lo único que alcanzó a ver fue la silueta de la vaina de señalización por infrarrojos, y a sus exploradores de rapiña ayudantes, cayendo a la mayor velocidad posible. En torno a él, desplomándose hacia la colosal sombra azul, doscientas siluetas oscuras susurraban y silbaban en el denso y cálido aire.

Al cabo de lo que parecieron pocos segundos, dichas siluetas empezaron a expandirse de repente, agarrándose a la atmósfera con sus inmensas alas desplegadas. Praf 974 se desprendió de su espalda y cayó por separado, con las alas medio extendidas.

Uagen pudo ver con detalle el plano superior del behemotauro dirigible que tenía debajo; cicatrices y aberturas en los bosques del lomo de la criatura y aletas hechas jirones arrastraban tiras de materiales gaseosos a lo largo de varios kilómetros tras la lánguida estela que dejaba atrás la criatura. Algunas de sus aletas habían desaparecido en masa, y hacia la parte posterior de la enorme silueta, había una especie de enorme mordisco, como si un ser todavía mayor hubiera dado un gran bocado al behemotauro.

–Parece que se han comido un trozo, ¿no? –gritó Uagen a Praf 974.

Ella volvió ligeramente la cabeza hacia él, y contestó:

–El *Yoleus* cree que nunca han existido precedentes de daños semejantes.

Uagen se limitó a asentir, y luego recordó que los behemotauros dirigibles vivían decenas de millones de años, como mínimo. Aquel tiempo era mucho como para que no se hubieran dado precedentes.

Miró hacia abajo. El lomo marcado del behemotauro anónimo se elevó hasta donde se encontraban. Uagen observó que bullía de actividad. La criatura agonizante había sido descubierta por más seres que un simio humano y unas falfícoras.

Era como un terrible cruce entre un cáncer y una guerra civil. Todo el ecosistema

formado por el behemotauro dirigible *Sansemin* se estaba desgarrando. Y ahora, otros seres se unían a ellos.

Habían descubierto su nombre gracias a su descripción. Praf 974 efectuó un vuelo de reconocimiento en torno a él, tomando un registro de todas las marcas distintivas no destruidas o alteradas por la destrucción que estaba teniendo lugar. Seguidamente, se posó sobre el pequeño mogote de la piel desnuda que lo envolvía, en la parte superior, donde la tropa de exploradores de rapiña había establecido su base principal. La intérprete había transmitido todos sus hallazgos mediante la enorme vaina de señalización con forma de semilla, que se encontraba en el centro del improvisado complejo. Los rayos infrarrojos de la vaina habían encontrado a *Yoleus a* varias decenas de kilómetros en dirección ascendente, y recibieron respuesta unos momentos más tarde. Según los registros de la biblioteca que compartía *Yoleus* con su especie, el behemotauro agonizante se llamaba *Sansemin*.

Sansemin siempre había sido un forastero, un renegado, casi un fugitivo. Había desaparecido de la sociedad miles de años atrás, y se le atribuía el hecho de frecuentar los volúmenes menos elegantes y acogedores de la aerosfera, tal vez a solas, o posiblemente en compañía de un grupo reducido de otros behemotauros inadaptados cuya existencia era conocida. Se habían dado otros casos difusos y no confirmados de avistamientos de la criatura a lo largo de los primeros siglos de su exilio voluntario, pero, a partir de entonces, no se supo nada más.

Y ahora lo habían redescubierto, pero se encontraba en guerra consigo mismo y estaba a punto de morir.

Bandadas de falfícoras rodeaban al gigante en nubes confusas, alimentándose de su follaje y de las capas externas de su piel. Esmerinos y fueléridos, las mayores criaturas aladas de la aerosfera, repartían su tiempo entre la carne viva del behemotauro y los enjambres de falfícoras cuya temeridad se había dejado tentar por el exceso de alimentos disponibles. Los lustrosos cuerpos bulbosos de los diseisores ogrinos –una forma rara de behemotauros flexibles de tan solo unos cientos de metros de longitud, y los mayores depredadores del mundo– nadaban por el aire con movimientos tremendamente veloces y sinuosos, dejándose caer en picado para arrancar trozos del cuerpo de *Sansemin* y sin dejar escapar a grupos enteros de falfícoras despistadas, así como de los ocasionales esmerinos y fueléridos.

Fragmentos de piel y tendones del behemotauro caían en las sombras azules como velas oscuras desgarradas de máquinas arrasadas por ciclones; nubes de gas surgían de la nada, dispersando bocanadas de vapor en el aire mientras las bolsas externas de gas de la criatura estallaban en pedazos; los cuerpos desmembrados de las falfícoras, los esmerinos y los fueléridos se tambaleaban en espirales sangrientas hacia el abismo, con alaridos que sonaban alarmantemente cercanos en las profundas masas compactas de aire, y casi ahogados por todas las criaturas presentes.

Los exploradores de rapiña, los atacantes en masa, los defensores externos y el resto de criaturas que formaban parte del dispersado *Sansemin,* y que en circunstancias normales habrían mantenido a raya a sus agresores, no se veían por ninguna parte. Solo se habían descubierto los restos de algunos al caer otros en picado y despojarse de los cuerpos. Los dos esqueletos más enteros se encontraron con las mandíbulas clavadas en sendos cuellos.

Uagen Zlepe estaba de pie sobre la aparentemente sólida superficie del gran lomo del behemotauros dirigible, contemplando un desolador panorama de follaje desgarrado y marchito, arrancado a jirones por bandadas de falfícoras. Se encontraba junto a la vaina de señalización, que medía siete metros de anchura y estaba anclada a la superficie que envolvía a la criatura por una docena de ganchos pequeños, hechos con talones de falfícoras y tensada por unos cuantos Decisivos casi idénticos a Praf 974.

Formando una circunferencia junto a ellos, había una barrera viva defensiva formada por cien exploradores de rapiña de *Yoleus,* patrullada desde arriba por otras cincuenta o sesenta criaturas iguales, volando en círculos. Hasta el momento, habían repelido todos los ataques y no habrían causado bajas; incluso uno de sus diseisores ogrinos, claramente intrigado por la vaina de señalización, había salido huyendo tras enfrentarse a veinte exploradores de rapiña en formación de ataque, y había regresado a las zonas descubiertas de la superficie del behemotauro agonizante.

A doscientos metros hacia el interior del lomo de *Sansemin,* cerca de la protuberancia de un espinazo, un esmerino bajó en picado, dispersando a las criaturas de menor tamaño en una ventisca de desgarradores gritos; abalanzándose sobre una gigantesca herida de la piel del behemotauro. Uagen vio el impacto del animal contra la carne. El depredador batió sus alas de veinte metros y sumergió su enorme cabeza, despellejando el tejido expuesto.

Una bolsa de gas, separada de su estructura de apoyo, se alzó hacia arriba desde la herida abierta. Empezó a ascender. El esmerino la miró, y la ignoró; la bandada de falfícoras que había más arriba se abalanzó sobre ella, chillando, hasta que se perforó y salió despedida, desinflándose en un largo quejido gaseoso y dispersando a las rabiosas falfícoras que había dejado atrás.

Se oyó un ruido sordo a sus pies. Uagen saltó.

–Ah, Praf –dijo, mientras la intérprete escondía las alas. Se había marchado con una docena de exploradores de rapiña para investigar el interior del behemotauro–. ¿Has descubierto algo?

Praf 974 contempló la bolsa de gas mientras caía, completamente desinflada, sobre el follaje del bosque cercaba a las aletas superiores delanteras de *Sansemin.*

–Hemos encontrado algo –repuso–. Ven a echar un vistazo.

–¿Dentro? –preguntó Uagen, nervioso.

–Sí.

–¿Es seguro... *mmm*... el interior?

–Puede haber una explosión –contestó Praf 974, con tono indiferente–. De tener lugar, sería de naturaleza catastrófica.

–¿Catastrófica? –Uagen tragó saliva.

–Sí. El behemotauro dirigible *Sansemin* quedaría totalmente destruido.

–*Mmm*... ¿y nosotros?

–También.

–¿También?

–También quedaríamos destruidos.

–Bien. Genial.

–Las probabilidades de que ocurra van aumentando con el paso del tiempo. Con lo cual, retrasarnos no es una opción inteligente. Emprender la expedición es la alternativa recomendable. –Praf 974 arrastró los pies–. Extremadamente recomendable.

–Praf –dijo Uagen– ¿debemos hacerlo?

La criatura se volvió sobre sus talones y lo miró fijamente.

–Por supuesto. Es un deber para con el *Yoleus.*

–¿Y qué pasa si me niego?

–¿A qué te refieres?

–¿Si no quiero entrar y ver lo que habéis descubierto?

–Entonces, nuestras investigaciones se retrasarán.

Uagen miró a la intérprete a los ojos.

–Se retrasarán –repitió.

–Exacto.

–¿Y qué es lo que habéis encontrado?

–No lo sabemos.

–Entonces...

–Es una criatura.

–¿Una criatura?

–Muchas criaturas. Todas muertas, excepto una. De una especie desconocida.

–¿Qué tipo de especie desconocida?

–Eso es lo que se desconoce.

–Pero, ¿a qué se parece?

–Se parece un poco a ti.

La criatura parecía la muñeca de un bebé alienígena, lanzada contra una pared de púas y suspendida allí. Era de estatura considerable, con una cola que medía la mitad del tamaño de su cuerpo. Tenía la cabeza ancha, cubierta de pelo y arrugada –o esa

impresión tuvo Uagen–, aunque en la oscuridad, y con la única ayuda del sensor de infrarrojos, no podía determinar el color de su piel. Sus grandes ojos estaban cerrados. Su cuello era grueso, sus hombros anchos, y tenía dos brazos del tamaño de los de un humano adulto, con unas manos muy voluminosas y pesadas, que más bien parecían zarpas. Solo un behemotauro dirigible o uno de sus acólitos hubiera pensado que se parecía en algo a Uagen Zlepe.

Era una de las veinte formas similares que colgaban de la pared de aquella estancia. Las demás estaban muertas y en estado de descomposición.

Por debajo de los brazos de la criatura, apoyado sobre otro par de hombros, aún más ancho, yacía lo que parecía ser un faldón gigante de piel de animal. Pero, al mirar más de cerca, Uagen se percató de que era una extremidad. Una protuberancia de piel endurecida se extendía de un extremo al otro en forma de ocho, con series de dedos o garras que punteaban el perímetro del miembro. Por debajo del torso, dos fuertes piernas colgaban desde unas amplias caderas. Otra protuberancia cubierta de pelo probablemente ocultaba genitales de alguna clase. La cola era de rayas. Uno de los cables arraigados que Uagen había visto introducidos en el explorador de rapiña en la sala similar de *Yoleus* se adentraba en la pared desde la cabeza de la criatura.

Allí, el olor era aún peor que en *Yoleus*. El viaje había resultado horrible. Los behemotauros dirigibles estaban plagados de fisuras, cámaras, cavidades y túneles dispuestos de forma que su colección de fauna anexa pudiera desempeñar sus distintas labores. Muchas de aquellas estancias eran lo suficientemente grandes como para albergar a los exploradores de rapiña y en una de ellas se encontraban tras haber recorrido la distancia desde una entrada del complejo de aletas situado en la zona dorsal trasera del behemotauro.

Los efectos de la revuelta de las criaturas ayudantes del behemotauro contra él eran patentes en todas partes. Habían perpetrado enormes orificios y hendiduras en las paredes de los túneles, manchando el suelo curvado con brotes líquidos en algunas zonas y empalagando otras; varios faldones de tejido colgaban del techo como obscenas pancartas, y las grietas del suelo podían tragarse una pierna, un ala o incluso –al menos, en el caso de Uagen– un cuerpo entero.

Por todas partes, criaturas de menor tamaño seguían dándose un festín con el ser que habían sitiado; otros cadáveres inundaban el suelo del serpenteante túnel, y donde los dos exploradores de rapiña acompañaban a Praf 974 y a Uagen Zlepe por el cuerpo del behemotauro podían hacer lo propio, sin demorarse en sus avances, al arrancar a los parásitos y despedazarlos, abandonándolos tras ellos a su suerte.

Finalmente, llegaron a la estancia en la que el behemotauro recibía información sobre sus semejantes y sus huéspedes. Un gran temblor recorrió la caverna cuando se adentraron en ella, sacudiendo las paredes y lanzando al suelo algunos de los cuerpos en estado de descomposición.

Dos de los exploradores de rapiña especialistas se habían abierto paso escalando con ayuda de sus garras junto a la criatura que parecía viva todavía. Intentaron examinar su cabeza donde el cable arraigado desaparecía. Uno de ellos sostenía algo pequeño y brillante.

–¿Conoces la naturaleza de este ser? –preguntó Praf 974.

–No –repuso Uagen, mirando fijamente a la criatura–. Bien, no del todo. Me resulta vagamente familiar. Puede que la haya visto en televisión o algo así. Pero no sé qué es.

–¿No pertenece a tu clase?

–Por supuesto que no. Míralo. Es mayor, tiene unos ojos enormes y una cabeza completamente distinta. Es decir... *mmm...* que no es de mi especie, al menos no originalmente, no sé si me explico –dijo Uagen volviéndose hacia Praf, que lo miraba parpadeando–. Pero lo que marca la diferencia es... *mmm...* esa zona central. Parece una pierna añadida. Bueno, o dos que han crecido juntas. ¿Y ves esas dos... crestas? Apuesto a que son los huesos de lo que eran dos piernas separadas en sus antepasados, antes de evolucionar a una única extremidad.

–¿Y no sabes qué es?

–*Mmm...* lo siento, pero no.

–¿Crees que si se consigue que hable podrá ser comprendido por ti?

–¿Cómo?

–No está muerto. Está enlazado a la mente del *Sansemin*, pero la mente del *Sansemin* sí está muerta. Pero la criatura no lo está. Si conseguimos separar ese enlace con el *Sansemin*, que sí lo está, entonces tal vez pueda hablar. Si eso fuera así, ¿tú comprenderías lo que dice?

–Ah. *Mmm*, lo dudo.

–Qué infortunio. –Praf 974 guardó silencio durante unos segundos–. Y, no obstante, significa que debemos apresurarnos en deshacer el enlace lo más pronto posible, lo que resulta positivo porque menguarán nuestras probabilidades de morir cuando el *Sansemin* sufra su explosión catastrófica.

–¿Qué? –aulló Uagen. La intérprete empezó a repetir literalmente sus palabras, más despacio, pero él la hizo callar–. ¡Es igual! ¡Separad el enlace ahora mismo, y salgamos rápido de aquí! ¡Vamos!

–Así se hará –respondió Praf 974. Parloteó y chasqueó la boca mirando a los dos exploradores de rapiña que colgaban de la pared junto a la criatura alienígena. Ellos se volvieron y le contestaron. Parecía que estaban en desacuerdo.

Otra convulsión sacudió la estancia. El suelo tembló bajo los pies de Uagen, que levantó los brazos hacia los lados para mantener el equilibrio y sintió que se le secaba la boca. Sopló una corriente de aire que pasó a convertirse en una brisa de aire caliente, impregnado de un olor que identificó como el del metano. Borró gran parte

del olor a carne podrida, pero Uagen se sintió mareado de terror. Tenía la piel helada y húmeda.

–Por favor. Por favor, marchémonos –susurró.

Los dos exploradores de rapiña hicieron algo tras la cabeza de la criatura colgada en la pared. Esta se desplomó y cayó hacia delante. Acto seguido, empezó a tiritar y levantó la cabeza. Movió la mandíbula, y luego abrió los ojos. Eran muy grandes y oscuros.

Miró a su alrededor, primero a los exploradores de rapiña que tenía a los lados, después al resto de la estancia, a Praf 974 y, finalmente, a Uagen Zlepe. Emitió un sonido, o una serie de sonidos, pero no era un lenguaje que Uagen hubiese oído nunca antes.

–¿No conoces esta forma de comunicación? –preguntó la intérprete. En la pared de tejido vivo agonizante, la criatura puso de pronto los ojos en blanco.

–No –contestó Uagen–. No significa absolutamente nada para mí, me temo. *Mmm*. Por favor, ¿podemos salir de aquí de una buena vez?

–Tú. Tú... –murmuró la criatura de la pared, en un marain con acento pero reconocible. Miraba fijamente a Uagen, que le devolvía la mirada–. Ayúdame –susurró.

–¿C-c-cómo? –dijo Uagen, casi de forma involuntaria.

–Por favor –prosiguió la criatura–. Cultura. Agente. –Tragó saliva con evidentes síntomas de dolor–. Trama. Asesino. Informe. Por favor. Urgente. Muy urgente.

Uagen intentó hablar, pero no pudo pronunciar palabra. Un olor a quemado impregnaba la corriente de aire de la estancia.

Praf 974 intentó mantenerse en pie cuando un nuevo temblor sacudió el lugar e hizo tambalearse el suelo. Miraba alternativamente a Uagen y a la criatura colgada de la pared.

–¿Conoces esta forma de comunicación? –preguntó.

Uagen asintió.

El recuerdo del movimiento

La silueta parecía haberse formado desde la nada, desde el propio aire. Cualquier criatura o máquina que hubiera estado mirando había necesitado algo más que los sentidos naturales para percatarse de la lenta caída de polvo que se extendió a lo largo de más de una hora y de un kilómetro radial de las praderas; el hecho de que estaba ocurriendo algo fuera de la normalidad solo habría resultado obvio algo más tarde, cuando un extraño viento pareció surgir de la suave brisa, molestando a la hierba de la gran llanura y produciendo lo que, aparentemente, era una polvareda del mal, que revoloteaba muy despacio y formaba un torbellino en el aire, encogiendo y creciendo gradualmente, y aumentando la velocidad hasta desaparecer de pronto, remplazada por lo que parecía una alta y grácil hembra chelgriana, ataviada con las ropas de campaña de la casta de los Entregados.

Lo primero que hizo al sentirse completa fue ponerse en cuclillas y escarbar en la tierra bajo la hierba con los dedos. Sus garras se deslizaron hacia fuera, perforando el suelo. Cogió un puñado de tierra y hierba, lo levantó y se lo acercó a la amplia y oscura nariz. Aspiró su aroma lentamente.

Estaba esperando. No tenía nada mejor que hacer por el momento, y pensó en contemplar y oler el suelo sobre el que pisaba.

En aquel perfume había muchos tonos y sabores. La hierba contenía un espectro de olores propios, todos más frescos y vivos que los pesados matices de la tierra, que le otorgaban la esencia del aire y los vientos más que la del suelo.

Levantó la cabeza, dejando que la brisa removiera el pelo de su cabeza. Contempló las vistas. El paisaje era de una sencillez casi perfecta; una gran extensión de hierba, a la altura de sus tobillos, que se desplegaba en todas direcciones. También había una pequeña nube lejana al noroeste, donde se encontraban las montañas de Xhesseli. Las había visto cuando descendía. Arriba, y por todo el resto del cielo, solo había una claridad aguamarina. Ni una señal de estelas. Aquello era bueno. El sol se encontraba a media altura del cielo del sur. Hacia el norte, las dos lunas llenas resplandecían, y una única estrella de día titilaba junto al horizonte del este.

Fue consciente de que una parte de su mente utilizaba la información del cielo par calcular su posición, la hora y la dirección precisa a la que se dirigía. Los conocimientos resultantes hicieron que sintiese su existencia, pero no la forzaron sobre ella; era como la presencia de alguien en una antesala, señalada por una educada llamada a la puerta. Solicitó otra capa de datos y un revestimiento se desplegó ante ella; de pronto, vio una cuadrícula superpuesta a los cielos, con las trayectorias de numerosos satélites y de algunas naves de transporte suborbital, con sus identidades junto a ellas, así como estratos suplementarios de informaciones más

detalladas de cada uno de los puntos. Los satélites cuyas imágenes parpadeaban lentamente eran aquellos con los que había interferido.

Entonces, vio un par de puntos en el horizonte del este, y se volvió hacia ellos, entornando los ojos para enfocar la imagen. Dentro de ella, algo exactamente igual que un corazón sufrió un vuelco y latió rápidamente durante un instante antes de que pudiera controlarlo de nuevo. Parte de la tierra que sostenía en su mano cayó al suelo.

Los puntos eran aves, y volaban a pocos cientos de metros de distancia.

Se relajó.

Las pájaros surgieron en el aire, frente a frente, batiendo las alas con furia. Parecían hallarse entre la exhibición y la lucha. Habría alguna hembra agazapada en la hierba observando a los dos machos. Los nombres científicos y comunes de las especies, su orden, sus hábitos de alimentación y apareamiento, y otra información diversa pareció flotar en un rincón de su mente. Las dos aves cayeron de nuevo sobre la hierba. Sus llamadas se dejaron escuchar débilmente en el aire. Ella no había oído antes sus voces, pero supo que sonaban como si lo hubiera hecho.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que los pájaros no resultasen tan inocentes e inofensivos como aparentaban ser. Podían ser animales reales pero alterados, o ni tan siquiera biológicos. En cualquiera de los casos, podían formar parte de un sistema de vigilancia. En realidad, tampoco podía hacer nada. Seguiría esperando un poco más.

Volvió a centrar su atención en el puñado de tierra que había arrancado. Lo alzó a la altura de sus ojos y lo absorbió con la mirada. Había muchas clases de hierbas y minúsculas plantas, la mayor parte de un color verde amarillento. Vio semillas, raíces, zarcillos, pétalos, cortezas, hojas y tallos. La información relevante que describía cada especie diferente apareció debidamente en aquel rincón de su mente.

En aquellos momentos, también fue consciente de que los datos que se presentaban ante ella ya habían sido evaluados por alguna otra parte de su mente. Si algo le hubiera parecido mal, o fuera de contexto –si, por ejemplo, aquellas aves se hubieran movido de una forma que sugiriese que su peso era mayor de lo que debía ser–, su atención se habría centrado directamente en la anomalía. Hasta entonces, todo le había resultado tranquilizadoramente normal. Los datos suponían una consciencia distante, pero reconfortante, que perduraba pacientemente en las afueras de su percepción.

Algunos minúsculos animales transitaban por el puñado de tierra y sobre la superficie de la vegetación. También conocía sus nombres y sus datos más relevantes. Vio un delgado gusano pálido deambulando a ciegas por el mantillo.

Volvió a dejar el pedazo de tierra en el suelo, cubriendo el agujero que había dejado y moldeando el conjunto para devolverle su forma original. Se sacudió el polvo de las manos mientras echaba otro vistazo a su alrededor. Seguía sin haber señales de nada incorrecto. Los pájaros emprendieron el vuelo otra vez y volvieron a

descender. Una oleada de aire cálido se desplegó a través de la llanura y fluyó en torno a ella, removiendo su pelo en las zonas donde no estaba cubierto por su chaleco y sus pantalones de camuflaje. Cogió su capa y se la ajustó en los hombros. Se convirtió en parte de ella, lo mismo que el resto de la ropa.

El viento procedía del oeste. Era refrescante y arrastraba los gritos de las aves a lo lejos, de forma que, cuando empezaron a volar una tercera vez, parecía que lo hacían en un completo silencio.

Tan solo había una nota, un ínfimo matiz de sal en el viento, pero fue suficiente para que tomase la decisión. Ya había esperado bastante.

Rodeó su cola leonada con la cola de la capa, y volvió el rostro hacia el viento.

Deseaba haber escogido un nombre. Si lo hubiera hecho, ahora lo pronunciaría en voz alta y fuerte en el aire, como si fuera una declaración de intenciones. Pero no tenía nombre, porque no era lo que aparentaba ser; no era una hembra chelgriana, ni un miembro de la especie de Chel, ni siquiera una criatura biológica. *Soy un arma terrorista de la Cultura*, pensó, diseñada para horrorizar, advertir e instruir al mayor de los niveles. Un nombre habría sido una mentira.

Comprobó sus órdenes, para asegurarse. Era cierto. Tenía una total discreción. La falta de instrucciones podía interpretarse como una instrucción bastante específica. Podía hacer cualquier cosa; no tenía ataduras.

Perfecto.

Se inclinó hacia atrás sobre las piernas traseras y levantó los brazos para enfundar las manos en los guantes fijados en la parte superior de su chaleco y, con un salto inicial, emprendió la marcha con simples zancadas, que la impelieron a través del verde prado en una serie de largos y sinuosos saltos que estiraban y contraían su potente espalda, y desplazaban sus musculosas piernas traseras y su extremidad media casi al unísono, y luego las separaban con cada uno de los largos pasos.

Sintió la alegría de correr libremente y comprendió la antigua rectitud del viento en su rostro y en su pelo. Correr, perseguir, cazar, capturar y matar.

La capa ondeaba al viento a su espalda. Su cola se balanceaba de un lado al otro.

IX

La tierra de las torres

–Casi había olvidado la existencia de este lugar.

Kabe miró al avatar de piel plateada.

–¿En serio?

–En doscientos años, apenas ha ocurrido nada aquí, excepto una lenta decadencia.

–¿Y eso mismo no podría decirse de todo el orbital? –preguntó Ziller, con un tono de falsa inocencia.

El avatar fingió sentirse herido por sus palabras.

El antiguo teleférico chirriaba en torno a ellos mientras avanzaba entre balanceos desde una torre alta. Rugía y chirriaba al atravesar un sistema de puntos altos suspendidos de un aro alrededor de la cima de la torre, y se hilvanaba en otro cable hacia una torre más lejana, situada sobre una pequeña colina de la maltrecha llanura.

–¿Olvidas algo alguna vez, Centro? –preguntó Kabe al avatar.

–Solo si decido hacerlo –respondió este, con su profunda voz. Se encontraba medio sentado, medio tumbado sobre uno de los asientos rojos acolchados, con los pies levantados y apoyados sobre la barandilla que separaba el compartimento trasero de pasajeros del panel de control del piloto, donde se hallaba Ziller, contemplando los distintos instrumentos, nivelando palancas y manejando una serie de cuerdas que salían de una hendidura del suelo del teleférico y se ataban en unos listones de la mampara delantera.

–¿Y lo has decidido alguna vez? –preguntó Kabe, que estaba agachado sobre sus tres piernas, dado el escaso espacio del que disponía en aquella cabina. El teleférico estaba diseñado para transportar una docena de pasajeros y dos pilotos.

–No, que yo recuerde –repuso el avatar, tras reflexionar unos instantes con el ceño fruncido.

–Entonces, ¿puedes elegir olvidar algo, y luego olvidar que lo has olvidado? –dijo Kabe, riendo.

–Sí, pero entonces tendría que olvidar el haberme olvidado del olvido original.

–Supongo que sí.

–Esta conversación, ¿va a alguna parte? –gritó Ziller, por encima de su hombro.

–No –contestó el avatar–. Es como este viaje; a la deriva.

–No vamos a la deriva –observó Ziller–. Estamos explorando.

–Ustedes tal vez –dijo el avatar–. Yo no. Puedo ver exactamente donde estamos desde la central. ¿Qué es lo que quieren ver? Yo les puedo proporcionar mapas detallados del lugar que deseen.

–El espíritu aventurero y de exploración es evidentemente ajeno a su alma computerizada –le respondió Ziller.

El avatar dio un capirotazo a una mota de polvo de una de sus botas.

–¿Tengo alma? ¿Se supone que eso era un cumplido?

–Claro que no tienes alma –dijo Ziller, tirando de una cuerda con todas sus fuerzas y desatándola. El teleférico aumentó su velocidad, balanceándose suavemente mientras atravesaba la llanura de matorrales. Kabe contempló la sombra que proyectaba el vehículo al ondularse sobre el suelo de color rojo y arena. El oscuro perfil del vehículo se deslizaba y se alargaba mientras cruzaban el lecho seco y trenzado de gravilla de un río. Una ráfaga de viento levantó varios remolinos de polvo y golpeó la cabina, inclinándola ligeramente y provocando el repiqueteo de los cristales de las ventanas en sus marcos de madera.

–Bien –prosiguió el avatar–. Porque no creo que haya tenido nunca un alma y, de ser así, debo de haberlo olvidado.

–Claro –repuso Kabe.

Ziller emitió un suspiro de exasperación.

Los tres estaban en un teleférico propulsado por el viento, cruzando las grietas de Epsizyr, una extensa área semidesértica de la plataforma de Canthropa, casi a un cuarto de la distancia del giro galáctico en el orbital de los hogares de Ziller y Kabe, en Xaravve y Osinorsi, respectivamente. Las grietas eran un sistema de ríos ya secos, de mil kilómetros de ancho y tres veces la misma distancia de largo. Desde el espacio, parecían un millón de hilos grises y ocres lanzados sobre la tierra yerma.

Era raro que las grietas transportasen agua. Sobre la zona caían lluvias ocasionales, pero nunca dejaba de ser semiárida. Cada cien años, aproximadamente, una gran tormenta lograba cruzar los Canthrops, la cordillera de montañas situada entre las llanuras y el océano Calcedónico, que ocupaba toda la superficie de la plataforma en la dirección del giro galáctico, y solo entonces el sistema de ríos hacía honor a su nombre, transportando el agua de lluvia desde las montañas hasta las ollas de Epsizyr, que se llenaban y rielaban durante unos días, y sustentaban una mínima

profusión de vida animal y vegetal antes de volver secarse en superficies fangosas y saladas.

Las grietas estaban diseñadas para ser así. Masaq se había modelado y planeado con la misma minuciosidad que cualquier otro orbital, pero siempre se había previsto como un mundo grande y lleno de diversidad. Contenía casi cualquier forma geográfica posible, dada su aparente gravedad y su atmósfera adecuada para los humanos, y gran parte de dicha geografía también era apta para ellos, pero no era habitual que un Centro de orbital que se preciase estuviera contento sin un mínimo de zona desértica a su alrededor. Los humanos solían quejarse al cabo del tiempo.

Llenar cada rincón de todas y cada una de las plataformas con pequeñas colinas y limpios arroyos, o incluso espectaculares montañas y extensos océanos no era un hecho considerado producente para la creación de un medio ambiente equilibrado para un orbital. También debía haber pasajes inhóspitos.

Las grietas de Epsizyr solo formaban una parte de los cientos de tipos de páramos desérticos esparcidos por Masaq. Eran áridas y sufrían la sacudida de fuertes vientos y, pese a todo, eran de las zonas agrestes más acogedoras. La gente siempre iba a las grietas, a pasear, a acampar bajo la luz de las estrellas y del lado lejano, y a sentirse apartada de todo durante un tiempo. Y, aunque algunos intentaron vivir allí, casi nadie se había quedado más de algunos cientos de días.

Kabe miraba al exterior, por encima de la cabeza de Ziller, a través del parabrisas frontal del teleférico. Desde la torre alta del punto de partida los cables se extendían en seis direcciones distintas, junto a líneas de mástiles que desaparecían a lo lejos, algunos en línea recta, otros en suaves curvas. Al contemplar el árido paisaje que los rodeaba, Kabe vio las torres, todas de una altura de entre veinte y sesenta metros, y con forma de ele invertida. Estaban en todas partes. Comprendió por qué a las grietas de Epsizyr también se las conocía como la Tierra de las Torres.

–¿Por qué se construyó originalmente el sistema? –preguntó.

Había estado interrogando al avatar sobre el sistema de teleféricos hasta que la criatura comentó su casi olvido de la existencia de aquel lugar.

–Fue obra de un hombre llamado Bregan Latry –contestó el avatar, estirándose sobre su asiento y entrelazando las manos detrás de la cabeza–. Hace mil cien años se le metió en la cabeza que lo que realmente necesitaba este lugar era un sistema de teleféricos propulsados por aire.

–Pero, ¿por qué? –preguntó Kabe.

–Ni idea. –El avatar se encogió de hombros–. Aquello ocurrió antes de mi vigilancia, no lo olvide; en los tiempos de mi predecesor, el que se sublimó.

–¿Quieres decir que no heredaste ningún archivo suyo? –preguntó Ziller, incrédulo.

–No sea ridículo. Claro que heredé una gran serie de archivos y registros. –El

avatar miró hacia arriba y negó con la cabeza–. En realidad, mirando atrás, es como si yo hubiera estado aquí. –Se encogió de hombros–. Pero no hay ningún registro que revele por qué exactamente Bregan Latry decidió cubrir las grietas de torres.

–¿Solo pensó que esto debía ser... así?

–Aparentemente, sí.

–Una idea fantástica –observó Ziller. Tiró de una cuerda, tensando una de las velas que colgaban por debajo del teleférico, con el consecuente chirrido de ruedas y poleas.

–¿Y tu predecesor lo construyó para él? –preguntó Kabe.

El avatar emitió un gruñido burlón.

–Por supuesto que no. Este lugar se diseñó como zona inhóspita. No había razón para empezar a llenarla de cables. No. Le dijo que lo hiciera él mismo.

Kabe echó un vistazo por el nebuloso horizonte. Desde allí, se veían cientos de torres.

–¿Y lo construyó todo él solo?

–Según se mire –contestó el avatar, sin dejar de mirar al techo, que estaba decorado con pinturas de antiguas escenas de la vida rústica–. Solicitó capacidad de producción y tiempo de planificación y diseño, y encontró a una aeronave inteligente que también pensaba que resultaría divertido llenar las grietas de torres. Diseñó los teleféricos y las torres, los mandó fabricar y luego, con la ayuda de la aeronave y de alguna otra gente que le apoyaba en el proyecto, empezó a erigir las torres y a unirlas mediante los cableados.

–¿Y nadie puso ninguna objeción?

–Lo mantuvo casi en secreto durante bastante tiempo, pero sí, la gente se quejó.

–Siempre hay críticas –murmuró Ziller. Estaba estudiando un mapa con la ayuda de un cristal de aumento.

–Pero le permitieron continuar...

–Por supuesto que no –repuso el avatar–. Empezaron a derribar las torres. A algunos les gustan las zonas desérticas tal y como son.

–Pero, obviamente, el señor Latry persistió –observó Kabe, mirando de nuevo a su alrededor. Se estaban acercando al mástil de la colina. El suelo se elevaba hacia las velas más bajas del teleférico y su sombra se acercaba más y más a ellos.

–Siguió construyendo las torres, y la aeronave y sus amigos siguieron levantándolas. Y los conservacionistas –el avatar se volvió y miró a Kabe–, tenían un nombre en aquella época, que siempre es mala señal, siguieron derribándolas. Se empezó a unir gente a ambos bandos, hasta que la zona bullía de montones de personas erigiendo torres y colgando cables, seguidas rápidamente por otras que lo tiraban todo abajo y se lo llevaban arrastras.

–¿No se convocó ninguna votación? –Kabe sabía que así era como las disputas

solían desenvolverse en la Cultura.

–Sí que votaron, sí –dijo el avatar.

–Y ganó el señor Latry...

–No. Perdió.

–Entonces, ¿cómo...?

–En realidad, se hicieron muchas votaciones. Fue una de aquellas extensas campañas en las que había que votar quién tendría el derecho al voto; solo gente que hubiera visitado las grietas; gente que viviese en Canthropa; toda la población de Masaq...

–Y perdió el señor Latry.

–Perdió en la primera votación, por la que los aptos para votar quedaron restringidos a quienes hubieran visitado previamente las grietas... ¿Creerán que surgió una propuesta que consistía en que cada voto tuviera un peso proporcional a las veces que el votante hubiera estado aquí, y otra de otorgarles un voto por cada día de visita? –El avatar negó con la cabeza–. Créanme, la democracia en acción puede resultar decepcionante. Bien, pues perdió esa primera votación y, en teoría, mi predecesor recibió la orden de detener la producción. Pero entonces, la gente a la que se prohibió el voto formuló una queja y hubo otra votación, entre toda la población de la plataforma, sumada a la de los que habían estado en las grietas.

–Y esa, la ganó.

–No. También la perdió. Los conservacionistas tenían muy buenas relaciones públicas. Mejor que los torristas.

–Ah, ¿también tenían nombre en aquella época? –preguntó Kabe.

–Por supuesto.

–Esta no será otra de esas estúpidas disputas locales que terminaron sometidas a votación en toda la Cultura, ¿verdad? –dijo Ziller, sin dejar de estudiar minuciosamente el mapa. Levantó brevemente la vista hacia el avatar–. Quiero decir, que eso, en realidad, no ocurre, ¿no? –preguntó.

–En realidad, sí ocurre –respondió el avatar. Su voz sonó especialmente profunda–. Más a menudo de lo que parece. Pero no, en aquel caso, la querella nunca salió de la jurisdicción de Masaq. –El avatar frunció el ceño, como si hubiera encontrado algo que objetar a la pintura del techo–. Ah, Ziller, por cierto, cuidado con esa torre.

–¿Qué? –preguntó el chelgriano, levantando la mirada. La torre de la colina se encontraba tan solo a cinco metros de distancia–. ¡Oh, mierda! –Ziller dejó el mapa y el cristal de aumento y tomó rápidamente los mandos para controlar los volantes superiores del teleférico.

Se oyó un chirrido metálico por encima del techo; la torre pasó rozando el lateral derecho del teleférico, y sus vigas de metalespuma rayadas de deposiciones de aves y

punteadas de liquen. La cabina sufrió una sacudida y se inclinó sobre la primera serie de puntos mientras Ziller aflojaba las cuerdas, dejando aletear las velas a su libre albedrío. El teleférico se encontraba ahora sobre una especie de anillo situado encima de la cima de la torre, desde donde partían las otras rutas de cables; un conjunto de veletas en la cumbre impulsaba una cadena de accionamiento fijada al anillo, ayudando así al desplazamiento del teleférico.

Ziller vio un par de placas metálicas colgantes; con unos grandes números inscritos con pintura desconchada. En la tercera placa, accionó una de las palancas de dirección hacia delante; los volantes superiores de la cabina se reconectaron y, con un chirrido metálico y una sacudida repentina, el vehículo se deslizó hacia el cable apropiado, descendiendo solo con ayuda de la gravedad al principio, hasta que Ziller agarró las cuerdas y reconfiguró las velas para controlar el teleférico y desplazarlo por un cable que llevaba a otra colina lejana.

–Allí –dijo Ziller.

–Pero, al final, el señor Latry se salió con la suya –prosiguió Kabe–. Eso está claro.

–Está claro –coincidió el avatar–. Al final, consiguió una cantidad suficiente de gente entusiasmada con todo ese ridículo esquema. Finalmente, todo el orbital participó en la votación. Los conservacionistas se conformaron con su palabra de que no corrompería otra zona natural, aunque tampoco se había demostrado que tuviera intenciones de hacerlo.

»Entonces, siguió adelante, plantó las torres, tejió la red de cables y fabricó teleféricos a su antojo. Muchos le ayudaron, tuvo que formar equipos separados, con un par de aeronaves cada uno, y algunos fueron a su aire, aunque la mayoría trabajó según el proyecto general desarrollado por Latry.

»Las únicas interrupciones tuvieron lugar durante la guerra Idirana y, cuando yo ya ejercía, durante la crisis Shaladiana, momento en que tuve que redestinar los excedentes de producción a la construcción de naves y de equipamiento militar. Incluso entonces siguió construyendo torres y extendiendo cables, utilizando maquinaria casera que habían construido algunos entusiastas del proyecto. Para cuando hubo terminado, seiscientos años después de haber empezado, cubrió la mayor parte de las grietas con torres. Y por eso, este lugar se conoce como la Tierra de las Torres.

–Son tres millones de kilómetros cuadrados –observó Ziller, que había retomado el mapa y el cristal de aumento, y con ellos, el estudio detallado de uno con el otro.

–Casi –respondió el avatar, descruzando y volviendo a cruzar las piernas–. Conté el número de torres una vez, y sumé el kilometraje de cable.

–¿Y? –preguntó Kabe.

–Eran números muy elevados, pero no tenían ningún otro interés. Si quiere, los

buscaré, pero...

–No –dijo Kabe–. Por mí, no te molestes.

–Entonces, ¿el señor Latry murió habiendo completado el trabajo de su vida? –preguntó Ziller. En aquellos momentos, estaba mirando por una de las ventanillas laterales, mientras se rascaba la cabeza. Levantó el mapa, lo giró hacia un lado, y luego hacia el otro.

–No –contestó el avatar–. El señor Latry no era de los que morían por la causa. Estuvo algunos años recorriendo la zona, él solo, pero al final se aburrió. Hizo varios cruceros interestelares y terminó instalándose en un orbital llamado Quyeela, a sesenta mil años de distancia de aquí. Ni ha regresado, ni tan siquiera ha preguntado por el sistema de teleféricos, que se sepa, durante más de un siglo. Lo último que oí fue que intentaba persuadir a un grupo de VGS para participaren un esquema de inducción de patrones de puntos solares en su estrella local, de manera que formasen nombres o lemas escritos.

–Bien –dijo Ziller, consultando de nuevo el mapa–. Dicen que es bueno tener un pasatiempo.

–Por el momento, el suyo parece consistir en mantenerse a unos dos millones de kilómetros del comandante Quilan –observó el avatar.

–Cielos... –Ziller levantó la vista–. ¿Tan lejos estamos de casa?

–Tan lejos, sí.

–¿Y cómo se encuentra nuestro emisario? ¿Está disfrutando de su estancia? ¿Se ha instalado ya en su nuevo alojamiento? ¿Ha mandado alguna postal a casa?

Ya habían transcurrido seis días desde la llegada de Quilan en *La resistencia fortalece el carácter.* Al comandante le había gustado su alojamiento en la ciudad de Yorle, situada en la plataforma del mismo nombre, que se encontraba a dos plataformas, o dos continentes, de distancia de la ciudad de Aquime, lugar de residencia de Ziller. El comandante había visitado Aquime un par de veces desde entonces, una de ellas acompañado por Kabe, y la otra él solo. En ambas ocasiones había anunciado sus intenciones y había pedido al Centro que se lo comunicase a Ziller. Pero, en cualquier caso, este no pasaba mucho tiempo en casa, ya que se dedicaba a visitar partes del orbital que aún no conocía o, como aquel día, lugares en los que ya había estado.

–Está completamente instalado –repuso el Centro, a través del avatar–. ¿Desea que le comunique que ha preguntado por él?

–No es necesario. No vaya a ponerse demasiado nervioso. –Ziller miró a través de las ventanillas laterales mientras el teleférico se inclinaba por una ráfaga de viento y, tras ello, sin dejar de traquetear y chirriar, aumentaba la velocidad por el cable monofilamentoso–. Me sorprende que no esté con él, Kabe –añadió Ziller, mirando al homomdano–. Creía que la idea era que fueran juntos de la mano durante toda su

estancia.

–El comandante espera que pueda convencerlo a usted de concederle una audiencia –dijo Kabe–. Naturalmente, no podría hacerlo si no me moviera de su lado.

Ziller miró fijamente a Kabe por encima del mapa.

–Dígame, Kabe, ¿es una intención completamente honesta por parte de él, o simplemente se trata de esa ingenuidad de la que usted siempre hace gala?

Kabe se echó a reír.

–Un poco de cada, supongo –afirmó.

Ziller negó con la cabeza y dio unos golpecitos al mapa con el cristal de aumento.

–¿Puede explicarme qué significan todas estas líneas entramadas en rosa y rojo? –preguntó.

–Las líneas rosas son consideradas poco seguras –respondió el avatar–. Y las rojas son las que se han caído.

Ziller levantó el mapa y se lo mostró al avatar.

–¿Quieres decir que estos tramos no pueden ser utilizados?

–No en un teleférico –aseguró el avatar.

–¿Habéis dejado que se caigan todas? –preguntó Ziller, mirando de nuevo el mapa y con un tono que a Kabe le pareció algo molesto. El avatar se encogió de hombros.

–Como ya he dicho, al principio no eran responsabilidad mía –repuso–. No tengo nada que ver en sus caídas o en sus recorridos, a menos que elija adoptarlos como parte de mi infraestructura. Y, dado que apenas nadie los utiliza estos días, no voy a hacerlo. De todas formas, en cierto modo me gusta su decadencia gradual entrópica.

–Pensaba que este pueblo construía cosas duraderas –observó Kabe.

–Oh –dijo el avatar–, si yo hubiera construido las torres, las habría anclado al material de base. Esa es la principal razón por la que los cables se han desplomado o resultan inseguros; las torres se han derribado en inundaciones. No tenían cimientos en el sustrato, sino en la geocapa, y tampoco eran muy profundos. Después de un superciclón y un temporal llega una inundación y las torres se caen en masa. Además, el monofilamento es tan fuerte que puede arrastrar varios tramos cuando el agua se lleva consigo un par de torres. No pusieron suficientes frenos de seguridad en los cables. Hubo cuatro grandes tormentas desde que se terminó la construcción del sistema. Me sorprende que no haya habido aún más daños.

–En cualquier caso, me parece una lástima que hayan dejado que se deteriore de tal forma –observó Kabe.

–¿De verdad piensa eso? –preguntó el avatar, mirándole a los ojos–. Pensaba que había algo romántico en esta lenta decadencia. Me parecía apropiado que una obra de artificio tan referencial fuera esculpida en desgaste por las fuerzas de la naturaleza.

Kabe meditó sobre aquellas palabras.

Ziller estudiaba de nuevo el mapa.

–¿Y las líneas azules? –preguntó.

–¡Ah! –contestó el avatar–. Esas podrían ser inseguras.

El semblante de Ziller se tornó en una expresión de consternación. Levantó el mapa.

–¡Pero nosotros estamos en una línea azul! –exclamó.

–Sí –repuso el avatar, mirando a través de los paneles translúcidos en el centro de la pintura rústica, donde las guías y los volantes del teleférico debían estar deslizándose colgados del cable.

–*Mmm* –dijo.

Ziller dejó el mapa a un lado, arrugándolo.

–Centro –dijo–, ¿nos encontramos en peligro?

–En realidad, no. Hay sistemas de seguridad. Además, si hubiera algún problema y nos cayésemos del cable, podría descargar una plataforma antigravitatoria antes de haber descendido poco más de unos metros. Así, mientras yo esté bien, todos lo estamos.

Ziller miró con suspicacia a la criatura de piel plateada, tumbada en el sofá, antes de regresar a su mapa.

–¿Ya hemos concretado un local para la primera representación de mi sinfonía? –preguntó, sin levantar la vista.

–Había pensado en el Bol Estuliano, en Guerno –respondió el avatar.

Ziller lo miró. A Kabe le pareció entre sorprendido y complacido.

–¿De verdad? –preguntó el compositor.

–Creo que no hay muchas más alternativas –añadió el avatar–. Ha suscitado mucho interés. Necesitamos un local con capacidad para mucha gente.

Ziller esbozó una amplia sonrisa. Parecía que quería decir algo, pero se limitó a seguir sonriendo, casi con timidez, y volvió a enterrar la cabeza en el mapa.

–Ah, Ziller –prosiguió el avatar–, el comandante Quilan me ha pedido que le pregunte si le importaría que se trasladase a la ciudad de Aquime.

–¿Cómo? –siseó Ziller, dejando el mapa.

–Yorle está muy bien, pero es muy distinta de Aquime –dijo el avatar–. Hace calor, incluso en esta época del año. Quiere experimentar las mismas condiciones que usted, allí en el macizo.

–Pues que lo manden a la cima de una de las sierras Mamparas –espetó Ziller, volviendo a coger el cristal de aumento.

–¿Le importaría? –preguntó el avatar–. De todas formas, usted apenas está en casa últimamente.

–Sí, pero sigue siendo el lugar donde me gusta dormir por las noches –respondió Ziller–. Así que, sí. Me importaría.

–Entonces, ¿le digo que prefiere que no se traslade aquí?

–Eso es.

–¿Está seguro? Tampoco quería mudarse justo al lado. Buscaba algún lugar en el centro de la ciudad.

–Sigue siendo demasiado cerca.

–Centro... –empezó Kabe.

–*Mmm* –prosiguió el avatar–. Dijo que no tendría inconveniente en informarlo de su ubicación, para que usted no tropezase por...

–¡Oh, joder, vamos! –Ziller lanzó el mapa al suelo y guardó el cristal de aumento en uno de sus bolsillos–. ¡Que no quiero a ese tipo aquí! ¡Que no lo quiero cerca de mí, ni quiero reunirme con él! ¡Y estoy harto de que me digan que, aunque quiera, no puedo alejarme de ese hijo de puta!

–Querido Ziller –empezó Kabe, pero luego se detuvo. *Estoy empezando a hablar como Tersono,* pensó.

El avatar bajó los pies del asiento y se sentó.

–Nadie le está obligando a reunirse con él, Ziller.

–Sí, pero tampoco me dejan alejarme de él tanto como quisiera.

–Ahora está muy lejos de él –apuntó Kabe.

–¿Y cuánto tiempo nos ha costado llegar hasta aquí? –preguntó Ziller. Habían llegado por la mañana en un transporte de subplataforma; y habían tardado poco más de una hora.

–*Mmm*... bueno...

–¡Soy prácticamente un prisionero! –exclamó Ziller, extendiendo los brazos.

–Eso no es cierto –repuso el avatar, con una extraña mueca en el rostro.

–¡Pues como si lo fuera! No he podido escribir una sola nota desde que ese cabrón dio señales de vida.

El avatar se irguió, con expresión de alarma.

–Pero ha terminado la...

Ziller hizo un gesto de exasperación con una mano.

–Sí, está terminada –contestó–. Pero normalmente me relajo con piezas cortas cuando termino una tan larga y, esta vez, no he podido. Estoy como estreñido.

–Bueno –dijo Kabe–, si realmente se siente forzado a contactar con Quilan, ¿por qué no lo hace y se quita el peso de encima?

El avatar soltó un gruñido y se acomodó de nuevo en su asiento.

Ziller miraba fijamente a Kabe.

–Ah, ¿es eso? –preguntó–. ¿Ese es el poder argumental que utiliza para convencerme de que me reúna con ese mierda?

–Por su tono de voz –repuso Kabe–, deduzco que no lo he conseguido.

–Persuasión –dijo Ziller, negando con la cabeza–. Lo razonable. ¿Me importaría?

¿Me preocupa? ¿Me sentiría insultado? Puedo hacer lo que me venga en gana, pero él también. –El compositor señaló enfurecido al avatar–. Vosotros, todos, sois tan educados que todavía es más insoportable que recibir un insulto directamente. Todas vuestras palabras comedidas y amables y llenas de mierda. Todo ese bailoteo a mi alrededor sin querer molestar pero molestando. –Balanceó los brazos mientras elevaba la voz hasta gritar–. ¡Detesto esta retahíla de putos buenos modales! ¿Es que nadie va a actuar de verdad?

Kabe pensó en decir algo, pero decidió no hacerlo. El avatar parecía algo asombrado. Parpadeó unas cuantas veces y preguntó:

–¿Como qué? ¿Preferiría que el comandante lo hiciese llamar y lo retase a un duelo? ¿O se trasladase junto a su casa?

–¡Podríais echarlo de aquí!

–¿Por qué íbamos a hacer algo así?

–¡Porque me está molestando!

El avatar sonrió.

–Ziller... –empezó.

–¡Me siento perseguido! Somos una especie de depredadores. Solo nos escondemos cuando acechamos. No estamos acostumbrados a sentirnos como presas.

–Podría volver a casa –sugirió Kabe.

–¡Me seguiría!

–Podría seguir viajando.

–¿Por qué iba a hacerlo? Me gusta mi apartamento. Me gusta el silencio y me gustan las vistas, incluso me gusta alguna gente. Hay tres salas de conciertos en Aquime con una acústica perfecta. ¿Tengo que marcharme a otro sitio porque Chel manda a este militar para hacer dios sabe qué?

–¿Qué quiere decir con «dios sabe qué»? –preguntó el avatar.

–Quizá no ha venido solo para hablar conmigo y convencerme de regresar con él. Quizá quiere secuestrarme. ¡O matarme!

–Oh, vamos –dijo Kabe.

–El secuestro es imposible –dijo el Centro–, a menos que haya traído consigo una flota de aeronaves que se me haya pasado por alto. –El avatar negó con la cabeza–. El asesinato es casi imposible. –Frunció el ceño–. El intento de asesinato siempre es posible, imagino, pero, si le preocupase, podría asegurarme de que en el momento y en el lugar de su reunión hubiese algunos drones de combate y cuchillos misil, y toda esa clase de defensa a su alrededor. Y, evidentemente, siempre se podría transferir su personalidad.

–No voy a necesitar drones de combate, ni cuchillos misil, ni copias de seguridad –respondió Ziller, pausadamente–, porque no pienso reunirme con él.

–Pero le preocupa el hecho de que esté aquí –dijo Kabe.

–Ah, ¿se me nota? –gruñó Ziller.

–Bien, pues asumiendo que él no se aburra y se marche –insistió Kabe–, tal vez sería mejor que aceptase encontrarse con él y quitarse el peso de encima.

–¿Dejará de intentar «quitarme el peso de encima» de una buena vez? –gritó Ziller.

–Hablando de no poder deshacerse de la gente –dijo el avatar, con firmeza–, E. H. Tersono ha descubierto nuestro paradero y quiere hacernos una visita.

–¡Ja! –exclamó Ziller, volviéndose a mirar de nuevo a través del parabrisas–. Tampoco hay forma de quitarse de encima a esa maldita máquina.

–Sus intenciones son buenas –observó Kabe.

Ziller miró a su alrededor, con expresión de genuina sorpresa.

–Ah, ¿sí?

Kabe suspiró.

–¿Está Tersono cerca de aquí? –preguntó al avatar.

–Sí –repuso este–. Ya está de camino. A unos diez minutos. Está volando desde el túnel más próximo.

Algo más que el terreno hacía de las grietas un yermo; solo había unos cuantos puntos de acceso a la plataforma y estaban todos fuera de aquella zona, así que para adentrarse en las tierras áridas sin perder cierto ritmo había que utilizar el teleférico o ir volando.

–¿Qué quiere? –Ziller comprobó el indicador de viento, después soltó dos cuerdas y tensó otra, sin que pareciera surtir mucho efecto.

–Es una visita social, según dice –le dijo el avatar.

Ziller dio unos golpecitos en los balancines circulares de un cuadrante.

–¿Estás seguro de que esta brújula funciona?

–¿Acaso me está acusando de no tener un campo magnético viable? –preguntó el Centro.

–Te estaba preguntando si este trasto funciona. –Ziller dio unos cuantos golpecitos más en el instrumento.

–Debería –dijo el avatar mientras entrelazaba las manos detrás de la cabeza–. Una forma muy ineficaz de determinar la dirección, sin embargo.

–Quiero ponerme a barlovento en la siguiente curva –dijo Ziller mirando la colina a la que se acercaban y la achaparrada torreta que había en la cumbre llena de maleza.

–Tendrá que conectar la hélice.

–Oh –dijo Kabe–. ¿Tienen hélices?

–Una cosa grande con dos paletas metida en la parte de atrás –dijo el avatar señalando con un gesto la parte posterior, donde dos ventanas curvadas rodeaban una amplia sección recubierta de paneles–. Funciona con baterías. Debería estar cargada si funcionan las aspas del generador.

–¿Y eso cómo lo sé? –preguntó Ziller. Después se sacó la pipa del bolsillo del chaleco.

–¿Ve ese cuadrante grande de la derecha, justo debajo del parabrisas, con el símbolo de un rayo?

–Ah, sí.

–¿Dónde está la aguja, en la parte negra y marrón o en la parte azul brillante?

Ziller miró. Se metió la pipa en la boca.

–No hay aguja.

El avatar lo miró pensativo.

–Eso podría ser mala señal. –Se incorporó y miró a su alrededor. La torreta estaba a unos cincuenta metros de distancia y el suelo se elevaba bajo ellos–. Yo soltaría un poco esa vela de mesana.

–¿Esa qué?

–Afloje la tercera cuerda de la izquierda.

–Ah. –Ziller soltó la cuerda y la volvió a atar. Tiró de un par de palancas para frenar el vagón y preparar los volantes del techo. Apretó un par de interruptores grandes y después miró esperanzado hacia la parte posterior del vagón.

Sorprendió entonces la mirada del avatar.

–Oh, bueno, pues deja que el puto emisario se traslade a Aquime –dijo con tono exasperado–. Para lo que a mí me importa. Pero no quiero verlo.

–Desde luego –dijo el avatar con una sonrisa. Después le cambió la expresión–. Oh-oh –dijo. Se había quedado mirando hacia delante.

Kabe sintió que una chispa de inquietud le saltaba en el pecho.

–¿Qué? –dijo Ziller–. ¿Ya está aquí Tersono? –Y entonces perdió el equilibrio cuando, con un estrépito, como si algo se acabara de rasgar, el teleférico perdió velocidad a toda prisa y se detuvo de repente con una sacudida. El avatar se había deslizado por el sofá. A Kabe el golpe lo había lanzado hacia delante y solo evitó caer de bruces estirando un brazo y sujetándose a la barandilla de latón que separaba el compartimento de los pasajeros de la cabina de la tripulación. La barandilla de latón se dobló y se desprendió por un lado de la mampara con un crujido y un ruido seco. Ziller terminó sentado en el suelo, entre dos de las bitácoras de instrumentos. El vagón se balanceó de un lado a otro.

Ziller escupió un trozo de pipa.

–¿Qué cojones ha sido eso?

–Creo que hemos enganchado un árbol –dijo el avatar mientras se sentaba–. ¿Están todos bien?

–Sí, bien –dijo Kabe–. Siento lo de la barandilla.

–¡He partido la pipa a la mitad! –dijo Ziller. Cogió del suelo una mitad de la pipa partida.

–Ya se reparará –dijo el avatar. Quitó la alfombra que había entre los sofás y levantó una puerta de madera. Entró una ráfaga de viento. La criatura se echó en el suelo y metió la cabeza–. Sí, es un árbol –gritó. Volvió a meterse dentro–. Debe de haber crecido un poco desde la última vez que se usó esta línea.

Ziller se estaba levantando del suelo.

–Cosa que por supuesto no habría ocurrido si el responsable del sistema hubieras sido tú, ¿no?

–Pues claro que no –dijo el avatar muy contento–. ¿Mando venir a un dron de reparaciones o intentamos arreglarlo nosotros mismos?

–Tengo una idea mejor –dijo Ziller con una sonrisa mientras miraba por la ventanilla de uno de los lados. Kabe también miró y vio un objeto casi totalmente rosa que volaba hacia ellos. Ziller abrió la ventanilla de ese lado y se giró hacia sus dos compañeros con una sonrisa antes de llamar al dron que se acercaba–. ¡Tersono! ¡Me alegro de verte! ¡Qué bien que hayas venido! ¿Ves ese desastre de ahí abajo?

X

Los cañones marinos de Youmier

–¿Y Tersono estuvo a la altura?

–Más que a la altura, físicamente hablando, según me cuenta el Centro, a pesar de sus protestas; decía que se arriesgaba a desgarrarse. Pero creo que lo que sea que alimenta su voluntad también se encarga de mantener su dignidad, así que por lo general está muy ocupado con eso.

–¿Pero pudo liberar vuestro vagón del árbol?

–Sí, al final, aunque tardó bastante y armó un buen follón. Hizo trizas la vela mayor, rompió el mástil y se cargó la mitad del árbol.

–¿Y la pipa de Ziller?

–Partida en dos. El Centro se la arregló.

–Ah. Me preguntaba si podría haberle regalado otra.

–No estoy seguro de que la aceptase de buena gana, Quil. Sobre todo porque es algo que iba a meterse en la boca.

–¿Sospechas que podría pensar que estaba intentando envenenarlo?

–Podría ocurrírsele.

–Ya veo. Todavía tengo camino por recorrer, ¿verdad?

–Pues sí.

–¿Y cuánto le falta a este paseo?

–Otros tres o cuatro kilómetros. –Kabe levantó la cabeza y miró el sol–. Deberíamos estar allí para la hora de comer.

Kabe y Quilan caminaban por la cima de los acantilados de la península Vilster, en la plataforma Fzan. A la derecha, treinta metros más abajo, el océano Fzan golpeaba las rocas. La calima del horizonte estaba repleta de islas diseminadas por todas partes. Más cerca, unos cuantos veleros y otros navíos algo mayores

atravesaban los dibujos creados por las olas.

Una brisa fresca soplaba del mar. Azotaba el abrigo de Kabe alrededor de sus piernas y las túnicas de Quilan chasqueaban y se agitaban a su alrededor mientras encabezaba la marcha por el estrecho sendero que atravesaba la hierba alta. A la izquierda, el suelo bajaba y se adentraba en una profunda pradera y después en un bosque de altos árboles nube. Más adelante, la tierra se alzaba hasta un modesto cabo y un risco que giraba hacia el interior, interrumpido por una hendidura que daba paso a uno de los ramales del sendero en el que estaban. Había tomado la ruta más ardua y expuesta que recorría la cima del acantilado.

Quilan volvió la cabeza para mirar las olas que caían contra las rocas que se habían desplomado en la base del acantilado. El olor a mar era igual.

~ *¿Recordando otra vez, Quil?*

~ Sí.

~ *Estás muy cerca del borde. Ten cuidado, no vayas a caerte.*

~ Claro.

La nieve caía en el patio del monasterio de Cadracet, se precipitaba con suavidad desde un cielo callado y gris. Quilan cerraba la marcha del grupo que había salido en busca de leña para el fuego, prefería caminar en soledad y silencio mientras los otros se iban arrastrando sendero arriba, por delante de él. Los otros monjes ya habían entrado para refugiarse al calor del fuego del gran salón cuando cerró los postigos tras él, atravesó arrastrando los pies la fina capa de nieve que cubría las piedras del patio y dejó la cesta de madera con el resto bajo la galería.

Se rezagó un momento para empaparse del olor fresco y limpio de la madera, recordó aquella vez en la que habían cogido una cabaña de caza en las colinas Loustrian, solos los dos. El hacha que venía con la cabina estaba roma y él la había afilado con una piedra, con la esperanza de impresionarla con su destreza, pero después, cuando se había puesto a empuñarla para partir el primer trozo de leña, la cabeza había salido volando y había desaparecido entre los árboles. Todavía recordaba sus carcajadas y después, cuando vio su expresión ofendida, el beso que le dio.

Habían dormido bajo unas pieles sobre una base de musgo. Recordaba una mañana fría, el fuego se había apagado durante la noche y la cabaña estaba congelada, habían copulado, él a horcajadas de ella, mordisqueándole el pelo de la nuca, moviéndose con lentitud sobre ella y en su interior, observando el aliento que se le escapaba y ondeaba bajo el sol antes de cruzar la habitación, rodando, hasta la ventana, donde se congelaba en motivos curvados y recursivos; una fusión de patrones salida del caos.

Se estremeció y parpadeó para espantar las lágrimas frías.

Cuando se volvió vio la figura, de pie en el centro del patio, mirándolo.

Era una hembra, vestida con una capa que le caía medio abierta sobre un uniforme militar. La nieve caía entre los dos en espirales mudas. Quilan parpadeó. Durante solo un instante... Sacudió la cabeza, se frotó las manos y se acercó a la hembra mientras se subía la capucha de duelo.

Mientras daba esos pasos se dio cuenta de que hacía medio año que no veía a una hembra en carne y hueso.

No se parecía a Worosei en absoluto, era más alta y tenía el pelo más oscuro, los ojos parecían más estrechos y marchitos. Quilan supuso que era unos diez años mayor que él. Las estrellas de la gorra la identificaban como coronel.

–¿Puedo ayudarla en algo, señora? –preguntó.

–Sí, comandante Quilan –dijo la mujer con voz precisa y contenida–. Quizá pueda.

Fronipel les trajo unas copas de ponche caliente. Su oficina era casi el doble de grande que la celda de Quilan y estaba atestada de papeles, pantallas y los antiguos marcos deshilachados de cuerda que eran los libros sagrados de la orden. Apenas había espacio para que se sentaran los tres.

La coronel Ghejaline se calentó las manos con la copa. Su gorra yacía en el escritorio, a su lado, y había estirado la capa en el respaldo del sillón. Habían intercambiado unas cuantas anécdotas sobre el viaje de la hembra por la carretera vieja, en una montura, y también sobre su papel durante la guerra, a cargo de una sección de artillería espacial.

Fronipel se puso cómodo en su segundo mejor sillón ondulado, el mejor se lo había cedido a la coronel.

–Le he pedido a la coronel Ghejaline que viniera, comandante –dijo–. Está familiarizada con sus antecedentes y su historial. Creo que tiene una proposición para usted.

Dio la sensación de que la coronel hubiera preferido pasar más tiempo abordando la razón de su visita, pero se encogió de hombros con buen talante.

–Sí, comandante. Hay algo que quizá pueda hacer por nosotros.

Quilan miró a Fronipel, que le sonreía.

–¿Y quién sería ese «nosotros», coronel? –le preguntó–. ¿El Ejército?

La coronel frunció el ceño.

–En realidad no. El Ejército está involucrado pero, estrictamente hablando, esto no sería una misión militar. Se parecería más a la que su mujer y usted emprendieron en Aorme, aunque incluso más lejos y a un nivel muy diferente de seguridad e importancia. El «nosotros» al que me refiero serían todos los chelgrianos, pero sobre todo aquellos cuyas almas se encuentran en estos momentos en el limbo.

Quilan se recostó en su sillón.

–¿Y qué se esperaría de mí?

–No puedo decírselo todavía con exactitud. Estoy aquí para averiguar si está dispuesto siquiera a considerar la misión.

–Pero si no sé lo que es...

–Comandante Quilan –dijo la coronel mientras tomaba un sorbo del vino humeante y luego, después de un asentimiento dedicado a Fronipel para agradecerle la bebida, volvía a poner la copa en el escritorio–, le diré todo lo que pueda. –La hembra se irguió un poco más en el sillón–. La tarea que le pediríamos que realizase es de gran importancia. Eso es casi todo lo que sé sobre ese aspecto. Es cierto que sé un poco más, pero no se me permite hablar de ello. La misión requeriría que se sometiese a un dilatado entrenamiento. Una vez más, no puedo decir mucho más. El refrendo de la misión procede de las capas más altas de nuestra sociedad. –La coronel respiró hondo–. Y la razón de que no importe demasiado en este punto lo que le están pidiendo que haga es que en cierto sentido lo que le están pidiendo no puede ser peor. –Lo miró a los ojos–. Es una misión suicida, comandante Quilan.

Ya se le había olvidado el placer que suponía mirar a los ojos de una hembra, aunque esa hembra no fuera Worosei, y aunque ese placer, como una especie de interiorización emocional de una ley física, creara una sensación equivalente y contraria de dolor y pérdida, e incluso culpa. Quilan esbozó una pequeña sonrisa llena de tristeza.

–Oh, en ese caso, coronel –dijo–. Lo haré, sin lugar a dudas.

–¿Quil?

–*¿Mmm?* –Se volvió para mirar el bulto alto y triangular del homomdano, que había chocado con él.

–¿Te encuentras bien? Te has parado de repente. ¿Has visto algo?

–Nada. No, estoy bien. Es solo... Estoy bien. Vamos. Tengo hambre.

Siguieron caminando.

~ Acabo de acordarme. La señora coronel me dijo que esto es una misión sin retorno.

~ *Ah, sí, está eso.*

~ Va a volver todo, ¿no?

~ *Al contrario que nosotros, sí. Así lo han dispuesto. A eso hemos accedido los dos. Hasta ahora parece haber funcionado.*

~ Entonces tú también lo sabías.

~ *Sí. Formaba parte del informe de Visquile.*

~ Que es por lo que mantuvieron tu copia de seguridad en ese substrato.

~ *Que es por lo que mantuvieron mi copia de seguridad en ese substrato.*

~ Bueno. Pues estoy deseando ver el próximo capítulo.

Llegó a la cima del sendero del acantilado y vio la ciudad, una cimitarra de torres blancas y agujas que yacía acurrucada en la cuenca de un valle repleto de bosques y rodeado por crecientes acantilados de creta, con una bahía protegida del mar por una lengua de arena. Las olas pintaban de blanco la playa. El homomdano se reunió con él, su cuerpo se alzaba inmenso a su lado y prácticamente bloqueaba el viento. Había un toque de lluvia en el aire.

Al día siguiente, la coronel dejo la montura en los establos del monasterio junto con el uniforme. Se puso el chaleco y los leotardos de una Dada; él tenía que hacerse pasar por un Industrioso, así que se puso unos pantalones y un mandil. Los dos se pusieron unas anodinas capas de invierno grises. Quilan se despidió de Fronipel pero de nadie más.

Esperaron hasta que todos los grupos de trabajo dejaron el monasterio, después bajaron por el sendero inferior entre la nevada y las aristas desnudas de los árboles de lasca y pasaron junto a los recolectores de madera, sus canciones se oían entre la silenciosa nevada como si fueran las voces de unos fantasmas; siguieron bajando y atravesaron un nivel de nubes tenues en donde el manto gris de la coronel parecía desaparecer en ocasiones y luego continuaron bajo el tamborileo de la lluvia por el bosque empapado de hojas oscuras que descendía hacia el valle, donde giraron y siguieron la pista envuelta en profundas sombras que se alzaba sobre la espuma blanca del río que se precipitaba por el abismo.

La lluvia fue amainando y al final cesó.

Un grupo de cazadores de la casta de los Contadores, en un viejo todoterreno, que volvían de los bosques después de acechar a los jhehj se ofrecieron a llevarles, pero los dos rechazaron la oferta con cortesía. En el remolque que seguía al todoterreno se apilaban los cadáveres de los animales. El vehículo se adentró rebotando por la pista en la oscuridad, con su cargamento de muertos, así que a partir de entonces siguieron una línea de manchas frescas de sangre.

Al fin, en las estribaciones de las montañas Grises, hacia el atardecer, salieron a la autopista de peaje del Ceñidor, donde los coches, los camiones y los autobuses pasaban zumbando y dejando un rastro de espuma. Un coche grande los esperaba en la cuneta. Un macho joven que no parecía muy cómodo con ropa de paisano les abrió la puerta y le dedicó a la coronel tres cuartas partes de un saludo militar antes de acordarse de que no debía. El interior del vehículo era cálido y estaba seco. Quilan y la coronel se quitaron las capas. El coche salió a la carretera con un bandazo y emprendió la ruta que los llevaría a las llanuras.

La coronel se sumergió en el transmisor militar de un maletín que había en el asiento trasero y dejó a Quilan a solas con sus pensamientos mientras ella se sentaba

con los ojos cerrados, comunicándose. El comandante observó el tráfico, las afueras de la ciudad de Ubrent resplandecieron entre la oscuridad. Parecía estar en mejores condiciones que la última vez que la había visto.

Una hora después habían llegado al aeropuerto, donde los aguardaba un suborbitador de líneas puras en la pista envuelta en brumas. Estaba a punto de estirar el brazo y tocar a la coronel para decirle que ya habían llegado cuando esta abrió los ojos, se quitó el anillo de inducción de la parte posterior de la cabeza y señaló con un gesto la nave, como si quisiera decir, «Hemos llegado».

La aceleración lo clavó con firmeza en el armazón del asiento. Vio las luces de las ciudades costeras de Sherjame, las islas de Delleun, en medio del océano y los destellos de los barcos. Sobre él, las estrellas brillaron serenas y firmes, parecían estar muy cerca en medio del silencio fantasmal de un vuelo casi al vacío.

El suborbitador volvió a hundirse en la atmósfera con un rugido creciente. Se vieron unas cuantas luces y después el aparato se posó con suavidad y perdió velocidad. Quilan dormitó en el transporte cerrado que los sacó del campo privado.

Cuando hicieron el trasbordo a un helicóptero, olió el mar. Volaron unos minutos en medio de la oscuridad y la lluvia, y aterrizaron con estrépito en medio de un gran patio circular. Después lo acompañaron a una habitación pequeña y cómoda, y se quedó dormido de inmediato.

Por la mañana despertó al oír un retumbo seco, no del todo regular, y los chillidos lejanos de unos pájaros; abrió las contraventanas y se asomó a un abismo de aire sobre un mar verde azulado salpicado de espuma y olas que rompían y hervían alrededor de una costa irregular que se encontraba a cincuenta metros de distancia y cien por debajo de su ventana. Una hilera de acantilados se desvanecía en la distancia a ambos lados, y justo enfrente tenía una enorme cuenca doble tallada entre los acantilados, de tal modo que la caída desde el fondo de la cuenca al mar era solo de unos treinta metros. Las nubes de aves marinas revoloteaban bajo el sol como jirones de espuma levantada de un mar inquieto.

Reconocía aquel lugar. Lo había visto en los libros y en la pantalla.

Los cañones de Youmier formaban parte de un extenso sistema de acantilados situado en el continente, una de las islas Tail-Quiff que surgían en una larga curva al este de Meiorin. Los acantilados se precipitaban en el océano desde una altura de entre doscientos y trescientos metros y los diecisiete cañones, los restos de grandes arcos que las marejadas y las olas del océano habían creado primero para destruir después, se alzaban como los dedos de dos ahogados.

La leyenda local había sostenido en otro tiempo que eran los dedos de una pareja

de amantes que se habían ahogado al lanzarse desde los acantilados para que no los obligaran a casarse con otras personas.

Habían bautizado a los cañones con el nombre de los dedos y el último y más pequeño, que solo se erguía cuarenta metros sobre las olas, se llamaba el Pulgar. La altura de los otros variaba entre los cien y doscientos metros y tenían más o menos la misma circunferencia allí donde el mar bañaba de forma incesante sus bases, afilando un poco las cumbres de basalto.

Se había comenzado a construir sobre ellos cuatro mil años antes, cuando la familia que gobernaba la zona había construido un castillo pequeño de piedra en el cañón más cercano a la cima del acantilado y había unido los dos por medio de un puente de piedra. A medida que crecía el poder de la familia, también crecía el castillo, hasta que comenzaron las obras en otro cañón, y luego en otro más, y otro.

El complejo de la fortaleza se fue extendiendo por varios pináculos de roca, unidos por una sucesión de puentes, al principio de madera, después de piedra y más tarde de hierro y acero, y se convirtió en un centro de gobierno, un lugar de oración y peregrinaje y un templo de saber. Con el transcurrir de los siglos y los milenios se había ido colonizando de forma permanente cada cañón, de una forma u otra, todos salvo el Pulgar; incluso había sido fortaleza durante algún tiempo, equipada con pesadas armas navales durante un siglo más o menos. Poco a poco, los cañones habían ido creciendo hasta convertirse en una ciudad cuya mayor parte estaba en la costa, extendiéndose por el páramo que había tras los acantilados.

En su momento había sufrido el mismo destino que un puñado de ciudades de todo el globo, durante la última guerra de Unificación, mil quinientos años antes, al caer bajo el ataque de unas cabezas nucleares que habían destruido por completo un cañón, reducido a la mitad la altura de otro y dejado un cráter con la forma de un ocho gigante abierto en los acantilados, donde se encontraba la mayor parte de los distritos del continente.

Jamás se había reconstruido la ciudad. Los cañones, aislados del continente por los dos cráteres, quedaron abandonados durante siglos; lugar de turismo morboso y hogar solo de unos cuantos ermitaños y un millón de aves marinas. Dos de los cañones se convirtieron en monasterio durante una de las fases más religiosas de Chel; después, los Servicios Combinados los habían requisado para convertirlos en base de entrenamiento y lo habían reconstruido todo salvo los puentes que los conectaban con el continente antes de salir del mundo y abandonar el complejo antes de que estuviera terminado; allí dejaron los cañones aparcados y al cuidado de unos vigilantes.

Y entonces, se había convertido en su hogar.

Quilan se apoyó en un parapeto y contempló la gola blanca de la espuma que bañaba la base del Dedo Corazón del Varón, trescientos metros más abajo. Desde allí

arriba el agua parecía lenta, pensó. Como si cada ola estuviera cansada tras el largo viaje a través del océano, desde donde quiera que nacieran las olas.

Llevaba allí un mes de dos lunas. Lo estaban entrenando y evaluando. Seguía sin saber nada de la tarea que tenía por delante, salvo que se suponía que era una misión suicida. Seguía sin ser seguro que él fuera a participar. Sabía que era uno más y que había varios competidores por tan dudoso honor. Ya había accedido a someterse a un borrado de memoria si no lo elegían, un borrado que lo dejaría convertido, al parecer, en otro monje más traumatizado por la guerra y metido en el retiro de Cadracet, luchando por asumir sus experiencias.

La coronel Ghejaline estaba presente más o menos la mitad del tiempo, supervisando su entrenamiento. Su instructor principal en las artes y técnicas de casi todo lo marcial era un macho lleno de cicatrices, fornido y taciturno, llamado Wholom. Parecía soldado, o ex soldado, aunque no admitía rango militar alguno. El otro tutor de Quilan se llamaba Chuelfier y era un macho viejo y frágil de pelo blanco, cuyos años y flaqueza parecían desprenderse de su cuerpo cuando estaba enseñando.

Había unos cuantos especialistas del Ejército a los que veía cada pocos días y que era obvio que también vivían en el complejo, un puñado de sirvientes de varias castas y un número de Invisibles ciegos que habían permanecido fieles a las antiguas costumbres durante la guerra de Castas.

Quilan veía a los ciegos dedicarse a sus obligaciones, con la parte superior del rostro cubierta por la banda verde de su rango; andaban a tiendas con una familiaridad natural o utilizaban los chasquidos agudos que emitían con las garras para navegar entre los espacios de hormigón y los rincones tallados en la roca del cañón. Ser ciego allí, con la caída de las rocas y el océano, era, pensó Quilan, confiar siempre en las paredes y en el cuidadoso diseño de la estructura.

No se le permitía salir de su cañón. Sospechaba que algunos de aquellos camaradas-adversarios que no había visto, aquellos a los que podían elegir para la misión en su lugar, estaban en alguno de los otros cañones, al otro lado de los largos puentes cerrados que los Servicios Combinados habían construido entre las columnas de roca.

Levantó un brazo y se estudió las garras desenvainadas. Giró el brazo a izquierda y derecha. Jamás había tenido tantos músculos, nunca había estado tan en forma. Se preguntó si de verdad tenía que estar en la mejor forma física posible para esa misión o si el Ejército, o el que estuviera en realidad detrás de todo aquello, se limitaba a entrenarlos por costumbre.

Había una gran plaza circular de armas en lo más alto del cañón, en el lado que daba al mar. Estaba abierta por los lados, pero cubierta por unos toldos blancos que parecían antiguas velas de barco. Allí le habían enseñado esgrima y lo habían

entrenado con una ballesta, con armas de proyectiles y con los primeros rifles de láser. Le inculcaron los puntos más sutiles, y los no tan sutiles, de la lucha con cuchillos, y con garras y dientes. Se había aclarado que la lucha cuerpo a cuerpo difería cuando uno se enfrentaba a otra especie, pero no se había ido más allá.

Un pequeño equipo de médicos llegó volando un día y lo llevó a un hospital grande, aunque obviamente poco utilizado, tallado en la roca, muy por debajo de los edificios del cañón. Lo equiparon con un Guardián de Almas optimizado, pero ese fue el único implante que tocaron o introdujeron. Había oído hablar de agentes y personas que realizaban misiones especiales y a las que se les adaptaba dispositivos de comunicación con conexiones en el cerebro, glándulas nasales detectoras de venenos, sacos productores de venenos, sistemas armamentísticos subcutáneos...; la lista era larga, pero él, al parecer, no iba a recibir nada de eso. Se preguntó por qué.

En un momento dado, se insinuó que el que realizara la misión quizá no estuviera solo del todo. También se preguntó por eso.

No todo su entrenamiento y educación fue marcial; por lo menos la mitad de cada día lo pasaba volviendo a ser estudiante, sentado en un sillón ondulado aprendiendo en pantallas o escuchando a Chuelfier.

El anciano lo instruyó en historia chelgriana, en filosofía de la religión tanto antes como después de la sublimación parcial del Puen-Chelgriano, y en la historia descubierta del resto de la galaxia y sus otros seres inteligentes.

Aprendió más de lo que jamás se había imaginado que querría o necesitaría saber sobre lo que hacían los Guardianes de Almas y cómo lo hacían y sobre cómo eran el limbo y el cielo. Aprendió en qué esferas la antigua religión se había mostrado demasiado imaginativa o se había equivocado sin más en sus suposiciones y principios, en qué había inspirado al Puen-Chelgriano y por tanto se había convertido en realidad y dónde la habían desbancado. No tuvo ningún contacto directo con ninguno de los desaparecidos, pero llegó a entender el más allá mejor que nunca. A veces, sabiendo que casi no quedaba duda de que Worosei jamás experimentaría nada de aquella gloria creada, tenía la sensación de que lo habían elegido solo para torturarlo, que todo aquello no era más que una charada elaborada y cruel para encontrar el cuchillo de la pérdida de Worosei, enterrado para siempre en su carne, y retorcerlo con todo su poder.

Aprendió todo lo que había que saber sobre la guerra de Castas y la implicación de la Cultura en los cambios que habían llevado a ella.

Aprendió sobre las personalidades que habían contribuido a crear el ambiente que había llevado a la guerra y escuchó parte de la música compuesta por mahrai Ziller, por momentos tan dolorosamente llena de pérdida que lo hizo llorar y en otros, tan llena de cólera que le apeteció romper algo.

Un cierto número de sospechas y posibles escenarios comenzaron a formarse en

su mente, aunque nunca dijo nada.

A veces soñaba con Worosei. En uno de los sueños se casaban allí, en el cañón, y una gran ráfaga de viento les arrancaba los sombreros a todos; él había ido a coger el de su mujer cuando echó a volar hacia el parapeto y luego se estrelló contra el hormigón blanqueado; Quilan se había inclinado sobre el parapeto justo cuando estaba a punto de alcanzar la prenda. Había comenzado a caer hacia el mar y sintió que cogía aliento para gritar, pero entonces recordó que por supuesto que Worosei no estaba allí en realidad, y no podía estarlo. Su mujer estaba muerta, así que por qué no iba a estarlo él. Les sonrió a las olas cuando se alzaron para recibirlo, pero despertó antes del golpe con la sensación de que le habían quitado algo y una humedad salada como el mar en la almohada.

Una mañana cruzaba la plaza de armas bajo el chasqueo seco de las tiendas blancas de los toldos, se dirigía al aula de Chuelfier para la primera clase del día, cuando vio a un pequeño grupo de personas justo delante. La coronel Ghejaline, Wholom y Chuelfier estaban allí de pie, hablando con una figura vestida de blanco y negro que se encontraba en el medio del grupo.

Había otras cinco personas, tres a la derecha del grupo central y dos a la izquierda. Todos eran varones e iban vestidos de clérigos. El hombre del medio era pequeño y parecía viejo, con una especie de encorvamiento ladeado en su postura. Quilan se quedó un tanto estupefacto cuando se dio cuenta de que el hombre iba vestido con la túnica a rayas blancas y negras de un estodien, uno de aquellos que iban y venían entre este mundo y el siguiente. Mostraba una sonrisa burlona y se aferraba a un largo bastón espejado. Tenía el pelo impecable, como si se lo hubieran aceitado.

Quilan estaba a punto de ir a saludar a la coronel, pero cuando se acercó, las tres personas que conocía se echaron hacia atrás para dejar que el estodien diera unos pasos.

–Estodien –dijo Quilan con una profunda reverencia.

–Comandante Quilan –dijo el anciano con una voz suave y serena. Le tendió la mano a Quilan, que fue consciente de que el hombre que se encontraba a la derecha del grupo abultaba en sus túnicas clericales de forma diferente al resto y que ese mismo hombre había comenzado a rodear el grupo, como si quisiera ir a colocarse detrás de Quilan. Cuando el hombre desapareció de su vista, la semisombra que arrojaba bajo la luz atenuada que se filtraba por los toldos blancos comenzó a moverse más deprisa.

Lo que al fin convenció a Quilan de que podrían estar a punto de atacarlo fue algo en la forma que tuvo el estodien de estirarse cuando le tendió la mano. Era frágil y no podía evitar mantenerse a distancia de algo que quizá resultara violento.

Quilan fingió que iba a coger la mano del anciano y después se agachó y giró de golpe, volvió a apoyarse en las ancas y levantó los antebrazos y las manos en la clásica postura de ataque-defensa.

El hombre fornido vestido de clérigo había estado a punto de atacarlo, había vuelto a apoyarse en las ancas y tenía las mangas arremangadas para revelar unos brazos musculosos, aunque no había sacado las garras del todo. Por un momento, hubo una mirada radiante, casi salvaje, en su rostro de pelo blanco, una mirada que incluso se iluminó durante un instante cuando Quilan giró para enfrentarse a él, pero después miró al estodien, se relajó, volvió a sentarse y bajó los brazos y la cabeza en lo que podría haber sido una inclinación.

Quilan se quedó exactamente como estaba, girando la cabeza un poco de un lado a otro, volviendo la mirada todo lo que podía sin perder de vista al hombre de pelo blanco. No parecía haber ningún otro movimiento ni amenaza.

Se produjo un momento de silencio absoluto en el que no ocurrió nada, salvo por los gritos distantes de las aves marinas y el choque lejano de las olas. Después, el estodien golpeó una vez el hormigón de la plaza de armas con su bastón y el hombre de pelo blanco se levantó, se giró con un movimiento fluido y fue a colocarse donde estaba antes.

–Comandante Quilan –dijo de nuevo el anciano–. Por favor, levántese. –Le tendió la mano una vez más–. Se acabaron las sorpresas desagradables, al menos por hoy, le doy mi palabra.

Quilan cogió la mano del estodien y se levantó.

La coronel Ghejaline se adelantó unos pasos. Parecía contenta, pensó Quilan.

–Comandante Quilan, este es el estodien Visquile.

–Señor –dijo Quilan cuando el anciano le soltó la mano.

–Y este es Eweirl –dijo Visquile mientras señalaba al hombre de pelo blanco que tenía a su izquierda. El hombre fornido asintió y sonrió–. Espero que se haya dado cuenta de que acaba de pasar usted dos pequeñas pruebas, comandante, no solo una.

–Sí, señor. O la misma prueba dos veces, señor.

La sonrisa de Visquile se amplió y reveló unos dientes pequeños y afilados.

–En realidad no tiene que llamarme «señor», comandante, aunque confieso que me agrada. –Se volvió hacia Wholom y Chuelfier, y después miró a la coronel Ghejaline–. No está mal. –Volvió a dirigirse a Quilan y lo miró de arriba abajo–. Venga, comandante, creo que tenemos que hablar.

–Nos dicen que es muy poco habitual que cometan semejante error. Nos dicen que deberíamos sentirnos halagados de que, ya para empezar, se hayan tomado tanto interés por nosotros. Nos dicen que nos respetan. Nos dicen que es un accidente del desarrollo y la evolución de las galaxias, estrellas, planetas y especies que nos

encontremos con ellos en términos tecnológicos en absoluto equivalentes. Nos dicen que lo que ha ocurrido es lamentable, pero que quizá al final saquemos algo de todo ello. Nos dicen que son personas honorables que solo deseaban ayudar y que ahora se sienten en deuda con nosotros por su falta de cuidado. Nos dicen que quizá nos beneficiemos más de esa abrumadora sensación de culpa de lo que podríamos haber sacado gracias a un mecenazgo más natural. –El estodien Visquile esbozó su sonrisa débil y afilada–. Nada de eso importa.

El estodien y Quilan se encontraban solos en una pequeña torre encaramada en un costado de uno de los niveles inferiores de la superestructura del cañón. El aire y el mar surgían por tres lados y la brisa cálida entraba por una ventana sin cristales y salía por la otra, cargada con el aroma del mar. Estaban sentados, acurrucados sobre esteras de hierba.

–Lo que importa –continuó el anciano–, es lo que ha decidido el Puen-Chelgriano.

Hubo una pausa. Quilan sospechó que se suponía que tenía que llenarla él así que dijo:

–¿Y qué es lo que ha decidido, estodien?

El pelo del anciano olía al aroma del perfume caro. Se irguió sobre la estera y miró por una ventana los largos oleajes del mar.

–Durante dos mil setecientos años ha sido un artículo constante de nuestra fe –dijo con tono despreocupado– que las almas de los que han partido permanezcan en el limbo durante un año entero antes de que los acepten en la gloria del cielo. Algo que no ha cambiado desde que nosotros, nuestros desaparecidos, convirtieron el cielo en algo real. Como tampoco han cambiado muchas de las otras doctrinas asociadas con tales asuntos. Se han convertido en normas, en cierto sentido. –Se giró y volvió a sonreírle a Quilan antes de volver a mirar de nuevo por la ventana.

»Lo que estoy a punto de decirle lo saben muy pocas personas, comandante Quilan. Y así debe seguir siendo.

–Sí, estodien.

–La coronel Ghejaline no lo sabe, como no lo saben ninguno de sus tutores.

–Entiendo.

El anciano se volvió de repente hacia él.

–¿Por qué quiere morir, Quilan?

Quilan se echó hacia atrás, desconcertado.

–Yo... en cierto sentido no quiero, estodien. Es solo que no tengo mayor interés en vivir. Quiero dejar de existir.

–Quiere morir porque su compañera está muerta y usted languidece por ella, ¿no es cierto?

–Yo diría que hago algo más que languidecer por ella, estodien. Pero fue su

muerte la que dejó mi vida sin sentido.

–Las vidas de su familia y su sociedad en estos tiempos de necesidad y reestructuración, ¿eso no significa nada para usted?

–No es que no signifiquen nada, estodien, pero tampoco lo suficiente. Ojalá pudiera sentirme de otro modo, pero no puedo. Es como si todas las personas que me importan pero que siento que deberían importarme más, ya estuvieran en otro mundo distinto al que yo habito.

–Solo era una hembra, Quilan, una persona nada más, un simple individuo. ¿Qué la hace tan especial para que su recuerdo, irrecuperable para siempre, al parecer, supere a las necesidades más perentorias de aquellos que siguen vivos y por los que todavía se puede hacer algo?

–Nada, estodien. Es...

–Así es, nada. No es el recuerdo de su mujer, es el suyo. No es el hecho de que fuera especial o única lo que usted celebra, Quilan, es el hecho de que usted lo es. Es usted un romántico, Quilan. Encuentra romántica la idea de una muerte trágica; la idea de unirse a ella, aunque tenga que unirse a ella en el olvido, le parece romántica. –El anciano se irguió como si se preparara para irse–. Odio a los románticos, Quilan. En realidad no se conocen a sí mismos, y lo que es peor, tampoco quieren conocerse de verdad, ni, en último caso, a nadie más, porque creen que eso le quitará el misterio a la vida. Son idiotas. Y usted es idiota. Es probable que su mujer también lo fuera. –El estodien hizo una pausa–. Es probable que los dos fueran unos idiotas románticos –dijo–. Idiotas condenados a una vida de desilusión y amargura cuando descubrieran que su precioso romanticismo se desvanecía después de los primeros años de matrimonio y tuvieran que enfrentarse no solo a sus propias insuficiencias, sino también a los de su compañero. Usted tuvo suerte de que muriera ella. Y ella tuvo la desgracia de tener que ser ella y no usted.

Quilan miró al estodien durante unos instantes. El anciano respiraba un poco más hondo y un poco más deprisa de lo que debería haber sido necesario, pero aparte de eso, controlaba bien cualquier temor que pudiera sentir. Tendría una buena copia de seguridad y como estodien que era, renacería o se reencarnaría como y cuando lo desease. Algo que, sin embargo, no evitaría que su ser más animal contemplase la posibilidad de que lo lanzasen por una ventana y cayera al mar con otra cosa que no fuera terror. Eso suponiendo, por supuesto, que el anciano no llevara algún tipo de arnés antigravitatorio, en cuyo caso quizá solo temiera que Quilan le arrancase la garganta antes de que Eweirl u alguna otra persona pudiera hacer nada.

–Estodien –dijo Quilan sin alterarse–. Yo también he pensado en todo eso y pasado por todo eso. Me he acusado de todo lo que usted menciona y con un lenguaje bastante menos moderado que el que usted ha utilizado. Me encuentra usted al final del proceso que quizá hubiera deseado iniciar con tales afirmaciones, no al principio.

El estodien lo miró.

–Bastante bien –dijo–. Hable con honestidad, sin dejar detalle.

–No me va a obligar a acudir a la violencia alguien que no conoció a mi mujer, pero que ha decidido llamarla idiota. Yo sé que no lo era y eso me basta. Creo que usted solo quería averiguar hasta qué punto sería fácil encolerizarme.

–Quizá no con la suficiente facilidad, Quilan –dijo el anciano–. No todas las pruebas se pasan o se suspenden como uno podría esperar.

–No estoy intentando pasar sus pruebas, estodien. Estoy intentando ser honesto. Supongo que sus pruebas son válidas. Si lo son y hago todo lo que puedo y suspendo mientras que otra persona triunfa, es mejor que el hecho de que yo triunfe diciéndole lo que creo que quiere oír en lugar de lo que siento de verdad.

–Esa es una calma que llega al punto del engreimiento, Quilan. Quizá esta misión requiera a alguien con más agresividad y astucia que las que esa respuesta indica que usted tiene.

–Quizá sea eso, estodien.

El anciano mantuvo los ojos clavados en Quilan durante algún tiempo. Al final apartó la vista y volvió a mirar por la ventana.

–A los muertos de la guerra no se les permitirá entrar en el cielo, Quilan.

Tuvo que escuchar el comentario en su cabeza y volverlo a poner para estar seguro de que lo había oído bien.

–¿Estodien?

–Fue una guerra, comandante, no una alteración del orden público ni un desastre natural.

–¿La guerra de las Castas? –preguntó y de inmediato supo que era una pregunta estúpida.

–Sí, por supuesto que la guerra de las Castas –le soltó Visquile de repente. Después volvió a recuperar la compostura–. El Puen-Chelgriano nos ha dicho que se siguen aplicando las viejas reglas.

–¿Las viejas reglas? –Creía saber ya a lo que se refería.

–Deben ser vengadas.

–¿Alma por alma? –De aquello estaba hecha la barbarie, los dioses viejos y crueles. La muerte de cada chelgriano debía equilibrarse con la muerte de un enemigo y hasta que se lograse ese equilibrio, los guerreros caídos no podrían entrar en el cielo.

–¿Por qué tendríamos que abalanzarnos sobre la idea de una correspondencia de uno por uno? –preguntó el estodien con una sonrisa fría–. Quizá no haga falta más que una sola muerte. Una muerte importante. –Volvió a desviar los ojos.

Quilan se quedó callado un rato, e inmóvil. Cuando Visquile no apartó los ojos de la ventana y la vista para mirarlo, preguntó:

–¿Una muerte?

El estodien volvió a clavar en él su mirada.

–Una muerte importante. Los resultados podrían ser muchos. –Volvió a mirar a lo lejos mientras tarareaba una canción. Quilan reconoció la melodía, la había compuesto mahrai Ziller.

XI

Ausencia de gravedad

–El caso es, ¿qué pasa en el Cielo?

–¿Una sensación maravillosa imposible de conocer?

–Bobadas. La respuesta es nada. No puede pasar nada porque si ocurre algo, de hecho, si es cierto que puede pasar algo, entonces no representa a la eternidad. De eso se trata nuestra vida, del desarrollo, la mutación y la posibilidad de cambio. Es casi una definición de lo que es la vida: cambio.

–¿Siempre ha pensado eso?

–Si anulas el cambio, si consigues parar el tiempo, si evitas la posibilidad de que se alteren las circunstancias del individuo, y eso debe incluir al menos la posibilidad de que se alteren para peor, entonces ya no tienes vida después de la muerte, solo tienes muerte.

–Los hay que creen que tras la muerte el alma se recrea en otro ser.

–Eso es muy conservador y un poco estúpido, desde luego, pero no del todo desorbitado.

–Y los hay que creen que, tras la muerte, al alma se le permite crear su propio universo.

–Monomaniaco y risible, y además, seguramente se equivocan.

–Y luego están los que creen que el alma...

–Bueno, hay todo tipo de creencias diferentes. Sin embargo, las que me interesan son las que se refieren a la idea del Cielo. Esa es la idiotez que me molesta y que los demás no comprenden.

–Claro que podría equivocarse.

–No diga tonterías.

–En cualquier caso, incluso si el Cielo no existía en un principio, la gente lo ha

creado. Ahora existe. De hecho, existen muchos cielos diferentes.

–¡Bah! Tecnología. Esos supuestos cielos no van a durar mucho. Ya habrá alguna guerra en ellos, o entre ellos.

–¿Y los sublimados?

–Por fin algo que está más allá del Cielo. Y que por tanto, y por desgracia, es inútil. Pero es un comienzo. O más bien un final. O un comienzo, una vez más, de otro tipo de vida, lo que demuestra lo que digo.

–Me he perdido.

–Todos nos perdemos. Y nos encuentran muertos.

–¿... De veras es usted profesor de divinidad?

–¡Pues claro que sí! ¿Es que no es obvio?

–¡Señor Ziller! ¿Ya ha visto al otro chelgriano?

–Lo siento, ¿nos conocemos?

–Sí, eso es lo que le estoy preguntando.

–No, me refiero a si nos conocemos usted y yo.

–Trelsen Scofford. Nos conocimos en casa de Gidhoutan.

–¿Ah sí?

–Usted dijo que lo que yo dije sobre lo suyo era «peculiar» y «con un punto de vista único».

–Creo que algo de eso me suena haber dicho.

–¡Genial! ¿Entonces ya ha visto a ese tipo?

–No.

–¿No? ¡Pero si ya lleva aquí veinte días! Alguien dijo que solo vive a...

–¿Es usted de verdad tan ignorante como parece, Trelsen, o esto es una especie de número extraño que incluso se supone que es divertido?

–¿Perdón?

–Eso es lo que debería pedir, perdón. Si prestara un poco más de...

–Es que he oído que había otro chelgriano...

–... atención a lo que pasa sabría que el «otro chelgriano» es un macarra feudal, un matón profesional que ha venido para intentar convencerme de que vuelva con él a una sociedad que desprecio. No tengo ninguna intención de ver a ese miserable.

–Oh. No me había dado cuenta.

–Felicidades, es usted un simple ignorante que carece de malicia.

–¿Entonces no va a encontrarse con él?

–Exacto, no pienso verle. Mi plan es que después de tenerlo esperando unos cuantos años, o bien se harte y se largue a casa para que lo castiguen con el ritual correspondiente, o bien vaya dejándose seducir poco a poco por Masaq y sus muchos atractivos en particular y por la Cultura y sus muchas maravillosas manifestaciones

en general y que adquiera la ciudadanía. Entonces quizá acceda a verlo. Una estrategia brillante, ¿no le parece?

–¿Habla en serio?

–Siempre hablo en serio, y nunca tanto como cuando quiero parecer frívolo.

–¿Cree que funcionará?

–Ni lo sé ni me importa. Es divertido contemplar la posibilidad, eso es todo.

–¿Y por qué quieren que vuelva?

–Al parecer soy el auténtico emperador. En realidad, soy un huérfano al que una madrina celosa cambió al nacer por mi gemelo perdido, Fimmit.

–¿Qué? ¿De verdad?

–No, pues claro que no. Está aquí para entregarme una citación por una infracción menor de tráfico.

–¡Está de broma!

–Mecachis, lo ha adivinado. No, el caso es que secreto una sustancia por las glándulas anteriores, todos los clanes chelgrianos tienen uno o dos varones en cada generación que producen esa sustancia. Sin ella, los hombres de mi clan no pueden hacer de vientre. Si no lamen el punto apropiado al menos una vez por mes de mareas, comienzan a sufrir unas ventosidades terribles. Por desgracia, mi primo Kehenahanaha Junir III sufrió hace poco un extraño accidente mientras se aseaba que lo ha incapacitado para producir esa secreción vital, así que necesitan que vuelva, antes de que todos los varones de mi familia exploten por la mierda comprimida. Hay una alternativa quirúrgica, por supuesto, pero por desgracia los derechos de la patente médica los tiene un clan con el que llevamos tres siglos sin hablarnos. Una disputa sobre una puja inoportuna provocada por un eructo involuntario durante una subasta de novias, al parecer. No nos gusta mucho hablar de ello.

–¿No... no hablará en serio?

–No me va a dejar pasar ni una, ¿verdad? No, en realidad es por un libro que no he devuelto a la biblioteca.

–Ahora sí que está de broma, ¿no?

–Y una vez más, me ha calado. Es casi como si no estuviera aquí.

–¿Así que en realidad no sabe por qué quieren que vuelva?

–Bueno, ¿qué razón podría haber?

–¡A mí no me pregunte!

–¡Eso es justo lo que estaba pensando!

–Eh, ¿y por qué no lo pregunta?

–Mejor aún, como parece ser a usted al que tanto le importa, ¿por qué no le pide usted al que de una forma tan encantadora llama «el Otro Chelgriano» que le diga por qué quieren que vuelva?

–No, me refería a preguntarle al Centro.

–Bueno, después de todo, él lo sabe todo. ¡Mire, allí está su avatar!

–¡Eh, es verdad! Vamos a... Oh. Ah. Hasta luego, entonces, ah... Ah, hola. Usted debe de ser el homomdano.

–Muy listo.

–¿Entonces qué hace esta mujer en realidad?

–Me escucha.

–¿Le escucha? ¿Y ya está?

–Sí. Yo hablo y ella escucha lo que digo.

–¿Y? ¿Algo más? Es decir, yo también le estoy escuchando ahora. ¿Qué hace esta mujer que sea tan especial?

–Bueno, escucha sin hacer la clase de preguntas que usted acaba de hacer, la verdad.

–¿Qué quiere decir? Solo preguntaba...

–Sí, ¿pero es que no lo ve? Ya está siendo agresivo, acaba de decidir que alguien que se limita a escuchar a otra persona es...

–¿Pero eso es todo lo que hace?

–Más o menos, sí. Pero es muy útil.

–¿No tiene usted amigos?

–Pues claro que tengo amigos.

–Bueno, ¿y no están para eso?

–No, no siempre, no para todo lo que quiero comentar.

–¿Y su casa?

–Antes hablaba con mi casa, pero entonces me di cuenta de que solo estaba hablando con una máquina que ni siquiera las demás máquinas fingen pensar que es inteligente.

–¿Y qué hay de su familia?

–Resulta que no quiero compartirlo todo con mi familia. Tienen un papel muy destacado en aquello de lo que necesito hablar.

–¿En serio? Eso es terrible. Pobrecito. El Centro, entonces. Sabe escuchar.

–Bueno, lo entiendo, pero algunos pensamos que solo le importa en apariencia.

–¿Qué? Está diseñado para que le importe.

–No, está diseñado para que parezca que le importa. Con una persona sientes que te estás comunicando a un nivel animal.

–¿A un nivel animal?

–Sí.

–¿Y se supone que eso es bueno?

–Sí. Es una especie de comunicación de instinto a instinto.

–¿Así que no cree que al Centro le importe?

–No es más que una máquina.

–Como usted.

–Solo en el sentido más amplio. Me siento mejor hablando con otro ser humano. Algunos tenemos la sensación de que el Centro controla demasiado nuestras vidas.

–¿Ah, sí? Creí que si no querían tener nada que ver con él, podían.

–Sí, pero todavía sigues viviendo en el O, ¿no?

–¿Y?

–Bueno, rige el orbital, a eso es a lo que me refiero.

–Sí, bueno, alguien tiene que regirlo.

–Sí, pero los planetas no tienen a nadie que los rija. Están... ahí, sin más.

–¿Así que quiere vivir en un planeta?

–No. Creo que los encontraría un poco pequeños y extraños.

–¿No son peligrosos? ¿No los golpean cosas a veces?

–No, los planetas tienen sistemas de defensa.

–Y eso hay que manejarlo.

–Sí, pero no se trata de eso.

–Es decir, querría tener a alguien a cargo de cacharros como esos, ¿no? Daría miedo. Sería como en los viejos tiempos, como una barbarie o algo así.

–No, pero el caso es que, donde quiera que vivamos, podemos aceptar que algo tiene que encargarse de la infraestructura, pero no debería dirigir también tu vida. Por eso tenemos la sensación de que necesitamos hablar más entre nosotros, no con nuestras casas, o con el Centro, o con drones o algo así.

–Eso es muy raro. ¿Hay mucha gente como usted?

–Bueno, no, no muchos, pero conozco a unos cuantos.

–¿Tienen un grupo? ¿Celebran reuniones? ¿Ya tienen algún nombre?

–Bueno, sí y no. Ha habido muchas ideas para nombres. Se ha sugerido que nos hiciéramos llamar los fastidiosos, o los defensores de la célula, o los carbonófilos, o los rechacistas, o los defensores del borde, o los cerquistas, o los planetistas, o los wellianos, o los circunferencistas o los circunferencianos, pero creo que no deberíamos adoptar ninguno de esos.

–¿Por qué no?

–Los sugirió el Centro.

–... Perdón.

–¿... Quién era ese?

–El embajador homomdano.

–Un poco monstruoso, ¿no le parece? ¿Qué? ¿Qué?

–Tienen muy buen oído.

–¡Eh! ¡Compositor Ziller! Se me olvidó preguntarle. ¿Qué tal la obra?

–... Trelsen, ¿no?

–Sí, claro.

–¿Qué obra?

–Ya sabe. La música.

–Música. Ah, sí. Sí, he escrito mucho de eso.

–Oh, deje de tomarme el pelo. Bueno, ¿cómo va?

–¿Quiere decir en general o tiene alguna obra en particular en mente?

–¡La nueva, por supuesto!

–Ah, sí, por supuesto.

–¿Y?

–¿Quiere decir en qué etapa de preparación se encuentra la sinfonía?

–Sí, ¿cómo va?

–Bien.

–¿Bien?

–Sí. Va bien.

–Ah. ¡Genial! Bien hecho. Estoy deseando oírla. Estupendo. Sí.

–... Sí, que te follen entre la multitud, cretino. Espero no haber utilizado demasiados términos técnicos... Ah, hola, Kabe. ¿Sigue aquí? Bueno, ¿y cómo está?

–Estoy bien. ¿Y usted?

–Acosado por idiotas. Menos mal que ya estoy acostumbrado.

–Mejorando lo presente, espero.

–Kabe, si pudiera sufrir con alegría a un solo idiota, le aseguro que sería usted.

–*Mmm*. Bueno, me lo tomaré como espero que lo dijera en lugar de como sospecho. La esperanza es una emoción mucho más agradable para el espíritu que la sospecha.

–Su reserva de cortesía me asombra, Kabe. ¿Cómo estaba el emisario?

–¿Quilan?

–Creo que ese es el nombre al que responde.

–Se ha resignado a una larga espera.

–He oído que se lo llevó usted de paseo.

–Por el sendero de la costa de Vilster.

–Sí. Todos esos kilómetros de caminos por las cimas de los acantilados y ni un solo resbalón. Casi inverosímil, ¿no le parece?

–Ha sido un agradable compañero de paseo y parece una persona decente. Un poco arisco, quizá.

–¿Arisco?

–Reservado y callado, bastante serio, hay una especie de quietud en él.

–Quietud.

–Ese tipo de quietud que hay en el centro del tercer movimiento de *Noche de*

tormenta, cuando los instrumentos de viento de acero se callan y los contrabajos sostienen esas notas largas y descendentes.

–Ah, una quietud sinfónica. ¿Y se supone que esa silenciosa afinidad con una de mis obras tiene que granjearle mis simpatías?

–Ese era todo mi propósito.

–Es usted todo un proxeneta sin escrúpulos, ¿verdad Kabe?

–¿Lo soy?

–¿No siente la menor vergüenza al cumplir así sus órdenes?

–¿Las órdenes de quién?

–Las del Centro, la Sección de Contacto, la Cultura en general, por no mencionar mi propia y encantadora sociedad y su espléndido gobierno.

–No creo que su gobierno me esté ordenando hacer nada.

–Kabe, usted no sabe qué clase de ayuda le pidieron o exigieron a Contacto.

–Bueno, yo...

–Oh, por favor.

–¿He oído a alguien mencionar nuestros nombres? Ah, compositor Ziller. Embajador Ischloear. Queridos amigos, qué alegría verles.

–Tersono. Estás de lo más elegante.

–¡Gracias!

–Y, como siempre, has reunido a una multitud muy agradable.

–Kabe, eres una de mis veletas más importantes, si me permites elevarte y reducirte al mismo tiempo. Confío plenamente en ti para que me digas si algo está yendo bien de verdad o si la gente se limita a ser educada, así que me alegro de que me digas eso.

–Y Kabe se alegra de que tú te alegres. Le estaba preguntando por nuestro amiguito chelgriano.

–Ah, sí, el pobre Quilan.

–¿Pobre?

–Sí, ya sabe, su mujer.

–No, no lo sé. ¿Qué? ¿Tan horrenda es?

–¡No! Está muerta.

–Un estado que pocas veces contribuye a mejorar el aspecto.

–¡Ziller! ¡Por favor! El pobre tipo perdió a su mujer en la guerra de Castas. ¿No lo sabía?

–No.

–Creo que Ziller ha sido tan diligente a la hora de evitar saber nada del comandante Quilan como yo lo he sido a la hora de enterarme de todo.

–¿Y tú no has compartido esos conocimientos con Ziller, Kabe? ¡Qué vergüenza!

–Mi vergüenza parece ser un tema muy popular esta noche. Pero no, no los he

compartido. Quizá estuviera a punto de hacerlo antes de que tú llegaras.

–Sí, fue una auténtica tragedia. No llevaban casados mucho tiempo.

–Al menos podrán reunirse en la absurda blasfemia de nuestro Cielo prefabricado.

–Al parecer no. El implante de su mujer no pudo salvar su personalidad. Se ha ido para siempre.

–Qué falta de consideración. ¿Y qué hay de los implantes del comandante?

–¿Qué pasa con ellos, mi querido Ziller?

–¿Qué son? ¿Han comprobado si tiene alguno poco habitual? Esa clase de cosas que los agentes especiales, los espías y los asesinos suelen tener. ¿Y bien? ¿Lo han revisado en busca de ese tipo de cosas?

»... Se ha callado. ¿Cree que está roto?

–Creo que se está comunicando con otra parte.

–¿Es eso lo que quieren decir esos colores?

–Me parece que no.

–Eso es solo gris, ¿no?

–Creo que el término técnico es bronce de cañón.

–¿Y eso es magenta?

–Más bien violeta. Aunque, por supuesto, sus ojos son diferentes de los míos.

–*Ejem.*

–Ah, ha vuelto.

–Así es. La respuesta es que al emisario Quilan lo examinaron varias veces cuando venía hacia aquí. Las naves no permiten que nadie suba a bordo sin inspeccionarlo antes para ver si lleva algo que pueda ser peligroso.

–¿Estás seguro?

–Mi querido Ziller, ha viajado en lo que de hecho son tres naves de la Cultura. ¿Tiene idea de lo nanoescópicamente fanáticas que son cuando se trata de higiene y daños potenciales?

–¿Y qué hay de su Guardián de Almas?

–No lo han examinado de forma directa, eso implicaría leer sus pensamientos, que es una auténtica falta de educación.

–¡Ya!

–¿Ya, qué?

–A Ziller le preocupa que el comandante esté aquí para secuestrarlo o matarlo.

–Eso sería ridículo.

–No obstante.

–Ziller, mi querido amigo, por favor, si eso es lo que lo obsesiona, no tiene nada que temer. El secuestro es... bueno, no puedo decirle hasta qué punto es improbable. Y el asesinato... No. El comandante Quilan no ha traído con él nada más dañino que una daga de ceremonias.

–¡Ah! Así que es posible que me den muerte como en una ceremonia. Eso ya es diferente. Podemos vernos mañana mismo. Podríamos ir de acampada. Compartir una tienda. ¿Es gay? Podríamos follar. Yo no lo soy, pero ya hace tiempo que no lo hago, aparte de con las huríes con la que me hace soñar el Centro.

–Kabe, deja de reírte, no deberías animarlo. Ziller, la daga es una daga, nada más.

–¿Entonces no es un cuchillo misil?

–No es un cuchillo misil, ni siquiera disfrazado o en forma de recuerdo. Es un simple objeto sólido de acero y plata. Poco más que un abrecartas, en realidad. Estoy seguro de que si le pidiésemos que lo dejara...

–¡Olvídate de esa estúpida daga! Quizá sea un virus, una enfermedad o algo así.

–*Mmm.*

–¿Qué quieres decir con eso de *«Mmm»?*

–Bueno, nuestra medicina alcanzó la perfección hace unos ocho mil años y hemos tenido todo ese tiempo para acostumbrarnos a evaluar a las otras especies con rapidez y comprender toda su fisiología, así que cualquier enfermedad normal, hasta las nuevas, son incapaces de inocularse gracias a las defensas del cuerpo y desde luego están indefensas por completo contra los recursos médicos externos. Sin embargo, es cierto que alguien desarrolló en cierta ocasión un virus genético con una clave de apertura que pudría el cerebro y que funcionaba tan rápido que resultó eficaz en más de una ocasión. Cinco minutos después de que el asesino estornudara en la misma habitación que la víctima deseada, los cerebros de ambos (y solo esos) se convertían en sopa.

–¿Y?

–Bueno, buscamos ese tipo de cosas. Y Quilan está limpio.

–¿Así que aquí no hay nada salvo su persona, pura y celular?

–Aparte de su Guardián de Almas.

–Bueno, ¿y qué hay de ese Guardián de Almas?

–Es un simple Guardián, que nosotros sepamos. Desde luego es del mismo tamaño y tiene una apariencia externa parecida.

–Una apariencia externa parecida. ¿Que vosotros sepáis?

–Sí, es...

–Y estas personas, mi querido amigo homomdano, se han ganado la fama de ser los más concienzudos de toda la galaxia. Increíble.

–¿Era por ser concienzudos? Yo pensaba que era por la excentricidad. Bueno, ya lo ve.

–Ziller, permítame contarle una historia.

–Oh, ¿no queda más remedio?

–Eso parece. Una vez a alguien se le ocurrió que podía ser más listo que la seguridad de Contacto.

–¿Números de serie en lugar de nombres de naves ridículos?

–No, pensaron que podían entrar de contrabando una bomba a bordo de una UCG.

–Me he encontrado con una o dos naves de Contacto. Confieso que a mí también se me ha ocurrido esa idea.

–Lo que hicieron fue crear un humanoide que parecía tener una forma de defecto físico llamado hidrocefalia. ¿Ha oído hablar de esa enfermedad?

–¿Agua en el cerebro?

–El fluido llena la cabeza del feto y el cerebro crece embarrado por una fina capa que rodea el interior del cráneo del adulto. No es algo que se vea en una sociedad desarrollada, pero tenían una excusa plausible para que este individuo lo padeciera.

–¿Era la mascota de un sombrerero?

–Un profeta sabio.

–Casi acierto.

–El caso es que este individuo llevaba una pequeña bomba de antimateria en el centro del cráneo.

–Oh. ¿Y no la iban a oír dando topetazos cuando agitara la cabeza?

–El recipiente de contención estaba sujeto con un monofilamento atómico.

–¿Y?

–¿No lo ve? Creían que al esconderla dentro del cráneo, rodeada por el cerebro, estaría a salvo de cualquier escáner de la Cultura porque tenemos fama de no mirar dentro de la cabeza de la gente.

–Así que acertaron, funcionó, la bomba voló la nave en mil cachitos ¿y se supone que yo tengo que sentirme más tranquilo por eso?

–No.

–Ya me parecía que no.

–Se equivocaron, se observó la presencia del mecanismo y la nave siguió su camino con toda serenidad.

–¿Qué pasó? ¿La bomba se soltó, el chico estornudó y le salió con un chasquido embarazoso?

–Un escáner normal de la Mente examina algo desde el hiperespacio, desde la cuarta dimensión. Una esfera impenetrable parece un círculo. Las habitaciones cerradas son totalmente accesibles. Usted y yo le pareceríamos planos.

–¿Planos? *Mmm.* He tenido ciertos críticos que han debido de tener acceso al hiperespacio. Es obvio que debo muchas disculpas. Maldita sea.

–La nave no leyó el cerebro de la desafortunada criatura, no le hacía falta examinarlo con tanto detalle, pero era obvio que llevaba una bomba, igual que si se la hubiera colocado encima de la cabeza.

–Tengo la sensación de que esto no es más que una forma muy prolija de decirme

que no me preocupe.

–Si he sido prolijo, me disculpo. Solo intentaba tranquilizarlo.

–Considérame tranquilizado. Ya no me imagino que ese mierda está aquí para asesinarme.

–¿Entonces lo va a ver?

–Desde luego que de ninguna de las putas maneras.

–Se acabó todo eso de ser amables y negociar.

–Sí. Me gusta. ¿Unidad Ofensiva?

–Por supuesto.

–Tenía que serlo.

–Sí. Te toca.

–No es problema mío.

–Mmm.

–¿«Mmm»? ¿Solo «Mmm»?

–Sí, bueno. A mí no me va. ¿Qué tal *Carece del pequeño detalle de un temperamento que encaje?*

–Un poco oscuro.

–Bueno, a mí siempre me ha gustado.

–Pínchalo con un palo.

–¿UO?

–UCG.

–He dicho que tengo un palo muy grande.

–¿Perdón?

–Se llama *He dicho que tengo un palo muy grande.* Tienes que decirlo en voz baja. Cuando lo escribes, va en minúsculas. Una UO, como podrás suponer.

–Ah, ya.

–Quizá sea mi favorito. Creo que es el mejor.

–No, no tan bueno como *Dame el arma y pregúntame otra vez.*

–Bueno, esa está bien, pero no es tan sutil.

–Bueno, pero menos deductiva.

–Por otro lado, *¿Y quién los cuenta?*

–Sí. *Réplica irrelevante.*

–No nos conocemos pero eres un gran admirador mío.

–¿Eh? ¿Sí? ¿Qué?

–No. Es solo que, ¿no es divertido?

–Sí. Bueno, me alegro de que por fin estés de acuerdo.

–¿Qué quieres decir con eso de que por fin esté de acuerdo?

–Quiero decir que por fin estés de acuerdo en que merece la pena mencionar los

nombres entre gente fina.

–¿De qué estás hablando? Yo ya llevaba años citándote nombres de naves antes de que te dieras cuenta.

–Pues déjame citarte uno a mí: *En cualquier caso, yo lo vi primero.*

–¿Qué?

–Ya me has oído.

–¡Ja! Muy bien: *Embelesado por la pura inverosimilitud de esa última afirmación.*

–Oh, vamos. Tienes *Credibilidad cero.*

–Y tú eres *Encantador pero irracional.*

–Mientras que tú estás *Perturbado pero decidido.*

–Y tú *Puede Que No Seas El más guay de por aquí.*

–Ese te lo estás inventando.

–No me... espera, perdona. ¿Eso era un nombre de nave?

–No, pero aquí tienes uno, estás diciendo *Tonterías lúcidas.*

–*Cliente difícil.*

–*Concienzudo pero... poco fiable.*

–*Caso avanzado de patetismo crónico.*

–*Otro gran producto de la fábrica de tonterías.*

–*La opinión convencional.*

–*Por un oído.*

–*Bien hasta que llegaste tú.*

–*La culpa es de los padres.*

–*Respuesta inapropiada.*

–*Un ataque de locura transitoria.*

–*Pacifista no practicante.*

–*Buen tío reformado.*

–*El orgullo antes de la caída.*

–*La hora de la herida.*

–*Mira lo que me has hecho hacer.*

–*Pues entonces besa esto.*

–Oye, si os vais a poner a pelearos, hacedlo fuera.

–¿... Y eso es un nombre?

–Me parece que no. Pero debería serlo.

–Sí.

–Centro.

–Ziller. Buenas noches. ¿Se divierte?

–No. ¿Y tú?

–Por supuesto.

–¿Por supuesto? ¿Es que la verdadera felicidad puede ser tan... inevitable? Qué deprimente.

–Ziller, son una Mente Central. Tengo todo un (si me permite decirlo) orbital fabuloso que cuidar, por no mencionar los cincuenta mil millones de personas de las que tengo que ocuparme.

–Desde luego yo no pensaba mencionarlas.

–Ahora mismo estoy observando una supernova que se desvanece en una galaxia que está a quinientos mil años de distancia. Algo más cerca, a mil años de aquí, veo un planeta moribundo que órbita en la atmósfera de un sol gigante rojo al tiempo que baja dibujando una lenta espiral hacia el núcleo. También puedo observar los resultados de la destrucción del planeta sobre el sol, mil años después, por medio del hiperespacio.

»Dentro de este sistema, estoy rastreando millones de cometas y asteroides, y dirigiendo las órbitas de decenas de miles de ellos, algunos para utilizarlos como materia prima para diseñar plataformas, y otros solo para quitarlos de en medio. El año que viene voy a dejar que un gran cometa atraviese el orbital, entre el borde y el centro. Debería ser todo un espectáculo. Varios cientos de miles de cuerpos más pequeños se dirigen a toda velocidad hacia nosotros en este mismo momento, destinados a proporcionar un espectáculo de luz de primera fila la noche del estreno de su nueva obra orquestal, al final de la era de las Dos Novas.

–Era que...

–Al mismo tiempo, por supuesto, estoy en comunicación simultánea con cientos de otras Mentes, miles a lo largo de un día cualquiera; Mentes de naves de todo tipo, algunas que se acercan, otras que se acaban de ir, algunas viejas amigas, otras que comparten intereses y fascinaciones parecidos a los míos, además de otros orbitales, sabios universitarios, entre otros. Tengo once constructos de personalidad itinerante, cada uno de los cuales va revoloteando con el tiempo de un lugar a otro de la galaxia mayor, se alojan con otras Mentes en los substratos de los procesadores de los VGS y de otros navíos más pequeños, en otros orbitales, naves excéntricas y ulteriores y con Mentes de varios tipos; cómo serán y cómo podrían cambiarme estos hermanos que en otro tiempo fueron idénticos, cuando vuelvan y nos planteemos fusionarnos de nuevo, solo puedo imaginarlo y estoy deseando saberlo.

–Todo eso suena...

–Si bien en este momento no albergo otras Mentes, es algo que también estoy deseando hacer.

–... fascinante. Pero...

–Además, hay subsistemas, como los complejos de supervisión de procesos de fabricación, que mantienen un diálogo continuo y fascinante. Dentro de una hora, por

ejemplo, en un astillero que hay en una cueva bajo la cordillera de la sierra Mampara de Buzuhn, va a nacer una nueva Mente que colocarán en el interior de una UCG antes de que termine el año.

–No, no; sigue, por favor.

–Entretanto, a través de uno de mis controles remotos planetarios, estoy viendo el choque entre dos sistemas ciclónicos en el Primer Naratradjan y estoy componiendo una secuencia de glifos sobre los efectos de los fenómenos atmosféricos ultraviolentos en ecoesferas que de otro modo serían habitables. Aquí, en Masaq estoy observando una serie de avalanchas en las montañas Pilthunguon, en Hildri; un tornado que cruza la sabana Shaban de Akroum; una isla torbellino que está pariendo en el mar de Picha, un incendio forestal en Molben, una sonda seiche que está canalizando el río Gradeens, unos fuegos artificiales sobre la ciudad de Junzra, el armazón de una casa de madera que están colocando en una aldea de Furl, un cuarteto de amantes en la cima de una colina en...

–Ya lo he pi...

–... Ocutti. Y luego están los drones y otros seres inteligentes autónomos, capaces de comunicarse directamente y a cierta velocidad, además de los humanos implantados y otros seres biológicos, capaces también de conversar de forma inmediata. Además de que por supuesto tengo millones de avatares como este, la mayor parte de los cuales están hablando y escuchando a diferentes personas en este mismo instante.

–¿... Has terminado?

–Sí. Pero incluso si todo lo demás parece un poco esotérico, piense solo en todos esos demás avatares que se encuentran en todas esas reuniones, conciertos, bailes, ceremonias, fiestas y banquetes; piense en toda esa conversación, todas esas ideas, ¡toda esa viveza e ingenio!

–Piensa en todas esas gilipolleces, las tonterías y los sinsentidos, el autobombo y los autoengaños, las bobadas absurdas y aburridas, los patéticos intentos de impresionar o congraciarse con alguien, la torpeza mental, la incomprensión y lo incomprensible, las divagaciones de las glándulas hueras y el asfixiante aburrimiento en general.

–Eso es solo la paja, Ziller. No le presto ninguna atención. Puedo responder con educación, donde sea necesario y de la forma más oportuna al mayor pesado del mundo sin flaquear y sin que me cueste nada. Es igual que olvidarse de todos los trozos aburridos que hay en el espacio, entre las cosas más chulas, como los planetas, las estrellas y las naves. Y además, ni siquiera eso es aburrido del todo.

–No sabes lo que me alegro de que lleves una vida tan satisfactoria, Centro.

–Gracias.

–¿Podemos hablar ahora de mí solo un ratito?

–Todo el tiempo que quiera.

–Acabo de tener un pensamiento terrible, terrible.

–¿Y cuál es?

–El estreno de *La luz que expira*.

–Ah, ya tiene título para su nueva obra.

–Sí.

–Avisaré a las personas relevantes. Además de la lluvia de meteoritos que he mencionado, también tendremos un espectáculo de fuegos artificiales y láser, y habrá también una compañía de baile e interpretación de imágenes holográficas.

–Sí, sí, estoy seguro de que mi música proporcionará un fondo auditivo adecuado para todo ese espectáculo.

–Ziller, espero que sepa que todo se hará con un gusto exquisito. Al final ya se habrá desvanecido todo, cuando se prenda la segunda nova.

–Eso no es lo que me preocupa. Estoy seguro de que todo irá de una forma espléndida.

–Entonces, ¿qué?

–Vas a invitar a ese hijo de perra de presa, Quilan, ¿verdad?

–¡Ah!

–Sí, «ah». Lo vas a invitar, ¿no? Lo sabía. Si es que ya siento acercarse a ese cerebro de pus lleno de tumores. Jamás debí decir que podía trasladarse a Aquime. No sé en qué estaba pensando.

–Creo que sería de muy mala educación no invitar al emisario Quilan. El concierto quizá sea el acontecimiento cultural más importante de este año en todo el orbital.

–¿A qué te refieres con «quizá»?

–Está bien, sin ninguna duda. Se ha suscitado un interés inmenso. Incluso si utilizamos el estadio Stullien, el número de personas que van a sufrir una desilusión con el asunto de las entradas para verlo en directo va a ser altísimo. He tenido que realizar concursos para asegurarme de que los admiradores más entusiastas están allí y después aleatorizar casi toda la demás distribución. Hay muchas posibilidades de que no haya nadie de la Junta que pueda asistir al acontecimiento en directo, a menos que alguien quiera congraciarse con ellos y ceda su asiento. El público al que se va a retransmitir el concierto en todo el O podría alcanzar los diez mil millones o más. Yo, personalmente, tengo tres entradas a mi disposición; la asignación es tan estricta que tendré que usar una si quiero que asista uno de mis propios avatares.

–Bueno, una excusa perfecta para no invitar al tal Quilan.

–Él y usted son los únicos chelgrianos que hay aquí, Ziller. Usted lo ha compuesto y él es nuestro invitado de honor. ¿Cómo no voy a invitarlo?

–Porque yo no pienso ir si va él, por eso.

–¿Quiere decir que no asistirá a su propio estreno?

–Exacto.

–¿No piensa dirigirlo?

–Eso es.

–¡Pero usted siempre dirige la interpretación la noche del estreno!

–Esta vez no. No si va a estar él allí.

–¡Pero usted tiene que estar allí!

–No, de eso nada.

–¿Pero quién lo va a dirigir?

–Nadie. En realidad estas cosas no hace falta dirigirlas. Los compositores las dirigen para alimentar su ego y sentir que forman parte de la representación y no solo de eso de la preparación.

–Eso no es lo que decía antes. Decía que había matices que no se podían programar, decisiones que un director podía tomar en el momento como respuesta a la reacción del público, decisiones que requerían un único individuo que pudiera cotejarlas, analizarlas y reaccionar, que funcionara como foco de la distribución...

–Te estaba tomando el pelo.

–Parecía tan sincero como ahora.

–Es un don. El caso es que no pienso dirigir si ese mercenario putañero está allí. Ni siquiera pienso acercarme. Me quedaré en casa o en algún otro sitio.

–Eso sería muy embarazoso para todos los interesados.

–Entonces mantenlo lejos de allí si quieres que yo vaya.

–¿Cómo voy a hacer eso?

–Eres una Mente Central, como me acabas de explicar de forma harto exhaustiva. Tus recursos son casi infinitos.

–¿Y por qué no podemos limitarnos a evitar que se vean ustedes dos esa noche?

–Porque no resultará. Ya se encontrará alguna excusa para reunimos. Alguien organizará un encuentro.

–¿Y si le doy mi palabra y me aseguro de que a Quilan y a usted nunca los ponen cara a cara? Él estará allí, pero le garantizo que no se verán.

–¿Con un avatar? ¿... Has puesto un campo sónico a nuestro alrededor?

–Solo alrededor de nuestras cabezas, sí. Los labios de este avatar dejarán de moverse y, como resultado, su voz se alterará un poco, no se alarme.

–Intentaré contener el pánico. Continúa.

–Si no me queda más remedio, puedo asegurarme de que haya varios avatares en el concierto. No siempre tienen que tener la piel plateada, sabe. Y también tendré algunos drones presentes.

–¿Grandes y fornidos?

–Mejor, pequeños y mezquinos.

–No me vale. No hay trato.

–Y cuchillos misil.

–Sigue siendo no.

–¿Por qué no? Espero que no vaya a decir que no confía en mí. Mi palabra es mi palabra. Nunca falto a ella.

–Confío en ti. No hay trato por las personas que querrían que tuviera lugar ese encuentro.

–Continúe.

–Tersono. Contacto. Yo que sé, las putas Circunstancias Especiales, por lo que yo sé.

–*Mmm.*

–Si quieren que nos encontremos, es decir, si quieren de verdad que nos veamos, si están decididos, ¿podrías evitar que ocurriera, Centro, con toda certeza?

–Su pregunta podría aplicarse a cualquier momento desde la llegada de Quilan.

–Sí, pero hasta ahora un encuentro aparentemente casual habría sido demasiado artificial, demasiado obvio y espurio. Habrían esperado que yo reaccionara mal y habrían tenido toda la razón. Nuestro encuentro debe parecer cosa del destino, como si fuera inevitable, como si mi música, mi talento, mi personalidad y todo mi ser lo hubieran predestinado.

–Siempre podría ir y si los obligan a verse, podría reaccionar mal de todos modos.

–No. No veo por qué tendría que ir. No quiero verlo, es así de sencillo.

–Le doy mi palabra que haré todo lo que pueda para asegurarme de que no se encuentran.

–Responde a la pregunta, si se resolviera forzar un encuentro, ¿podrías detenerlos?

–No.

–Me lo imaginaba.

–No lo estoy haciendo muy bien con esto, ¿verdad?

–No. Sin embargo, hay una cosa que podría hacerme cambiar de opinión.

–Ah. ¿Y cuál es?

–Lee la mente de ese cabrón.

–No puedo hacer eso, Ziller.

–¿Por qué no?

–Es una de las pocas reglas más o menos inquebrantables que tiene la Cultura. Casi una ley. Si tuviéramos leyes, sería una de las primeras en el libro de estatutos.

–¿Solo más o menos inquebrantable?

–Se quebranta en muy, muy pocos casos, y el resultado suele ser el ostracismo. En una ocasión hubo una nave llamada la *Zona gris.* Hacía ese tipo de cosas. Y como resultado terminaron llamándola la *Follacarne.* Cuando se menciona en los informes,

ese es el nombre que figura, con el nombre original, el elegido, como nota al pie todo lo más. Que te nieguen el nombre con el que te has designado es un insulto único en la Cultura, Ziller. La nave anda desaparecida desde hace algún tiempo. Es probable que se suicidara, es de suponer que por la vergüenza que produce tal comportamiento y la falta de respeto resultante.

–Todo lo que hay que hacer es mirar dentro de un cerebro animal.

–Es que es eso. Es tan fácil, significaría tan poca cosa en realidad. Por eso el hecho de no hacerlo es quizá la forma más profunda de honrar a nuestros progenitores biológicos. Esa prohibición es una señal de respeto. Así que no puedo hacerlo.

–Lo que quieres decir es que no piensas hacerlo.

–Es casi lo mismo.

–Pero puedes hacerlo.

–Por supuesto.

–Entonces, hazlo.

–¿Por qué?

–Porque de otro modo no pienso asistir al concierto.

–Eso ya lo sé. Me refiero a qué tendría que buscar.

–La verdadera razón que lo ha traído aquí.

–¿De verdad cree que podría estar aquí para hacerle daño?

–Es una posibilidad.

–¿Qué me impediría decir que lo haré y después fingir que lo hago? Podría decirle que he mirado y no he encontrado nada.

–Te pediría que me dieras tu palabra de que ibas a hacerlo de verdad.

–¿No ha oído decir que una promesa hecha bajo presión no cuenta?

–Sí. Y sabes que podrías no haber dicho nada.

–No querría engañarle, Ziller. Eso también sería deshonroso.

–Entonces da la sensación de que no voy a ir a ese concierto.

–Seguiré confiando en que lo haga y seguiré trabajando para ello.

–No importa. Siempre puedes hacer otro concurso; el que gane, que dirija el concierto.

–Déjeme pensarlo. Voy a quitar el campo sónico. Vamos a ver a los jinetes de las dunas.

El avatar y el chelgriano se dieron la espalda y se colocaron con los demás junto al parapeto de la plataforma rodante de observación del salón de banquetes. Era de noche y estaba nublado. Sabiendo el tiempo que haría, la gente había acudido a los toboganes de las dunas de Efilziveiz-Reinante para ver los descensos bioiluminados.

Las dunas no eran dunas normales, eran vertidos titánicos de arena que formaban

una pendiente de tres kilómetros de altura de una plataforma a otra y marcaban el lugar donde las arenas de los desechos de los bancos de arena del Gran Río cruzaban volando hacia el borde giratorio de la plataforma, para deslizarse después hacia las regiones desérticas del continente hundido.

La gente corría, rodaba, esquiaba y se tiraba en esquifes o lanchas por las dunas sin parar, pero en las noches oscuras había algo especial que ver. Había unas criaturas diminutas que vivían en las arenas, primos áridos del plancton que creaba la bioluminiscencia del mar, y cuando estaba muy oscuro se veían los rastros dejados por las personas que bajaban tropezando, girando o esculpiendo la inmensa ladera.

Se había convertido en tradición que en tales noches, el caos espontáneo de individuos que solo iban a distraerse, y el ocasional admirador que iba a verlos, se convirtiera en algo un poco más organizado y así, una vez que estaba lo bastante oscuro y habían acudido los espectadores suficientes a subirse a las plataformas de observación montadas en tractores oruga, y a los bares y restaurantes, los equipos de surfistas y esquiadores partían de la cima de las dunas en oleadas coreografiadas, desencadenando cascadas de arena que se deslizaban en amplias líneas y uves de luz chispeante que descendían como una espuma lenta y fantasmal y se entrelazaban en estelas suaves y resplandecientes de un color azul pálido, huellas verdes y escarlatas que cruzaban las arenas susurrantes, una miríada de collares de polvo encantado que fulguraba en la noche como galaxias lineales.

Ziller observó un rato el espectáculo. Después suspiró y dijo:

–Está aquí, ¿verdad?

–A un kilómetro de aquí –respondió el avatar–. Más arriba, al otro lado de la pista. Estoy vigilando la situación. Otro de mis yos está con él. Tranquilo, aquí está a salvo.

–Pues esto es lo más cerca que quiero estar de ese hombre, a menos que puedas hacer algo.

–Entiendo.

XII

Una derrota de ecos

~ **Q***ué poco territoriales.*

~ Supongo que cuando tienes tanto territorio puedes permitirte serlo.

~ *¿Crees que soy anticuado por dejarme afectar por eso?*

~ No, creo que es de lo más natural.

~ *Tienen demasiado de todo.*

~ Con la posible excepción de la suspicacia.

~ *No podemos estar seguros de eso.*

~ Lo sé. Con todo, hasta ahora, todo va bien.

Quilan cerró la puerta sin cerradura de su apartamento y miró el suelo de la galería, treinta metros más abajo. Grupos de humanos paseaban entre las plantas y los estanques, entre los puestos y los bares, los restaurantes y... bueno, ¿tiendas, exposiciones? Era difícil saber qué eran.

El apartamento que le habían dado estaba cerca del nivel del tejado de una de las galerías centrales de la ciudad de Aquime. Varias de las habitaciones se asomaban a la ciudad y al mar interior. El otro lado del piso, como ese vestíbulo acristalado exterior, se asomaba a la propia galería.

La altitud de Aquime y sus consiguientes inviernos fríos implicaban que buena parte de la vida de la ciudad tenía lugar en lugares cerrados en lugar de al aire libre, y por tanto, lo que habrían sido calles normales en una ciudad más templada, bajo el cielo abierto, en Aquime eran galerías, calles cubiertas con bóvedas que iban desde vidrio antiguo a campos de fuerza. Era posible pasear de un extremo a otro de la ciudad a cubierto y con ropa de verano, incluso cuando, como en ese momento, soplaba una ventisca.

A salvo de la nevada torrencial que reducía la visibilidad a unos cuantos metros,

la vista que había desde el exterior del apartamento era tan delicada como impresionante. La ciudad se había construido con un estilo deliberadamente arcaico, sobre todo con piedra. Los edificios eran rojos, dorados, grises y rosas, y las tejas de pizarra que cubrían los escarpados tejados eran de varias tonalidades de verde y azul. Unas franjas de bosque largas y ahusadas se adentraban en la ciudad casi hasta el centro, poniendo en juego nuevos tonos de verde y azul y, junto con las galerías, dividiendo la ciudad en bloques y formas irregulares.

A lo lejos, a unos cuantos kilómetros, los muelles y los canales resplandecían bajo el sol de la mañana. Al otro lado, en una pendiente suave que se alzaba en las afueras de la ciudad, cuando el tiempo estaba despejado, Quilan podía ver los altos contrafuertes y torres del ornamentado edificio de apartamentos que albergaba el hogar de mahrai Ziller.

~ *¿Así que podríamos entrar en su apartamento, así sin más?*

~ No. Hizo que alguien le fabricara unas cerraduras cuando se enteró de que venía. Al parecer, se produjo un pequeño escándalo.

~ *Bueno, nosotros también podríamos tener cerraduras.*

~ Mejor no.

~ *Creí que querrías.*

~ No querríamos dar la impresión de que tengo algo que esconder.

~ *Desde luego que no.*

Quilan abrió de golpe una ventana y dejó que los sonidos de la galería se colaran en el apartamento. Oyó el tintineo del agua, las conversaciones y las risas de la gente, el canto de unos pájaros y música.

Vio drones y personas pasar deslizándose con arneses de flotación bajo él, pero por encima de los otros humanos; vio que unas personas de un apartamento que había al otro lado de la galería lo saludaban con la mano y les devolvió el saludo casi sin pensar, y olió perfumes y el aroma de unos guisos.

Levantó la cabeza y miró al techo, que no era de cristal, sino de algún otro material más perfecto y transparente, suponía que podría haberle preguntado qué era a su pequeña terminal, pero no se había molestado, e intentó oír en vano el sonido de la tormenta que giraba y soplaba en el exterior.

~ *Les encanta su pequeña existencia aislada de todo, ¿no?*

~ Sí, les encanta.

Recordó una galería no muy distinta de aquella, en Shaunesta, en Chel. Fue antes de que se casaran, un año, más o menos, después de conocerse. Habían estado paseando de la mano y se habían parado a mirar el escaparate de una joyería. Quilan le había echado un vistazo bastante despreocupado a todas aquellas alajas y se había preguntado si podría comprarle algo a su novia. Entonces la oyó hacer aquel ruidito, una especie de siseo de elogio, pero apenas audible, *«Mmm, mmm, mmm, mmm»*.

Al principio supuso que estaba haciendo aquel ruido para hacerlo reír. Había tardado unos momentos en darse cuenta que no solo no era por eso, sino que ni siquiera era consciente de que estaba haciendo ruido.

Y al darse cuenta sintió de repente que su corazón estaba a punto de estallar de amor y alegría. Se giró, la cogió en sus brazos y la abrazó, riéndose de la expresión sorprendida, confusa y absurdamente encantada de su novia.

~ *¿Quil?*

~ Perdona. Sí.

Alguien se echó a reír en el suelo de la galería, abajo. Una carcajada aguda, gutural, femenina, desenfrenada y pura. La oyó reverberar por las superficies duras de la calle cerrada y recordó un lugar donde no había ningún eco.

Se habían emborrachado la noche antes de irse; el estodien Visquile con su extenso séquito, incluyendo al fornido Eweirl, con su pelo blanco, y él. Un risueño Eweirl tuvo que ayudarlo a levantarse de la cama al día siguiente. Unos segundos bajo una ducha fría lo despertó un poco y luego lo llevaron directamente al ADAC y de allí, con el suborbital, al campo, después a la ciudad de Lanzamiento del Ecuador, donde un vuelo comercial los subió a un pequeño Orbitador. Un ex corsario desmilitarizado de la marina los esperaba allí. Ya habían abandonado el sistema, rumbo al espacio profundo, cuando comenzó a remitir la resaca y se dio cuenta de que lo habían elegido a él para hacer lo que fuera que tenía que hacer y recordó lo que había pasado la noche antes.

Se encontraban en un antiguo comedor decorado con las cabezas de varios animales de presa que adornaban tres de las paredes; la cuarta pared de puertas de cristal se abría a una estrecha terraza que se asomaba al mar. Soplaba una brisa cálida y estaban abiertas todas las puertas para dejar entrar en el bar el olor del océano. Les servían dos sirvientes Invisibles ciegos, vestidos con pantalones y chaquetas blancas, que les traían las varias graduaciones de licores fermentados y destilados que requería cualquier borrachera.

La comida era escasa y salada, una vez más como dictaba la tradición. Se propusieron brindis, se jugó a beber y se volvió a beber, y Eweirl y otro participante de la fiesta, que parecía casi tan corpulento como el macho de pelo blanco, se abrieron camino por la pared de la terraza, de un extremo a otro, guardando el equilibrio, con la caída de doscientos metros a un lado. El otro macho fue primero, Eweirl lo ganó parándose a medio camino y engullendo una copa de licor.

Quilan bebió el mínimo requerido, se preguntaba a qué contribuía todo aquello y sospechaba que hasta esa aparente celebración formaba parte de una prueba. Intentó no aguarles mucho la fiesta a los demás y se unió a varios de los juegos con un entusiasmo forzado que pensó que todos notarían.

La noche fue pasando. Poco a poco, la gente se fue retirando a sus colchones ondulados. Después de un rato ya solo quedaban Visquile, Eweirl y él, servidos por el más grande de los dos Invisibles, un macho incluso más fornido que Eweirl que se abría paso entre las mesas con una destreza sorprendente; su cabeza, vendada de verde, se balanceaba de un lado a otro y sus ropas blancas lo hacían parecer un fantasma bajo la luz tenue.

Eweirl lo hizo tropezar un par de veces, en la segunda ocasión incluso le hizo tirar una bandeja de vasos. Cuando lo vio, Eweirl echó la cabeza hacia atrás y lanzó una sonora carcajada. Visquile lo miró como un padre indulgente mira a su hijo malcriado. El gran sirviente se disculpó y regresó a tientas a la barra para regresar con una escoba y un recogedor.

Eweirl se tomó otra copa de licor, al ver que el sirviente levantaba una mesa con una mano para quitarla del medio, lo retó a echar un pulso. El Invisible declinó, así que Eweirl le ordenó que participase, cosa que el criado hizo, y ganó.

Eweirl se quedó jadeando por el esfuerzo mientras el robusto Invisible volvía a ponerse la chaqueta, inclinaba la cabeza vendada de verde y regresaba a sus obligaciones.

Quilan estaba desplomado en su sillón ondulado contemplando los acontecimientos con un ojo cerrado. A Eweirl no parecía haberle hecho gracia que le hubiera ganado el sirviente. Bebió un poco más. El estodien Visquile, que no parecía muy borracho, le hizo a Quilan algunas preguntas sobre su mujer, su carrera militar, su familia y sus creencias. Quilan recordó que había intentado no mostrarse evasivo. Eweirl observaba al gran Invisible, que cumplía con sus tareas; su cuerpo blanco parecía tenso y enroscado.

–Quizá todavía encuentren la nave, Quil –le decía el estodien–. Puede que todavía haya restos. La Cultura, sus conciencias, nos ayudan a buscar las naves perdidas. Quizá todavía aparezca. Ella no, por supuesto. Ella está perdida. Los desaparecidos dicen que no hay señal, no hay rastro de que su Guardián de Almas haya funcionado. Pero quizá todavía encontremos la nave y sepamos más de lo que pasó.

–No importa –dijo Quilan–. Está muerta. Eso es todo lo que importa. Nada más. Me da igual todo lo demás.

–¿También le da igual su propia supervivencia después de la muerte, Quilan? –preguntó el estodien.

–Eso menos que nada. No quiero sobrevivir. Quiero morir. Quiero ser lo mismo que es ella. Sin más. Nada más. Nunca más.

El estodien asintió en silencio, dejó caer los párpados y una pequeña sonrisa jugueteó por su rostro. Después miró a Eweirl. Quilan también lo observó.

El macho de pelo blanco había cambiado de sitio sin ruido. Esperó hasta que se acercó el gran Invisible y después se puso de repente en pie y se colocó en su camino.

El sirviente chocó con él y derramó tres copas de licor sobre el chaleco de Eweirl.

–¡Puto torpe! ¿Es que no miras por dónde vas?

–Lo siento, señor. No sabía que se había movido. –El sirviente le ofreció a Eweirl un paño que llevaba en la cintura.

Eweirl lo tiró al suelo.

–¡No quiero ese trapo! –le gritó–. He dicho que si no miras por dónde vas. –Cogió el borde inferior de la banda verde que cubría los ojos del otro macho. El gran Invisible se encogió por instinto y se apartó un poco. Eweirl le había colocado una pierna detrás, el sirviente tropezó y cayó y Eweirl se hundió con él entre un torbellino de copas rotas y sillas volcadas.

Eweirl se levantó tambaleándose y alzó al gran macho con él.

–Me quieres atacar, ¿verdad? Me quieres atacar, ¿verdad? –chilló. Le había bajado la chaqueta al sirviente por los hombros, hasta los brazos, de tal modo que estaba medio indefenso, aunque, de todos modos, el sirviente no parecía estar resistiéndose. Permanecía allí de pie, sin inmutarse, mientras Eweirl le gritaba.

A Quilan aquello no le gustaba. Miró a Visquile, pero el estodien seguía observando con expresión tolerante. Quilan se levantó de la mesa ante la que estaban enroscados. El estodien le puso una mano en el brazo pero, él se la apartó.

–¡Traidor! –le chillaba Eweirl al Invisible–. ¡Espía! –Tiró del sirviente, le dio la vuelta y lo empujó hacia uno y otro lado; el gran macho chocó con mesas y sillas, se tambaleó y estuvo a punto de caer, incapaz de salvarse con los brazos atrapados y utilizando cada vez la extremidad media como palanca para esquivar los obstáculos invisibles.

Quilan empezó a rodear la mesa. Tropezó con una silla y tuvo que tirarse sobre la mesa para evitar caerse al suelo. Eweirl estaba girando y empujando al Invisible, intentando desorientarlo o marearlo además de hacerlo caer.

–¡Bien! –le gritó al sirviente al oído–. ¡Te voy a llevar a las celdas! –Quilan se apartó con un empujón de la mesa.

Eweirl sostuvo al sirviente delante de él y empezó a dirigirse con paso firme no a las puertas dobles que salían del bar, sino hacia las puertas de la terraza. El sirviente fue sin quejarse al principio, pero después debió de recuperar su sentido de la orientación o quizá solo olió u oyó el mar y sintió el aire libre en el pelo, porque se resistió y empezó a decir algo para protestar.

Quilan estaba intentando ponerse delante de Eweirl y el Invisible para interceptarlos. Ya estaba a unos metros, en uno de los lados, abriéndose camino entre mesas y sillas.

Eweirl levantó una mano, bajó la banda verde, de modo que por un instante Quilan pudo ver las dos cuencas vacías de los ojos del Invisible, y se la metió a la fuerza en la boca al sirviente. Después le puso la zancadilla al otro macho y mientras

este intentaba recuperar el equilibrio lo sacó corriendo a la terraza, hasta el muro, y tiró al Invisible por encima, hacia la noche.

Después se quedó allí, respirando con dificultad mientras Quilan llegaba tropezando a su lado. Los dos miraron por el borde. Había una leve gola blanca de espuma alrededor de la base del cañón. Después de un momento, Quilan vio la forma pálida de la diminuta figura caída que se perfilaba contra el mar oscuro. Un instante después, el indistinto sonido de un grito subió flotando hasta ellos. La figura blanca se unió a la espuma sin ningún chapoteo visible y el grito se detuvo unos instantes después.

–Qué torpe –dijo Eweirl. Se limpió un poco de saliva de la boca, le sonrió a Quilan y después pareció inquietarse y sacudió la cabeza–. Una tragedia –dijo–. Anímate. –Rodeó con una mano el hombro de Quilan–. Viva la jarana, ¿eh? –Estiró los brazos y atrajo a Quilan hacia sí, apretándolo contra su pecho. Quilan intentó apartarse, pero el otro macho era demasiado fuerte. Los dos se balancearon, cerca del muro y del precipicio. Quilan tenía los labios del otro macho en el oído–. ¿Crees que quería morir, Quil? *¿Mmm,* Quilan? *¿Mmm?* ¿Crees que quería morir? ¿Qué me dices?

–No lo sé –balbuceó Quilan, que por fin pudo utilizar la extremidad media para apartarse del otro. Se quedó allí, con la cabeza levantada para mirar al macho de pelo blanco. Ya se sentía un poco más sobrio. Estaba medio aterrorizado y a la vez tampoco le importaba del todo–. Sé que tú lo has matado –dijo y de inmediato pensó que quizá él fuera a morir también allí mismo. Se planteó colocarse en la clásica posición de defensa, pero no lo hizo.

Eweirl sonrió y volvió la cabeza para mirar a Visquile, que seguía sentado en el mismo sitio de siempre.

–Un accidente trágico –dijo Eweirl. El estodien abrió las manos. Eweirl se apoyó en el muro para dejar de balancearse y le hizo un gesto a Quilan–. Un accidente trágico.

Quilan se mareó de repente y se sentó. El paisaje comenzó a desaparecer por los bordes.

–¿Tú también nos dejas? –oyó que preguntaba Eweirl. Y después nada hasta por la mañana.

–¿Entonces me han elegido?

–Usted se eligió a sí mismo, comandante.

Visquile y él se encontraban sentados en el salón del corsario. Junto con Eweirl, eran los únicos que viajaban a bordo. La nave tenía su propia IA, aunque era bastante reservada. Visquile afirmaba no conocer las órdenes de la nave ni su destino.

Quilan bebió poco a poco un reconstituyente al que le habían añadido sustancias

químicas antiresaca. Funcionaba, aunque podría haber funcionado más rápido.

–¿Y lo que Eweirl le hizo al Invisible ciego?

Visquile se encogió de hombros.

–Lo que ocurrió fue lamentable. Son accidentes que pasan cuando la gente bebe demasiado.

–Fue un asesinato, estodien.

–Eso sería imposible de demostrar, comandante. Personalmente, yo, como el desgraciado en cuestión, también carecía de vista en ese momento. –Sonrió. Después se desvaneció la sonrisa–. Además, comandante, creo que se dará cuenta de que Llamado-A-Armas Eweirl tiene libertad en tales temas. –Estiró un brazo y le dio unas palmaditas a Quilan en la mano–. No debe seguir inquietándose por ese desdichado incidente.

Quilan pasó mucho tiempo en el gimnasio de la nave. Eweirl también, aunque no hablaron mucho. Quilan no tenía mucho que decirle al otro macho y a Eweirl no parecía importarle. Se ejercitaron, levantaron pesas, remaron, corrieron, sudaron, jadearon, se dieron baños de polvo y duchas uno junto al otro, pero apenas reconocieron la presencia del otro. Eweirl llevaba auriculares y un visor y a veces se reía mientras hacía ejercicio o bien emitía gruñidos apreciativos.

Quilan se limitó a no hacerle caso.

Un día se estaba cepillando el pelo tras un baño de polvo cuando una gota de sudor le cayó por la cara y se estrelló contra el polvo como un glóbulo de mercurio sucio que rodó hasta el hueco que había quedado a sus pies. Habían copulado una vez en un baño de polvo, durante su luna de miel. Una gota de su dulce sudor había caído igual entre las exquisitas líneas grises y había rodado con una elegancia sedosa por las suaves muescas que habían creado los dos.

Quilan fue consciente de repente de que había hecho un ruido intenso, como un gemido. Miró a Eweirl, que se encontraba en la parte central del gimnasio, con la esperanza de que no lo hubiese oído, pero el macho de pelo blanco se había quitado los auriculares y el visor y lo miraba con una gran sonrisa.

El corsario se encontró con algo a los cinco días de viaje. La nave se quedó en silencio y se movió de forma extraña, como si estuviese en tierra firme, pero la estuvieran deslizando de un lado a otro. Se oyeron golpes secos, después siseos y luego se apagó la mayor parte del ruido restante de la nave. Quilan se quedó sentado en su pequeño camarote e intentó acceder al exterior por las pantallas, nada. Intentó pedir información al sistema de navegación, pero también lo habían desactivado. Hasta ese momento jamás había lamentado que las naves no tuvieran ventanillas ni

ojos de buey.

Encontró a Visquile en el pequeño, austero y elegante puente de la nave, estaba sacando un alfiler de datos de los controles manuales y se lo estaba metiendo entre las túnicas. Las pocas pantallas de datos que todavía quedaban encendidas en el puente se apagaron con un parpadeo.

–¿Estodien? –preguntó Quilan.

–Comandante –dijo Visquile. Le dio unas palmaditas a Quilan en el codo–. Nos van a llevar. –Levantó una mano cuando Quilan abrió la boca para preguntar a dónde–. Es mejor que no pregunte quién ni a dónde, comandante, porque no puedo decírselo. –Sonrió–. Solo finja que seguimos adelante utilizando nuestra propia potencia. Es más fácil. No tiene de qué preocuparse, aquí dentro estamos seguros. Muy seguros. –Le tocó la extremidad media con la suya–. Le veo en la cena.

Pasaron otros veinte días. Quilan siguió poniéndose en forma. Estudió las historias antiguas de los Implicados. Pero un día despertó y se encontró de repente con que la nave hacía ruido a su alrededor. Encendió la pantalla de la cabina y vio el espacio que tenía delante. Las pantallas de navegación seguían desconectadas, pero él observó el exterior de la nave a través de los diferentes sensores y ángulos distintos y no reconoció nada hasta que vio una borrosa forma de Y y supo que estaban en algún lugar de las afueras de la galaxia, cerca de las Nubes.

No sabía qué era lo que los había llevado hasta allí en solo veinte días, pero tenía que ser mucho más rápido que sus propias naves. Se preguntó qué sería.

La nave corsaria se encontraba en una burbuja de vacío dentro de un inmenso espacio verde azulado. Un tembloroso ramal de atmósfera de tres metros de diámetro salió fluyendo con lentitud, para reunirse con su exclusa de aire exterior. Al otro lado del tubo flotaba algo parecido a una aeronave pequeña.

Cuando pasaron, el aire se enfrió por un instante antes de irse calentando poco a poco a medida que se acercaban a la aeronave. El ambiente parecía cargado. Bajo sus pies, el túnel de aire parecía tan dócil y flexible como la madera. Quilan llevaba su propio y modesto equipaje, Eweirl cargaba con dos inmensas bolsas de equipo como si fuesen simples bolsos y a Visquile lo seguía un dron civil que llevaba sus maletas.

La aeronave medía unos cuarenta metros, era un único elipsoide gigante de color morado oscuro, recubierto por una funda de piel de aspecto liso con largas vetas amarillas de puntillas que se rizaban poco a poco bajo el aire cálido, como las aletas de un pez. El tubo llevó a los tres chelgrianos a una pequeña góndola que había colgada debajo del navío.

La góndola parecía algo que hubiera crecido solo, en lugar de ser una

construcción, como la cáscara vacía de una fruta inmensa; no parecía tener ventanas hasta que subieron a bordo, haciendo que la nave se inclinara un poco, pero los paneles vaporosos dejaban entrar la luz y hacían que el suave interior resplandeciera con una luz de color verde pastel. El interior era cómodo. El tubo de aire se disipó tras ellos cuando el iris de la góndola se cerró.

Eweirl se colocó los auriculares, se puso el visor y se recostó en su asiento, aparentemente ajeno a todo. Visquile se sentó con el bastón plateado plantado entre los pies y la cabeza redondeada bajo la barbilla y se puso a mirar por una de las ventanillas vaporosas.

Quilan solo tenía una vaga idea de dónde estaba. Antes del encuentro, ya hacía varias horas que veía aquel objeto oblongo y gigante con forma de ocho alargado que giraba poco a poco. La nave corsaria se había acercado con mucha lentitud, al parecer solo con el propulsor de emergencia y la cosa aquella, (el mundo, como empezaba a verlo, tras haber hecho un cálculo aproximado de su tamaño) no había hecho más que irse agrandando cada vez más, invadiendo el paisaje que tenían delante, pero sin traicionar todavía ningún detalle.

Al fin uno de los lóbulos del cuerpo había bloqueado la vista del otro y pareció que al fin se acercaban a un planeta inmenso de resplandeciente agua de color verde azulado.

Se veían lo que podrían ser cinco soles pequeños que giraban con la inmensa forma, aunque parecían demasiado pequeños para ser estrellas. Su posición implicaba que habría otros dos, ocultos tras el mundo. Cuando se aproximaron más y coordinaron su velocidad rotacional con la del mundo, se acercaron lo suficiente como para ver la muesca que se estaba formando y a la que se dirigían, con el diminuto punto morado justo detrás, Quilan vio dentro lo que parecían capas de nubes, apenas insinuadas.

–¿Qué es este sitio? –dijo Quilan sin intentar ocultar la sorpresa y el asombro que traicionaba su voz.

–Las llaman aerosferas –dijo Visquile. Parecía receloso y satisfecho, y no especialmente impresionado–. Esto es un ejemplo de lóbulos gemelos giratorios. Es la aerosfera Oskendari.

La aeronave bajó y se hundió un poco más en el aire cargado. Atravesaron una capa de nubes finas, como islas flotando en un mar invisible. La aeronave se bamboleó cuando atravesó la capa. Quilan estiró el cuello para ver las nubes, iluminadas desde abajo por un sol que se encontraba muy por debajo de ellas. Experimentó una repentina sensación de desorientación.

Un poco más abajo salió algo de la bruma que le llamó la atención, una forma inmensa de una tonalidad más oscura que el azul que los rodeaba. Cuando la aeronave se acercó, vio la inmensa sombra que arrojaba la forma y que se estiraba

hacia arriba, hacia la calima. Una vez más lo golpeó algo parecido al vértigo.

A él también le habían dado un visor. Se lo puso y aumentó lo que veía. La forma azul desapareció entre un brillo trémulo de calor. Se quitó el visor y utilizó solo los ojos.

–Un behemotauro dirigible –dijo Visquile. Eweirl había vuelto de repente con ellos, se quitó el visor y se cambió al lado de la góndola en el que estaba Quilan para poder mirar, con lo que por un momento desequilibró la aeronave. La forma que tenían debajo se parecía un poco a una versión plana y más complicada de la nave en la que ellos estaban. Unas formas más pequeñas, algunas parecidas a otras aeronaves, algunas con alas, volaban sin prisas a su alrededor.

Quilan vio surgir los rasgos más pequeños de la criatura cuando bajaron hacia ella. La piel que envolvía al behemotauro era azul y morada, y también poseía largas líneas de pálidas puntillas verdes y amarillas que ondeaban por el cuerpo y parecían impulsarlo. Unas aletas gigantes sobresalían en la parte superior y en los lados, coronadas por largas protuberancias bulbosas, como los tanques de combustible de las puntas de las alas de los antiguos aviones. La línea de la cumbre y los costados la recorrían unas grandes cordilleras festoneadas de color rojo oscuro, como tres enormes espinas que la encerraran. Otras protuberancias, bulbos y morones le cubrían la parte superior y los lados, produciendo en general un efecto simétrico que solo se rompía a un nivel más detallado.

Al acercarse todavía más, Quilan tuvo que pegarse contra el marco de la ventanilla de la góndola de la pequeña aeronave para ver los dos extremos del gigante que tenía debajo. La criatura debía de medir unos cinco kilómetros de largo, quizá más.

–Este es uno de sus dominios –continuó el estodien–. Tienen siete u ocho más distribuidos por las afueras de la galaxia. Nadie sabe con seguridad cuántos hay. Los behemotauros son tan grandes como montañas y más viejos que Matusalén. Son inteligentes, al parecer; restos de una especie que se sublimó hace más de un billón de años. Claro que, solo es lo que se dice. Este se llama el *Sansemin*. Está en poder de aquellos que son nuestros aliados en este asunto.

Quilan le dirigió una mirada inquisitiva al anciano. Visquile, todavía encorvado sobre su resplandeciente bastón, se limitó a encoger los hombros.

–Los conocerá, a ellos o a sus representantes, comandante, pero no sabrá quiénes son.

Quilan asintió y volvió a mirar por la ventanilla. Quiso preguntar por qué habían ido allí, pero se lo pensó mejor.

–¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí, estodien? –preguntó en su lugar.

–Una temporada –dijo Visquile con una sonrisa. Observó el rostro de Quilan durante un momento y luego dijo:

»Quizá dos o tres meses, comandante. No vamos a estar solos. Aquí ya hay varios chelgrianos, un grupo de unos veinte monjes de la orden de Abremile. Residen en la nave templo *Refugio del alma,* que está dentro de la criatura. Bueno, la mayor parte lo está. Según tengo entendido, en realidad solo están presentes el fuselaje y las unidades de soporte vital de la nave templo. El navío tuvo que abandonar los motores, fuera, en el espacio. –El anciano hizo un gesto con una mano–. Los behemotauros son muy sensibles a la tecnología de los campos de fuerza, según nos han dicho.

El superior de la nave templo era alto y elegante e iba vestido con una airosa interpretación de las sencillas túnicas de la orden. Los recibió en una amplia plataforma de aterrizaje en la parte posterior de lo que parecía una fruta gigante, nudosa y vacía que se había pegado a la piel del behemotauro. Los tres salieron de la aeronave.

–Estodien Visquile.

–Estodien Quetter. –Visquile hizo las presentaciones.

Quetter se inclinó apenas ante Eweirl y Quilan.

–Por aquí –dijo mientras les indicaba una hendidura en la piel del behemotauro.

Tras recorrer ochenta metros de un túnel levemente inclinado, con el suelo cubierto de algo parecido a una madera suave, llegaron a una gigantesca cámara ribeteada cuya atmósfera era húmeda y opresiva y estaba impregnada de un vago olor a osario. La nave templo *Refugio del alma* era un cilindro oscuro de noventa metros de largo y treinta de ancho que ocupaba más o menos la mitad de aquella cámara húmeda y cálida. Parecía estar atada a las paredes de la cámara por medio de parras y lo que parecían unas enredaderas habían recubierto buena parte del casco.

Tras tantos años de vida militar, Quilan se había acostumbrado a encontrarse en campamentos provisionales, puestos de mando temporales, cuarteles generales recién requisados y demás. Parte de él absorbió la sensación que había en aquel lugar, (la organización improvisada, la mezcla de confusión y orden) y decidió que el *Refugio del alma* llevaba allí un mes más o menos.

Un par de drones grandes, ambos con la forma de dos conos gruesos colocados uno junto a la base del otro, subieron flotando hasta ellos en la penumbra, con un suave zumbido.

Tanto Visquile como Quetter hicieron una reverencia. Las dos máquinas flotantes se inclinaron durante un instante hacia ellos.

–Usted es Quilan –dijo uno. No supo cuál.

–Sí.

Las dos máquinas flotaron hasta él, acercándose mucho. Quilan sintió que el pelo de la cara se le ponía de punta y olió algo que no supo identificar. Una brisa le sopló alrededor de los pies.

«Misión de Quilan gran servicio aquí para preparar prueba posterior ¿miedo a morir?»

Fue consciente de que se había encogido y que casi había dado un paso hacia atrás. No había oído nada, solo las palabras que resonaban en su cabeza. ¿Le estaban hablando los desaparecidos?

«¿Miedo?» dijo la voz de su cabeza una vez más.

–No –dijo Quilan–. No tengo miedo, no a la muerte.

«Correcto muerte nada.»

Las dos máquinas se retiraron al lugar donde habían estado flotando.

«Bienvenidos todos. Prepararse pronto.»

Quilan sintió que tanto Visquile como Eweirl se mecían hacia atrás, como si los hubiese sorprendido una repentina ráfaga de viento, aunque el otro estodien, Quetter, no cedió ni un ápice. Las dos máquinas volvieron a inclinarse. Al parecer, los habían despedido y regresaron al exterior por el túnel.

Sus alojamientos estaban, por suerte, en el exterior de la gigantesca criatura, en el gigantesco bulbo vacío junto al que habían aterrizado. El aire seguía siendo empalagoso, húmedo y cargado pero si olía a algo era a vegetación, así que parecía aire fresco en comparación con el de la cámara donde descansaba el *Refugio del alma.*

Ya habían descargado su equipaje y una vez instalados, los llevó a hacer un recorrido por el exterior del behemotauro la misma aeronave en la que habían llegado. Anur, un macho joven y desgarbado con aspecto incómodo, era el monje más joven del *Refugio del alma,* y los escoltó para explicarles parte de la historia legendaria de las aerosferas y su hipotética ecología.

–Creemos que hay miles de behemotauros –dijo mientras se deslizaban bajo el voluminoso vientre de la criatura, por debajo de selvas colgantes del follaje de la piel–. Y casi cien entidades globulares megalitinas y gigalitinas. Son incluso más grandes, las más grandes son del tamaño de continentes pequeños. La gente tampoco sabe muy bien, incluso menos que en otros casos, si son seres inteligentes o no. No deberíamos ver ninguno, ni tampoco otros behemotauros, porque estamos a mucha profundidad del lóbulo. Casi nunca descienden hasta aquí. Problemas de flotación.

–¿Cómo se las arregla el *Sansemin* para permanecer aquí abajo? –quiso saber Quilan.

El joven monje miró a Visquile antes de responder.

–Lo han modificado –dijo. Después señaló una docena aproximadamente de vainas colgantes, lo bastante grandes como para contener a dos chelgrianos adultos–. Aquí ven cómo se cría parte de la fauna auxiliar. Estas se convertirán en exploradoras de rapiña cuando salgan y eclosionen.

Quilan y los dos estodiens estaban sentados con las cabezas inclinadas en el espacio posterior más profundo del *Refugio del alma*, una cavidad casi esférica de solo unos metros de diámetro y rodeada por paredes de dos metros de grosor hechas de sustratos que albergaban miles de almas chelgrianas de fallecidos. Los tres machos se encontraban formando un triángulo, de cara al interior y desnudos.

Fue el mismo día que llegaron, ya por la tarde, según la hora del *Refugio del alma*, aunque Quilan tenía la sensación de que estaban en plena noche.

Fuera sería de día, un día eterno, pero siempre cambiante, como llevaba siendo un billón y medio de años o más.

Los dos estodiens se habían comunicado durante unos momentos con el Puen-Chelgriano y las sombras que tenían a bordo, pero sin implicar a Quilan; aun así, el comandante había experimentado una especie de reacción incómoda a sus conversaciones mientras duraron. Había sido como estar en una gran caverna y oír hablar a la gente, a lo lejos.

Y entonces le tocó a él. La voz era alta, un grito en su cabeza.

«Quilan. Somos el Puen-Chelgriano.»

Le habían dicho que intentara pensar en las respuestas y no articular, que subvocalizara.

~ Es un honor hablar con ustedes –pensó.

«Tú: ¿Razón aquí?»

~ No lo sé. Me están entrenando. Creo que ustedes quizá sepan más de mi misión que yo.

«Correcto. Dado conocimiento actual: ¿Dispuesto?»

~ Haré lo que se requiera.

«Significa tu muerte.»

~ Soy consciente de ello.

«Significa el cielo para muchos.»

~ Estoy dispuesto a cambiar mi vida por eso.

«No para Worosei Quilan.»

~ Lo sé.

«¿Preguntas?»

~ ¿Me permiten preguntar lo que quiera?

«Sí.»

~ Está bien. ¿Por qué estoy aquí?

«Para prepararte.»

~ ¿Pero por qué en este lugar en concreto?

«Seguridad. Medidas profilácticas. Denegación. Peligro. Insistencia de los aliados.»

~ ¿Quiénes son sus aliados?

«¿Otras preguntas?»

~ ¿Qué he de hacer al final de mi entrenamiento?

«Matar»

~ ¿A quién?

«A muchos. ¿Otras preguntas?»

~ ¿A dónde me enviarán?

«Lejos. No a la esfera chelgriana.»

~ ¿Está involucrado en mi misión el compositor mahrai Ziller?

«Sí.»

~ ¿Debo matarlo?

«Si es así, ¿Te niegas?»

~ Yo no he dicho eso.

«¿Escrúpulos?»

~ Si así fuera, me gustaría saber las razones.

«Si no se dan razones, ¿Te niegas?»

~ No lo sé. Hay algunas decisiones que no se pueden anticipar hasta que debes tomarlas. ¿No van a decirme si mi misión implica matarlo o no?

«Correcto. Clarificación en su momento. Antes de que empiece misión. Preparación y entrenamiento primero.»

~ ¿Cuánto tiempo voy a estar aquí?

«¿Otras preguntas?»

~ ¿A qué se referían cuando mencionaron el peligro, antes?

«Preparación y entrenamiento. ¿Otras preguntas?»

~ No, gracias.

«Nos gustaría leerte.»

~ ¿Qué quieren decir?

«Mirar en tu mente.»

~ ¿Quieren mirar en mi mente?

«Correcto.»

~ ¿Ahora?

«Sí.»

~ Muy bien. ¿Tengo que hacer algo?

Se mareó durante un instante y fue consciente de que se tambaleaba en la silla.

«Hecho. ¿Ileso?»

~ Eso creo.

«Luz verde.»

~ ¿Quieren decir... que puedo irme?

«Correcto. Mañana: preparación y entrenamiento.»

Los dos estodiens permanecían sentados, sonriéndole.

Solo pudo dormir a ratos y despertó de otro de esos sueños en los que se ahogaba para parpadear en aquella oscuridad extraña y cargada. Tanteó hasta que encontró el visor y con la imagen azul grisácea de las paredes curvadas de la pequeña habitación ante él, se levantó del colchón ondulado y se acercó a la única ventana que había, donde una brisa cálida se colaba poco a poco y luego parecía morir, como si el esfuerzo la hubiera agotado. El visor le mostró una imagen fantasmal del marco tosco de la ventana y fuera, apenas una insinuación de nubes.

Se quitó el visor. La oscuridad parecía absoluta y se quedó allí de pie, dejando que lo empapara hasta que creyó ver un destello en algún lugar de las alturas, azul por la distancia. Se preguntó si era un rayo; Anur había dicho que ocurría entre las nubes y las masas de aire cuando se cruzaban, elevándose y cayendo por los gradientes térmicos de la caótica circulación atmosférica de la esfera.

Vio unos cuantos destellos más, uno de ellos de una longitud considerable, aunque todavía parecía muy, muy lejano. Volvió a ponerse el visor y levantó la mano con las garras extendidas, casi uniendo dos puntas, a solo un par de milímetros de distancia. Eso. El destello había sido así de largo.

Otro destello. Visto con los visores, era tan brillante que el sistema óptico del visor tiñó de negro el centro del diminuto destello para proteger su visión nocturna. En lugar de ver solo la minúscula chispa en sí, vio que también se iluminaba todo un sistema de nubes; los balanceos y torres de aquel vapor lejano y apilado se destacó en medio de un remoto baño azul de luminiscencia que se desvaneció casi en cuanto fue consciente de él. Se volvió a quitar el visor e intentó oír el ruido producido por aquellos destellos. Todo lo que oyó fue un ruido vago, envolvente, como un viento fuerte oído desde lejos que parecía venir de todas partes y trepar por sus huesos. Parecía contener en su interior frecuencias lo bastante profundas como para ser truenos distantes, pero eran bajas y continuas, y firmes, y por mucho que lo intentara no era capaz de detectar ningún cambio ni cumbre en aquella lenta corriente de sonido percibido a medias.

Aquí no hay ecos, pensó. No hay un suelo sólido ni acantilados por ninguna parte para que rebote el sonido. Los behemotauros absorben el sonido como bosques flotantes y en su interior, los tejidos vivos absorben todo el ruido.

Acústicamente muertos. Volvió a recordar aquella frase. Worosei había trabajado un tiempo con el departamento de música de la universidad y le había mostrado una extraña habitación forrada de pirámides de espuma. Acústicamente muerta, le había dicho. Y eso era lo que parecía, sus voces parecían morir con cada palabra que abandonaba sus labios, cada sonido expuesto y solo, sin resonancia.

–Su Guardián de Almas es algo más que un Guardián de Almas normal –le dijo

Visquile. Estaban solos en el espacio posterior más profundo del *Refugio del alma*, al día siguiente. Era su primera reunión informativa–. Desempeña las funciones normales de tal mecanismo y toma nota de su estado mental; sin embargo, también tiene la capacidad de albergar otro estado mental en su interior. En cierto sentido, usted tendrá a otra persona a bordo cuando se disponga a realizar su misión. Todavía hay más, pero ¿le gustaría decir o preguntar algo sobre eso?

–¿Quién será esa persona, estodien?

–No estamos seguros todavía. En un mundo ideal, (y según los encargados de trazar el perfil de la misión, en Inteligencia, o más bien, según sus máquinas), sería una copia de Sholan Hadesh Huyler, el difunto almirante general que estaba entre las almas que les encargaron recuperar del Instituto Militar de Aorme. Sin embargo, dado que la nave *Tormenta de nieve* se ha perdido, y se presume que ha quedado destruida, y el substrato original se encontraba a bordo de esa nave, es probable que tengamos que decantarnos por una segunda alternativa. Todavía se está discutiendo esa alternativa.

–¿Por qué se considera necesario, estodien?

–Piense que tiene un copiloto a bordo, comandante. Tendrá a alguien con quien hablar, alguien para aconsejarlo, con quien comentar las cosas, mientras realiza su misión. Quizá no le parezca necesario ahora, pero hay una razón por la que creemos que es aconsejable.

–¿Debo entender que va a ser una misión larga?

–Sí. Es posible que lleve varios meses. La duración mínima sería de unos treinta días. No podemos ser más precisos porque en parte depende de su medio de transporte. Es posible que lo trasladen a su destino en una de nuestras propias naves o en un navío más rápido de una de las civilizaciones Implicadas más antiguas, o es posible que en alguna que pertenezca a la Cultura.

–¿Esta misión involucra a la Cultura, estodien?

–Sí. Se le envía al mundo Masaq, perteneciente a la Cultura, un orbital.

–Ahí es donde vive mahrai Ziller.

–Correcto.

–¿He de matarlo?

–Esa no es su misión. Su tapadera es que va allí para intentar convencerlo de que regrese a Chel.

–¿Y mi auténtica misión?

–Llegaremos a eso a su debido tiempo. Y en ella hay un precedente.

–¿Un precedente, estodien?

–Cuando comience no tendrá clara su auténtica misión. Sabrá cuál es su tapadera y casi con toda certeza tendrá la sensación de que hay algo más que eso, pero no sabrá qué es.

–¿Así que se me va a entregar algo parecido a unas órdenes selladas, estodien?

–Algo así. Pero esas órdenes estarán encerradas en su mente. Irá recordando este periodo de tiempo (probablemente desde un poco después del final de la guerra hasta el final de su entrenamiento aquí) poco a poco, a medida que se acerca la conclusión de su misión. Para cuando recuerde esta conversación, al final de la cual usted sabrá cuál es su verdadera misión, aunque todavía no sabrá con exactitud cómo la va a llevar a cabo, ya debería estar bastante cerca, aunque no exactamente en la posición correcta.

–¿Los recuerdos se pueden ir filtrando gota a gota con tanta precisión, estodien?

–Así es, aunque la experiencia quizá sea un poco desorientadora y esa es la razón más importante para proporcionarle un copiloto. Sobre todo porque en la misión está involucrada la Cultura. Según nos han dicho, nunca leen las mentes de la gente, el interior de su cabeza es el único lugar que consideran sacrosanto. ¿Lo ha oído alguna vez?

–Sí.

–Creemos que es muy probable que sea verdad, pero su misión tiene la suficiente importancia como para que tomemos precauciones por si no lo es. Imaginamos que si es cierto que leen el pensamiento, el momento más probable es cuando el sujeto en cuestión sube a bordo de una de sus naves, sobre todo una de sus naves de guerra. Si podemos arreglarlo para que lo trasladen a Masaq en uno de esos navíos y este mira dentro de su cabeza, todo lo que encontrará, incluso en un nivel muy profundo, será su inocente tapadera.

»Creemos, y hemos verificado por medio de varios experimentos, que ese escaneado podría llevarse a cabo sin su conocimiento. Para profundizar más, para descubrir los recuerdos que en un primer momento le ocultaremos incluso a usted, el proceso de escaneado tendría que revelar su presencia, usted sería consciente de que se está llevando a cabo, o al menos que ha tenido lugar. Si eso ocurriera, comandante, su misión terminará antes de tiempo. Morirá.

Quilan asintió, pensativo.

–Estodien, ¿ya se ha llevado a cabo algún tipo de experimento conmigo? Me refiero a si ya he perdido recuerdos, accediera o no a ello.

–No. Los experimentos que he mencionado se han llevado a cabo con otros. Estamos seguros de que sabemos lo que estamos haciendo, comandante.

–¿Así que cuanto más me adentre en mi misión, más sabré sobre ella?

–Correcto.

–¿Y la personalidad, el copiloto, lo sabrá todo desde el principio?

–Así es.

–¿Y no lo puede leer un escáner de la Cultura?

–Puede, pero requeriría una lectura más profunda y detallada que la que requiere

un cerebro biológico. Su Guardián de Almas será como su alcázar, Quilan; su cerebro es la muralla. Si el alcázar ha caído, hace ya tiempo que se ha irrumpido en la muralla o bien esta ha dejado de tener importancia.

»Bien. Como ya le he dicho, hay más que decir sobre su Guardián de Almas. Contiene, o lo hará, una pequeña carga útil de lo que comúnmente se conoce como transmisor de materia. Al parecer, en realidad no transmite materia, pero tiene el mismo efecto. Debo confesar que la importancia de tal distinción se me escapa.

–¿Y eso está en algo del tamaño de un Guardián de Almas?

–Sí.

–¿Esa tecnología nos pertenece, estodien?

–Eso no es algo que necesite saber, comandante. Todo lo que importa es si funciona o no. –Visquile dudó un momento y luego continuó–. Nuestros científicos y tecnólogos hacen y aplican sin parar descubrimientos nuevos y asombrosos, como estoy seguro de que ya sabe.

–Por supuesto, estodien. ¿Y qué sería esa carga útil que ha mencionado?

–Eso quizá nunca lo sepa, comandante. En este momento, ni yo mismo sé lo que es con exactitud, aunque me informarán en su debido momento, antes de que comience de verdad su misión. De momento, todo lo que sé es una parte del efecto que tendrá.

–¿Y eso sería qué, estodien?

–Como se puede imaginar, un cierto grado de daño, de destrucción.

Quilan se quedó callado unos momentos. Era consciente de la presencia de los millones de personalidades ya desaparecidas almacenadas en los sustratos que lo rodeaban.

–¿Debo entender que la carga útil se transmitirá a mi Guardián de Almas?

–No, ya se ha colocado junto con el mecanismo del Guardián de Almas.

–¿Así que se transmitirá desde el mecanismo?

–Sí. Usted controlará la transmisión de la carga útil.

–¿La controlaré yo?

–Por eso está aquí, para entrenarlo para eso, comandante. Se le instruirá en el uso del mecanismo para que cuando llegue el momento, pueda transmitir la carga útil a la ubicación deseada.

Quilan parpadeó unas cuantas veces.

–Me he quedado un poco atrás con los últimos avances tecnológicos, pero...

–Yo me olvidaría de eso, comandante. Las tecnologías previas carecen de importancia en este asunto. Esto es nuevo. Que nosotros sepamos, no existen precedentes de este tipo de proceso, no hay ningún libro que se pueda consultar. Usted va a contribuir a escribir ese libro.

–Ya veo.

–Permítame contarle algo más sobre el mundo Masaq de la Cultura. –El estodien se recogió las túnicas y se acomodó un poco mejor en el arrugado colchón ondulado–. Es lo que llaman un orbital, una banda de materia con forma de brazalete muy fino que órbita alrededor de un sol, en este caso la estrella Lacelere, en la misma zona en la que esperaríamos encontrarnos un planeta habitable.

»Los orbitales existen a una escala diferente a la de nuestros hábitats espaciales; Masaq, al igual que la mayor parte de los orbitales de la Cultura, tiene un diámetro de unos tres millones de kilómetros y por tanto una circunferencia de casi diez millones de kilómetros. Su anchura al pie de sus muros de contención es de unos seis mil kilómetros. Esos muros tienen una altura de unos mil kilómetros y están abiertos por la parte superior; la gravedad aparente creada por la rotación del mundo es lo que sujeta la atmósfera.

»El tamaño de la estructura no es arbitrario. Los orbitales de la Cultura están construidos de tal forma que la misma velocidad de la revolución que produce una gravedad estándar también crea el ciclo de día y noche de uno de sus días estándar. La noche local se produce cuando una parte dada del interior del orbital le da la espalda al sol. Están hechos de materiales exóticos y se mantienen unidos gracias, sobre todo, a campos de fuerza.

»Flotando en el espacio, en el centro del orbital, a una distancia equidistante de todos los lugares del borde, se encuentra el Centro. Ahí es donde existe el sustrato de IA que la Cultura llama Mente. La máquina supervisa todos los aspectos de la gestión del orbital. Hay miles de sistemas auxiliares encargados de supervisar todos los procedimientos salvo los más críticos, pero el Centro puede asumir el control directo de todos y cualquiera de ellos al mismo tiempo.

»El Centro tiene millones de entidades representativas con forma humana llamadas avatares, gracias a ellas trata con sus habitantes de uno en uno. En teoría, es capaz de regir cada uno de ellos y todos los demás sistemas del orbital directamente mientras se comunica de forma individual con cada humano y dron presente en su mundo, además de relacionarse con otras naves y Mentes.

»Cada orbital es diferente y cada Centro tiene su propia personalidad. Algunos orbitales solo tienen unos cuantos componentes en tierra firme, suelen ser trozos cuadrados de tierra y mar llamados plataformas. En un orbital tan ancho como Masaq, suelen ser sinónimos de continentes. Antes de que se dé por terminado un orbital, en el sentido de formar un anillo cerrado como Masaq, la estructura puede contar con tan solo dos plataformas, separadas de todos modos por tres millones de kilómetros y unidas tan solo por campos de fuerza. Un orbital así podría tener una población total de solo diez millones de seres humanos. Masaq se encuentra más bien en el otro lado de la escala, con más de cincuenta mil millones de personas.

»Masaq es famoso por contar con un alto índice de copias de seguridad de sus

habitantes. Hay quien afirma que es porque muchos de ellos practican deportes peligrosos, pero en realidad es una práctica que data de los comienzos del mundo, cuando comprendieron que Lacelere no es una estrella totalmente estable y que por tanto existe la posibilidad de que lance una llamarada con la violencia suficiente como para matar a las personas expuestas en la superficie del mundo.

»Mahrai lleva viviendo allí los últimos siete años. Parece darse por satisfecho con permanecer en ese mundo. Como ya le he dicho, en un principio parecerá que va allí para persuadirlo de que renuncie a su exilio y regrese a Chel.

–Ya veo.

–Mientras que su verdadera misión será facilitar la destrucción del Centro de Masaq y por tanto provocar la muerte de una proporción significativa de sus habitantes.

El avatar iba a enseñarle una de las fábricas, situada bajo una de las sierras Mamparas. Se encontraban en un vagón de metro, una cápsula cómoda y hecha a medida que se precipitaba bajo la parte inferior de la superficie del orbital, en el vacío del espacio. Habían recorrido medio millón de kilómetros alrededor del mundo, con las estrellas brillando entre los paneles del suelo.

La línea del metro salvaba la brecha que había bajo la gigantesca A de la sierra Mampara por un puente colgante sostenido por monofilamentos de dos mil kilómetros de longitud. En ese momento, el vagón se detenía de golpe cerca del centro para ascender en vertical y entrar en el espacio de la factoría, cientos de kilómetros más arriba.

~ *¿Estás bien, comandante?*

~ Bien. ¿Y tú?

~ *Igual. ¿El objetivo de la misión acaba de aparecer?*

~ Sí. ¿Cómo lo estoy haciendo?

~ *Todo va bien. No hay ningún signo físico obvio. ¿Estás seguro de que estás bien?*

~ Del todo.

~ *¿Y seguimos adelante?*

~ Sí, seguimos adelante.

El avatar de piel plateada se volvió para mirarlo.

–¿Está seguro de que no se va a aburrir viendo una fábrica, comandante?

–En una que produce naves espaciales no, desde luego. Aunque ya se le deben de estar terminando los sitios para distraerme –dijo Quilan.

–Bueno, es un orbital muy grande.

–Hay un sitio que me gustaría ver.

–¿Y cuál es?

–Su casa. El Centro.
El avatar sonrió.
–Vaya, desde luego.

Vuelo

—¿Ya hemos llegado?

–Respuesta incierta. Lo que dijo la criatura. ¿Qué significaba?

–¿Qué mas da eso? ¿Ya hemos llegado?

–Es difícil de saber con certeza. Y volviendo a lo que dijo la criatura. ¿Ya eres consciente de lo que significa?

–¡Sí! ¡Bueno, más o menos! Por favor, ¿podemos ir un poco más rápido?

–En realidad no. Avanzamos tan rápido como nos es posible dadas las circunstancias y, por tanto, pensé que podríamos emplear el tiempo compartiendo lo que has entendido de lo dicho por la criatura. ¿Cuál dirías tú entonces que es la trascendencia de lo dicho?

–¡No importa! ¡Bueno, sí, pero! Es que. Oh. ¡Date prisa! ¡Más rápido! ¡Ve más rápido!

Uagen Zlepe, 974 Praf y tres de las exploradoras de rapiña estaban dentro del behemotauro dirigible *Sansemin*. Se abrían camino por el estrecho y sinuoso túnel que iba ondulándose y cuyas paredes cálidas y resbaladizas palpitaban de una forma alarmante cada pocos minutos. El aire que pasaba a su lado, procedente de algo más adelante, apestaba a carne podrida. Uagen contuvo las arcadas. No podían volver al exterior por donde habían entrado; el conducto había quedado bloqueado por algún tipo de ruptura que había atrapado y ahogado a dos de las exploradoras que se habían adelantado.

En lugar de ese camino (y después de que la criatura le hubiera dicho lo que le había dicho a Uagen y después de una discusión agonizante, larga y absurdamente relajada entre las exploradoras y 974 Praf), habían tomado otra ruta para salir de la cámara de interrogatorios. En un principio esa ruta se adentraba cada vez más en el tembloroso cuerpo del behemotauro moribundo.

Dos de las tres exploradoras de rapiña insistieron en ir por delante por si surgían problemas, pero se estaban abriendo camino con cierta dificultad por un pasaje estrecho, entre las circunvoluciones del pasadizo serpenteante y Uagen estaba convencido de que podría haber ido más rápido si hubiera estado solo.

El suelo del pasaje estaba profundamente ribeteado, lo que hacía difícil caminar sin apoyarse en las paredes húmedas y temblorosas. Uagen pensó que ojalá se hubiera llevado unos guantes. Su sentido parcial de infrarrojos no distinguía demasiados detalles porque todo parecía estar a la misma temperatura, con lo que todo lo que veía se reducía a una pesadilla monocroma de sombras superpuestas; era peor que estar ciego, pensó Uagen.

La exploradora que iba delante llegó a una bifurcación del pasaje y se detuvo, al

parecer para pensar.

Hubo un golpe seco y repentino a su alrededor, como una conmoción, y luego una corriente de aire fétido los envolvió desde atrás, anulando durante un instante el flujo de aire que venía de más adelante y provocando un hedor incluso peor que estuvo a punto de hacer vomitar a Uagen.

Este se oyó gañir.

–¿Qué ha sido eso?

–La respuesta se desconoce –le dijo la intérprete 974 Praf. Volvió a soplar el viento en contra. La exploradora de rapiña que iba en cabeza escogió el pasaje inferior de la izquierda y encogió las alas para meterlas por la estrecha hendidura.

–Por ahí –dijo 974 Praf para ayudar.

Voy a morir, pensó Uagen, con bastante claridad y casi con calma. Voy a morir metido dentro de esta aeronave alienígena que tiene diez millones de años y que está medio podrida, medio hinchada y medio incinerada, a mil años luz de cualquier otro ser humano y con una información que podría salvar vidas y convertirme en un héroe.

¡La vida es muy injusta!

La criatura del muro de la cámara de interrogatorios había vivido el tiempo justo para contarle algo que también podría matarlo, por supuesto, si es que era verdad y si es que conseguía salir de allí. Por lo que le había dicho, lo que sabía en esos momentos lo convertía en objetivo de personas que no se lo pensarían dos veces antes de matarlo a él o cualquier otro.

–¿Es de la Cultura? –le había dicho a aquella cosa larga con cinco extremidades que colgaba del muro de la cámara.

–Sí –le había dicho mientras intentaba mantener la cabeza levantada para hablar con él–. Agente. Circunstancias Especiales.

Uagen volvió a oírse tragar saliva otra vez. Había oído hablar de ce. De niño había soñado con ser un agente de Circunstancias Especiales. Mierda, incluso había soñado con serlo cuando era joven. Jamás se había imaginado que conocería a uno de verdad.

–Ah –dijo y se sintió como un auténtico imbécil–. Encantado.

–¿Y usted? –dijo la criatura.

–¿Qué? ¡Ah! *Mmm.* Erudito. Uagen Zlepe. Erudito. Un placer. Bueno. Quizá no. *Mmm.* Es solo. Bueno. –Volvía a manosearse el collar. Seguro que parecía que balbuceaba–. No importa. ¿Podemos bajarlo de ahí? Todo este sitio, bueno, cosa, está...

–Ja. No. Creo que no –dijo la criatura y quizá incluso estuviera intentando sonreír.

Hizo un gesto con la cabeza, como si la echara hacia atrás y después se estremeció de dolor–. Odio tener que decírselo. Yo soy lo único que sujeta esto, la verdad. A través de este enlace. –Sacudió la cabeza–. Escuche Uagen. Tiene que salir de aquí.

–¿Sí? –Al menos eso era una buena noticia. El suelo de la cámara se bamboleó bajo sus pies cuando rugió otra detonación y sacudió las formas de los muertos y los moribundos que parecían marionetas atadas a la pared. Una de las exploradoras extendió las alas para sujetarse y derribó a 974 Praf. Esta dio un chasquido con el pico y miró furiosa a la culpable.

–¿Tiene comunicador? –le preguntó la criatura–. ¿Algo para mandar señal fuera de la aerosfera?

–No. Nada.

La criatura volvió a hacer otra mueca.

–Joder. Entonces tiene que... largarse de Oskendari. A una nave, un hábitat, a cualquier parte. A algún sitio donde se pueda poner en contacto con la Cultura, ¿entiende?

–Sí. ¿Por qué? ¿Para decir qué?

–Conspiración. No es broma, Uagen, no es ejercicio. Conspiración. Una puta conspiración muy seria. Creo que para destruir... orbital.

–¿Qué?

–Orbital. Todo un orbital llamado Masaq. ¿Lo conoce?

–¡Sí! ¡Es famoso!

–Quieren destruirlo. Facción chelgriana. Han enviado chelgriano. No sé nombre. No importa. Está de camino, o lo estará pronto. No sé cuándo. El ataque ocurre. Tú. Sal de aquí. Lárgate. Díselo a la Cultura. –La criatura se puso rígida de repente y se inclinó sobre el muro de la cámara cerrando los ojos. Un tremendo estremecimiento recorrió la cavidad y arrancó un par de cadáveres de los muros de la cámara para tirarlos inertes al suelo convulso. Uagen y dos de las exploradoras cayeron de espaldas. Uagen se volvió a poner en pie con cierto esfuerzo.

La criatura de la pared lo miraba fijamente.

–Uagen. Díselo a CE, o a Contacto. Me llamo Gidin Sumethyre. Sumethyre, ¿entendido?

–Entendido. Gidin Sumethyre. *Mmm.* ¿Eso es todo?

–Suficiente. Y ahora sal de aquí, orbital Masaq. Chelgriano. Gidin Sumethyre. Eso es todo. Ahora largo. Intentaré sujetar esto... –La cabeza de la criatura fue dejándose caer poco a poco sobre el pecho. Otra convulsión titánica sacudió la cámara.

–Eso que la criatura acaba de decir –empezó a decir 974 Praf, parecía perpleja.

Uagen se inclinó y cogió a la intérprete por las alas secas y correosas.

–¡Hay que salir! –le gritó a la cara–. ¡Ahora!

Habían llegado a una parte un poco más ancha del pasaje que ya se había convertido en una pendiente bastante escarpada cuando el viento que pasaba susurrando junto a ellos cobró fuerza de repente y se convirtió en una galerna. Las dos exploradoras de rapiña que iban delante de Uagen y cuyas alas dobladas actuaban como velas en medio del aullador torrente de aire, intentaron incrustarse contra las paredes, que se ondulaban y cedían. Empezaron a deslizarse hacia atrás, hacia él, mientras Uagen también intentaba sujetarse contra los tejidos húmedos del tubo.

–Oh –dijo 974 Praf con tono prosaico, estaba detrás de Uagen, un poco más abajo–. Este cambio no indica nada bueno.

–¡Socorro! –chilló Uagen mientras miraba a las dos exploradoras, que aunque seguían aferrándose desesperadas a las paredes del pasaje, continuaban deslizándose hacia él. Uagen intentó convertirse en una equis contra las paredes, pero estas ya se habían separado demasiado.

–Aquí abajo –dijo la intérprete 974 Praf. Uagen miró entre sus pies. 974 Praf se asía al suelo ribeteado, se había aplastado todo lo posible contra él.

El erudito levantó la cabeza cuando la exploradora más cercana resbaló un poco más, ya casi podía tocarlo.

–¡Buena idea! –jadeó. Se hundió. La frente le rebotó contra el espolón de la exploradora. Se aferró a los ribetes del suelo cuando las dos exploradoras se deslizaron sobre él. El viento aulló y le tiró del traje, después amainó. Se desenredó de 974 Praf y miró hacia atrás. En una dolorosa maraña de picos, alas y patas, las dos exploradoras estaban incrustadas pasaje arriba, junto con la que cerraba la marcha, en la parte estrecha que acababan de atravesar todos. Una de las criaturas aladas dijo algo con un chasquido.

974 Praf le respondió con otro chasquido y luego se levantó de golpe y se escabulló por el pasaje.

–Se da la circunstancia de que las aves exploradoras de *Yoleus* intentarán permanecer ahí incrustadas y bloquear así el viento que alimenta el incendio mientras nosotros completamos el viaje hacia al exterior del *Sansemin.* Por aquí, Uagen Zlepe, erudito.

El erudito se quedó mirando la espalda de la intérprete y después salió gateando tras ella. Empezaba a tener una sensación extraña en el estómago. Intentó identificarla y luego se dio cuenta. Era como estar en un ascensor o en una nave sometida a la inercia.

–¿Nos estamos hundiendo? –dijo con un gimoteo.

–Da la sensación de que el *Sansemin* está perdiendo altura con rapidez –dijo 974 Praf, rebotando de ribete en ribete por el escarpado suelo que tenía delante.

–¡Oh, mierda! –Uagen volvió la vista atrás. Habían dado la curva y habían

perdido de vista a las exploradoras de rapiña. El pasaje se hundía todavía más, era como bajar por un tramo de escaleras muy empinadas.

–Aja –dijo la intérprete cuando el viento volvió a tirar de ellos.

Uagen sintió que se le abrían mucho los ojos. Se quedó mirando lo que tenía delante.

–¡Luz! –chilló–. ¡Luz! ¡Praf! Veo... –Se fue quedando sin voz.

–Fuego –dijo la intérprete–. Al suelo, Uagen Zlepe, erudito.

Uagen se dio la vuelta y se tiró a los escalones un momento antes de que lo golpeara la bola de fuego. Tuvo tiempo de tomar aliento e intentar enterrar la cara entre los brazos. Sintió a 974 Praf encima de él, con las alas extendidas, cubriéndolo. El estallido de calor y luz duró un par de segundos.

–Arriba otra vez –dijo la intérprete–. Tú primero.

–¡Estás ardiendo! –chilló él cuando la intérprete lo empujó con las alas y el erudito bajó tropezando por los escalones ribeteados.

–Así es –dijo Praf. El humo y las llamas se enroscaban tras las alas de la intérprete mientras esta pinchaba y empujaba a Uagen para que siguiera bajando. El viento era cada vez más fuerte, el erudito tenía que luchar contra él para poder avanzar, bajar por la fuerza por el lado ribeteado de lo que ya era casi un tubo vertical, como si por alguna razón hubieran vuelto al mismo nivel.

Al mirar hacia delante, Uagen volvió a ver una luz. Gimió y luego vio que esa vez era blanca y azul, no amarilla.

–Nos acercamos al exterior –jadeó 974 Praf.

Se dejaron caer del vientre del behemotauro moribundo, aunque no cayeron mucho más rápido que lo que quedaba de la inmensa criatura en sí, que ardía, se desintegraba, se derrumbaba y descendía todo al mismo tiempo. Uagen atrajo a 974 Praf contra sí y apagó las llamas que le consumían las alas, después utilizó los motores de los tobillos y la capa globo para detener su caída y tras una eternidad de precipitarse entre restos que aleteaban y ardían y animales heridos, los dos rodearon por debajo la inmensa ruina en forma de uve que era el behemotauro moribundo y salieron al aire fresco del espacio donde los restos de la fuerza expedicionaria de exploradoras de rapiña del *Yoleus* los encontró momentos antes de que un diseisor ogrino pudiera descender sobre ellos para tragárselos enteros.

La aturdida y silenciosa intérprete se estremecía entre sus brazos, el olor a carne quemada le llenaba a Uagen la nariz mientras iban subiendo poco a poco con la tropa de exploradoras para regresar al behemotauro dirigible *Yoleus*.

–¿Irte?

–Sí, fuera. Ir. Partir. Abandonar esto.

–¿Deseas irte, partir, abandonar esto, ahora?

–En cuanto sea posible. ¿Cuándo sale la próxima nave? De quién sea. Bueno, no, *mmm*, que no sea chelgriana. Sí; chelgriana, no.

Uagen nunca se había imaginado que la cámara de interrogatorios de *Yoleus* le pudiera parecer ni remotamente acogedora, pero en ese momento lo pensaba. Por extraño que pareciera, allí se sentía seguro. Era una pena que tuviera que irse.

Yoleus estaba hablando con él a través de un cable de conexión y un intérprete llamado 46 Zhun. El cuerpo más fornido de lo que solo de nombre era el macho 46 Zhun estaba encaramado a un saliente, junto a 974 Praf, que estaba pegada a la pared de la cámara y tenía un aspecto chamuscado, inerte y muerto, pero que al parecer estaba comenzando su reconstitución y recuperación. 46 Zhun cerró los ojos. Uagen se quedó allí de pie, en el suelo cálido y suave de la cámara. Todavía podía sentir el olor a quemado que desprendían sus ropas. Se estremeció.

46 Zhun volvió a abrir los ojos.

–El próximo objeto que parte tiene previsto salir del Segundo Trópico del portal de Secesión de Inclinación, en el lóbulo de Allende, dentro de cinco días –dijo el intérprete.

–Cogeré ese. Espera, ¿es chelgriano?

–No. Es un mercante jhuvuoniano.

–Cogeré ese.

–Ahora mismo no hay tiempo suficiente para que viajes y llegues a tiempo al susodicho Segundo Trópico del portal de Secesión de Inclinación.

–¿Qué?

–Ahora mismo no hay tiempo suficiente para que...

–Está bien, ¿cuánto tiempo me llevaría?

El intérprete cerró los ojos otra vez durante unos momentos, después los abrió.

–Veintitrés días sería el tiempo mínimo requerido para que un ser como tú viaje y llegue al Segundo Trópico del portal de Secesión de Inclinación desde este punto.

Uagen podía sentir un retortijón persistente en las tripas, era una sensación que no tenía desde que era muy pequeño. Intentó no perder la calma.

–¿Y después, cuándo sale la nave siguiente?

–Eso se desconoce –respondió el intérprete de inmediato.

Uagen venció las ganas de llorar.

–¿Es posible enviar una señal desde Oskendari? –preguntó.

–Por supuesto.

–¿A una velocidad superior a la de la luz?

–No.

–¿Podrías enviar una señal para pedir una nave? ¿Tengo algún modo de irme de aquí en un futuro cercano?

–La definición de futuro cercano. ¿Cuál sería?

Uagen contuvo un gemido.

–¿En los próximos cien días?

–No hay objetos conocidos que lleguen o partan durante ese periodo de tiempo.

Uagen se llevó las manos a los cabellos y tiró. Rugió de pura frustración, después se detuvo y parpadeó. Jamás había hecho eso. Jamás había hecho ninguna de las dos cosas. Nunca se había tirado de los pelos ni rugido de frustración. Se quedó mirando al cuerpo ennegrecido y lisiado de 974 Praf, después bajó la cabeza y se quedó mirando el suelo de la cámara. Los pequeños motores que llevaba en los tobillos le devolvieron un reflejo burlón.

Levantó la cabeza. ¿En qué había estado pensando?

Repasó lo que sabía de los mercantes jhuvonianos. Solo semicontactados. Bastante pacíficos, bastante fiables. Todavía en la era de la escasez. Naves capaces de unos cuantos cientos de años luz. Lentas según los estándares de la Cultura, pero con eso bastaba.

–*Yoleus* –dijo con calma–. ¿Puedes enviar una señal al Segundo Trópico de Secesión del Portal Inclinatorio o como se llame?

–Sí.

–¿Cuánto tiempo llevaría eso?

La criatura cerró los ojos y los abrió.

–Se requeriría un día más un cuarto de día para la señal de salida y se requeriría un periodo de tiempo parecido para una señal de respuesta.

–Bien. ¿Dónde está el portal más cercano al sitio en el que estamos y cuánto tiempo me llevaría llegar allí?

Otra pausa.

–El portal más cercano a donde estamos ahora es el Noveno Trópico del portal de Secesión de Inclinación, lóbulo Presente. Son dos días más tres quintas partes de un día de vuelo desde aquí, para una exploradora de rapiña.

Uagen respiró hondo. Pertenezco a la Cultura, pensó para sí. Eso es lo que se supone que tienes que hacer en una situación así, de eso trata, se supone.

–Por favor, envíale una señal al navío de los mercantes jhuvonianos –dijo– y diles que se les pagará una cantidad de dinero equivalente al valor de su navío si me recogen en el Noveno Trópico del portal de Secesión de Inclinación, lóbulo Presente, dentro de cuatro días y me llevan a un destino que les revelaré cuando nos encontremos allí. Menciona también que se agradecerá su discreción.

Se planteó la posibilidad de dejarlo así, pero esa nave parecía su única oportunidad y no podía permitirse el riesgo de que sus capitanes desecharan la señal como si estuviera loco. Y si se habían comprometido con esa fecha de salida, entonces tampoco había tiempo para meterse en una conversación por medio de señales para convencerlos. Volvió a respirar hondo antes de añadir algo más.

–Puedes informarles de que soy ciudadano de la Cultura.

Nunca tuvo oportunidad de decirle adiós a 974 Praf como le hubiera gustado. La decisiva deductora de follaje convertida en intérprete seguía inconsciente y pegada al muro de la cámara de interrogación cuando se fue, un día después.

Hizo las maletas, se aseguró de que un registro de sus notas de investigación, glifos y todo lo que había ocurrido durante el último par de días quedaba a salvo, en un sitio seguro del *Yoleus* y al final tuvo el empeño especial de prepararse y beber una taza de infusión de hojas de jhagel. No le supo muy bien.

Una escuadrilla de exploradoras de rapiña lo escoltó al Noveno Trópico del portal de Secesión de Inclinación. Lo último que vio del behemotauro dirigible *Yoleus* fue cuando miró por encima del hombro y contempló a la gigantesca criatura que desaparecía en la distancia azul verdosa, sobre la sombra de un complejo de nubes, fiel al compañero que deseaba, *Muetenive,* detrás de él y algo más abajo. Se preguntó si las criaturas todavía saldrían corriendo hacia la predicha burbuja que seguía formándose allí delante, en algún lugar del horizonte de bruma, para reclamar su viaje gratis a las alturas, a los múltiples esplendores de la entidad globular gigalitina Buthulne.

Sintió una especie de tristeza dulce al pensar que no estaría allí para compartir el viaje ni la llegada con ellos y experimentó una punzada de culpa al sentir una especie de deseo, ojalá que la nave de los mercantes jhuvonianos rechazara su oferta y no apareciera y, en realidad, no le dejara más alternativa que intentar regresar al *Yoleus.*

Los dos behemotauros desaparecieron entre las sombras ligeras y cavernosas que había sobre el sistema de nubes. Uagen volvió a mirar hacia delante. Los motores de los tobillos zumbaron y la capa hizo un ajuste mínimo para adaptarse al cambio de posición, todavía tensa para convertirse en ala. Las alas de las aves exploradoras batían el aire a su alrededor con el ritmo sincopado de un tartamudeo que creaba un curioso efecto relajante. Uagen miró a 46 Zhun, que se aferraba al cuello y el lomo del líder de la cuadrilla de exploradoras, pero la criatura parecía dormida.

El Noveno Trópico del portal de Secesión de Inclinación resultó andar un poco escaso de instalaciones. No era más que un trozo de unos diez metros de diámetro en un costado del tejido de la aerosfera, donde las capas de material de contención se encontraban y fundían para producir una ventana transparente al espacio. Alrededor de esa zona circular se habían apiñado un puñado de lo que parecían las cáscaras de la megafruta que crecía en los behemotauros y en una de las cuales, hasta un día antes, él había tenido su hogar. Allí las exploradoras encontraron un lugar para encaramarse y recuperar fuerzas y él pudo sentarse a esperar. Había algo de comida y agua, pero eso era todo.

Se pasó el tiempo mirando las estrellas; los trozos de portales eran las únicas

zonas transparentes de verdad en la superficie de la aerosfera, el resto solo era traslúcido en comparación, y compuso un poeglifo que intentaba describir la sensación de terror que había sentido solo un día antes, atrapado en el interior del cuerpo moribundo del behemotauro *Sansemin.*

Fue un proceso frustrante. No dejaba de posar el bolígrafo (el mismo puñetero bolígrafo que lo había llevado a encontrarse allí, esperando a una nave espacial alienígena que quizá ni aparecería) para intentar resolver lo que le había pasado al *Sansemin* y por qué estaba allí el agente de la Cultura, si es que eso era lo que era de verdad aquel tipo o tipa; no sabía si de veras había una conspiración como la que le habían descrito y lo que debería hacer si resultaba que todo aquel asunto era una especie de broma, una alucinación o el producto de la imaginación de una mente loca y atormentada.

Se había quedado dormido dos veces, había borrado seis intentos de componer el poeglifo y (tras llegar a una conclusión provisional, es decir, que en lugar de que los acontecimientos de los últimos días hubieran sido reales, era ligeramente más probable que se hubiera vuelto loco) estaba debatiendo consigo mismo los méritos relativos del suicidio, el almacenamiento, la transcorporación a una entidad grupal o la posibilidad de solicitar el regreso a *Yoleus* para reanudar sus estudios (con una alteración física apropiada y una esperanza de vida mayor, como ya se había estado planteando) cuando viró por el otro lado del portal la nave de los mercantes jhuvonianos, un insólito aparato compuesto por tubos y palos.

Los mercantes jhuvonianos no eran en absoluto lo que se había imaginado. Por alguna razón él se esperaba unos humanoides achaparrados, peludos y con aspecto tosco, vestidos con cueros y pieles, cuando de hecho parecían una colección de plumas rojas muy grandes. Uno de ellos atravesó flotando el portal, encerrado en una burbuja que en su mayor parte era transparente y estaba contenida en una intrusión de aire con aspecto de dedo que formaba un túnel que se alargaba para poner en contacto el portal y el navío tubular del exterior. Uagel se reunió con el túnel en una terraza de la cáscara del megafruto. 46 Zhun se aferró al parapeto, a su lado; observaba al alienígena encerrado que se acercaba con el aire de una criatura que evalúa un posible material de nidificación.

–¿Usted es la persona de la Cultura? –dijo la criatura de la burbuja, una vez que estuvo flotando a su mismo nivel. La voz era apagada, hablaba en marain con un acento tolerable.

–Sí. Encantado.

–¿Va a pagar el valor de nuestra nave para que lo llevemos a su destino?

–Sí.

–Es una nave magnífica.

–Ya lo veo.

–Querríamos tener otra idéntica.

–La tendrán.

El alienígena emitió una serie de chasquidos y habló con el intérprete que permanecía al lado de Uagen. 46 Zhun le respondió con otros chasquidos.

–¿Cuál es su destino? –dijo el alienígena.

–Necesito enviar una señal a la Cultura. En un principio pónganme en posición de hacer eso y luego llévenme a cualquier sitio donde pueda encontrarme con una nave de la Cultura.

A Uagen se le había ocurrido que la nave quizá pudiera hacerlo desde allí mismo, sin tener que llevarlo a ninguna parte, aunque dudaba que fuera a tener tanta suerte. Con todo, durante los momentos siguientes, experimentó un escalofrío de esperanza y ansiedad hasta que habló la criatura.

–Podríamos viajar hasta la entidad Beidite Critoletli, donde ambas, comunicación y reunión, podrían lograrse.

–¿Cuánto tiempo llevaría eso?

–Setenta y siete días estándar de la Cultura.

–¿No hay ningún sitio que esté más cerca?

–No lo hay.

–¿Podríamos enviar antes una señal a la entidad, al acercarnos?

–Podríamos.

–¿Cuándo estaríamos al alcance de hacer eso?

–En unos cincuenta días estándar de la Cultura.

–Muy bien. Me gustaría partir de inmediato.

–Satisfactorio. ¿Nuestro pago?

–Lo hará la Cultura cuando yo llegue a salvo. ¡Oh! Debería haberlo mencionado.

–¿Qué? –dijo el alienígena; su colección de filamentos rojos aleteó dentro de la burbuja.

–Quizá haya una recompensa adicional, aparte del pago que ya hemos acordado.

El plumoso cuerpo de la criatura volvió a cambiar de posición.

–Satisfactorio –repitió.

La burbuja se acercó flotando al parapeto. Había una segunda burbuja formándose al lado de la que encerraba al alienígena. Uagen pensó que era como ver dividirse una célula.

–La atmósfera y la temperatura se adaptan al estándar de la Cultura –le dijo el alienígena–. La gravedad de la nave será menor. ¿Es aceptable para usted?

–Sí.

–¿Puede proporcionar su propio sustento?

–Me las arreglaré –dijo, y después lo pensó–. ¿Tienen agua?

–La tenemos.

–Entonces sobreviviré.

–Suba a bordo, por favor.

La burbuja desdoblada chocó contra el parapeto. Uagen se agachó, recogió las bolsas y miró a 46 Zhun.

–Bueno, adiós. Y gracias por tu ayuda. Dale a *Yoleus* recuerdos de mi parte.

–El *Yoleus* te desea un buen viaje y una vida subsiguiente que te sea placentera.

Uagen sonrió.

–Dale las gracias por mí. Espero volver a verlo.

–Así se hará.

XIII

Formas de morir

El elevador de la nave se encontraba bajo las cataratas; cuando era necesario, su horquilla contrapesada subía balanceándose con lentitud y salía del remolino del estanque que había a los pies del torrente, dejando a su paso velos y brumas propias. Detrás de la torrencial caída, el contrapeso gigantesco iba bajando poco a poco por el estanque subterráneo, balanceando la horquilla del tamaño de un muelle que se iba elevando hasta que encajaba en una amplia estría tallada en el borde de las cataratas. Una vez allí, las puertas se iban abriendo por la fuerza contra la corriente de modo que la horquilla presentaba una especie de balcón de agua que sobresalía más allá del punto de disminución del río, de un kilómetro de anchura.

Dos naves con forma de bala se impulsaban río arriba, a ambos lados, como peces gigantes; arrastraban largas botavaras que se estiraban para formar una amplia uve que encauzaba la barcaza venidera hacia la horquilla. Una vez que se cerraban otra vez las puertas y la barcaza quedaba encerrada y a salvo, las botavaras se replegaban, la horquilla abría los cajones hidráulicos de los lados a la creciente fuerza del agua y el peso extra iba superando poco a poco la masa niveladora del contrapeso, que se hundía en la profundidad del estanque.

Horquilla y barcaza se inclinaban poco a poco hacia fuera y hacia abajo e iban descendiendo entre el rugido y la bruma hacia el torbellino de aguas que los aguardaba.

Ziller, vestido con un chaleco y unos leotardos que estaban saturados por completo, se encontraba con el avatar del Centro en una cubierta de paseo de proa, justo bajo el puente de la barcaza *Ucalegon*, en el río Jhree, plataforma Toluf. El chelgriano se sacudió, rociándolo todo, cuando se abrieron las puertas de la horquilla que daban a la parte inferior del río y la barcaza siguió avanzando, golpeando y

chocando con los lados hinchables de la horquilla, y se adentró en el torbellino de olas opuestas y montecillos que iban surgiendo en el agua.

El músico se inclinó hacia el avatar y señaló hacia arriba, entre las nubes revueltas de vapor, hacia el borde de las cataratas que tenían encima.

–¿Qué ocurriría si la barcaza no entrara en la horquilla de allí arriba? –gritó por encima del sonido de la catarata.

El avatar, que estaba empapado aunque no parecía importarle, ataviado con un fino traje oscuro que se pegaba a su cuerpo plateado, se encogió de hombros.

–Entonces –dijo en voz alta–, sería un desastre.

–¿Y si las puertas de abajo se abrieran mientras la horquilla todavía está en la cima de las cataratas?

La criatura asintió.

–Una vez más, un desastre.

–¿Y si los brazos que sujetan la horquilla cedieran?

–Desastre.

–¿O si la horquilla empezara a descender demasiado pronto?

–Ídem.

–¿O si alguna de las puertas cediera antes de que la horquilla llegara al estanque?

–Adivine.

–Entonces este trasto tiene una quilla antigravitatoria o algo así, ¿no? –gritó Ziller–. ¿Como medida de seguridad, factor de redundancia? ¿Sí?

El avatar sacudió la cabeza.

–No. –Unas gotas le cayeron de la nariz y las orejas.

Ziller suspiró y también sacudió la cabeza.

–No, ya me parecía a mí que no.

El avatar sonrió y se inclinó hacia él.

–Me parece una señal muy alentadora que empiece a hacer ese tipo de preguntas después de que la experiencia en cuestión haya dejado atrás la etapa más peligrosa.

–Así que me estoy convirtiendo en una persona tan increíblemente indiferente al riesgo como tus habitantes.

El avatar asintió con entusiasmo.

–Sí. Alentador, ¿verdad?

–No. Deprimente.

El avatar se echó a reír. Miró a ambos lados del cañón mientras el río se iba encauzando para unirse al Gran Río de Masaq a través de la ciudad de Ossuliera.

–Será mejor que volvamos –dijo la criatura plateada–. Ilom Dolince no tardará en morir ni Nisil Tchasole en regresar.

–Ah, por supuesto. No querríamos perdernos ninguna de esas dos pequeñas y grotescas ceremonias, ¿verdad?

Se dieron la vuelta y doblaron la esquina de la cubierta. La barcaza se iba abriendo camino entre el caos de olas, la proa chocaba contra el oleaje de agua blanca y verde y arrojaba al aire grandes cortinas de espuma que aterrizaban como torrenciales aguaceros en todas las cubiertas. El zarandeado navío se inclinaba y escoraba. Tras él, la horquilla iba sumergiéndose poco a poco otra vez en las intensas corrientes.

Un chaparrón de agua se estrelló contra la cubierta, tras ellos, y convirtió el paseo en un río torrencial de medio metro de profundidad. Ziller tuvo que apoyarse en las tres extremidades y poner una mano en la barandilla de la cubierta para sujetarse mientras avanzaban por la corriente hacia las puertas más cercanas. El avatar iba chapoteando en el río, que se agolpaba alrededor de sus rodillas como si le resultara indiferente. Abrió las puertas y ayudó a pasar a Ziller.

Ya en el vestíbulo, Ziller volvió a sacudirse y salpicó las relucientes paredes de madera y las colgaduras bordadas. El avatar se limitó a quedarse quieto mientras el agua se desprendía de su cuerpo, dejando su piel plateada y las ropas de tono mate completamente secas al tiempo que el agua le chorreaba por los pies y se escapaba por la cubierta.

Ziller se pasó una mano por el pelo de la cara y se dio unos golpecitos en las orejas. Miró la figura inmaculada que tenía delante, sonriendo, mientras él chorreaba. Se retorció el chaleco para quitarle el agua mientras inspeccionaba la piel y la ropa del avatar en busca de algún resto de humedad. La criatura parecía seca por completo.

–Ese es un rasgo muy molesto –le dijo.

–Antes me ofrecí a resguardarnos a los dos de la espuma –le recordó el avatar. El chelgriano volvió del revés uno de los bolsillos del chaleco y observó el chorro de agua resultante que cayó en la cubierta–. Pero usted dijo que quería experimentar la vivencia completa con todos sus sentidos, incluyendo el del tacto –continuó el avatar–. Cosa que debo decir que me pareció un poco indolente en ese momento.

Ziller miró con tristeza su pipa empapada y después a la criatura plateada.

–Y eso –dijo–, es otra.

Un pequeño dron que llevaba una toalla blanca muy grande, muy bien doblada y muy mullida, dobló una esquina y recorrió el pasaje a toda velocidad antes de pararse de repente a su lado. El avatar cogió la toalla y le dedicó un gesto de asentimiento a la otra máquina, que se inclinó y salió disparada otra vez.

–Tome –dijo el avatar mientras le tendía la toalla al chelgriano.

–Gracias.

Se volvieron para bajar por el pasaje, junto a salones donde pequeños grupos de personas observaban las aguas agitadas y las lloviznas de espuma del exterior.

–¿Y dónde está hoy nuestro comandante Quilan? –preguntó Ziller mientras se frotaba la cara con la toalla.

–Visitando Neremety, con Kabe, para ver unas islas torbellino. Es el primer día de la Estación de la Tentación de la escuela local.

Ziller también había visto ese espectáculo en otra plataforma, seis o siete años antes. La Estación de la Tentación era cuando las islas adultas soltaban las flores de algas que habían estado almacenando y pintaban fabulosos dibujos de remolinos en todas las bahías craterinas de su mar poco profundo. Se decía que el despliegue convencía a las crías del año anterior que vivían en el lecho del mar para que subiesen a la superficie y floreciesen convertidas en nuevas versiones de sí mismas.

–¿Neremety? –preguntó–. ¿Y eso dónde está?

–A medio millón de klicks de aquí, como mínimo. Por ahora está a salvo.

–Qué tranquilizador. ¿No te estás quedando sin sitios para distraer a nuestro pequeño mensajero? Lo último que oí es que le estabas enseñando una fábrica. –Ziller pronunció la última palabra con una carcajada de desdén.

El avatar parecía ofendido.

–Una fábrica de naves especiales, si no le importa –dijo–; pero sí, una fábrica no obstante. Y solo porque me lo pidió, podría añadir. No me faltan lugares que mostrarle, Ziller. Hay sitios en Masaq de los que usted ni siquiera ha oído hablar y que le encantaría visitar si supiera que existen.

–¿Los hay? –Ziller paró y se quedó mirando al avatar.

Este también se detuvo con una gran sonrisa.

–Pues claro. –Extendió los brazos–. No le iba a contar todos mis secretos a la vez, ¿no le parece?

Ziller siguió caminando mientras se secaba el pelo y miraba de soslayo a la criatura plateada que caminaba con paso ligero a su lado.

–Eres más hembra que macho; lo sabes, ¿no? –dijo.

El avatar levantó las cejas.

–¿De verdad lo cree?

–No me cabe duda.

El avatar lo miró con expresión divertida.

–Después quiere ver el Centro –le dijo a Ziller.

Este frunció el ceño.

–Ahora que lo pienso, yo tampoco he estado allí. ¿Hay mucho que ver?

–Hay una galería panorámica. Una buena vista de toda la superficie, como es obvio, pero no mejor de la que tiene la mayor parte de la gente al llegar, a menos que tengan mucha prisa y vuelen directamente a la superficie inferior. –El avatar se encogió de hombros–. Aparte de eso, no hay mucho que ver.

–He de entender entonces que toda tu fabulosa maquinaria es tan aburrida como me imagino.

–Si no más.

–Bueno, eso debería distraerlo un buen par de minutos. –Ziller se secó bajo los brazos y, (tras alzarse para caminar, inclinado, solo sobre las piernas traseras) se secó alrededor de la extremidad media–. ¿Le has mencionado a ese miserable que es muy posible que yo no aparezca en la primera representación de mi propia sinfonía?

–Todavía no. Creo que es posible que Kabe saque hoy el tema.

–¿Crees que hará lo más decente y renunciará a ir al concierto?

–La verdad es que no tengo ni idea. Si las sospechas que compartimos son correctas. Es probable que E. H. Tersono intente convencerlo de que vaya. –El avatar le dedicó a Ziller una amplia sonrisa–. Empleará algún tipo de argumento basado en la idea de que no debe ceder a lo que con toda probabilidad llamará su infantil chantaje, me imagino.

–Sí, algo tan frívolo como eso.

–¿Y cómo va *La luz que expira?* –preguntó el avatar–. ¿Ya están listas las piezas básicas? Solo faltan cinco días, el mínimo de tiempo al que están todos acostumbrados.

–Sí, ya están listas. Solo quiero consultar un par de ellas con la almohada una noche más, pero las publicaré mañana. –El chelgriano miró al avatar–. ¿Estás seguro de que esta es la mejor forma de hacerlo?

–¿Qué, utilizar piezas básicas?

–Sí. ¿No se perderá la gente la frescura del estreno? Ya la dirija yo o no.

–En absoluto. Solo habrán oído las melodías aproximadas, el perfil de los temas, eso es todo. Así les parecerá reconocer las ideas básicas, pero no estarán familiarizados con ellas. Eso les permitirá apreciar la obra entera mucho más. –El avatar golpeó al chelgriano entre los hombros, levantando una fina llovizna del chaleco. Ziller hizo una mueca, aquella criatura de aspecto ligero era más fuerte de lo que parecía–. Ziller, confíe en nosotros, es lo que funciona. Ah, y tras haber escuchado el esbozo que ha enviado, es magnífico. Le felicito.

–Gracias. –Ziller siguió secándose los costados con la toalla y luego miró al avatar.

–¿Sí? –dijo este.

–Me preguntaba una cosa.

–¿Qué?

–Algo que llevo preguntándome desde que llegué aquí, algo que nunca te he preguntado, primero porque me preocupaba cuál sería la respuesta, después porque sospechaba que ya sabía la respuesta.

–Cielos. ¿Qué puede ser? –preguntó el avatar con un parpadeo.

–Si lo intentaras tú, si cualquier Mente lo intentara, ¿podría imitar mi estilo? –preguntó el chelgriano–. ¿Podría escribir una obra, una sinfonía, digamos, que al crítico informado le pareciera mía y que, cuando yo la oyera, me imaginara estar

orgulloso de haberla escrito?

El avatar frunció el ceño mientras caminaba. Después se cruzó de manos a la espalda. Dio unos pasos más.

–Sí, me imagino que sería posible.

–¿Sería fácil?

–No. No más fácil que cualquier tarea complicada.

–¿Pero tú podrías hacerlo mucho más rápido que yo?

–Tendría que suponer que sí.

–*Mmm.* –Ziller hizo una pausa. El avatar se dio la vuelta para mirarlo. Detrás de Ziller, las rocas y los árboles velo del profundo barranco pasaban a toda velocidad. La barcaza se mecía con suavidad bajo sus pies–. Entonces –preguntó el chelgriano–, ¿qué sentido tiene que yo o cualquier otro escribamos una sinfonía o cualquier otra cosa?

El avatar alzó las cejas, sorprendido.

–Bueno, para empezar, si lo hace usted, es usted el que experimenta la sensación de logro.

–Si nos olvidamos de la parte subjetiva, ¿qué sentido tendría para los que la escuchan?

–Sabrían que habría sido alguien de su propia especie, no una Mente, el que lo había creado.

–Olvidémonos de eso también, supongamos que no se les ha dicho que es de una IA, o que no les importa.

–Si no se les ha dicho, entonces la comparación no es absoluta, se está ocultando información. Si no les importa, entonces no se parecen a ningún grupo de humanos que yo me haya encontrado jamás.

–Pero si tú puedes...

–Ziller, ¿le preocupa que las Mentes, las IA si lo prefiere, puedan crear, o incluso aparentar crear, obras de arte originales?

–Con franqueza, cuando son del tipo de obras de arte originales que yo creo, sí.

–Ziller, eso no importa. Tiene que pensar como un alpinista.

–¿Ah, sí?

–Sí. A algunas personas les lleva días, sudan a mares, soportan el dolor y el frío, se arriesgan a sufrir lesiones y, en algunos casos, una muerte permanente para llegar a la cima de una montaña y solo para descubrir que un grupo de coetáneos acaba de llegar en avión y está disfrutando de una merienda al aire libre.

–Si yo fuera uno de esos alpinistas estaría muy molesto.

–Bueno, se considera de mala educación aterrizar en una cumbre hacia la que hay personas que están intentando llegar por el método más difícil, pero se puede hacer y ocurre. Los buenos modales exigen que la merienda se comparta y que los que han

llegado en avión expresen admiración y respeto por el logro de los alpinistas.

»Lo que ocurre, claro está, es que las personas que se han pasado días allí y han sudado a mares también podrían haber cogido un avión hasta la cima si lo único que querían era disfrutar de la vista. Es la lucha lo que anhelan. La sensación de logro que se produce al recorrer la ruta que sube y baja del pico, no el pico en sí. Eso es solo el pliegue que hay entre las páginas. –El avatar dudó un momento. Ladeó un poco la cabeza y entrecerró los ojos–. ¿Hasta dónde tengo que llevar esta analogía, compositor Ziller?

–Lo has dejado muy claro, pero este alpinista sigue preguntándose si debería reeducar su alma para disfrutar de los placeres del vuelo y posarse en la cumbre de otra persona.

–Mejor que crear la suya. Vamos, tengo un moribundo al que despedir.

Ilom Dolince yacía en su lecho de muerte rodeado de amigos y familiares. Los toldos que habían cubierto la cubierta superior de popa de la barcaza mientras descendía las cataratas se habían retirado, dejando la cama al aire libre. Ilom Dolince se incorporó, estaba medio sumergido en almohadas flotantes y yacía en un colchón ahuecado que parecía un cúmulo; muy apropiado, pensó Ziller.

El chelgriano se quedó atrás, en la parte posterior de una media luna compuesta por unas sesenta personas que permanecían de pie o sentadas alrededor de la cama. El avatar fue a colocarse junto al anciano, le cogió la mano y se inclinó para hablar con él. Asintió y después le hizo un gesto a Ziller, que fingió no verlo y quiso hacer creer que lo había distraído un pájaro de colores estridentes que volaba bajo sobre las aguas lechosas del río.

–Ziller –dijo la voz del avatar desde la terminal bolígrafo del chelgriano–. Por favor, acérquese. A Ilom Dolince le gustaría conocerlo.

–¿Eh? Oh. Sí, por supuesto –dijo. Se sentía francamente incómodo.

–Compositor Ziller es un privilegio conocerlo. –El anciano estrechó la mano del chelgriano. De hecho no parecía tan viejo aunque tenía la voz débil.

Su piel tenía menos manchas y arrugas que las de algunos de los humanos que Ziller había visto y no se le había caído el cabello, aunque había perdido su pigmentación y por tanto estaba blanco. El apretón de manos no era fuerte, pero Ziller ya los había sentido más flácidos.

–Ah. Gracias. Me halaga que haya querido, eh, emplear parte de su, esto, tiempo, en conocer a un simple alienígena aficionado a las notas.

El anciano de cabello blanco de la cama adoptó una expresión pesarosa, dolorida incluso.

–Oh, compositor Ziller –dijo–. Lo siento. Está un poco incómodo con esto, ¿verdad? Qué egoísta soy. No se me ocurrió que mi muerte podría...

–No, no, yo, yo... Bueno, sí. –Ziller sintió que se le sonrojaba la nariz. Miró a su alrededor, a las otras personas más cercanas a la cama. Parecían solidarizarse con él, comprenderlo. Los odió–. Es solo que me parece raro. Eso es todo.

–¿Me permite, compositor? –dijo el hombre. Estiró una mano y Ziller permitió que se la cogiera otra vez. En esa ocasión el apretón fue más ligero–. Nuestras costumbres deben de parecerle muy raras.

–No más raras que las nuestras a ustedes, estoy seguro.

–Estoy listo para morir. –Ilom Dolince sonrió–. He vivido cuatrocientos quince años, señor. He visto los chebalythes de Eyske y su migración a Cielo Oscuro; he contemplado a los transatlánticos de campo esculpir llamaradas solares en Nudrun Alto, he sostenido a mi propio recién nacido en mis manos, he volado a las cavernas de Sart y me he sumergido en los arcos tubulares de Lirouthale. He visto tanto, he hecho tanto, que incluso aunque mi encaje neuronal intente atar los recuerdos que tengo de otro lugar a lo que hay en mi cabeza lo más impecablemente que puede, sé que he perdido mucho de aquí. –Se dio unos golpecitos en una sien–. No solo recuerdos, sino también personalidad. Así que es hora de cambiar y continuar adelante, o parar sin más. He puesto una versión de mí en una mente grupal por si alguien quiere hacerme alguna pregunta en cualquier momento, pero lo cierto es que ya no puedo molestarme en seguir viviendo. Al menos, no una vez que haya visto la ciudad de Ossuliera, cosa que he estado guardando para este momento. –Le sonrió al avatar–. Quizá vuelva cuando llegue el fin del universo.

–También ha dicho que quería que lo revivieran convertido en una animadora especialmente núbil si Notromg llegaba a ganar la Copa orbital –dijo el avatar con tono solemne. Asintió y respiró hondo entre dientes–. Yo me decantaría por lo del fin del universo si fuera usted.

–¿Lo ve, señor? –dijo Ilom Dolince con los ojos resplandecientes–. Me paro. –Una mano delgada palmeó la de Ziller–. Solo siento no estar aquí para escuchar su nueva obra, maestro. Me he sentido tentado a quedarme pero... Bueno, siempre hay algo que puede retenernos si no nos decidimos, ¿no cree?

–Yo diría que sí.

–Espero que no se ofenda, señor. Poca cosa más me habría hecho plantearme siquiera un retraso. No se ofende, ¿verdad?

–¿Cambiaría algo que me ofendiese, señor Dolince? –preguntó Ziller.

–Lo cambiaría, señor. Si yo pensara que se iba a sentir muy herido, todavía podría demorarme aunque estaría abusando de la paciencia de estas buenas personas –dijo Dolince mirando a su alrededor, a las personas reunidas junto a su lecho. Se oyó un coro bajo de amistosa disconformidad–. ¿Lo ve, compositor Ziller? He hecho las paces con todos. Creo que nunca han pensado tan bien de mí.

–Entonces sería un honor para mí que me incluyera entre ellos. –Ziller palmeó la

mano del humano.

–¿Es una gran obra, compositor Ziller? Espero que lo sea.

–No puedo decirle, señor Dolince –le dijo Ziller–. Yo estoy contento con ella. –Suspiró–. Pero según la experiencia, eso no es indicación alguna ni de su recepción inicial ni de su eventual reputación.

El hombre de la cama esbozó una amplia sonrisa.

–Espero que vaya maravillosamente bien, compositor Ziller.

–Yo también, señor.

Ilom Dolince cerró los ojos durante unos momentos. Cuando los abrió con un parpadeo le fue soltando la mano al compositor poco a poco.

–Un honor, compositor Ziller –susurró.

Ziller soltó la mano del humano y se apartó, agradecido, mientras los demás se adelantaban alrededor de la cama.

La ciudad de Ossuliera surgió entre las sombras al doblar un recodo de la garganta. Estaba tallada en parte en los acantilados de color pardo claro del propio abismo y en parte en piedras traídas de otras zonas del mundo y más allá. El río Jhree era allí más manso y corría en línea recta, profundo y sereno, por un único canal grande, del que se separaban otros canales y muelles más pequeños, arqueados sobre delicados puentes de metalespuma y madera, tanto vivos como muertos.

Los muelles de ambas orillas eran grandes plataformas de arenisca dorada que se perdían a lo lejos entre una calima azul, salpicadas de personas y animales, plantas sombra y pabellones, fuentes saltarinas y columnas altas y retorcidas de metales que lucían enrejados extravagantes y minerales deslumbradores.

Unas barcazas altas y majestuosas permanecían ancladas junto a los escalones donde grupos de chaurgresiles se sentaban, acicalándose unos a otros con una intensidad solemne. Las velas espejadas de naves más pequeñas atrapaban los remolinos de brisas inquietas y deslizaban las sombras anguladas por las aguas tranquilas que tenían detrás antes de arrojar revoloteos de reflejos resplandecientes por los muelles bulliciosos de ambos lados.

Algo más arriba, la escarpada ciudad se alzaba con una terraza retrasada tras otra, esculpidas todas ellas en los inmensos y atestados salientes de piedra; los toldos y los árboles paraguas salpicaban las galerías y las *piazzas;* los canales desaparecían en el interior de túneles abovedados tallados en los acantilados cincelados, los fuegos perfumados envían finas espirales de humo de violetas y azahar hacia el pálido cielo azul, donde bandadas de colas de labranza traslúcidas, puras y blancas, giraban con las alas extendidas dibujando espirales silenciosas en el aire y arqueándose sobre una sucesión estratificada de puentes más altos, más largos y más vagamente colocados, arqueados como arco iris solidificados bajo la bruma del aire; sus superficies, con sus

intrincadas tallas y deslumbrantes taraceados, desbordaban flores y estaban adornadas con guirnaldas de hojas, trepadoras y musgo velado.

Sonaba la música, que reverberaba entre los cañones, los muelles y los puentes de la ciudad. La repentina aparición de la barcaza provocó una andanada de bramidos excitados de una andrajosa manada de cumbrosauros que se habían dispuesto en un tramo de escalones que descendían hasta el río.

Ziller, ante la barandilla de cubierta, le dio la espalda al tumulto del paisaje para mirar la cama donde yacía Ilom Dolince. Unas cuantas personas parecían estar llorando. El avatar había colocado una mano sobre la frente del hombre y después le fue pasando los dedos argentinos por los ojos.

El chelgriano observó durante un rato la hermosa ciudad que se deslizaba junto a él. Cuando volvió a mirar, un largo dron gris desplazador flotaba sobre la cama. Las personas que se habían reunido alrededor se apartaron un poco y formaron un tosco círculo. Un campo plateado resplandeció en el aire donde estaba el cuerpo del hombre, después se encogió hasta convertirse en un punto y desapareció. Las mantas volvieron a posarse con suavidad sobre el lugar que había ocupado el cuerpo.

«La gente siempre mira al sol en momentos así», recordó que había señalado Kabe en cierta ocasión. Lo que estaba presenciando era el método convencional para disponer de un fallecido, tanto allí como en la mayor parte del resto de la Cultura. El cuerpo se había desplazado al núcleo de la estrella local. Y, como había señalado Kabe, si podían verlo, los presentes siempre miraban a ese sol, aunque por lo general pasarían un millón de años o más hasta que los fotones formados a partir del cadáver enviado pudieran brillar sobre el lugar en el que se encontraban ellos, fuera cual fuera.

Un millón de años. ¿Y después de todo ese tiempo seguiría allí ese mundo artificial mantenido con tanto cuidado? Lo dudaba. Para entonces hasta la Cultura en sí habría desaparecido. Chel desde luego lo habría hecho. Quizá la gente alzaba la vista porque sabía que no habría nadie para mirar al sol cuando llegara el momento.

Había otra ceremonia que llevar a cabo a bordo de la barcaza antes de abandonar la ciudad de Ossuliera. Una mujer llamada Nisil Tchasole iba a renacer. Almacenada en estado mental solo ochocientos años antes, había combatido en la guerra Idirana. Había querido que la despertaran a tiempo de ver brillar la luz de la segunda de las Dos Novas sobre Masaq. Le habían cultivado un clon de su cuerpo original y en menos de una hora iban a despertar su personalidad en su interior, así dispondría de unos cinco días para volver a aclimatarse a la vida antes de que la segunda nova irrumpiera en los cielos de la zona.

Se suponía que la combinación de ese renacimiento con la muerte de Ilom Dolince debía aliviar parte de la tristeza de la partida del hombre pero a Ziller la pulcritud de aquella combinación le parecía un acto de lo más trillado y artificial. No

quiso esperar para ver aquel pulcro renacimiento; saltó del barco cuando atracó, paseó durante un rato y después cogió el metro para volver a Aquime.

–Sí, en otro tiempo tuve una hermana gemela. Todo el mundo conoce la historia, creo, y está en todos los archivos. Existe un buen número de relatos e interpretaciones. Hay incluso algunas obras de ficción y musicales basados en ella, algunas más precisas que otras. Puedo recomendarle...

–Sí, todo eso ya lo sé, pero me gustaría que me contaras tú la historia.

–¿Está seguro?

–Pues claro que estoy seguro.

–Bueno, está bien entonces.

El avatar y el chelgriano se encontraban en un pequeño módulo para ocho personas, bajo la superficie que daba al exterior del orbital. La nave era un vehículo general capaz de viajar bajo el agua, de volar por la atmósfera o, como en aquellos momentos, de desplazarse por el espacio, si bien a velocidades puramente relativistas. Los dos se encontraban mirando hacia delante, la pantalla comenzaba a sus pies y se alzaba sobre sus cabezas. Era como estar en una nave espacial con el morro de cristal, salvo que ningún cristal fabricado jamás podría haber transmitido una representación tan fiel del paisaje que tenían delante y que los rodeaba.

Habían pasado dos días de la muerte de Ilom Dolince y faltaban tres para el concierto del estadio Stullien. Ziller, una vez terminada la sinfonía y comenzados los ensayos, se sentía consumido por una inquietud que le resultaba muy familiar. Tras intentar pensar en los paisajes de Masaq que no había visto todavía, había pedido que le mostraran el aspecto que tenía el orbital desde abajo al pasar a toda velocidad, así que el avatar y él habían descendido por un acceso de la plataforma al pequeño puerto espacial que había bajo las profundidades de Aquime.

La meseta en la que se encontraba Aquime era hueca en su mayor parte, el espacio del interior estaba ocupado por viejos almacenes de naves y sobre todo por anticuadas fábricas de productos generales. En la mayor parte de la zona del orbital para acceder a la plataforma solo había que descender unos cien metros o menos, desde Aquime había casi un kilómetro en línea recta hasta el espacio abierto.

El módulo de ocho personas estaba frenando en relación con el mundo que tenían encima. Estaba a favor del giro galáctico, así que el efecto era que el orbital que tenían cincuenta metros por encima comenzaba a pasar por encima de ellos, despacio al principio, pero cada vez más deprisa, mientras que las estrellas que tenían bajo los pies y a ambos lados, y que habían estado girando con lentitud, parecían estar deteniéndose.

La superficie inferior del mundo era una extensión grisácea y brillante de lo que parecía metal, apenas iluminada por la luz de las estrellas y del sol que se reflejaba en

algunos de los planetas más cercanos del sistema. Había algo intimidante, plano y perfecto en aquella planicie inmensa que colgaba sobre sus cabezas, pensó Ziller, por mucho que estuviera salpicada por mástiles y puntos de acceso y estuviera entrelazada por los raíles del metro.

Los raíles se alzaban con lentitud en algunos lugares para cruzarse con otras rutas que se hundían hasta la mitad de la estructura de la superficie inferior antes de regresar a la inmensa y plana llanura. En otros lugares, los raíles giraban formando enormes bucles que tenían decenas o incluso centenares de kilómetros de anchura y que creaban un gigantesco y complicado encaje de surcos y líneas grabadas en la superficie inferior del mundo, como la fabulosa e intrincada inscripción de un brazalete. Ziller vio algunos de los vagones que pasaban disparados por la superficie inferior, en grupos de uno o dos, o incluso trenes más largos.

Los raíles eran la mejor forma de medir su velocidad relativa; se habían movido por encima de ellos a escasa velocidad al principio, parecían alejarse poco a poco o regresar dibujando una curva suave. En ese momento, a medida que el módulo iba reduciendo la velocidad y utilizando los motores para frenar, y el orbital parecía acelerar, las líneas parecían fluir y después alejarse a toda prisa por encima de ellos.

Se metieron debajo de una sierra Mampara, todavía parecían acelerar. El techo de materia gris que tenían encima se alejó a toda velocidad y desapareció en una oscuridad de cientos de kilómetros de altura, salpicada de luces microscópicas. Los raíles del metro descansaban en unos puentes colgantes imposiblemente finos que pasaron destellando, unas líneas rectas y finas perfectas de luz tenue; los monofilamentos que los sujetaban resultaban invisibles a la velocidad relativa que había acumulado el módulo.

Y entonces la ladera contraria de la sierra Mampara se abalanzó sobre ellos, destellando, precipitándose contra el morro del módulo. Ziller intentó no agacharse. Fracasó. El avatar no dijo nada, pero el módulo se alejó un poco más, de modo que se encontraron a medio kilómetro de la superficie inferior. Lo que tuvo un efecto temporal, pareció frenar un poco al orbital.

El avatar comenzó a contarle a Ziller su historia.

En otro tiempo, la Mente que se había convertido después en el Centro de Masaq (para sustituir al titular original que había decidido sublimarse no mucho después del final de la guerra Idirana) fue primero la mente del cuerpo de una nave llamada *Daño permanente*. Era un Vehículo General de Sistemas de la Cultura, construido hacia el final de tres agitadas décadas en las que poco a poco había ido quedando claro que la posibilidad de una guerra entre los idiranos y la Cultura era más que probable.

Se había construido para cumplir el papel de nave civil si por alguna razón no se producía el conflicto pero también se había diseñado para tomar parte en la guerra si

esta estallaba, listo para construir de forma continua naves de guerra más pequeñas, transportar personal y material y (cargada con su propio armamento) implicarse directamente en la batalla.

Durante la primera parte del conflicto, cuando los idiranos presionaban a la Cultura en todos los frentes y lo único que hacía la Cultura era irse retirando cada vez más y de vez en cuando montar acciones de contención muy ocasionales, cuando había que ganar tiempo para llevar a cabo una evacuación, el número de auténticas naves de guerra listas para luchar era todavía escaso. Se encargaban del trabajo sobre todo los Vehículos de Contactos Generales pero los pocos VGS preparados para la guerra también asumían su parte de la carga.

Fueron muchas las ocasiones y las batallas en las que la prudencia militar habría dictado que se despachara un flota de naves de guerra más pequeñas; el hecho de que alguna de ellas (o incluso la mayoría) no regresara habría sido lamentable, pero no un desastre, pero a esas mismas ocasiones, mientras la Cultura continuaba implementando sus preparativos para una producción bélica a gran escala, solo podían enfrentarse con el compromiso de un VGS listo para el combate.

Un Vehículo General de Sistemas armado era una máquina de luchar poderosísima que podía sobrepasar en potencia de fuego a cualquier unidad del lado idirano sin dificultades, pero no era solo inherentemente menos flexible como instrumento de guerra, comparada con una flota de naves más pequeñas, también era única en la naturaleza binaria de su capacidad de supervivencia. Si una flota se encontraba con problemas serios, por lo general algunas de sus naves podían huir para seguir luchando otro día, pero un VGS acosado de forma similar o bien triunfaba o sufría una destrucción total, a petición propia si no era a causa de las acciones del enemigo.

Ya solo la contemplación de una pérdida de semejante magnitud era suficiente para provocarles a las Mentes de planificación estratégica del mando de guerra de la Cultura el equivalente a úlceras, noches sin dormir y rabietas varias.

Durante uno de los enfrentamientos más desesperados, para ganar tiempo mientras un grupo de orbitales culturales se preparaba para escapar e iban adquiriendo poco a poco la velocidad suficiente para garantizar la huida de los mundos del volumen de espacio amenazado, la nave *Daño permanente se* había metido en un entorno especialmente salvaje y peligroso de las profundidades de la naciente esfera de hegemonía idirana.

Antes de partir para lo que la mayor parte de los interesados, incluida la propia nave, pensaba que sería su última misión, transmitió automáticamente su estado mental (de hecho, su alma) a otro VGS que después envió la grabación a otra Mente de la Cultura, al otro lado de la galaxia, donde podría quedar guardada, inactiva y a salvo. Después, junto con unas cuantas unidades auxiliares (unidades que apenas

merecían el nombre de naves de guerra, más bien cápsulas de armas con motor a medio desarrollar), emprendió la incursión, subió y se alzó sobre la lente de la galaxia dibujando un rumbo alto y corvo, aferrándose a la curva de las estrellas como una garra.

La nave *Daño permanente* se arrojó sobre la telaraña de los suministros idiranos, sobre su apoyo logístico y sus rutas de refuerzos como un ave raptora desquiciada que cayera sobre un nido de garitos en plena hibernación, devastando y trastocando todo lo que pudo encontrar en una serie errática de ataques asesinos a toda velocidad que lo pulverizaban todo y que se extendieron por siglos enteros de espacio que los idiranos ya hacía mucho tiempo que pensaban que estaba libre de naves de la Cultura.

Se había acordado que no habría ninguna comunicación por parte del VGS a menos que por algún milagro consiguiera volver a la cada vez más retraída esfera de influencia cultural; la única señal que les llegó a sus compañeras de que había evitado una detección inmediata y su consiguiente destrucción fue que la presión sobre las unidades que se habían quedado atrás para contener el empuje directo de las flotas de batalla idiranas que se redujo de forma apreciable a medida que los navíos enemigos o bien eran interceptados antes de llegar al frente, o desviados de este para enfrentarse a la amenaza que acababa de surgir.

Entonces empezaron a oírse rumores entre algunas de las naves refugiadas neutrales que huían de las hostilidades, hablaban de un grupo de flotas idiranas que se habían arremolinado alrededor de un volumen de espacio cerca de la ubicación de una incursión reciente en las mismísimas afueras de la galaxia, seguido por una batalla feroz que había culminado con una explosión aniquiladora gigantesca cuya signatura, cuando al fin se había recogido y analizado, era exactamente igual a la que producía un VGS militar asediado de la Cultura cuando había tenido tiempo de orquestar una secuencia de destrucción ajena máxima.

La noticia de la batalla, del éxito marcial del VGS y de su sacrificio final ocupó todos los titulares y fue el objetivo principal de todos los menús durante menos de un día. La guerra, como las flotas de batalla idiranas, continuó adelante, y florecieron las distracciones y las tretas, los incidentes y los estragos, el horror y el espectáculo.

Poco a poco, la Cultura implementó el cambio a una producción de guerra a gran escala; los idiranos (ya ralentizados por los compromisos que habían tenido que adquirir para controlar el colosal volumen de territorios recién conquistados) vieron cómo el ritmo de su avance titubeaba en algunos sitios, en un principio debido a su propia incapacidad para emplear los equipos de combate requeridos, pero cada vez más por la creciente capacidad de la Cultura para hacerlos retroceder; las fábricas de los orbitales de la Cultura, lejos de la guerra, habían comenzado a producir y enviar flotas enteras de naves de guerra nuevas.

Nuevas pruebas de la destrucción del VGS *Daño permanente* (y de los navíos de

guerra idiranos que se había llevado con él) llegaron con una nave neutral de otra especie Implicada que había pasado cerca del lugar de la batalla. La personalidad almacenada de *Daño permanente* se resucitó como estaba previsto en la Mente en la que se había almacenado y se colocó en otra nave de la misma clase. Se unió (de nuevo) a la lucha que todo lo cercaba, se lanzó a batalla tras batalla, sin saber cuál podría ser la última para ella y conteniendo en su interior todos los recuerdos de su anterior encarnación intactos, hasta el instante en que se había deshecho de sus campos y había puesto rumbo con una trayectoria circular hacia el espacio idirano, todo un año antes.

Solo hubo una pequeña complicación.

La *Daño permanente*, la Mente de la nave original, no había quedado destruida. Como VGS había luchado hasta el final y había peleado hasta el último momento, con lealtad y determinación, y sin pensar en su propia seguridad, pero al final, como Mente individual, había escapado en una de sus cápsulas armamentísticas esclavas.

Tras haber sufrido su parte de las profundamente centradas atenciones no de una, sino de varias flotas de guerra idiranas, a aquellas alturas, la nave de guerra que no lo era del todo era poco más que un desecho, una nave de guerra que no lo era del todo...

Arrojada por el estallido de energía de la autodestrucción del VGS, expulsada del cuerpo principal de la galaxia con energía apenas suficiente para mantener su estructura, la nave se alejó volando por encima del plano de la galaxia, más parecida a un trozo gigante de metralla que a una nave, desarmada en su mayor parte, casi ciega y totalmente muda, sin atreverse a utilizar los motores, demasiado toscos y apenas listos para funcionar, por miedo a que la detectasen hasta que, al final, no le quedó más remedio. Incluso entonces conectó los motores solo durante el periodo de tiempo mínimo requerido para evitar chocar con la rejilla de energía que había entre los universos.

Si los idiranos hubieran tenido más tiempo, habrían buscado cualquier fragmento superviviente del VGS y es muy probable que hubieran encontrado a la náufraga. Pero el caso era que había habido asuntos más urgentes que atender. Para cuando a alguien se le ocurrió que había que comprobar otra vez que la destrucción del VGS había sido tan completa como había parecido en un principio, el navío medio destrozado, a un milenio de distancia ya del límite superior del gran disco de estrellas que era la galaxia, estaba lo bastante lejos como para evitar que lo detectaran.

Comenzó a repararse a sí misma poco a poco. Pasaron cientos de días. Con el tiempo, se arriesgó a utilizar sus muy trabajados motores para que la arrastraran hacia las regiones del espacio donde esperaba que la Cultura siguiera dominando. Sin saber muy bien quién estaba dónde, se abstuvo de enviar señales hasta que, al final, regresó a la galaxia en sí, en una región que estaba razonablemente segura de que todavía

debía permanecer fuera del control idirano.

La señal que anunciaba su llegada causó alguna confusión al principio pero un VGS fue a su encuentro y la acogió a bordo. Le informaron que tenía una hermana gemela.

Fue la primera, pero no la última vez que iba a ocurrir algo parecido durante la guerra, a pesar del cuidado que tuvo la Cultura a la hora de confirmar las muertes de sus Mentes. La Mente original se volvió a colocar en otro VGS recién construido que tomó el nombre de *Daño permanente I*. La nave sucesora se puso un nuevo nombre, *Daño permanente II*.

Se convirtieron en parte de la misma flota de batalla tras una solicitud conjunta y lucharon juntas durante otras cuatro décadas de guerra. Hacia el final, las dos estaban presentes cuando tuvo lugar la batalla de las Dos Novas, en la región del espacio conocida como Arma Uno-Seis.

Una sobrevivió, la otra pereció.

Habían intercambiado sus estados mentales antes de que comenzara la batalla. La superviviente incorporó el alma de la nave destruida a su propia personalidad, como habían acordado. Esta también estuvo a punto de ser aniquilada en la lucha y una vez más tuvo que coger una nave más pequeña para salvarse tanto ella como el alma rescatada de su gemela.

–¿Cuál murió? –preguntó Ziller–. ¿La I ó la II?

El avatar esbozó una sonrisa cohibida.

–Estábamos muy cerca en el momento en que ocurrió y fue todo muy confuso. Pude ocultar quién murió y quién sobrevivió durante muchos años, hasta que alguien hizo el trabajo policial relevante. Fue la II la que murió, la I la que vivió. –La criatura se encogió de hombros–. No importaba. Fue solo la estructura de la nave que albergaba el sustrato lo que quedó destruido, y el cuerpo de la nave superviviente sufrió el mismo destino. El resultado fue el mismo que si hubiera sido al revés. Ambas Mentes se convirtieron en una sola Mente, yo. –El avatar pareció dudar, después hizo una reverencia exquisita.

Ziller observó el orbital, que pasaba a toda velocidad sobre sus cabezas. Las hileras de vagones pasaban disparadas, casi demasiado rápido para poder seguirlas. Solo se veían las impresiones más vagas de los vagones, incluso en los trenes largos, a menos que se movieran en la misma dirección que parecía moverse el módulo. Luego parecían moverse más despacio durante un rato, antes de apartarse, adelantarse, quedarse atrás o dibujar una curva hacia alguno de los dos lados.

–Me imagino que la situación debía de ser muy confusa si pudiste ocultar quién había muerto –dijo Ziller.

–Era bastante mala –asintió el avatar con ligereza. Estaba observando la

superficie inferior del orbital, que pasaba zumbando, con una sonrisa vaga en la cara–. Como suele ocurrir en la guerra.

–¿Qué hizo que quisieras convertirte en la Mente de un Centro?

–¿Quiere decir aparte de la necesidad de asentarme y hacer algo constructivo después de todas las décadas que me había pasado cruzando como un rayo la galaxia para destruir cosas?

–Sí.

El avatar se giró para mirarlo.

–He de suponer que ha hecho sus deberes, compositor Ziller.

–Sé algo de lo que ocurrió. Pero piensa en mí como alguien lo bastante anticuado, o lo bastante primitivo, como para querer oír las cosas directamente de la persona que estaba allí.

–Tuve que destruir un orbital, Ziller. De hecho, tuve que bombardear tres en un solo día.

–Bueno, la guerra es un infierno.

El avatar lo miró como si quisiera averiguar si el chelgriano se estaba esforzando demasiado para quitarle importancia a la situación.

–Como ya he dicho, los acontecimientos se encuentran todos en los archivos públicos.

–¿He de entender que no había alternativa?

–Así es. Ese fue el criterio con el que tuve que actuar.

–¿El tuyo?

–En parte. Formé parte del proceso de toma de decisiones, aunque si no hubiera estado de acuerdo, quizá hubiera actuado de todos modos como lo hice. Para eso está la planificación estratégica.

–Debe de ser una carga, no poder decir siquiera que solo estabas obedeciendo órdenes.

–Bueno, eso siempre es mentira, o señal de que se está luchando por una causa indigna, o que todavía le falta mucho para desarrollarse de una forma civilizada.

–Un desperdicio terrible, tres orbitales. Una responsabilidad.

El avatar se encogió de hombros.

–Un orbital no es más que materia inconsciente, aunque represente un gran esfuerzo y un gran empleo de energía. Sus Mentes ya estaban a salvo, hacía tiempo que se habían ido. Fueron las muertes humanas lo que me afectó.

–¿Murió mucha gente?

–Tres mil cuatrocientas noventa y dos.

–¿De cuántas?

–Trescientos diez millones.

–Una proporción pequeña.

–Siempre es el cien por cien para los individuos en cuestión.

–Con todo.

–No, no hay ningún «con todo» –dijo el avatar sacudiendo la cabeza. La luz se deslizó por su piel plateada.

–¿Cómo sobrevivieron esos cientos de millones?

–Los sacaron de allí, en su mayoría. Alrededor de un veinte por ciento fue evacuado en vagones de metro, funcionan como botes salvavidas. Hay muchas formas de sobrevivir, se pueden trasladar orbitales enteros si tienes tiempo, o puedes sacar a la gente, o (a corto plazo) utilizar vagones de metro u otros sistemas de transporte, o simples trajes. En unas cuantas ocasiones se evacuaron orbitales enteros por medio de la transmisión/almacenamiento; los cuerpos humanos quedaron inertes después de que se transmitieran sus estados mentales. Aunque eso no siempre te salva, si el sustrato de almacenamiento también se ha convertido en escoria antes de poder transmitir la información.

–¿Y los que no escaparon?

–Todos sabían lo que estaban eligiendo. Algunos habían perdido seres queridos, algunos estaban, supongo, locos, pero nadie estaba lo bastante seguro como para negarles la posibilidad; otros eran viejos o estaban cansados de la vida, y algunos esperaron demasiado para escapar, ya fuera de forma corpórea o enviando la información después de ver el espectáculo, o tuvieron algún problema con su transporte o con el archivo o la transmisión de su estado mental. Algunos tenían creencias que les hicieron quedarse. –El avatar clavó los ojos en los de Ziller.

»Salvo por los que experimentaron fallos en el equipo, grabé todas y cada una de esas muertes, Ziller. No quería que fueran seres anónimos, no quería ser capaz de olvidar.

–Un poco morboso, ¿no?

–Llámelo como quiera. Fue algo que sentí que tenía que hacer. La guerra puede alterar tu percepción, cambiar tus valores. Yo no quería sentir que lo que estaba haciendo era cualquier otra cosa que no fuera trascendental y horrendo, incluso, en cierto sentido primario, una barbarie. Envié drones, micromisiles, plataformas con cámaras y micrófonos ocultos a esos tres orbitales. Vi morir a cada una de esas personas. Algunas desaparecieron en menos de un abrir y cerrar de ojos, destruidas por mis propias armas de energía o aniquiladas por las cabezas nucleares que había desplazado. Algunas tardaron solo un poco más, incineradas por la radiación o destrozadas por los estallidos. Algunas murieron muy despacio, cayendo al espacio para toser sangre, que se convertía en hielo rosa delante de sus ojos congelados, o se encontraron de repente ingrávidas cuando el suelo desapareció bajo sus pies y la atmósfera que las rodeaba se alzó en el vacío como una tienda atrapada en una galerna, de modo que ellos se encontraron buscando aire hasta que murieron.

»A la mayoría los podría haber rescatado, los mismos desplazados que estaba usando para bombardear el sitio podrían haberlos absorbido y como último recurso mis efectores podrían haberles extraído los estados mentales de la cabeza al tiempo que los cuerpos se congelaban o ardían a su alrededor. Hubo tiempo de sobra.

–Pero las dejaste allí.

–Sí.

–Y las observaste.

–Sí.

–Con todo, la decisión de quedarse fue suya.

–Así es.

–¿Y les pediste permiso para grabar su agonía?

–No. Ya que me daban la responsabilidad de matarlos, al menos podían complacerme en eso. Sí que les dije antes a todos los interesados lo que iba a hacer. Esa información salvó a unos cuantos. Aunque atrajo bastantes críticas. Algunas personas pensaban que era un acto de insensibilidad.

–¿Y tú cómo te sentiste?

–Espeluznado. Compadecido. Desesperado. Distanciado. Eufórico. Endiosado. Culpable. Horrorizado. Miserable. Contento. Poderoso. Responsable. Manchado. Apenado.

–¿Eufórico? ¿Contento?

–Esas son las palabras que más se acercan. Hay una euforia innegable cuando se provoca el caos, cuando se produce una destrucción tan masiva. En cuanto a lo de sentirme contento, me satisfizo que algunos de los que murieron lo hicieran porque fueron lo bastante estúpidos como para creer en dioses o en un más allá que no existe, aunque sentí una pena terrible por ellos cuando murieron en la ignorancia y por culpa de sus disparates. Me sentí contento porque mis sistemas armamentísticos y sensoriales estaban funcionando como se suponía que debían funcionar. Me sentí contento porque, a pesar de mis recelos, fui capaz de cumplir con mi obligación y actuar como había determinado que debía hacerlo un agente moralmente responsable, dadas las circunstancias.

–¿Y eso te convierte en el ser más adecuado para regir un mundo de cincuenta mil millones de almas?

–Desde luego –dijo el avatar sin inmutarse–. He saboreado la muerte, Ziller. Cuando mi gemela y yo nos fusionamos, estábamos lo bastante cerca como para que la nave que estaba siendo destruida mantuviese un enlace en tiempo real con el substrato de la Mente de su interior al tiempo que la destrozaban las fuerzas mareomotrices producidas por un arma de línea. Todo terminó en un microsegundo, pero la sentimos morir poco a poco, zona por zona distorsionada, recuerdo por recuerdo desaparecido, todos continuaron adelante hasta el final amargo y absoluto

gracias al ingenio del diseño de la Mente, todos retrocedieron, se replegaron, se cerraron, retiraron, reagruparon, comprimieron, abandonaron, abstrajeron y se hicieron valer de artificios, intentando siempre y por cualquier medio posible, mantener la personalidad de la nave, su alma intacta, hasta que ya no quedaba nada más que sacrificar, ningún otro sitio al que ir y ya no quedaban estrategias de supervivencia que aplicar.

»Al final fue desapareciendo en la nada, fue haciéndose añicos hasta que se disolvió convertida en una bruma de partículas subatómicas y la energía del caos. Las últimas dos cosas coherentes a las que se aferró fueron su nombre y la necesidad de mantener el enlace que comunicaba todo lo que le estaba pasando y nos lo enviaba. Experimentamos todo lo que experimentó esa nave, todo su desconcierto y terror, cada pizca de cólera y orgullo, hasta el último matiz de dolor y angustia. Morimos con ella, nosotras éramos ella y ella era nosotras.

»Así que ya ve que ya he muerto y puedo recordar y revivir la experiencia con todo detalle cada vez que lo desee. –El avatar esbozó una sonrisa sedosa al inclinarse sobre el compositor, como si quisiera hacerle una confidencia–. No olvide jamás que no soy este cuerpo plateado, mahrai. No soy un cerebro animal, ni siquiera soy un intento de producir una IA a través de un programa que se ejecuta en un ordenador. Soy una Mente de la Cultura. Somos casi dioses, y estamos muy por encima.

»Somos más rápidos, vivimos más deprisa y de una forma más completa que vosotros, con muchos más sentidos, una reserva mucho mayor de recuerdos y con un nivel mucho más refinado de detalles. Morimos con más lentitud y también de una forma mucho más completa. No se olvide que he tenido la oportunidad de comparar y contrastar las formas de morir.

Miró hacia otro lado durante un momento. El orbital corría sobre sus cabezas. Nada permanecía ante ellos más de lo que duraba un parpadeo. Los raíles del metro eran contornos borrosos. La impresión de velocidad era colosal. Ziller bajó la cabeza. Las estrellas parecían inmóviles.

Había echado cuentas mentalmente antes de entrar en el módulo. La velocidad que llevaban en relación con el orbital era de unos ciento diez kilómetros por segundo. Los trenes expresos de largo recorrido todavía serían capaces de adelantarlos, al módulo le llevaría un día entero rodear el mundo que se cernía allí, mientras que la garantía de tiempo de viaje que daba el Centro era solo de dos horas de un puerto de tren expreso a otro, y un viaje de tres horas desde cualquier punto de acceso de una plataforma dada a otro.

–He visto morir a las personas con todo detalle, exhaustivo y penetrante –continuó el avatar–. Lo he sentido con ellos. ¿Sabía usted que el verdadero tiempo subjetivo se mide en la duración mínima de pensamientos independientes demostrados? Por segundo, un humano (o un chelgriano) quizá tenga veinte o treinta,

incluso en el estado enaltecido de angustia extrema que se asocia con el proceso de morir de forma dolorosa. –Los ojos del avatar parecían brillar. Se adelantó, quedó separado de la cara del compositor solo por la anchura de una mano.

»Mientras que yo –susurró–, tengo billones. –Sonrió y hubo algo en su expresión que hizo que Ziller apretara los dientes–. Vi morir a esos pobres desgraciados a cámara muy, muy lenta y sabía, incluso mientras miraba, que era yo el que los había matado, el que estaba en esos momentos ocupado en el proceso de matarlos. Es muy, muy fácil que algo como yo pueda matar algo como ellos, o como usted; y, como descubrí, algo absolutamente repugnante. Igual que no me hace falta preguntarme qué se siente al morir, tampoco me hace falta preguntarme qué se siente al matar, Ziller, porque lo he hecho y es un desperdicio, un acto torpe, indigno y odioso.

»Y como quizá se imagine, considero que tengo una obligación que cumplir. Tengo intención de pasar el resto de mi existencia aquí, siendo el Centro de Masaq durante el tiempo que me necesiten o hasta que ya no me quieran, oteando para siempre a barlovento por si se acercan tormentas y protegiendo, en general, este pintoresco y pequeño círculo de cuerpecitos frágiles, y los vulnerables cerebritos que albergan, para evitarles cualquier daño que un gran universo mecánico y tonto, o cualquier fuerza consciente malévola, les pueda o desee infringir, sobre todo porque sé lo espeluznantemente fácil que es destruirlos. Daré mi vida para salvar la suya, si en algún momento se llega a eso. Y además la daré encantado, con alegría, sabiendo que el intercambio puede saldar la deuda que adquirí hace ochocientos años, allá en Arma Uno-Seis.

El avatar dio un paso atrás, esbozó una amplia sonrisa y ladeó la cabeza. Ziller pensó que de repente parecía que había estado comentando el menú de un banquete o la ubicación de un nuevo tubo de acceso al metro.

–¿Alguna otra pregunta, compositor Ziller?

Este lo miró durante unos momentos.

–Sí –dijo. Levantó la pipa–. ¿Puedo fumar aquí?

El avatar se adelantó, le rodeó los hombros con un brazo y con la otra mano chasqueó los dedos. Una llama amarilla azulada surgió del dedo índice.

–Por favor.

Sobre sus cabezas, en cuestión de segundos, el orbital fue frenando hasta detenerse mientras bajo sus pies las estrellas comenzaban a girar una vez más.

XIV

Regresar para irse, recordar para olvidar

–¿Cuántos morirán?

–Quizá el diez por ciento. Esos son los cálculos.

–Lo que serían... ¿cinco mil millones?

–*Mmm*, sí. Es más o menos lo que perdimos nosotros. Ese es el número aproximado de almas a las que se les prohíbe llegar al más allá por culpa de la catástrofe que nos infligió la Cultura.

–Es una gran responsabilidad, estodien.

–Es una matanza, comandante –dijo Visquile, con una sonrisa carente de humor–. ¿Es eso lo que está pensando?

–Es una venganza, una compensación.

–Sigue siendo una matanza, comandante. No nos andemos con remilgos. No nos escondamos tras los eufemismos. Es una matanza de no combatientes y, como tal, ilegal según los acuerdos galácticos que hemos firmado. No obstante, creemos que es un acto necesario. No somos bárbaros ni estamos locos. No se nos ocurriría hacer algo tan horrendo, ni siquiera a los alienígenas, si no hubiera quedado claro que se ha convertido (a causa de las acciones de esos mismos alienígenas) en algo que debe hacerse para rescatar a nuestro propio pueblo del limbo. No cabe duda de que la Cultura nos debe esas vidas. Pero sigue siendo un acto espeluznante, hasta su planteamiento lo es. –El estodien se adelantó un poco en su asiento y cogió una de las manos de Quilan entre las suyas–. Comandante Quilan, si ha cambiado de opinión, si está comenzando a replanteárselo, díganoslo ahora. ¿Todavía está dispuesto a hacerlo?

Quilan miró a los ojos al anciano.

–Una sola muerte ya es espeluznante, estodien.

–Por supuesto. Y cinco mil millones de vidas parecen un número irreal, ¿no es cierto?

–Sí. Irreal.

–Y no lo olvide, los desaparecidos lo han leído, Quilan. Han mirado en su cabeza y saben incluso mejor que usted de lo que es usted capaz. Han declarado que puede hacerlo. Por tanto, deben de estar seguros de que hará lo que debe hacerse aunque hasta usted tenga dudas.

Quilan bajó la mirada.

–Es un consuelo, estodien.

–Es inquietante, diría yo.

–Quizá también un poco. Quizá una persona a la que se podría llamar civil confirmado sentiría más inquietud que consuelo. Pero yo sigo siendo un soldado, estodien. No está mal saber que soy capaz de cumplir con mi obligación.

–Bien –dijo Visquile mientras soltaba la mano de Quilan y se acomodaba otra vez en la silla–. Bueno. Volvemos a empezar. –Se levantó–. Acompáñeme.

Habían pasado cuatro días desde su llegada a la aerosfera. Quilan se había pasado la mayor parte de ese tiempo en la cámara que contenía la nave templo *Refugio del alma,* con Visquile. Se sentaba o se echaba en la cavidad esférica que había en el espacio interno más profundo del *Refugio del alma* mientras el estodien intentaba enseñarle a utilizarla función del desplazador del Guardián de Almas.

–El alcance del mecanismo es solo de catorce metros –le dijo Visquile el primer día. Estaban sentados a oscuras, rodeados por un sustrato que albergaba millones de muertos–. Cuanto más pequeño sea el salto y por supuesto, cuanto menor sea el tamaño del objeto que se desplaza, menos potencia se requiere y menos probabilidades hay de que se detecte la acción. Catorce metros debería ser suficiente para lo que se requiere.

–¿Qué es lo que estoy intentando enviar, desplazar?

–En un principio, una de una reserva de veinte cabezas nucleares de fogueo que se introdujeron en su Guardián de Almas antes de que se colocara en su interior. Cuando llegue el momento de que se enfade y dispare, estará manipulando la transferencia de un extremo de un agujero de gusano microscópico, aunque sin el agujero de gusano.

–Eso suena...

–Extraño, como poco. No obstante, es lo que hay.

–¿Entonces no es una bomba?

–No. Aunque el efecto final será bastante parecido.

–Ah –dijo Quilan–. Así que, una vez que ha tenido lugar el desplazamiento, ¿yo me voy tan tranquilo?

–En un principio sí. –Quilan consiguió distinguir que el estodien lo estaba mirando–. ¿Por qué, comandante, esperaba que ese fuera el momento de su muerte?

–Sí, así es.

–Eso sería demasiado obvio, comandante.

–Me han descrito esto como una misión suicida, estodien. Odiaría pensar que hay alguna posibilidad de que sobreviva y me sienta engañado.

–Qué molesto es que aquí esté tan oscuro y no pueda ver la expresión de su cara cuando dice eso, comandante.

–Hablo muy en serio, estodien.

–*Mmm.* Quizá sea lo mejor. Bueno, permítame tranquilizarlo, comandante. No hay ninguna duda de que morirá cuando se active el agujero de gusano. Al instante. Espero que eso no esté reñido con algún deseo que haya podido albergar de una muerte lenta.

–Con el hecho es suficiente, estodien. El modo no es algo que me preocupe demasiado aunque preferiría que fuera rápido en lugar de lento.

–Y rápido será, comandante. Tiene usted mi palabra.

–Bueno, estodien, ¿y dónde llevo a cabo ese desplazamiento?

–Dentro del Centro del orbital Masaq. La estación espacial que se encuentra en el medio del mundo.

–¿Es un lugar accesible de ordinario?

–Por supuesto. Quilan, los colegios hacen excursiones allí para que sus retoños puedan ver dónde acampa la máquina que supervisa sus consentidas vidas. –Quilan oyó que el anciano recogía las túnicas a su alrededor–. Solo tiene que pedir que se lo enseñen. No parecerá en absoluto sospechoso. Lleva a cabo el desplazamiento y regresa a la superficie del orbital. A la hora señalada, la boca del agujero de gusano se conectará con el agujero en sí. El Centro quedará destruido.

»El orbital continuará funcionando utilizando otros sistemas automáticos situados en el perímetro, pero se perderán algunas vidas cuando varios procesos especialmente críticos se dejen funcionando sin control, serán sistemas de transporte en su mayor parte. Las almas almacenadas en los sustratos del propio Centro también se perderán. En cualquier momento dado, las almas almacenadas pueden llegar a ser más de cuatro mil millones; esas serán las que representen la mayor parte de las vidas que el Puen-Chelgriano requiere para permitir la entrada de los nuestros en el cielo.

«Pensamientos de Quilan»

Las palabras resonaron de repente en su cabeza y lo hicieron estremecerse. Sintió que Visquile se quedaba callado a su lado.

~ Desaparecidos –pensó en voz alta e inclinó la cabeza–. Solo un pensamiento, en realidad. Uno obvio; ¿por qué no permiten que nuestros muertos entren en el más allá sin un acto tan terrible?

«Cielo de héroes. Honrar a los asesinados por el enemigo sin respuesta deshonra a todos los llegados antes (muchos más). Deshonra asumida cuando se creía que guerra culpa nuestra. La responsabilidad es nuestra: aceptamos la deshonra/aceptamos a los deshonrados. Sabemos ahora que guerra causada por otros. Culpa suya deshonra suya responsabilidad suya: deuda suya, ¡alégrate! Los deshonrados se convierten también en héroes una vez que se logre el equilibrio de pérdidas.»

~ Me resulta difícil alegrarme sabiendo que tendré tanta sangre en las manos.

«Vas al olvido, Quilan. Tu deseo. La sangre no cae sobre ti, sino sobre tu recuerdo. Restringido a muy pocos si la misión tiene éxito. Piensa en acciones que llevan a misión no en resultados. Resultados no incumbencia tuya. ¿Otras preguntas?»

~ No, no hay ninguna pregunta más, gracias.

–Piense en la copa, piense en el interior de la copa, piense en el espacio de aire que es la forma del interior de la copa, después piense en la copa, luego piense en la mesa, después en el espacio que rodea a la mesa, luego en la ruta que tomaría para llegar de aquí a la mesa, para sentarse a la mesa y tomar la copa. Piense en el acto de ir de aquí a allí, piense en el tiempo que llevaría ir desde este lugar a ese lugar. Piense en cómo camina desde donde está ahora a donde estaba la copa cuando la vio hace unos momentos... ¿Está pensando en eso, Quilan?

–... Sí.

–Envíelo.

Hubo una pausa.

–¿Lo ha enviado?

–No, estodien. Creo que no. No ha pasado nada.

–Esperaremos. Anur está sentado junto a la mesa, observando la copa. Quizá haya enviado usted el objeto sin saberlo. –Se quedaron sentados unos minutos más.

Después, Visquile suspiró y empezó a hablar otra vez.

–Piense en la copa, piense en el interior de la copa, piense en el espacio de aire que es la forma del interior de la copa...

–Nunca lo conseguiré, estodien. No puedo enviar esa maldita cosa a ninguna parte. Quizá el Guardián de Almas esté roto.

–No lo creo. Piense en la copa...

–No se desanime, comandante. Vamos, coma. Mi familia procede de Sysa, y hay

un viejo dicho sysano que dice que la sopa de la vida ya tiene sal suficiente sin tener que añadirle encima lágrimas.

Se encontraban en el pequeño refectorio del *Refugio del alma*, en una mesa apartada del puñado de monjes cuyo turno de vigilancia significaba que también era su hora de comer. Tenían agua, pan y sopa de carne. Quilan bebía el agua de la sencilla copa de cerámica blanca que llevaba usando toda la mañana como objetivo del desplazamiento. Se la quedó mirando de mal humor.

–Pero es que me preocupo, estodien. Quizá haya algún problema. Quizá no tengo la imaginación adecuada o algo, no lo sé.

–Quilan, estamos intentando hacer algo que ningún chelgriano ha hecho jamás. Usted está intentando convertirse en una máquina chelgriana de desplazamiento. No esperará hacerlo bien la primera vez, la primera mañana que lo intenta. –Visquile levantó la cabeza y miró a Anur, el monje desgarbado que los había llevado a ver el exterior del behemotauro el día que habían llegado y que en ese momento pasaba junto a su mesa con una bandeja. Se inclinó con torpeza y estuvo a punto de tirar el contenido de su bandeja al suelo, salvándolo solo por los pelos. Esbozó una sonrisa ridícula. Visquile asintió. Anur había estado vigilando la copa toda la mañana, esperando a que una diminuta mota negra (posiblemente precedida por una diminuta esfera plateada) apareciera en el interior blanco.

Visquile debió de leer la expresión de Quilan.

–Le he pedido a Anur que no se siente con nosotros. No quiero que piense en él ahí sentado y mirando la copa. Quiero que piense solo en la copa.

Quilan sonrió.

–¿Cree que podría desplazar el objeto de prueba y meterlo en el interior de Anur por error?

–Dudo que fuera a ocurrir, aunque nunca se sabe. Pero, en cualquier caso, si empieza a ver a Anur ahí sentado, dígamelo y lo sustituiremos por uno de los otros monjes.

–Si desplazara un objeto y lo metiera en una persona, ¿qué ocurriría?

–Por lo que tengo entendido, casi con toda certeza, nada. El objeto es demasiado pequeño para provocar algún daño. Supongo que si se materializase en el interior del ojo de una persona, esta podría ver una mota, o si apareciera junto a un receptor del dolor, quizá sintieran un pinchazo mínimo. En cualquier otra parte del cuerpo pasaría desapercibido. Si pudiera desplazar esta copa –dijo el estodien mientras levantaba su propia copa de cerámica, idéntica a la de Quilan– y meterla en el cerebro de alguien, me atrevería a decir que les podría explotar la cabeza, solo por la presión provocada por el repentino aumento de volumen. Pero las cabezas nucleares de fogueo con las que está usted trabajando son demasiado pequeñas para que se puedan notar.

–Podría bloquear algún pequeño vaso sanguíneo.

–Un capilar, quizá. Nada lo bastante grande como para provocar un daño en los tejidos.

Quilan bebió de su copa y luego la levantó y la miró.

–Voy a ver este maldito cacharro hasta en sueños.

Visquile sonrió.

–Eso quizá no nos viniera mal.

Quilan tomó unas cucharadas de sopa.

–¿Qué le ha pasado a Eweirl? No lo he visto desde que llegamos.

–Oh, anda por ahí –dijo Visquile–. Está haciendo preparativos.

–¿Tienen que ver con mi entrenamiento?

–No, para cuando nos vayamos.

–¿Cuando nos vayamos?

Visquile sonrió.

–Todo a su debido tiempo, comandante.

–¿Y los dos drones, nuestros aliados?

–Como ya le he dicho, todo a su debido tiempo, comandante.

–Y envíe.

–¡Sí!

–¿Sí?

–... No. No, esperaba... Bueno, no importa. Vamos a volver a intentarlo.

–Piense en la copa...

–Piense en un lugar que conoce o conocía bien. Un lugar pequeño. Quizá una habitación o un apartamento o una casa pequeña, quizá el interior de una cabina, un coche, una nave, lo que sea. Debe ser un lugar que conocía lo bastante bien como para poder orientarse por la noche, de tal modo que sabía dónde estaba todo en la oscuridad y no tropezaba con las cosas ni las rompía. Imagine que está allí. Imagine que va a un lugar concreto y deja caer, digamos, una miga o una cuenta pequeña o una semilla en una copa u otro recipiente.

Esa noche le costó dormir otra vez. Yació mirando la oscuridad, enroscado en la amplia plataforma de dormir, aspirando el aire dulce y especiado de aquella especie de fruta gigante y bulbosa en la que se habían alojado Visquile, él y casi todos los demás. Intentó pensar en la maldita copa, pero se rindió. Estaba harto de ella. En lugar de eso intentó averiguar con exactitud lo que estaba pasando allí.

Era obvio, pensó, que la tecnología que se ocultaba dentro del Guardián de Almas

adaptado que le habían colocado no era chelgriana. Algún otro Implicado tomaba parte en aquella operación, una especie Implicada cuya tecnología podía equipararse a la de la Cultura.

Dos de sus representantes seguramente se encontraban en el interior del par de drones con forma de cono doble que había visto antes, los que habían hablado con él dentro de su cabeza antes de que lo hicieran los desaparecidos. Los drones no habían vuelto a aparecer.

Suponía que quizá estuvieran dirigiendo a los drones por control remoto, quizá desde algún lugar del exterior de la aerosfera, aunque la sonada antipatía que mostraba Oskendari ante cualquier muestra de tal tecnología significaba que había muchas probabilidades de que los drones contuvieran de verdad a los alienígenas. De igual forma, era de lo más desconcertante que se hubiera elegido la aerosfera como lugar para entrenarlo en el uso de una tecnología tan avanzada como la que albergaba su Guardián de Almas, a menos que la idea fuera que si el uso de semejantes mecanismos no se detectaba allí, también pasaría desapercibido en la Cultura.

Quilan revisó todo lo que sabía del relativamente escaso número de especies Implicadas lo bastante avanzadas como para enfrentarse a la Cultura de ese modo. Había entre siete y doce especies que se encontraban a ese nivel, dependiendo de los criterios que se utilizaran. Se suponía que ninguna era demasiado hostil a la Cultura, y algunas incluso eran aliadas.

Nada que él supiera habría proporcionado un motivo obvio para el acto para el que lo estaban entrenando, claro que lo que él sabía era solo lo que los Implicados permitían que se supiera sobre algunas de las relaciones más profundas que los unían y eso desde luego no incluía todo lo que estaba pasando en realidad, sobre todo dada la escala de tiempo a la que algunos de los Implicados se habían acostumbrado a pensar.

Sabía que las aerosferas de Oskendari era fabulosamente viejas, incluso para los estándares de aquellas razas que se hacían llamar los Ancianos, y que habían conseguido conservar su misterio a lo largo de las Eras Científicas de cientos de especies que habían llegado y desaparecido o que habían estado allí y luego se habían sublimado. Según los rumores quedaba una especie de vínculo entre quienquiera que hubiera creado las aerosferas y luego se había largado de la vida material del universo, y la mega y gigafauna que todavía habitaba esos entornos.

Ese vínculo con los desaparecidos de los constructores de las aerosferas era, al parecer, la razón por la que todas las especies con tendencias hegemónicas e invasoras (por no mencionar las descaradamente entrometidas, como la Cultura) que se habían encontrado con las aerosferas se lo habían pensado dos veces antes de intentar conquistarlas (o estudiarlas de una forma demasiado íntima).

Esos mismos rumores, respaldados por documentos ambiguos conservados por

los Ancianos, insinuaban que, mucho tiempo atrás, unas cuantas especies habían creído que podrían convertir en parte de su imperio a los inmensos mundos vagabundos, o que se habían atrevido a enviar mecanismos de estudio contra los deseos expresos de los behemotauros y las entidades globulares megalitinas y gigalitinas. A partir de ese momento, tales especies tendieron a desaparecer de forma rápida o gradual de los documentos en cuestión y había pruebas estadísticas firmes de que desaparecieron de forma más rápida y absoluta que las especies sin un historial de haber suscitado el antagonismo de los habitantes (y por implicación de los guardianes) de las aerosferas.

Quilan se preguntó si los desaparecidos de las aerosferas habían estado en contacto con los desaparecidos de Chel. ¿Había algún vínculo entre los sublimados de las dos especies (o más, por supuesto)?

¿Quién sabía cómo pensaban los sublimados, cómo interactuaban? ¿Quién sabía cómo funcionaban las mentes alienígenas? Y en realidad, ¿quién podía tener siquiera la certeza de saber cómo funcionaba la mente de un miembro de tu propia especie?

Los sublimados, supuso Quilan, eran la respuesta a todas esas preguntas. Pero cualquier interpretación parecía ser decididamente unilateral.

Le estaban pidiendo que hiciera una especie de milagro. Le estaban pidiendo que hiciera una matanza. Intentó mirar en su interior y se preguntó si, incluso en ese momento, el Puen-Chelgriano estaba escuchando sus pensamientos, observando las imágenes que revoloteaban por su mente, midiendo hasta qué punto era firme su compromiso y sopesando la valía de su alma, y le horrorizó un poco, pero solo un poco, darse cuenta de que, si bien dudaba de su capacidad para hacer el milagro, estaba, como mínimo, resignado a la comisión de ese genocidio.

Y esa noche, cuando todavía no se había quedado dormido del todo, recordó la habitación que había tenido ella en la universidad, donde se habían descubierto, donde llegó a conocer el cuerpo de aquella hembra mejor que el suyo propio, mejor de lo que había conocido cualquier tema o asignatura (y desde luego mejor que todo lo que se suponía que estaba estudiando) y lo conocía de día y a oscuras, y no cabía duda de que allí había colocado una semilla en un recipiente una y otra vez.

No podía utilizar eso. Pero recordaba la habitación, podía ver la forma oscura que era el cuerpo femenino cuando se movía por ella a veces, ya muy tarde, para desconectar algo, apagar una espiral de incienso o cerrar la ventana cuando llovía. (Una vez, la joven había traído unos libros encordados antiguos, relatos eróticos contados en nudos y lo había dejado atarla; después fue ella la que lo ató a él, y él, que siempre se había creído el más sencillo de los jóvenes, engañosamente orgulloso de su normalidad, descubrió que aquellos juegos sexuales no eran el coto vedado de los que él consideraba débiles y degenerados).

Vio la sombra que dibujaba el cuerpo femenino entre las luces y reflejos reveladores de la habitación. Y en aquel momento, en aquel extraño mundo, a tantos milenios de años luz y tantos años después de aquel bendito tiempo y lugar, Quilan se imaginó levantándose y cruzando el espacio que separaba el colchón ondulado del otro lado de la habitación. Allí estaba (allí había estado) una copita plateada sobre un estante. A veces, cuando quería estar desnuda del todo, se quitaba el anillo que le había regalado su madre. Esa sería su obligación, su misión, quitarle el anillo de la mano y colocar la alianza de oro en la copita plateada.

–Muy bien. ¿Ya estamos allí?

–Sí, estamos allí.

–Bien. Envíe.

–Sí... No.

–*Mmm.* Bueno, empezamos otra vez. Piense en...

–Sí, la copa.

–¿Estamos seguros de que el mecanismo funciona, estodien?

–Sí, lo estamos.

–Entonces soy yo. No puedo... No lo tengo. –Echó un poco de pan en la sopa, después se rió con amargura–. O lo tengo y no puedo sacarlo.

–Paciencia, comandante. Paciencia.

–Listo. ¿Estamos allí?

–Sí, sí, estamos allí.

–Y... envíe.

–Yo... Espere. Creo que he sentido...

–¡Sí! ¡estodien! ¡Comandante Quilan! ¡Ha funcionado! –Anur llegó corriendo desde el refectorio.

–Estodien, ¿qué cree que obtendrán nuestros aliados con mi misión?

–La verdad es que no lo sé, comandante. No creo que sea un tema que nos beneficie a ninguno de los dos preocuparnos por él.

Estaban sentados en un vehículo pequeño, una nave de líneas puras con capacidad para dos personas y propiedad del *Refugio del alma*, en el espacio, fuera de la aerosfera.

La misma y pequeña aeronave que los había llevado desde el portal de la

aerosfera el día que habían llegado, había trasladado a Quilan y Visquile en el viaje de vuelta. Habían atravesado a pie otra vez el tubo de aire de apariencia sólida, en esa ocasión para llegar al vehículo. Este se había alejado flotando del portal y luego había acelerado. Parecía dirigirse hacia uno de los soles-lunas que iluminaban la aerosfera. La luna se acercó flotando. La luz salía a borbotones de lo que parecía un cráter gigante y casi plano que cubría la mitad de una de las caras. Parecía el globo ocular incandescente de alguna deidad infernal.

–Todo lo que importa, comandante –dijo Visquile–, es que la tecnología parece funcionar.

Habían llevado a cabo diez pruebas con éxito, con la reserva de cabezas nucleares de fogueo que habían cargado en el Guardián de Almas. Había tardado una hora en repetir el éxito inicial, una hora de intentos fallidos, pero luego había conseguido llevar a cabo dos desplazamiento seguidos.

Después de eso, habían trasladado la copa a diferentes partes del *Refugio del alma;* Quilan solo falló dos veces antes de ser capaz de desplazar las motas a donde le pidieran. Al tercer día, intentó, y realizó, solo dos desplazamientos a ambos extremos de la nave. Y llegado el cuarto día, Quilan intentaría por primera vez llevar a cabo un desplazamiento fuera del *Refugio del alma.*

–¿Vamos a esa luna, estodien? –preguntó cuando el satélite gigante creció hasta llenar el paisaje que tenían ante ellos.

–Cerca –dijo Visquile. Después señaló–. ¿Ve eso? –Una diminuta mota de color gris flotaba a un lado del sol-luna, apenas visible bajo la estela de luz que brotaba del cráter–. Ahí es a donde vamos.

Era una especie de cruce entre nave y estación. Daba la sensación de que podría haber sido cualquiera de las dos cosas, y que podría haberla diseñado una de los miles de civilizaciones Implicadas que todavía estaban en sus primeras etapas. Era una colección de ovoides de color negro grisáceo, esferas y cilindros unidos por gruesas vigas que giraban poco a poco en una órbita que rodeaba el sol-luna y que estaba configurada de tal modo que nunca volase por encima del inmenso haz de luz que surgía del lado que miraba hacia al aerosfera.

–No tenemos ni idea de quién lo construyó –dijo Visquile–. Lleva aquí las últimas decenas de miles de años y la han modificado mucho las diferentes especies que han decidido utilizarla para estudiar la aerosfera y las lunas. En estos momentos hay algunas partes que están equipadas para proporcionarnos a nosotros unas condiciones razonables.

El pequeño vehículo se deslizó en el interior de una cápsula hangar pegada al costado de la más grande de las unidades esféricas. Se posaron en el suelo y esperaron mientras las puertas giratorias del exterior de la cápsula se cerraban y entraba el aire.

La cubierta de la cabina se despegó del fuselaje de la pequeña nave y los dos chelgrianos salieron al aire frío que olía a algo acre.

Los dos drones grandes con forma de cono doble llegaron zumbando desde otra exclusa de aire y se colocaron a ambos lados de ellos.

En esa ocasión no resonó ninguna voz en su cabeza, solo un murmullo profundo de uno de los conos que se moduló para hablar.

–Estodien, comandante. Síganme.

Y lo siguieron, bajaron por un pasillo y atravesaron un par de puertas gruesas con un terminado de espejos, entraron en lo que parecía una especie de galería ancha con una única ventana larga que les quedaba enfrente y que se curvaba por detrás de por donde habían llegado ellos. Podría haber sido la cúpula panorámica de un trasatlántico o de un crucero estelar. Se adelantaron y Quilan se dio cuenta de que la ventana, o la pantalla, era más alta y profunda de lo que había supuesto en un principio.

La impresión de que era una franja de cristal o una pantalla se fue desvaneciendo cuando comprendió que estaba mirando a una única y gran cinta, la superficie de un mundo inmenso, una superficie que iba girando poco a poco. Las estrellas brillaban con suavidad por encima y por debajo de él; un par de cuerpos más brillantes, que no eran más que simples puntos de luz, debían de ser planetas del mismo sistema. La estrella que los iluminaba tenía que estar casi justo detrás del lugar desde el que él estaba mirando.

El mundo parecía plano, estirado como la piel de una fruta colosal, y extendido entre las estrellas que formaban el fondo. Ribeteado por arriba y por abajo con la resplandeciente translucidez azul grisácea de unos enormes muros de contención, la superficie estaba dividida en largas franjas por numerosas secciones verticales, colocadas a intervalos regulares, de color marrón grisáceo, blanco y (en el centro) negro grisáceo puro. Esas enormes cordilleras montañosas se extendían de una pared a otra por todo el mundo, partiéndola en lo que debían de ser una docena de divisiones independientes.

Entre ellas se encontraban iguales cantidades de tierra y océano, la tierra distribuida en parte en forma de islas continente, en parte en forma de islas más pequeñas, pero de todos modos de un tamaño notable (colocadas en mares de varios tonos de azul y verde), y en parte en grandes ringleras de color verde, pardo claro, marrón y rojo que se extendían desde un muro de contención a otro, a veces salpicadas de mar, otras no, pero siempre atravesadas por una única hebra oscura y serpenteante o por una colección de filamentos apenas visibles, zarcillos verdes y azules tendidos sobre los ocres, pardos y tostados de la tierra.

Las nubes se arremolinaban, salpicaban, ondeaban, moteaban, se arqueaban y lo cubrían todo con un caos de dibujos, casi dibujos y trozos, pinceladas que regaban el

lienzo de terreno y agua del suelo.

–Esto es lo que verá –zumbó uno de los drones.

El estodien Visquile palmeó el hombro de Quilan.

–Bienvenido al orbital Masaq –le dijo.

~ Cinco mil millones, Huyler. Machos, hembras, sus retoños. Es terrible lo que nos piden que hagamos.

~ No lo estaríamos haciendo si esta gente no nos hubiera hecho a nosotros algo igual de horrendo.

~ ¿Estas personas, Huyler? ¿Estas personas que están justo aquí, en Masaq?

~ Sí, estas personas, Quil. Las has visto. Has hablado con ellas. Cuando descubren de dónde eres se moderan un poco por miedo a insultarte, pero es obvio que están orgullosos del alcance y profundidad de su democracia.

»Están encantados, maldita sea, de estar tan involucrados en todo, están orgullosos de poder dar su opinión, de poder excluirse y largarse si disienten lo bastante de las medidas tomadas.

»Así que sí, estas personas. Comparten la responsabilidad colectiva de los actos de sus Mentes, incluyendo las Mentes de Contacto y de Circunstancias Especiales. Así es como lo han dispuesto, así es como quieren que sea. Aquí no hay ningún ignorante, Quil, no hay explotados, ni Invisibles, ni una clase trabajadora pisoteada condenada para siempre a obedecer las órdenes sus amos. Aquí son todos amos, todos y cada uno de ellos. Todos pueden dar su opinión sobre todo. Así que, según sus preciosas reglas, sí, fueron estas personas las que dejaron que pasara lo que le pasó a Chel, aunque en realidad muy pocos supieran los detalles en su momento.

~ ¿Soy yo el único que piensa que esto es... muy duro?

~ Quil, ¿has oído sugerir aunque solo fuera a uno de ellos que podrían disolver el Contacto? ¿O meter en vereda a CE? ¿Hemos oído a alguno de ellos sugerir siquiera que lo ha pensado? Bueno, ¿sí o no?

~ No.

~ No, ni a uno solo. Oh, nos dicen lo mucho que se arrepienten con unas palabras muy bonitas, Quilan, dicen que lo sienten tanto, joder, de tantas formas hermosas, elegantes, todas bien expresadas y mejor articuladas, para ellos es como un juego. ¡Es como si compitieran para ver quién se arrepiente con más convencimiento! ¿Pero están preparados para hacer algo de verdad, aparte de decirnos lo mucho que lo sienten?

~ Sufren su propia ceguera. Es con las máquinas con las que tenemos la auténtica disputa.

~ Es una máquina lo que vas a destruir.

~ Y con ella a cinco mil millones de personas.

~ *Se lo han buscado ellos, comandante. Podrían votar para disolver Contacto hoy mismo, y cualquiera de ellos o cualquier grupo de ellos podría irse mañana rumbo a Ulterior o algún otro sitio, si decidieran que ya no estaban de acuerdo con esa maldita política de la Interferencia.*

~ Sigue siendo una cosa terrible lo que nos han pedido, Huyler.

~ *Estoy de acuerdo. Pero debemos hacerlo. Quil, he evitado decirlo en estos términos porque suena muy pomposo y estoy seguro de que, de todos modos, es algo que tú también has pensado, pero tengo que recordártelo: cuatro mil millones y medio de almas chelgrianas dependen de ti, comandante. Tú eres su única esperanza.*

~ Eso me han dicho. ¿Y si la Cultura toma represalias?

~ *¿Por qué iba a tomar represalias contra nosotros solo porque una de sus máquinas se vuelve loca y se autodestruye?*

~ Porque no se dejarán engañar. Porque no son tan estúpidos como nos gustaría que fueran, solo descuidados a veces.

~ *Incluso si sospechan algo, seguirán sin tener la certeza de que hemos sido nosotros. Si todo va según el plan, parecerá que el Centro se suicidó;* e *incluso si tuvieran la certeza, de que los responsables somos nosotros, nuestros planificadores creen que aceptarán que hemos llevado a cabo una venganza honesta.*

~ Ya sabes lo que dicen, Huyler. "No se te ocurra joder a la Cultura". Pues nosotros estamos a punto de hacerlo.

~ *Yo no me creo eso de que sea un tratado de sabiduría que los otros Implicados han ido desarrollando con esmero a lo largo de milenios de contacto con esta gente. Creo que es algo que se ha inventado la propia Cultura. Es propaganda, Quil.*

~ Aun así, muchos de los otros Implicados parecen pensar que es cierto. Trata bien a la Cultura, aunque solo sea un poco y esta se desvivirá a su vez para tratarte incluso mejor. Trátalos mal y...

~ *Y se hacen los ofendidos. Es todo artificio. Tienes que portarte como un auténtico diablo para que dejen esa pose ultracivilizada.*

~ ¿Y matar a cinco mil millones de personas, por lo menos, no va a constituir lo que ellos considerarían un acto de maldad?

~ *Ellos nos costaron eso, nosotros les costamos eso. Reconocen ese tipo de venganza, esa clase de intercambio, como cualquier otra civilización. Vida por vida. No van a tomar represalias, Quil. Mejores mentes que las nuestras lo han examinado desde todos los ángulos. Tal y como lo verá la Cultura, confirmará su propia superioridad moral sobre nosotros al no tomar represalias. Aceptarán lo que les vamos hacer como una forma de saldar la deuda por lo que nos hicieron ellos, sin provocación. Trazarán una línea y lo tratarán como una tragedia, la otra mitad de la debacle que empezó cuando intentaron inmiscuirse en nuestro desarrollo. Una tragedia, no un escándalo.*

~ Quizá quieran darnos un castigo ejemplar.

~ *Estamos demasiado abajo en la jerarquía de los Implicados para ser unos oponentes dignos, Quilan. Qué clase de honor hay en seguir castigándonos. Ya nos han castigado siendo inocentes. Lo único que tú y yo estamos intentando hacer es ajustar las cuentas con ese primer daño.*

~ Me preocupa que estemos siendo tan ciegos a su auténtica psicología como ellos lo fueron a la nuestra cuando intentaron inmiscuirse. Con toda su experiencia, se equivocaron con nosotros. Nosotros tenemos muy poca preparación cuando se trata de adivinar las reacciones de especies alienígenas, ¿cómo podemos tener la certeza de que vamos a acertar donde ellos fracasaron de una forma tan estrepitosa?

~ *Porque esto nos importa, por eso. Hemos pensado mucho lo que vamos a hacer. Todo esto empezó precisamente porque ellos no reflexionaron. Les traen tan sin cuidado esos asuntos que intentan interferir con el menor* número *de naves posible, con tan pocos recursos como* sea *posible, en busca de una especie de elegancia matemática. Han convertido el destino de civilizaciones enteras en parte de un juego que juegan entre ellos, para ver quién puede producir el mayor cambio cultural con la menor inversión de tiempo y energía.*

»Y cuando les estalla todo en la cara, no son ellos los que sufren y mueren, sino nosotros. Cuatro mil millones y medio de almas a las que se les impide entraren la gloria porque algunas de sus Mentes inhumanas creyeron haber encontrado una forma bonita, pulcra y elegante de alterar una sociedad que había tardado seis milenios en evolucionar y alcanzar la estabilidad.

»Para empezar, no tenían ningún derecho a interferir en nuestras vidas pero si estaban decididos a hacerlo, al menos podrían haber tenido la decencia de asegurarse de que lo hacían bien, pensando un poco en el número de vidas inocentes con las que estaban jugando.

~ Pero puede que todavía estemos cometiendo un segundo error tras el primero. Y quizá sean menos tolerantes de lo que imaginamos.

~ *En todo caso, Quilan, incluso si hay alguna represalia por parte de la Cultura, por muy poco probable que eso sea, ¡no importa! Si conseguimos cumplir nuestra misión, se habrán salvado esos cuatro mil millones y medio de almas chelgrianas, les permitirán entrar en el cielo. No importa lo que pase después, estarán a salvo porque el Puen-Chelgriano les habrá permitido entrar.*

~ El Puen podría permitir entrar a los muertos ahora, Huyler. Podrían cambiar las reglas y ya está, aceptarlos en el cielo.

~ *Lo sé, Quilan. Pero debemos considerar el honor, y el futuro. Cuando se reveló en un principio que cada una de nuestras muertes debía equilibrarse con la de un enemigo...*

~ No se reveló, Huyler. Se inventó. Fue una historia que nos contamos a nosotros

mismos, no algo con lo que nos honraran los dioses.

~ *En cualquier caso. Cuando decidimos que así era como queríamos vivir* nuestras *vidas* con *honor, ¿no crees que la gente comprendió que podría conducir a lo que parecían muertes innecesarias, esa orden de quitar una vida por otra? Pues claro que lo sabían.*

»Pero merecía la pena porque, a la larga, nos beneficiábamos siempre que mantuviéramos el principio. Nuestros enemigos sabían que no descansaríamos mientras tuviéramos muertes sin vengar. Y sigue siendo pertinente, comandante. Esto no es una especie de simple dogma consignado a los libros de historia o a los textos encordados de las bibliotecas de los monasterios. Es una lección que tenemos que seguir reforzando. La vida continuará después de esto y Chel se impondrá, pero cada nueva generación, y cada nueva especie con la que nos encontremos, debe entender sus reglas y sus doctrinas.

»Cuando todo esto haya terminado y estemos todos muertos, cuando esto no sea más que otro trozo de historia, se habrán mantenido los límites y seremos nosotros los que los habremos mantenido. No importa lo que pase, siempre que tú y yo cumplamos con nuestra obligación, en el futuro todos sabrán que atacar a Chel es provocar una venganza terrible. Por su bien, y lo digo muy en serio, Quil, por su bien además de por el de Chel, merece la pena hacer ahora lo que haya que hacer.

~ Me alegro de que estés tan seguro, Huyler. Una copia tuya tendrá que vivir sabiendo lo que estamos a punto de hacer. Al menos yo estaré muerto, sin copia de seguridad. O por lo menos que yo sepa.

~ *Dudo que la hayan hecho sin tu consentimiento.*

~ Yo dudo de todo, Huyler.

~ *¿Quil?*

~ ¿Sí?

~ *¿Piensas seguir adelante? ¿Todavía tienes intención de llevar a cabo tu misión?*

–Sí.

~ *Buen chico. Déjame decirte una cosa, te admiro, comandante Quilan. Ha sido un honor y un placer compartir tu cabeza. Solo siento que se termine tan pronto.*

~ No la he llevado a cabo todavía. No he hecho el desplazamiento.

~ *Lo harás. No sospechan nada. La bestia te acoge en su seno, te lleva al centro de su guarida. Te irá bien.*

~ Estaré muerto, Huyler. En el olvido. Eso es todo lo que me importa.

~ *Lo siento, Quil. Pero lo que estás haciendo... No hay mejor forma de irse.*

~ Ojalá pudiera creer eso. Pero pronto dejará de importar. No importará nada.

Tersono emitió un ligero carraspeo.

–Sí, una vista extraordinaria, ¿no te parece, embajador? Asombrosa. No es la primera persona que se queda aquí, de pie o sentado, y la contempla durante horas. Kabe, tú te quedaste aquí durante lo que pareció medio día, ¿no?

–Debí de hacerlo –dijo el homomdano. Su voz profunda reverberó por la galería panorámica, despertando ecos–. Te ruego que me disculpes. Qué largo debe parecerle medio día a una máquina que piensa al ritmo que tú lo haces, Tersono. Por favor, perdóname.

–Oh, no hay nada que perdonar. Los drones estamos totalmente acostumbrados a ser pacientes mientras tienen lugar los pensamientos y acciones significativas de los humanos. Poseemos toda una serie de procedimientos desarrollados de forma específica a largo de los milenios para enfrentarnos a esos momentos. En realidad, somos bastante menos aburribles, si me permites crear el neologismo, que el humano medio.

–Es un consuelo –dijo Kabe–. Y gracias. Siempre encuentro gratificante ese nivel de detalles.

–¿Se encuentra bien, Quilan? –dijo el avatar.

El chelgriano se volvió hacia la criatura plateada.

–Estoy bien. –Señaló con un gesto la vista de la superficie del orbital que se iba deslizando poco a poco con un brillo glorioso a un millón y medio de kilómetros de distancia, aunque parecía mucho más cerca. Por lo general, la vista desde la galería se magnificaba, no se mostraba como hubiera sido si no hubiera nada salvo cristal entre el espectador y el paisaje. El efecto pretendía acercar el perímetro interior para que se pudiera ver con más detalle.

El ritmo al que pasaba también daba una impresión falsa, la sección de la galería panorámica del Centro giraba muy poco a poco en la dirección contraria a la superficie del mundo, así que en lugar de que el orbital tardase un día entero en pasar delante del espectador, la experiencia por lo general ocupaba menos de una hora.

~ *Quilan.*

~ Huyler.

~ *¿Estás listo?*

~ Sé por qué te pusieron a bordo de verdad, Huyler.

~ *¿Lo sabes?*

~ Creo que sí.

~ *¿Y por qué sería, Quil?*

~ No eres mi copia de seguridad, ¿verdad? Eres la suya.

~ *¿La suya?*

~ La de Visquile, la de nuestros aliados, sean quienes sean, y la de los mandamases militares y políticos que sancionaron esto.

~ *Tendrás que explicarte, comandante.*

~ ¿Se supone que es demasiado tortuoso para que se le haya ocurrido a un viejo soldado fanfarrón?

~ *¿Qué?*

~ No estás aquí para que yo tenga a alguien a quien quejarme, ¿verdad, Huyler? No estás aquí para hacerme compañía ni para ser una especie de experto sobre la Cultura.

~ *¿Me he equivocado en algo?*

~ Oh, no. Deben de haberte cargado una base de datos completa de la Cultura. Pero son todo cosas que podría sacar cualquiera de las reservas públicas normales. Todas tus percepciones son de segunda mano, Huyler. Lo he comprobado.

~ *Me has dejado estupefacto, Quilan. ¿Creemos que esto cuenta como difamación o como simple libelo?*

~ Pero eres mi copiloto, ¿no?

~ *Eso es lo que te dijeron que iba a ser. Eso es lo que soy.*

~ En uno de esos viejos aeroplanos de manejo manual, el copiloto está ahí, al menos en parte, para reemplazar al piloto si este es incapaz de cumplir con su obligación. ¿No es cierto?

~ *Desde luego.*

~ Así que si yo cambiara de opinión, si estuviera decidido a no hacer el desplazamiento, si decidiera que no quiero matar a todas esas personas... ¿Qué? ¿Qué pasaría? Dímelo. Y, por favor, sé sincero. Nos debemos el ser sinceros el uno con el otro.

~ *¿Estás seguro de que quieres saberlo?*

~ Del todo.

~ *Tienes razón. Si tú no quieres hacer el desplazamiento, yo lo hago por ti. Sé con exactitud qué trozos de cerebro has usado para hacerlo, conozco los procedimientos precisos. Mejor que tú, en cierto sentido.*

~ ¿Así que el desplazamiento tienen lugar a pesar de todo?

~ *Así que el desplazamiento tiene lugar a pesar de todo.*

~ ¿Y qué me pasa a mí?

~ *Eso depende de lo que intentes hacer. Si intentas advertirles, caes muerto, quedas paralizado, sufres un ataque, empiezas a balbucear tonterías o te quedas catatónico. La elección es mía, lo que suscite menos sospechas dadas las circunstancias.*

~ Vaya. ¿Y puedes hacer todo eso?

~ *Me temo que sí, hijo. Todo forma parte del conjunto de instrucciones. Sé lo que vas a decir antes de que lo digas, Quil. Literalmente. Solo justo antes pero es suficiente. Pienso bastante rápido aquí dentro. Pero Quil, no me gustaría tener que*

hacer nada de eso. Y no creo que vaya a tener que hacerlo. ¿No me estarás diciendo que se te acaba de ocurrir?

~ No. No, se me ocurrió hace mucho tiempo. Solo quería esperar hasta ahora para preguntártelo, en caso de que eso estropeara nuestra relación, Huyler.

~ *¿Lo vas a hacer, verdad? No voy a tener que hacerme cargo yo, ¿no?*

~ En realidad no he tenido todas esas horas de gracia al principio y al final de cada día, ¿verdad? Me has estado observando todo el tiempo para asegurarte de que no les daba ninguna señal, por si ya había cambiado de opinión.

~ *¿Me creerías si te dijera que sí tuviste ese tiempo sin que yo te observara?*

–No.

~ *Bueno, de todos modos no importa. Pero, como te imaginarás, desde ahora, y hasta el final, estaré escuchando. Quilan, una vez más, ¿lo vas* a *hacer, verdad? No voy* a *tener que hacerme cargo yo, ¿no?*

~ Sí, lo voy a hacer. No, no tendrás que hacerte cargo tú.

~ *Bien hecho, hijo. Es odioso, es cierto, pero tiene que hacerse. Y pronto habrá terminado todo, para los dos.*

~ Y también para muchos más. Muy bien. Allá vamos.

Había conseguido hacer seis desplazamientos seguidos con la maqueta del Centro que se había construido en la estación que orbitaba alrededor del sol-luna de la aerosfera. Seis éxitos de seis intentos. Podía hacerlo. Y lo haría.

Se encontraban dentro de la maqueta de la galería panorámica, con los rostros iluminados por la imagen de una imagen. Visquile le explicó el razonamiento que había tras la misión.

–Tenemos entendido que dentro de unos meses la Mente Central del orbital Masaq va a marcar el paso de la luz de las dos estrellas que explotaron y que le dieron su nombre a la batalla de las Dos Novas durante la guerra Idirana.

Visquile permanecía muy cerca de Quilan. La amplia banda de luz, una simulación de la imagen que vería cuando se encontrara de verdad en la galería panorámica del Centro del orbital Masaq, parecía entrar por una de las orejas del estodien y salir por la otra. Quilan contuvo las ganas de echarse a reír y se concentró en escuchar con atención lo que le decía el anciano.

–La Mente que es ahora el Centro de Masaq estuvo en otro tiempo encarnada en una nave de guerra que jugó un papel muy importante en la guerra Idirana. Tuvo que destruir tres orbitales de la Cultura durante la misma batalla para evitar que cayeran en manos enemigas. Quiere conmemorar la batalla, y las dos explosiones estelares en concreto, cuando la luz de la primera y después de la segunda pase por el sistema en el que se encuentra Masaq.

»Debe conseguir acceso al Centro y hacer el desplazamiento antes de la segunda

nova. ¿Lo entiende comandante Quilan?

–Sí, estodien.

–La destrucción del Centro se calculará de tal modo que coincida con el momento de la llegada de la luz del espacio real de la segunda nova a Masaq. Parecerá por tanto que la Mente Central se destruyó a sí misma en un ataque de contrición porque se sentía culpable por las acciones de las que fue responsable durante la guerra Idirana. La muerte de la Mente Central y la de los humanos parecerá una tragedia, no una atrocidad. Las almas de los chelgrianos retenidos en el limbo por los dictados del honor y la piedad quedarán liberadas y entrarán en el cielo. La Cultura sufrirá un golpe que afectará a cada Centro, a cada Mente, a cada humano. Nosotros tendremos nuestra venganza numérica y nada más, pero tendremos esa satisfacción extra que no cuesta más vidas, solo el desconcierto añadido de nuestros enemigos, de las personas que, de hecho, nos atacaron por sorpresa y sin provocación alguna. ¿Lo ve, Quilan?

–Lo veo, estodien.

–Observe, comandante Quilan.

–Estoy observando, estodien.

Habían salido de la estación espacial de la órbita y Visquile y él se encontraban en el biplaza. Los dos drones alienígenas estaban en una nave de fuselaje negro, un poco más grande y con forma de cono, junto a ellos.

Uno de los recipientes de contención presurizada de la antigua estación espacial había sufrido una explosión ideada con todo cuidado y que parecía una catástrofe totalmente fortuita provocada por una larga dejadez. Comenzó a caerse en una órbita alterada, su nuevo rumbo la llevaba a gran velocidad hacia la inmensa emisión de energías que estallaba en el lado del sol-luna que miraba a la aerosfera.

Observaron los efectos durante un rato. La estación fue dibujando una curva y acercándose cada vez más al borde de la columna de luz invisible. El monitor de cabeza de la pequeña nave imprimió una línea por la cubierta para cada uno de los dos, para mostrarles dónde estaba el borde. Justo antes de que la estación se encontrara con el perímetro de la columna, Visquile habló.

–Esa última cabeza nuclear no era de fogueo, comandante. Era real. El otro extremo del agujero de gusano puede que esté colocado dentro del propio sol-luna, o es posible que dentro de algo muy parecido, muy lejos de aquí. Las energías implicadas se parecerán mucho a lo que le ocurrirá al Centro de Masaq. Por eso estamos aquí y no en otro sitio.

La estación no llegó a chocar contra el borde de la columna de luz. Un instante antes del posible choque, aquella figura que giraba lentamente y tenía una configuración errática quedó sustituida por un estallido de luz espeluznante y cegador que hizo que la mitad de la cubierta del biplaza se oscureciera. Quilan cerró los ojos

por instinto. La postimagen le quemaba tras los párpados con un color amarillo y naranja. Oyó gruñir a Visquile. A su alrededor, el pequeño biplaza zumbaba, chasqueaba y gemía.

Cuando abrió los ojos ya solo quedaba la postimagen, un naranja resplandeciente sobre el negro anónimo del espacio que se adelantaba a su mirada cada vez que la desviaba, intentando, en vano, ver lo que podría haber quedado de aquella estación espacial golpeada y caída.

~ Listo.

~ *No lo he visto nada mal. Creo que lo has conseguido. Buen trabajo, Quil*

–Listo –dijo Tersono mientras colocaba un aro de luz roja en la pantalla, sobre un grupo de lagos que había en un continente–. Ahí es donde está el estadio Stullien. El lugar donde se hará mañana el concierto. –El dron se volvió hacia el avatar–. ¿Está todo listo para el concierto, Centro?

El avatar se encogió de hombros.

–Todo salvo el compositor.

–¡Oh! Estoy seguro de que solo nos está tomando el pelo –dijo Tersono de inmediato. Su campo de aura brilló con una luz tajante de color rojo rubí–. Por supuesto que el compositor Ziller estará allí. ¿Cómo no iba a estarlo? Estará allí. Estoy convencido.

–Yo no estaría muy seguro de eso –bramó Kabe.

–¡No, lo estará! Tengo la certeza de que lo hará.

Kabe se volvió hacia el chelgriano.

–¿Tú vas a aceptar la invitación, no, comandante Quilan? ¿... Comandante?

–¿Qué? Ah. Sí. Sí, estoy deseando ir. Por supuesto.

–Bueno –dijo Kabe asintiendo con su inmenso cuerpo–, ya encontrará a alguien que lo dirija, diría yo.

El comandante parecía distraído, pensó Kabe. Después pareció recuperar la compostura.

–Bueno, no –dijo mirándolos uno por uno–. Si mi presencia va a ser impedimento para que mahrai Ziller asista a su propio estreno, por supuesto que yo no acudiré.

–¡Oh, no! –dijo Tersono, el aura resplandeció por un instante con un tono azul–. Eso no será necesario. No, en absoluto, estoy seguro de que el compositor Ziller tiene intención de estar allí, tengo la certeza absoluta. Por favor, comandante Quilan, debe estar allí para el concierto. La primera sinfonía de Ziller en once años, la primera obra que se estrena fuera de Chel, usted, que ha venido desde tan lejos, son los dos únicos chelgrianos que hay en milenios... Tiene que estar allí. ¡Será una experiencia única en

la vida!

Quilan miró al dron durante un instante sin pestañear.

–Creo que la presencia de mahrai Ziller en el concierto es más importante que la mía. Ir, sabiendo que mi asistencia le impediría ir a *él,* sería un acto egoísta, descortés e incluso deshonroso, ¿no le parece? Pero, por favor, no hablemos más de ello.

Dejó la aerosfera al día siguiente. Visquile lo despidió en la pequeña pista de aterrizaje que había tras el gigantesco cascarón vacío que les había servido de alojamiento.

A Quilan le pareció que el anciano parecía distraído.

–¿Va todo bien, estodien? –preguntó.

Visquile lo miró.

–No –dijo, después de lo que pareció una pequeña reflexión–. No, hemos recibido una información actualizada esta mañana y nuestros magos del contraespionaje han mencionado dos noticias preocupantes en lugar de lo más habitual, que suele ser una bomba; no solo parece que tenemos un espía entre los nuestros, sino que puede que también haya un ciudadano de la Cultura por alguna parte de esta aerosfera. –El estodien frotó la cabeza de su bastón plateado y miró con el ceño fruncido la imagen distorsionada que reflejó el objeto–. Hubiera sido de esperar que nos hubieran dicho todo eso antes, pero supongo que es mejor tarde que nunca. –Visquile sonrió–. No ponga esa cara de preocupación, comandante. Estoy seguro de que todo sigue bajo control. O que pronto lo estará.

La aeronave se posó y salió Eweirl. El macho de pelo blanco esbozó una gran sonrisa e hizo una elaborada reverencia cuando vio a Quilan. La inclinación fue más profunda cuando miró al estodien, que le palmeó el hombro.

–¿Lo ve, Quilan? Eweirl está aquí para ocuparse de todo. Vuelva, comandante. Prepárese para su misión. Tendrá a su copiloto dentro de muy poco tiempo. Buena suerte.

–Gracias, estodien. –Quilan miró al sonriente Eweirl y después se inclinó ante el anciano–. Espero que todo vaya bien aquí.

Visquile dejó descansar la mano en el hombro de Eweirl.

–Estoy seguro de que así será. Adiós, comandante. Ha sido un placer. Una vez más, buena suerte y cumpla con su obligación. Estoy seguro de que todos nos sentiremos orgullosos de usted.

Quilan subió a bordo de la pequeña aeronave. Después miró por una de las ventanas veladas cuando la nave despegó de la plataforma. Visquile y Eweirl ya estaban inmersos en su conversación.

El resto del viaje fue un reflejo de la ruta que había seguido para llegar allí, salvo que cuando llegó a Chel lo sacaron de la ciudad de Lanzamiento del Ecuador en una

lanzadera sellada que lo llevó directamente a Ubrent y luego en coche, por la noche, sin paradas, a las verjas del monasterio de Cadracet.

Estaba en el antiguo sendero. El aire de la noche era fragante, olía a la resina del árbol de los suspiros y parecía ligero como el agua después de la atmósfera densa como la sopa de la aerosfera.

Había vuelto solo para que lo volvieran a llamar. En lo que a los archivos oficiales se refería, nunca se había ido, nunca se lo había llevado la extraña dama de la capa oscura muchos meses atrás, nunca había descendido con ella a la carretera que lo había devuelto al mundo y que estaba manchada de sangre fresca.

Al día siguiente lo llamarían a la propia Chelise, donde le pedirían que aceptara una misión que lo llevaría al mundo de la Cultura llamado Masaq para que intentara persuadir al renegado y disidente mahrai Ziller, compositor, para que regresara a su ciudad natal y se convirtiera en el símbolo del renacimiento de Chel y del dominio chelgriano.

Esa noche, mientras dormía (si todo iba según el plan y las microestructuras temporales, las sustancias químicas y los procesos nanoglandulares que le habían conferido a su cerebro tenían los efectos deseados), olvidaría todo lo ocurrido desde la aparición de la coronel Ghejaline entre la nieve del monasterio ciento y pico días antes.

Recordaría lo que necesitara recordar, y no más, poco a poco. Los recuerdos disponibles se mantendrían a salvo de intrusiones y lecturas salvo por los procedimientos más obvios y dañinos. Tuvo la sensación de que empezaba a sentir el comienzo del proceso del olvido al mismo tiempo que recordaba que tendría lugar.

La lluvia estival caía con suavidad a su alrededor. El sonido del motor y las luces del coche que lo había llevado hasta allí habían desaparecido entre las nubes, mucho más abajo. Levantó la mano ante la pequeña puerta incrustada en las verjas.

El postigo se abrió de inmediato y en silencio y le hicieron señas para que entrara.

~ Sí. Bien hecho.

Se le había ocurrido que una vez que había hecho lo que se suponía que tenía que hacer, una vez terminada la misión, podría empezar (o intentar empezar) a contarle al dron Tersono, o al propio avatar del Centro, o al homomdano Kabe, o a los tres, lo que acababa de hacer, para que a Huyler no le quedara más remedio que incapacitarlo; con un poco de suerte lo mataría, pero no hizo nada.

Huyler quizá no lo matase, después de todo, quizá solo lo incapacitase y además, en parte estaría comprometiendo la misión. Era mejor para Chel, mejor para la misión, que todo pareciera normal, hasta que la luz de la segunda nova inundase el sistema y cruzase el orbital.

–Bueno, con eso completamos la visita –dijo el avatar.

–Bien. Amigos míos, ¿nos vamos? –dijo el dron E. H. Tersono con un gorjeo. Su recubrimiento de cerámica estaba rodeado por un saludable resplandor rosa.

–Sí –se oyó decir Quilan–. Vamos.

XV

Una cierta perdida de control

Despertó poco a poco, un poco mareado. Estaba muy oscuro. Se estiró con pereza y sintió a Worosei a su lado. La hembra se acercó adormilada, se enroscó contra su cuerpo y se adaptó a él. La rodeó con un brazo y la joven se acurrucó un poco más contra él.

Justo cuando empezaba a despertarse del todo y decidía que la deseaba, la hembra volvió la cabeza hacia él, le sonrió y abrió los labios.

Se deslizó sobre él y fue una de esas veces en las que el sexo es tan fuerte, equilibrado y excitante que es casi como si estuviera más allá de la diferencia de géneros, es como si no importara quién es el macho y quién es la hembra, ni qué parte pertenece a quién, cuando los genitales parecen de algún modo compartidos e independientes a la vez, partes que pertenecen a los dos y a ninguno; el sexo de él era una entidad mágica que los penetraba a los dos por igual cuando ella se movió sobre él, mientras que el de ella se convertía en una especie de manto fabuloso y encantado que se había extendido y crecía para cubrir los cuerpos de los dos, convirtiendo cada parte en una única superficie sensual y sexual.

Fue haciéndose de día muy poco a poco mientras hacían el amor y después, después de que terminaran los dos y tuvieran el pelo apelmazado por la saliva y el sudor y los dos se encontraran jadeando con fuerza, se quedaron echados el uno junto al otro, mirándose a los ojos.

Estaba sonriendo. No podía evitarlo. Miró a su alrededor. Todavía no estaba muy seguro de dónde estaba. La habitación parecía anónima y, sin embargo, parecía tener un techo altísimo y estar llena de luz. Tenía la extraña sensación de que deberían dolerle los ojos, pero no le dolían.

La miró otra vez. Había apoyado la cabeza en un puño y había bajado la cabeza

para mirarlo. Cuando vio aquel rostro, cuando asimiló aquella expresión, sintió una impresión extraña y después un terror exquisito, intenso y perfecto. Worosei jamás lo había mirado así, no solo a él, sino también todo lo que tenía alrededor, como si viera a través de él.

Había una frialdad absoluta y una inteligencia feroz e infinita en aquellos ojos oscuros. Algo sin piedad ni ilusión había clavado los ojos en su alma y más que encontrar carencias en ella, la había encontrado ausente.

El pelo de Worosei había adquirido un tono argentino perfecto y se había alisado sobre su piel. Era un espejo desnudo de plata y él se vio en su cuerpo largo y ágil, perversamente distorsionado como algo que fundieran y fueran deshaciendo. Abrió la boca e intentó hablar. Tenía la lengua demasiado grande y se le había secado la garganta.

Fue ella la que habló, no él.

–No creas que me han engañado ni por un momento, Quilan.

No era la voz de Worosei.

Se apoyó en el codo y se levantó de la cama con un movimiento ágil, elegante y poderoso. La vio irse y luego fue consciente de que detrás de él, al otro lado del colchón ondulado, había un macho viejo, también desnudo y mirándolo con un parpadeo.

El anciano no dijo nada. Parecía confuso. Era a la vez alguien muy conocido y un extraño absoluto.

Quilan despertó jadeando y se quedando mirando a su alrededor con expresión de loco.

Estaba en el amplio colchón ondulado del apartamento de la ciudad de Aquime. Parecía que estaba a punto de amanecer y había un torbellino de nieve más allá de la cúpula del tragaluz.

–Luces –dijo con la voz entrecortada y miró la enorme habitación cuando se iluminó.

Nada parecía estar fuera de lugar. Estaba solo.

Era el día que terminaría con el concierto en el estadio Stullien, que llegaría a su punto culminante con el estreno de la nueva sinfonía de mahrai Ziller, *La luz que expira*, que a su vez culminaría cuando la luz de la nova inducida sobre la estrella Junce ochocientos años atrás llegara al fin al sistema de Lacelere y el orbital Masaq.

Con una sensación vil y desgarradora de náuseas recordó que había cumplido con su obligación y el asunto ya no estaba en sus manos, ni en su cabeza. Lo que tuviera que ocurrir, ocurriría. No podía hacer más que ninguno de los demás. Menos, de hecho. Nadie más tenía otra mente a bordo, escuchando cada uno de sus pensamientos.

Por supuesto, desde la noche anterior, si no había sido antes, ya no disponía de su hora de gracia al final y al comienzo de cada día.

~ ¿Huyler?

~ *Aquí. ¿Ya has tenido antes sueños como ese?*

~ ¿Tú también lo has experimentado?

~ *Estoy vigilando y observando por si hay alguna señal que pudieras enviar y que pudiera advertirles sobre lo que va a pasar esta noche. No estoy invadiendo tus sueños. Pero tengo que monitorizar tu cuerpo así que sé que fue un sueño erótico de la leche que pareció convertirse de repente en algo aterrador. ¿Quieres hablar de ello?*

Quilan dudó. Apagó las luces con un gesto y se quedó echado en la oscuridad.

–No.

Fue consciente de que había dicho la palabra en lugar de pensarla al mismo tiempo que se dio cuenta de que no podía decir la siguiente palabra que creyó que iba a decir. Habría vuelto a ser «No» pero nunca salió de sus labios.

Se dio cuenta de que no podía hacer ningún movimiento. Otro momento de terror, por la parálisis y por el hecho de estar a merced de otra persona.

~ *Perdona. Estabas hablando, no comunicándote. Ya está; ya, esto, vuelves a estar al mando.*

Quilan se movió por el colchón y carraspeó para comprobar que volvía a controlar su cuerpo.

~ Todo lo que iba a decir era, no, no hace falta. No hace falta hablar de ello.

~ *¿Estás seguro? Jamás habías estado tan angustiado, no te había visto así en todo el tiempo que llevamos juntos.*

~ Te estoy diciendo que estoy bien, ¿de acuerdo?

~ *Está bien, de acuerdo.*

~ E incluso si no lo estuviera, tampoco importaría, ¿no? No después de esta noche. Voy a intentar dormir un poco más. Podemos hablar luego.

~ *Lo que tú digas. Que duermas bien.*

~ Lo dudo.

Se echó y observó los copos oscuros de nieve, de aspecto seco, que se lanzaban como un torbellino contra la cúpula del tragaluz, con una furia sorda cuyo sentido parecía equilibrarse a medio camino entre lo cómico y lo amenazador. Se preguntó si la nieve le parecería igual a la otra inteligencia que miraba a través de sus ojos.

No creía que el sueño volviera acudir a él, y no lo hizo.

La docena más o menos de civilizaciones que con el tiempo terminarían formando la Cultura, durante sus épocas independientes de escasez habían empleado fortunas inmensas para convertir la realidad virtual en algo tan palpablemente real y

tan poco virtual como fuera posible. Incluso una vez establecida la Cultura como entidad y cuando el uso del dinero convencional terminó por verse como un obstáculo arcaico que impedía el desarrollo en lugar de ser el sistema que lo moderaba y hacía posible, se habían empleado unas cantidades notables de tiempo y energía (tanto biológica como mecánica) perfeccionando los varios métodos gracias a los que los sistemas sensoriales humanos podían convencerse de que estaban experimentando algo que en realidad no estaba pasando.

Gracias sobre todo a ese esfuerzo preexistente, el nivel de precisión y credibilidad exhibidas por lo general por los entornos virtuales de los que podía disponer cualquier ciudadano de la Cultura había llegado a alcanzar tal perfección que ya hacía mucho tiempo que era necesario (al nivel de saturación más profundo de la manipulación de entornos manufacturados) introducir accesos sintéticos en la experiencia, solo para recordarle al sujeto que lo que parecía real, no lo era.

Incluso en estados mucho menos excesivos de impregnación ilusoria, la inmediatez y la intensidad de la aventura virtual estándar bastaba para que todos, salvo los más decididos y comprometidos de los cuerpos humanos, olvidaran que la experiencia que estaban viviendo no era real, y la omnipresencia de esta convicción común y corriente era un poderoso tributo a la tenacidad, inteligencia, imaginación y determinación de todos esos individuos y organizaciones de todas las épocas que habían contribuido a que, en la Cultura, cualquiera, en cualquier momento, pudiera experimentar cualquier cosa, en cualquier lugar, y por nada, y que nunca tuvieran que preocuparse por la idea de que, en realidad, todo era mentira.

Claro que, como es natural, había, para casi todo el mundo en ocasiones y para algunas personas casi de forma constante, un caché casi incalculable en el hecho de haber visto, oído, olido, saboreado, sentido o en general experimentado algo que fuera de la forma más absoluta y definitiva real, sin que se interpusiera en el camino ninguna de esas despreciables tonterías virtuales.

El avatar lanzó un bufido.

–Lo están haciendo de verdad.

Se rió con un entusiasmo sorprendente, pensó Kabe. No era el tipo de cosa que te esperabas que hiciera una máquina, ni siquiera una representación con forma humana de una máquina.

–¿Haciendo qué? –preguntó.

–Reinventado el dinero –dijo el avatar con una amplia sonrisa y sacudiendo la cabeza.

Kabe frunció el ceño.

–¿Eso es posible?

–No, pero es posible en parte. –El avatar miró a Kabe–. Es un viejo refrán.

–Sí, lo sé. «Serían capaces de reinventar el dinero por esto» –citó Kabe–. O algo

parecido.

–Eso. –El avatar asintió–. Bueno, pues para conseguir entradas para el concierto de Ziller prácticamente lo están haciendo. Hay personas que no soportan a otras y que las están invitando a cenar o reservan juntas cruceros por el espacio profundo; por todos los cielos, incluso acceden a ir de acampada juntas. ¡De acampada! –El avatar lanzó una risita–. La gente está intercambiando favores sexuales, han accedido a embarazos, han alterado su apariencia física para adaptarse a los deseos de sus parejas, han comenzado a cambiar de sexo para complacer a amantes, y todo para conseguir entradas. –Extendió los brazos–. ¡Qué maravilloso, extraño, romántico y bárbaro por su parte! ¿No le parece?

–Desde luego –dijo Kabe–. ¿Estás seguro del término «romántico»?

–Y, de hecho –continuó el avatar–, han llegado a acuerdos que van mucho más allá del trueque, una forma de liquidez sobre consideraciones futuras que tiene un parecido notable con el dinero, al menos tal y como yo lo entiendo.

–Extraordinario.

–Lo es, ¿verdad? –dijo la criatura plateada–. Uno de esas extrañas modas que surge por un instante, como un destello, del caos muy de vez en cuando. De repente todo el mundo admira la música sinfónica en directo. –Pareció perplejo durante unos segundos–. He dejado claro que en realidad no hay sitio para bailar. –Se encogió de hombros y luego dio un barrido con el brazo para señalar la vista–. Bueno, ¿qué le parece?

–Impresionante.

El estadio Stullien estaba casi vacío. Los preparativos para el concierto de esa noche iban según lo previsto y a buen ritmo. El avatar y el homomdano se encontraban al borde del anfiteatro, cerca de una batería de luces, láseres y morteros de efectos, cada uno de los cuales eclipsaba a Kabe y que al embajador se le parecieron mucho a armas.

Aquel día azul, fresco y despejado, solo tenía un par de horas de vida y el sol empezaba a salir detrás de los dos espectadores. Kabe apenas podía distinguir las sombras diminutas que el avatar y él arrojaban sobre un conjunto de asientos que tenían a cuatrocientos metros de distancia.

El estadio tenía más de un kilómetro de anchura: un coliseo con una escarpada inclinación de fibras de carbono entrelazadas y laminado de diamante transparente cuyos asientos y plataformas se centraban alrededor de un generoso campo circular que podía adaptarse para albergar varios deportes, una gran variedad de conciertos y otro tipo de espectáculos. Tenía un techo de emergencia, pero nunca se había usado.

Lo que daba sentido al estadio era que se encontraba al aire libre y si el tiempo tenía que ser de cierto tipo, bueno, entonces el Centro hacía algo que casi nunca hacía e interfería con la climatología utilizando su prodigiosa proyección de energía y su

capacidad para manejar campos, manipulaba los elementos hasta que conseguía el efecto deseado. Semejante intromisión carecía de elegancia y pulcritud, y era torpe y coercitiva, pero se aceptaba que era lo que había que hacer para tener a la gente contenta, que era, en último caso, toda la razón de ser del Centro.

Técnicamente hablando, el estadio era una barcaza gigante especializada. Flotaba en el interior de una red de amplios canales, ríos que fluían con lentitud, lagos anchos y mares pequeños que se extendían por una de las plataformas continente más variadas de Masaq y a través y a lo largo de la cual podía desplazarse (aunque con bastante lentitud) para proporcionar una amplia selección de fondos que se podían ver entre la estructura en la que se apoyaba y sobre el borde del estadio, selección que incluía montañas irregulares salpicadas de nieve, acantilados gigantes, inmensos desiertos, selvas pobladas, imponentes ciudades de cristal, grandes cataratas y bosques de árboles dirigibles que se agitaban bajo las suaves brisas.

Para un evento especialmente salvaje había una pista de rápidos. Un río gigante y torrencial sobre el que el estadio podía descender como un flotador monstruoso para bajar por la garganta más grande del mundo, girando sobre sí mismo de una forma monumental, virando y meciéndose hasta que se encontraba con el inmenso remolino rodeado de acantilados del fondo, donde se limitaba a girar sobre una agitada espiral de agua, una columna que era absorbida y se hundía en un juego de bombas colosales capaces de vaciar un mar, hasta que uno de los superelevadores del Centro llegaba para devolverlo a pulso a su altura habitual, entre las vías fluviales de la parte superior.

Para la representación de esa noche, el estadio se iba a quedar donde estaba, en la punta de una pequeña península de las costas del lago Bandel, en la plataforma Guerno, a una docena de continentes en el sentido del giro galáctico de Xaravve. La punta de la península contaba con una serie de puntos de acceso subterráneos, varios edificios de apoyo y almacenes elegantemente disfrazados, una amplia explanada repleta de bares, cafés, restaurantes y otros locales de ocio, además de un muelle gigante con forma de repisa donde el estadio se sometía a cualquier tipo de mantenimiento o reparación necesaria.

Los sistemas estratégicos táctiles, de iluminación y sonido que incorporaba el estadio, incluso sin ningún tipo de optimización participativa personal, eran inmejorables, el Centro asumía la responsabilidad del resto de las condiciones externas.

El estadio era uno de los seis existentes, todos construidos de forma específica para proporcionar lugares a los eventos que debían celebrarse al aire libre. Estaban distribuidos por todo el mundo para que siempre hubiera uno en el lugar adecuado en el momento más conveniente, fueran cuales fueran las condiciones requeridas.

–Aunque, por supuesto –se sintió obligado a señalar Kabe–, podrías tener solo

uno y luego ralentizar o acelerar el orbital entero para sincronizarlo.

–Ya se ha hecho –dijo el avatar con cierto desdén.

–Eso me había parecido.

El avatar levantó la cabeza.

–Ajá.

Justo encima de ellos, apenas visible entre la calima matinal, una diminuta forma más o menos rectangular resplandecía con el reflejo del sol.

–¿Qué es eso?

–Ese es el Vehículo General de Sistemas, clase Ecuador, *Experimentando una significativa falta de gravedad* –dijo el avatar. Kabe vio que el otro estrechaba un poco los ojos y una débil sonrisa se formaba alrededor de los labios y los ojos–. También ha cambiado su calendario de vuelo para venir a ver el concierto. –El avatar vio que la forma se agrandaba y frunció el ceño–. Pero tendrá que irse de ahí; por ahí es por donde pasan mis meteoritos explosivos.

–¿Explosivos? –dijo Kabe. Estaba observando el creciente rectángulo del VGS, que iba aumentando poco a poco–. Parece, bueno, espectacular. *–Peligroso quizá fuera un término más adecuado,* pensó el embajador.

El avatar sacudió la cabeza. Él también estaba mirando la gigantesca nave que descendía y entraba en la atmósfera, sobre ellos.

–Na, no es tan peligroso –dijo el avatar, que, en apariencia aunque era de suponer que no en realidad, le había leído el pensamiento–. La coreografía de la lluvia ya está casi lista. Quizá haya unos cuantos trocitos de materias blandas que todavía podrían excederse y necesitar un nuevo trazado de trayectoria, pero, de todos modos, todos tienen sus propios motores escolta. –El avatar le sonrió–. He utilizado un montón de viejos cuchillos misil, reservas de guerra reactivadas, cosa que me pareció muy apropiada. Supuse que les haría falta practicar.

Volvieron a mirar al cielo. El VGS ya era casi del mismo tamaño de una mano cuando se estira todo el brazo. Sus rasgos comenzaban a aparecer sobre las superficies doradas y blancas.

–Todas las rocas están colocadas, cargadas y olvidadas hace tiempo –continuó el avatar–, meterlas es tan simple como colocar los anillos en un planetario. Ningún peligro ahí tampoco. –Señaló con un gesto al VGS, que estaba cerca y era lo bastante brillante como para arrojar su propia luz sobre el paisaje circundante, como una luna dorada, extraña y rectangular flotando sobre el mundo.

»Ese es el tipo de cosas por las que las Mentes Centrales no pueden evitar preocuparse –dijo el avatar alzando una ceja plateada–. Un trillón de toneladas de nave capaz de acelerar como una flecha disparada con un arco y que se acerca lo suficiente a la superficie como para que yo sintiese la curva del campo de gravedad de la muy cabrona si no estuviese protegido. –Sacudió la cabeza–. Esas naves VGS –

dijo chasqueando la lengua como si se refiriese a un niño travieso, pero encantador.

–¿Crees que se aprovechan de ti porque antes fuiste una de ellas? –preguntó Kabe.

La gigantesca nave parecía haberse detenido al fin, llenaba casi una cuarta parte del cielo. Algunos jirones de nubes se habían formado bajo su superficie inferior. Unos caparazones concéntricos de campo asomaban en forma de líneas apenas visibles a su alrededor, como una serie de burbujas cavernosas y anidadas que flotaran en el cielo.

–Cómo lo sabe –dijo el avatar–. A cualquier Mente nacida Centro se le fundirían los plomos con solo pensar en dejar que algo así de grande entrara en el perímetro; les gusta que las naves se queden fuera, donde, si en algún momento hubiera algún problema, se limitarían a desmoronarse sin más. –El avatar se echó a reír de repente–. Le estoy diciendo que se largue de mi chorro de propulsión ahora mismo. Lo que, por supuesto, es una grosería.

Las nubes que se estaban formando bajo la nave gigante empezaron a arremolinarse y subir, la nave *Experimentando una significativa falta de gravedad* estaba empezando a alejarse. Las nubes hirvieron a su alrededor, como un millón de estelas que se formaran a la vez, y unos rayos parpadearon entre las nacientes torres de vapor.

–Mire eso. Me está arruinando la mañana entera. –El avatar volvió a sacudir la cabeza–. Típico de un VGS. Será mejor que ese pequeño despliegue no evite que mis nubes de nácar se formen esta noche porque puedo montar un follón. –La criatura miró a Kabe–. Venga, no hagamos caso de ese alarde y vamos abajo. Quiero enseñarle los motores de este trasto.

–Pero, compositor Ziller, ¡su público!

–Está en Chel y es muy probable que pagara lo que fuera por verme colgado, empalado y quemado.

–Mi querido Ziller, de eso es de lo que se trata. Estoy seguro de que lo que dice es una burda exageración, aunque comprensible; pero incluso si en eso hubiera una sola pizca de verdad, aquí ocurre todo lo contrario. En Masaq hay un número inmenso de personas que estarían encantadas de dar su vida para salvar la suya. Es a ellas a las que yo me refería, como estoy seguro de que sabe. Muchas de ellas estarán esta noche en el concierto, y el resto lo estará viendo, absortos.

»Llevan años esperando con paciencia, con la esperanza de que un día usted se sintiese inspirado para terminar otra obra larga. Y ahora que al fin ha ocurrido, están deseando experimentarla de la forma más absoluta posible y rendirle el homenaje que saben que se merece. Están desesperados por estar allí, escuchar su música y verlo con sus propios ojos. ¡Anhelan verlo dirigir esta noche *La luz que expira!*

–Pues ya pueden anhelarlo todo lo que quieran, pero se van a llevar una decepción. No tengo ninguna intención de ir, no si ese trozo supurante de forraje de escritorio va a estar presente.

–¡Pero si no se van a ver! ¡Les mantendremos separados!

Ziller levantó su gran morro negro y apuntó con él el recubrimiento de cerámica teñido de rosa de Tersono, lo que hizo que el dron se encogiera un poco.

–No te creo –le dijo el chelgriano.

–¿Qué? ¿Porque pertenezco a Contacto? ¡Pero eso es ridículo!

–Apuesto a que fue Kabe el que te dijo eso.

–Da igual cómo lo he averiguado. No tengo ninguna intención de obligarlo a que se reúna con el comandante Quilan.

–Pero te gustaría que lo hiciera, ¿no?

–Bueno... –El aura del dron se recubrió de repente de un arco iris de confusión.

–¿Te gustaría *o no?*

–¡Bueno, por supuesto que me gustaría! –dijo la máquina bamboleándose en el aire con lo que parecía un ataque de furia, frustración o ambas cosas. Su aura parecía confusa.

–¡Ja! –exclamó Ziller–. ¡Lo admites!

–Desde luego que me gustaría que se reunieran; es absurdo que no lo hayan hecho, pero yo solo querría que ocurriera si se produce de forma natural, ¡no si se lograra contra sus expresos deseos!

–*Shh.* Aquí viene uno.

–¡Pero...!

–*¡Shh!*

El bosque Pfesine, en la plataforma Ustranhuan, (era imposible alejarse más del estadio Stullien sin abandonar Masaq del todo) era famoso por sus cotos de caza.

Ziller había viajado hasta allí desde Aquime a última hora de la noche anterior, se había alojado en un alegre pabellón de caza, se había levantado tarde, había encontrado un guía local y se había ido a saltar sobre el cuello de los janmandresiles de Kussel. En ese momento creía oír a uno acercándose, abriéndose paso entre la densa maleza que bordeaba el estrecho sendero que cruzaba justo por debajo del árbol en el que se había ocultado.

El compositor miró a su guía, un tipo pequeño y fornido con equipo antiguo de camuflaje que estaba agachado en otra rama, a cinco metros de distancia. Estaba asintiendo y señalando en la dirección del ruido. Ziller se sujetó a la rama que tenía encima y se asomó para intentar ver al animal.

–Ziller, por favor –dijo la voz del dron, sonaba muy extraña en su oído.

El chelgriano se volvió de repente hacia la máquina que flotaba a su lado y la miró furioso. Se llevó un dedo a los labios y lo agitó. El dron se tiñó de un color

crema turbio por la vergüenza.

–Estoy hablándole haciendo vibrar directamente la membrana interna de su oído. No hay posibilidad de que el animal que...

–Y yo –susurró Ziller con los dientes apretados e inclinándose mucho hacia Tersono–, estoy intentando concentrarme. ¿Quieres cerrar el puto pico de una vez?

El aura del dron se tiñó por un instante de blanco de pura furia y luego se fue sosegando, adquirió un tono gris de frustración mezclado con puntos morados de arrepentimiento. De inmediato ondeó un color verde amarillento que indicaba docilidad y cordialidad, intercalado con franjas rojas para demostrar que se lo estaba tomando como una especie de chiste.

–¿Y quieres dejar ya el puto arco iris de mierda? –siseó Ziller–. ¡Me estás distrayendo! ¡Y es probable que el animal también pueda verlo!

Se agachó cuando algo muy grande y con manchas azules pasó por debajo de la rama. Tenía una cabeza tan larga como todo el cuerpo de Ziller y un lomo lo bastante ancho como para haber dado acomodo a media docena de chelgrianos. El compositor se lo quedó mirando.

–Dios –suspiró–, qué bichos tan grandes. –Miró a su guía, que asentía y señalaba al animal.

Ziller tragó saliva y se dejó caer. La caída era de solo unos dos metros, aterrizó sobre las cinco patas y de un salto se encaramó al cuello de la bestia, se sujetó con los pies a los dos lados del cuello, sobre las orejas con forma de abanico que tenía, y se aferró a un puñado de las crines de color marrón oscuro de la cresta del animal antes de que este tuviera tiempo de reaccionar. Tersono bajó flotando para hacerle compañía. El janmandresile de Kussel se dio cuenta de que tenía algo pegado a la nuca y emitió un chillido ensordecedor. Sacudió la cabeza y el cuerpo con tanto vigor como pudo y salió disparado por el sendero que atravesaba la selva.

–¡Ja! ¡Ja ja ja ja ja! –chilló Ziller sujetándose con fuerza mientras el enorme animal corcoveaba y se sacudía bajo él. El viento lo golpeaba al pasar, hojas, frondas, enredaderas y ramas que pasaban zumbando, haciéndolo agacharse, esquivarlas y jadear. El pelo que le rodeaba los ojos se agitaba bajo la brisa, los árboles de ambos lados del camino pasaban en un contorno borroso de color verde azulado. El animal volvió a sacudir la cabeza para intentar desmontarlo.

–¡Ziller! –gritó el dron E. H. Tersono mientras cabalgaba sobre el aire, justo detrás de él–. ¡No he podido evitar observar que no lleva ningún tipo de equipo de seguridad! ¡Esto es muy peligroso!

–¡Tersono! –dijo Ziller, le empezaron a castañetear los dientes cuando la bestia que tenía debajo siguió cargando por la serpenteante pista.

–¿Qué?

–¿Quieres irte a la mierda?

Se abrió una especie de brecha en el dosel que tenían encima y la velocidad del animal aumentó al empezar a correr cuesta abajo. Lanzado hacia delante, Ziller tuvo que inclinarse hacia atrás, hacia los hombros cargados del bicho, para evitar que el animal lo arrojase por encima de su cabeza y lo pisotease. De repente, entre las frondas colgantes de musgo y las hojas suspendidas, se produjo un reflejo de luz en el suelo del bosque. Apareció un río muy ancho, el janmandresile de Kussel bajó como un trueno por el sendero y atravesó las aguas poco profundas, levantando grandes surcos de espuma con las patas, después se lanzó a las aguas profundas del centro, se zambulló y corcoveó con las patas delanteras mientras intentaba tirar a Ziller de cabeza al agua.

Despertó escupiendo en las aguas poco profundas, lo arrastraban de espaldas hacia la orilla del río. Levantó la cabeza, miró hacia atrás y vio que Tersono tiraba de él con un campo de manipulación; la máquina lucía el tono gris de la frustración.

El chelgriano tosió y escupió.

–¿Me he quedado *K.O.* un momento? –le preguntó a la máquina.

–Solo unos segundos, compositor –dijo Tersono tirando de él con lo que parecía una enorme facilidad, después lo posó en una orilla arenosa y lo incorporó–. Y casi fue mejor que se hundiese –le dijo–. El janmandresile de Kussel lo estuvo buscando antes de cruzar hasta el otro lado. Seguramente quería meterlo bajo el agua o arrastrarlo hasta la orilla para patearlo. –Tersono se colocó detrás de Ziller y le dio unos cuantos golpes en la espalda mientras el compositor tosía un poco más.

–Gracias –dijo Ziller, se había inclinado y escupido un poco más de agua de río. El dron seguía dándole golpes–. Pero no creas –continuó el chelgriano– que esto significa que voy a volver para dirigir la sinfonía en una especie de ataque de gratitud.

–Como si yo esperase semejante gentileza, compositor –dijo el dron con voz derrotada.

Ziller se dio la vuelta, sorprendido. Rechazó con un gesto el campo de la máquina que le daba los golpes. Se sonó y se alisó el pelo de la cara.

–Estás muy disgustado, ¿verdad?

El dron volvió a destellar con un tono gris.

–¡Pues claro que estoy disgustado, compositor Ziller! ¡Ha estado a punto de matarse! Nunca se ha tomado en serio este tipo de pasatiempos peligrosos, ¡hasta los ha desdeñado! ¿Qué le pasa?

Ziller bajó la cabeza y miró la arena. Se había rasgado el chaleco, notó. Maldita fuera, se había dejado la pipa en casa. Miró a su alrededor. El río seguía fluyendo, los pájaros y los insectos gigantes revoloteaban sobre él, bajaban, se zambullían, zumbaban. En la otra orilla, algo bastante grande estaba haciendo mecerse y temblar

las profundas hojas fractales. Una especie de bicho peludo de miembros largos y orejas grandes los observaba con curiosidad desde una rama, en lo alto del dosel. Ziller sacudió la cabeza.

–¿Qué estoy haciendo aquí? –dijo en voz baja. Se levantó con una mueca. El dron extendió unos gruesos campos manipuladores por si el chelgriano quería apoyarse en ellos, pero no insistió en ayudarlo a levantarse.

–¿Y ahora qué, compositor?

–Oh, me voy a casa.

–¿De verdad?

–Sí, de verdad. –Ziller se escurrió un poco de agua del pelo. Se tocó la oreja, donde debería tener el terminal pendiente. Le echó un vistazo al río, suspiró y después miró a Tersono–. ¿Dónde está el acceso al metro más cercano?

–Ah, resulta que tengo una aeronave preparada, por si no quería molestarse con el...

–¿Una aeronave? ¿Y eso no llevará una eternidad?

–Bueno, es más bien una pequeña nave espacial, en realidad.

Ziller respiró hondo y se levantó arrugando la frente. El dron se apartó un poco, flotando. Entonces el chelgriano volvió a relajarse.

–Está bien –dijo en voz baja.

Unos momentos después una forma que no parecía mucho más que un ovoide rieló en el aire, se lanzó entre los árboles que se proyectaban sobre el río, se precipitó hacia la orilla y se detuvo de repente a un metro de distancia. El campo de camuflaje se desactivó con un parpadeo. El lustroso casco era de color negro y una puerta lateral se abrió con un suspiro.

Ziller entrecerró los ojos y miró al dron.

–Nada de trucos –gruñó.

–Como si pudiera.

El compositor subió a bordo.

La nieve se estrellaba contra la ventana en remolinos y giros que a veces parecían tomar la forma de algo. Estaba mirando por la ventana, a las montañas que había al otro lado de la ciudad, pero de vez en cuando la nieve lo obligaba a centrarse en ella, a solo medio metro de sus ojos, distrayéndolo con su breve inmediatez y haciendo que se le olvidara la perspectiva a largo plazo.

~ *¿Entonces vas a ir?*

~ No lo sé. Lo más cortés sería no ir, para que vaya Ziller.

~ *Cierto.*

~ ¿Pero qué sentido tiene la cortesía cuando algunas de estas personas estarán muertas al final de la velada, y cuando yo voy a estarlo con toda seguridad?

~ *Es cómo se comporta la gente cuando se enfrenta a la muerte lo que demuestra cómo son en realidad, Quil. Descubres si de verdad son tan corteses, e incluso tan valientes, como...*

~ No me hacen ninguna falta los sermones, Huyler.

~ *Perdón.*

~ Podría quedarme aquí, en el apartamento, y ver el concierto, o hacer alguna otra cosa, o puedo ir a escuchar la sinfonía de Ziller con un cuarto de millón de personas más. Puedo morir solo o puedo morir rodeado de gente.

~ *No vas a morir solo, Quil.*

~ No, pero tú vas a volver, Huyler.

~ *No, solo volverá el yo que era antes de todo esto.*

~ Aún así. Espero que no pienses que me estoy autocompadeciendo demasiado si considero que la experiencia es bastante más profunda para mí que para ti.

~ *Pues claro que no.*

~ Al menos la música de Ziller podría distraerme durante un par de horas. Morir en el punto culminante de un concierto único, saber que has producido la parte final y la más espectacular del juego de luces, parece un contexto más deseable para dejar esta vida que derrumbarme sobre la mesa de un café o que me encuentren aquí tirado, en el suelo, a la mañana siguiente.

~ *No te lo discuto.*

~ Y hay otra cosa. La Mente Central va a dirigir todos los efectos atmosféricos, ¿no?

~ *Sí. Se habla de auroras boreales y lluvias de meteoritos y demás.*

~ Así que si se destruye el Centro, hay muchas posibilidades de que pase algo en el estadio. Si Ziller no está allí, es probable que sobreviva.

~ *¿Quieres que sobreviva?*

~ Sí, quiero que sobreviva.

~ *Es poco más que un traidor, Quil. Tú vas a dar tu vida por Chel y todo lo que ha hecho él es escupirnos a todos. Tú estás haciendo el mayor sacrificio que puede hacer un soldado y todo lo que ha hecho él es quejarse, huir, empaparse de adulación y hacer su santa voluntad. ¿De verdad crees que está bien que tú te vayas y él sobreviva?*

~ Sí, lo creo.

~ *Ese hijo de una perra de presa se merece... Bueno, no. Lo siento, Quil. Sigo pensando que te equivocas, pero tienes razón sobre lo que nos va a pasar esta noche. Es cierto que significa más para ti que para mí. Supongo que lo menos que puedo hacer es no intentar disuadir al condenado para que se olvide de su última voluntad. Vete al concierto, Quil. Yo me conformo con ver que vas a cabrear como a un mono a ese cabrón.*

–¿Kabe? –dijo una voz muy característica por el terminal del homomdano.

–Sí, Tersono.

–He conseguido convencer a Ziller para que regrese a su apartamento. Creo que hay una pequeña posibilidad de que esté flaqueando. Por otro lado, acabo de enterarme de que Quilan va a ir. ¿Querrías hacerme, hacernos a todos, lo que quizá sea un favor incalculable y venir aquí para intentar persuadir a Ziller para que asista al concierto a pesar de todo?

–¿Estás seguro de que serviría para algo?

–Por supuesto que no.

–*Mmm.* Un momento.

Kabe y el avatar se encontraban justo delante del escenario principal, unos cuantos drones técnicos flotaban por allí y la orquesta iba saliendo del escenario después del último ensayo. Kabe había mirado, pero no había querido oír, un trío de auriculares le había procurado los sonidos de una cascada para que no oyera la música.

Los músicos (no todos humanos y algunos de ellos humanos, pero con un aspecto muy singular) regresaron a su sala de descanso entre grandes murmullos. Les inquietaba que hubiera sido uno de los avatares del Centro el que había dirigido el ensayo. Había hecho una imitación encomiable de Ziller, aunque sin el mal genio, los tacos y las maldiciones pintorescas. Cualquiera pensaría, pensó Kabe, que los músicos preferirían un director tan ecuánime como ese, pero parecían sinceramente preocupados ante la posibilidad de que el compositor no estuviera allí, durante la representación, para dirigir la obra en persona.

–Centro –dijo Kabe.

La criatura plateada se volvió hacia él. Iba vestido con un serio traje gris muy formal.

–¿Sí, Kabe?

–¿Crees que podría acercarme a Aquime y volver a tiempo para ver el principio del concierto?

–De sobra –dijo la máquina–. ¿Tersono está buscando refuerzos en el frente de Ziller?

–Lo has adivinado. Al parecer cree que puedo ser de ayuda para convencerlo de que asista al concierto.

–Y puede incluso que tenga razón. Iré yo también. ¿Vamos en metro o cogemos un avión?

–¿Un avión no sería más rápido?

–Sí, así es, aunque desplazarse sería lo más rápido.

–Nunca me han desplazado. Hagamos eso.

–Debo llamar su atención sobre un hecho concreto, un desplazamiento incurre en una posibilidad de aproximadamente una entre sesenta y un millones de fracaso absoluto, cuyo resultado es la muerte del sujeto. –El avatar esbozó una sonrisa maliciosa–. ¿Todavía dispuesto?

–Desde luego.

Hubo un chasquido seco, precedido por una brevísima impresión de un campo de plata desapareciendo a su lado, y otro avatar se colocó al lado de la criatura con la que él había estado hablando, vestido de forma parecida pero no idéntica.

Kabe se dio unos golpecitos en la terminal del aro que llevaba en la nariz.

–¿Tersono?

–¿Sí? –dijo la voz del dron.

Los gemelos plateados se dedicaron una reverencia mínima.

–Ya vamos.

Kabe experimentó algo que más tarde describiría como si alguien parpadeara por ti y cuando la cabeza del avatar se alzó después de su breve inclinación, de repente se encontraron los dos en la sala de recepción principal del apartamento de Ziller, en la ciudad de Aquime, donde los esperaba el dron E. H. Tersono.

XVI

La luz que expira

El sol de últimas horas de la tarde se colaba por una brecha de un kilómetro de altura que había entre las montañas y la nube. Ziller salió del baño, secándose y ahuecándose el pelo con un poderoso secador de mano bastante pequeño. Miró con el ceño fruncido a Tersono y luego pareció sorprenderse un poco al ver a Kabe y al avatar.

–Hola a todos. Que conste que no voy. ¿Algo más?

Se tiró en un gran sofá y se estiró, frotándose el pelo ahuecado del vientre.

–Me he tomado la libertad de pedirles al embajador Ischloear y al Centro que vinieran para que intentaran razonar con usted una última vez –dijo Tersono–. Todavía tendríamos tiempo de sobra para llegar al estadio Stullien de forma decorosa y...

–Dron, no sé qué es lo que no entiendes –dijo Ziller con una sonrisa–. Es muy sencillo. Si él va, yo no voy. Pantalla, por favor, el estadio Stullien.

Una pantalla de hologramas cobró vida de repente en toda la pared del otro lado de la habitación, sobresaliendo un poco entre los muebles. La proyección se llenó de un par de docenas de vistas del estadio, el entorno y varios grupos de personas y cabezas parlantes. No había sonido. Una vez terminado el ensayo, se podía ver a algunos entusiastas que ya comenzaban a entrar en el gigantesco anfiteatro.

El dron giró el cuerpo muy rápido, con una sacudida, para indicar que estaba mirando primero al avatar y luego a Kabe. Dado que ninguno dijo nada, habló él.

–Ziller, por favor.

–Tersono, estás en medio.

–Kabe, ¿quieres hablar con él?

–Desde luego –dijo Kabe asintiendo con su inmenso cuerpo–. Ziller, ¿cómo se

encuentra?

–Estoy bien, gracias, Kabe.

–Me pareció que se movía con cierta torpeza.

–Confieso que estoy un poco agarrotado. Esta mañana temprano le he saltado al cuello a un janmandresile de Kussel y el bicho me ha tirado.

–¿Ha sufrido alguna otra lesión?

–Unas magulladuras.

–Creí que no aprobaba ese tipo de actividades.

–En lo que ahora me ratifico más que nunca.

–¿Entonces no lo recomendaría?

–Desde luego para usted no, Kabe. Si le saltara al cuello a un janmandresile de Kussel, es muy probable que le rompiera la espalda.

–Es muy probable que tenga razón –se rió Kabe. Después apoyó la barbilla en una mano–. *Mmm.* Janmandresiles de Kussel, solo se encuentran en...

–¿Quieren dejarlo ya? –chilló el dron. El aura le hervía de cólera con un tono blanco.

Kabe se dio la vuelta y miró a la máquina con un parpadeo. Estiró los brazos e hizo tintinear una araña de luces.

–Dijiste que hablara con él –bramó.

–¡Pero no sobre cómo hizo el ridículo dándose el gusto de practicar un supuesto deporte absurdo! ¡Me refería a ir al estadio! ¡A dirigir su propia sinfonía!

–Yo no hice el ridículo. Monté a esa bestia gigante sus buenos cien metros.

–Fueron sesenta como mucho y fue un salto penoso –dijo el dron en una imitación verbal bastante buena de un humano escupiendo de furia–. ¡Ni siquiera fue un salto al cuello! Fue un salto al lomo y después le trepó por el cuello de una forma muy poco digna. ¡Haga eso en una competición y le quitan puntos por falta de estilo!

–Con todo yo no...

–¡Hizo el más absoluto de los ridículos! –gritó la máquina–. Ese simio que estaba en los árboles, junto al río, en realidad era Marel Pomiheker: gacetillero de los medios, periodista guerrillero, ave raptora de la prensa y, en general, un perro de presa que no descansa hasta conseguir todos los datos. ¡Mire! –El dron se alejó de golpe de la pantalla y señaló un campo gris estroboscópico de una de las veinticuatro proyecciones rectangulares que sobresalían de la pantalla. Mostraba a Ziller agachado en una rama, escondido en un árbol, en la selva.

–¡Mierda! –dijo Ziller, espantado. La cámara enfocó un gran animal morado que bajaba por un sendero de la selva–. Apaga la pantalla –dijo Ziller. Los hologramas desaparecieron y Ziller miró a los otros tres con la frente arrugada–. Bueno, pues ahora sí que ya no puedo aparecer en público, ¿no? –le dijo con tono sarcástico a Tersono.

–¡Ziller, por supuesto que puede! –gañó Tersono–. ¡A nadie le importa si lo ha tirado un estúpido animal!

Ziller miró al avatar y al homomdano y puso los ojos en blanco un momento.

–A Tersono le gustaría que intentara convencerle para que asista al concierto –le dijo Kabe a Ziller–. Dudo que nada de lo que yo diga pueda hacerle cambiar de opinión.

Ziller asintió.

–Si él va, yo me quedo aquí –dijo. Después miró al reloj que había encima de un antiguo mosaico, en una plataforma cerca de las ventanas–. Todavía falta más de una hora. –Se estiró todavía más y juntó las manos por detrás de la cabeza. Después hizo una mueca y bajó otra vez los brazos al tiempo que se masajeaba un hombro–. De hecho, dudo que pueda dirigir, de todos modos. Creo que tengo un tirón. –Volvió a echarse–. Así que me imagino que nuestro comandante Quilan se está vistiendo, ¿no?

–Está vestido –dijo el avatar–. De hecho, ya ha salido.

–¿Salido? –preguntó Ziller.

–De camino al estadio –dijo el avatar–. Está en el metro ahora mismo. Ya ha pedido las copas del intermedio.

Ziller pareció inquieto durante un segundo, después se animó un poco.

–Ja –dijo.

El vagón era grande y estaba medio lleno, atestado para lo que solía ser lo habitual. Al otro extremo, tras unas cuantas colgaduras bordadas y una pantalla de plantas, oía a un grupo de crías humanas gritando y riendo. Se oía también una voz serena y adulta cuyo dueño parecía estar intentando controlarlas.

Un niño irrumpió por la pantalla de plantas, miraba hacia atrás y estuvo a punto de tropezar. Miró alrededor, a los adultos de ese extremo del vagón. Parecía a punto de volver a lanzarse entre las plantas cuando vio a Quilan. Abrió mucho los ojos y se acercó para sentarse junto a él. La criatura tenía el rostro pálido arrebolado y jadeaba con fuerza. El sudor le aplastaba sobre la frente el cabello liso y oscuro.

–Hola –dijo–. ¿Eres Ziller?

–No –dijo Quilan–. Me llamo Quilan.

–Geldri T'Chuese –dijo el niño extendiendo la mano–. Encantado.

–Encantado.

–¿Vas al festival?

–No, voy a un concierto.

–Ah, ¿el del estadio Stullien?

–Sí. ¿Y tú? ¿También vas al concierto?

El niño lanzó una risa desdeñosa.

–No. Somos un montón, vamos a dar vueltas al orbital en metro hasta que nos

aburramos. Quern quiere dar por lo menos tres vueltas seguidas porque Xiddy dio dos con su primo, pero yo creo que con dos ya basta.

–¿Por qué queréis dar vueltas al orbital?

Geldri T'Chuese miró con expresión extraña a Quilan.

–Pues para echarnos unas risas –dijo como si fuera lo más obvio.

Un vendaval de carcajadas irrumpió entre la pantalla de plantas que había al otro lado del vagón.

–Parece muy ruidoso –dijo Quilan.

–Estamos haciendo lucha libre –explicó el niño–. Y antes hicimos un concurso de pedos.

–Bueno, no siento habérmelo perdido.

Otra sarta de carcajadas agudas resonaron por el vagón.

–Será mejor que vuelva –dijo Geldri T'Chuese. Le dio a Quilan unos golpecitos en el hombro antes de añadir:– Un placer conocerte. Espero que disfrutes del concierto.

–Gracias. Adiós.

El niño echó una carrera hasta la pantalla de plantas y la atravesó de un salto entre dos matojos. Se oyeron más gritos y risas.

~ *Lo sé.*

~ ¿Sabes qué?

~ *Adivino lo que estás pensando.*

~ ¿Ah, sí?

~ *Que es muy probable que sigan en el sistema de transporte subterráneo cuando el Centro quede destruido.*

~ ¿Es eso lo que estaba pensando?

~ *Es lo que estaría pensando yo. Es duro.*

~ Bueno, pues gracias.

~ *Lo siento.*

~ Como todos.

El trayecto llevó un poco más de tiempo del habitual, había mucha gente y los vagones se acumulaban para descargar a sus pasajeros en los puntos subterráneos de acceso del estadio. En el ascensor, Quilan saludó con la cabeza a unas cuantas personas que lo reconocieron de los programas de noticias en los que había intervenido. Vio que uno o dos lo miraban con el ceño fruncido y supuso que sabían que, al ir, era muy probable que impidiera que asistiera Ziller. Cambió de postura en el asiento e inspeccionó un cuadro abstracto que colgaba cerca.

El ascensor llegó a la superficie y todo el mundo salió a la amplia explanada abierta que había bajo una columnata de árboles altos y rectos. Unas luces suaves brillaban sobre el azul oscuro del cielo vespertino. El olor a comida llenaba el aire y

la gente atestaba los cafés, los bares y los restaurantes que flanqueaban la explanada. El estadio llenaba el cielo al otro extremo de la amplia avenida, tachonado de luces.

–¡Comandante Quilan! –le gritó un hombre alto y atractivo con un abrigo brillante mientras se precipitaba hacia él. Le tendió la mano y Quilan se la estrechó–. Chongon Lisser. Noticias Lisser; las filiaciones habituales, demanda del cuarenta por ciento y subiendo.

–¿Cómo está usted? –Quilan siguió caminando, el varón alto caminaba a su lado, un poco por delante, había girado la cabeza hacia Quilan para mantener el contacto visual.

–Estoy muy bien, comandante, espero que usted también. Comandante, ¿es cierto que mahrai Ziller, el compositor de la sinfonía de esta noche, aquí en el estadio Stullien, plataforma Guerno, Masaq, le ha dicho que si usted asiste al concierto esta noche, él no lo hará?

–No.

–¿No es cierto?

–No me ha dicho nada directamente.

–¿Pero sería correcto decir que usted habrá oído que él no asistiría si usted lo hacía?

–Es correcto.

–Y sin embargo, usted ha decidido asistir.

–Sí.

–Comandante Quilan, ¿cuál es la naturaleza de la disputa entre usted y mahrai Ziller?

–Tendría que preguntarle a él. Yo no tengo ninguna disputa con él.

–¿No le molesta que lo haya puesto en esta ingrata posición?

–No me parece que sea una posición ingrata.

–¿Diría usted que mahrai Ziller se está mostrando mezquino o vengativo de alguna forma?

–No.

–¿Entonces diría que se está comportando de una forma perfectamente razonable?

–No soy ningún experto en el comportamiento de mahrai Ziller.

–¿Entiende a la gente que dice que usted se está comportando de un modo muy egoísta al venir aquí esta noche, ya que eso significa que mahrai Ziller no va a estar aquí para dirigir la primera representación de su nueva obra, lo que degrada la experiencia para todos los interesados?

–Sí, la entiendo.

A esas alturas ya estaban cerca del final de la amplia explanada, donde lo que parecía un muro alto y ancho de cristal reluciente que se extendía sobre la acera iba iluminándose y apagándose poco a poco. La multitud menguaba un poco detrás del

muro; la barrera era una pared de campo, instalada para dejar entrar solo aquellos que habían ganado en la lotería de las entradas.

–Así que usted no cree...

Quilan se había llevado la entrada con él aunque le habían dicho que no era más que un recuerdo y que no se requería para entrar. Era obvio que Chongon Lisser no tenía entrada, rebotó con suavidad contra la pared reluciente y Quilan lo rodeó y continuó adelante con un asentimiento y una sonrisa.

–Buenas noches –dijo.

Había más periodistas dentro, el chelgriano siguió contestando con cortesía, pero sin extenderse y se limitó a seguir caminando, siguiendo las instrucciones de su terminal, que lo llevaron a su asiento.

Ziller observó los pases de noticias que seguían a Quilan con la boca abierta.

–¡Ese hijo de puta! ¡Va de verdad! ¡No va de farol! ¡Será capaz de sentarse de verdad y evitar que vaya yo! ¡No voy a ir a mi propio puto concierto! ¡Ese botarate hijo de perra de presa!

Ziller, Kabe y el avatar observaron a los varios controles remotos que seguían a Quilan hasta su asiento, un colchón ahuecado especialmente preparado para el chelgriano. Al lado había un asiento homomdano, un espacio para Tersono y unos cuantos asientos y sofás más. La plataforma de la cámara mostró a Quilan sentándose y mirando a su alrededor, el estadio se llenaba poco a poco, después pidió un servicio por su terminal que creó una pantalla plana delante de él que contenía las notas del programa del concierto.

–Creo que veo mi asiento –dijo Kabe con tono pensativo.

–Y yo el mío –dijo Tersono. Su aura parecía agitada. La máquina se volvió para mirar a Ziller, pareció a punto de decir algo, pero luego no lo hizo. El avatar no se movió, pero Kabe tuvo la sensación de que había habido algún tipo de comunicación entre la Mente Central y el dron de la sección de Contacto.

El avatar se cruzó de brazos y cruzó la habitación para ir a mirar la ciudad. Un cielo frío y despejado de color cobalto se arqueaba sobre el marco irregular de las montañas. La máquina veía la burbuja que era la plaza de la Cúpula de Aquime. Allí había una pantalla gigante que retransmitía las escenas del estadio Stullien a una multitud creciente.

–Confieso que pensé que no iría –dijo el avatar.

–¡No te jode, pues lo ha hecho! –dijo Ziller escupiendo–. ¡Ese arrastrahuevos con ojos de gato!

–Yo tenía la impresión de que también le iba a ahorrar esto –dijo Kabe agachándose en el suelo, cerca de Ziller–. Ziller, lo siento muchísimo si le he dado alguna idea equivocada, aunque fuera sin darme cuenta. Sigo convencido de que

Quilan insinuó de forma bastante decidida que no iba a ir. Solo puedo suponer que algo le ha hecho cambiar de opinión.

Una vez más, Tersono pareció a punto de decir algo, se le alteró el aura y el armazón se alzó un poco en el aire, pero de nuevo pareció contenerse en el último momento. Tenía el campo gris de frustración.

El avatar le dio la espalda a la ventana con los brazos todavía cruzados.

–Bueno, si no me necesita, Ziller, creo que voy a volver al estadio. Nunca hay suficientes acomodadores y ayudantes en general en este tipo de eventos. Siempre hay algún cretino que ha olvidado cómo funciona un dispensador automático de bebidas. ¿Kabe, Tersono? ¿Puedo ofrecerles un desplazamiento para volver?

–¿Un desplazamiento? –dijo Tersono–. ¡Desde luego que no! Cogeré un metro.

–*Mmm* –dijo el avatar–. Deberías llegar a tiempo, de todos modos. Pero yo no me entretendría mucho.

–Bueno –dijo Tersono con aire dubitativo, los campos le parpadeaban–. A menos que el compositor Ziller quiera que me quede, por supuesto.

Todos miraron a Ziller, que seguía mirando la pared de pantallas.

–No –dijo con voz débil al tiempo que agitaba una mano–. Vete. Vete, por supuesto.

–No, creo que debería quedarme –dijo el dron, acercándose flotando al chelgriano.

–Y yo creo que deberías irse –dijo Ziller con aspereza.

El dron se detuvo como si hubiese chocado contra un muro. Su aura destelló con un arco iris cremoso de sorpresa y vergüenza, después se inclinó en el aire y dijo:

–Está bien. Bueno, nos vemos allí. Ah... Sí. Adiós. –Atravesó el aire zumbando hasta las puertas, las abrió volando y después las cerró a toda prisa, pero sin ruido tras él.

El avatar miró con expresión interrogante al homomdano.

–¿Kabe?

–El viaje instantáneo parece sentarme bien. Será un placer aceptar. –Hizo una pausa y miró a Ziller–. También sería un placer quedarme aquí, Ziller. No tenemos que ver el concierto. Podríamos...

Ziller se levantó de un salto.

–¡Y una mierda! –dijo entre dientes–. ¡Pienso ir! Ese pedazo de vómito con patas no me va dejar fuera de mi propia puta sinfonía. Voy a ir. Voy a ir y voy a dirigir, e incluso pienso quedarme después y estar de cháchara y dejar que me den la tabarra, pero si ese mierdecilla de Tersono, o cualquier otro, intenta presentarme a ese pequeño cabrón de mierda egoísta de Quilan, juro que le arranco la garganta a ese cabeza de bolsa de basura.

El avatar contuvo la mayor parte de una sonrisa. Le brillaban los ojos cuando

miró a Kabe.

–Bueno, a mí me parece una postura de lo más razonable, ¿no cree, Kabe?

–Desde luego.

–Voy a vestirme –dijo Ziller alejándose de un salto hacia las puertas del interior–. No tardo nada.

–¡Tendremos que desplazarnos para tener tiempo suficiente! –chilló el avatar.

–¡Bien! –exclamó Ziller.

–Hay una posibilidad en sesen...

–¡Sí, sí, ya lo sé! Habrá que arriesgarse, ¿no?

Kabe miró al sonriente avatar y asintió. El avatar extendió los brazos e hizo una pequeña reverencia. Kabe fingió aplaudir.

~ *Te has equivocado.*

~ ¿Sobre qué?

~ *Al decir que Ziller se rajaría. Va a venir, después de todo.*

~ ¿Ah, sí?

Al mismo tiempo que pensaba la pregunta, Quilan comenzó a ser consciente de que a su alrededor la gente empezaba a murmurar y oyó la palabra «Ziller» susurrada unas cuantas veces a medida que se extendía la noticia. El estadio ya casi estaba lleno, un recipiente gigante de zumbidos, sonido, luz, personas y máquinas. El centro bien iluminado, el escenario vacío donde resplandecían los instrumentos, parecía tranquilo y callado, expectante, como el ojo de una tormenta.

Quilan intentó no pensar mucho en nada. Se pasó algún tiempo jugueteando con el campo de aumento incorporado a su asiento, lo ajustó para que la zona del escenario pareciera hincharse frente a él. Cuando estuvo contento con los resultados (como todos los demás salvo los auténticos puristas que rechazaban los campos de aumento) y obtuvo lo que parecía un asiento de primera fila, volvió a acomodarse.

~ ¿Viene de camino, seguro?

~ *Ya está aquí, se ha desplazado.*

~ Bueno, yo lo he intentado.

~ *Lo más probable es que te estés preocupando sin necesidad. Dudo que aquí vaya a pasar algo tan grave como para que alguien corra un auténtico peligro.*

Quilan miró al cielo, sobre el estadio. Probablemente era de color azul o violeta, pero parecía tan negro como la boca de un lobo tras la vaga calima de luces que bordeaban el estadio.

~ Hay varios cientos de miles de trozos de roca y hielo dirigiéndose hacia aquí. Reuniéndose en el cielo sobre este lugar. Yo no estaría tan seguro de que estamos a salvo.

~ *Oh, vamos. Ya sabes cómo son. Seguro que tienen copias de seguridad de las*

copias de seguridad y un factor de redundancia óctuple, una seguridad que llega a la paranoia.

~ Ya veremos. Se me ha ocurrido otra cosa.

~ *¿Qué?*

~ Supongamos que nuestros aliados, sean quienes sean, han hecho sus propios planes para lo que va a pasar de verdad cuando disparen su sorpresita.

~ *Continúa.*

~ Por lo que he entendido, no hay límite a lo que se puede meter por la boca del agujero de gusano. Supongamos que en lugar de energía suficiente para destruir al Centro, meten la suficiente para aniquilarlo, ¿supongamos que disparan una masa equivalente de antimateria por el agujero? ¿Cuánto pesa la unidad del Centro?

~ *Más o menos un millón de toneladas.*

~ Una explosión de materia/antimateria de dos millones de toneladas mataría a todo el mundo en el orbital, ¿no?

~ *Supongo que sí. ¿Pero por qué iban a querer nuestros aliados, sean quienes sean, como tú dices, matar a todo el mundo?*

~ No lo sé. El caso es que sería posible. Tú y yo no tenemos ni idea de qué es lo que han acordado nuestros jefes y por lo que nos han dicho, quizá también los han engañado a ellos. Estamos a merced de esos aliados alienígenas.

~ *Te preocupas demasiado, Quil.*

Quilan observó a la orquesta, que comenzaba a ocupar el escenario. El aire se llenó de aplausos. No era toda la orquesta y Ziller todavía tardaría en aparecer porque la primera obra no era suya; en cualquier caso, el recibimiento fue tumultuoso.

~ Quizá. Supongo que tampoco importa mucho, de todos modos. Ya no.

Vio que el homomdano Kabe Ischloear y el dron E. H. Tersono aparecían por el acceso más cercano cuando las luces comenzaban a apagarse. Kabe lo saludó con la mano y Quilan le devolvió el saludo.

¡Tersono! ¡Vamos a volar el Centro!

Las palabras se formaron en su mente. Pensó ponerse en pie y gritarlas.

Pero no lo hizo.

~ *No he intervenido. En realidad no pensabas hacerlo.*

~ ¿En serio?

~ *En serio.*

~ Fascinante. Todos los filósofos deberían experimentar esto, ¿no te parece, Huyler?

~ *Tranquilo, hijo, tranquilo.*

Kabe y Tersono se reunieron con el chelgriano. Ambos notaron que estaba llorando en silencio, pero les pareció más cortés no decir nada.

La música resonó por el auditorio, una inmensa claqueta invisible en la campana invertida del estadio. Las luces del recinto se habían hundido en la oscuridad, el espectáculo de luces de los cielos parpadeó, fluyó y destelló.

Quilan se había perdido las nubes de nácar. Vio las auroras boreales, los láseres, las capas inducidas y los niveles de nubes, los destellos de los primeros meteoritos, las líneas estroboscópicas que eclosionaban en el cielo a medida que lo iban cruzando. Los cielos distantes que rodeaban el estadio, sobre las praderas que rodeaban el lago, chispeando con rayos silenciosos y horizontales que saltaban disparados entre las nubes en rayas, barras y capas de luz blanca azulada.

La música se fue acumulando. Quilan se dio cuenta de que cada pieza iba contribuyendo poco a poco al todo. No sabía si era idea del Centro o de Ziller pero la velada entera, todo el programa del concierto, se había diseñado alrededor de la sinfonía final. La mitad de las piezas cortas anteriores eran obra de Ziller, la otra mitad de otros compositores. Se iban alternando y pronto quedó claro que los estilos también eran muy diferentes, mientras que las filosofías musicales que se ocultaban detrás de las dos facetas rivales eran muy distintas, hasta el punto de la antipatía.

Las cortas pausas que había entre cada pieza, durante las que la orquesta aumentaba y disminuía según los requerimientos de cada obra, permitieron que quedara el tiempo suficiente para que la estructura estratégica de la velada llegara poco a poco al público. De hecho, se podría haber oído la caída de un alfiler cuando los espectadores lo comprendieron.

La velada era la guerra.

Las dos facetas de la música representaban a los protagonistas, la Cultura y los idiranos. Cada par de obras opuestas representaba una de las muchas escaramuzas pequeñas, pero cada vez más amargas y de gran alcance que habían tenido lugar, por lo general entre fuerzas que actuaban por poderes por cada lado, durante las décadas previas al estallido de la guerra en sí. La duración de las obras fue aumentando así como la sensación de hostilidad mutua.

Quilan se encontró comprobando la historia de la guerra Idirana para confirmar que lo que parecía que debía de ser el último par de piezas preliminares, lo era en realidad.

La música acabó. Los aplausos eran apenas audibles, como si todo el mundo se limitara a esperar. La orquesta entera llenó el escenario central. Los bailarines, la mayor parte con arneses de flotación, se distribuyeron por el espacio que rodeaba el escenario formando una semiesfera. Ziller ocupó su sitio en el centro del escenario circular, rodeado por el brillo trémulo de un campo de proyección. El aplauso se alzó de repente y murió con la misma rapidez. La orquesta y Ziller compartieron un momento mutuo de silencio y serenidad.

En los cielos, la capa que cubría el cielo se apagó con un parpadeo y allí arriba,

(cerca de un borde del margen del estadio), fue como si la primera nova, Portisia, acabara de aparecer detrás de una nube.

La sinfonía *La luz que expira* comenzó con un susurro que fue creciendo e hinchándose hasta que explotó en un único estallido discordante y arrojado de música; una mezcla de acordes y puro ruido que tuvo su eco en el cielo con un espeluznante estallido de aire brillante, cuando un inmenso meteorito se hundió en la atmósfera justo encima del estadio y explotó. Su sonido estridente, asombroso, aterrador, desgarrador, llegó de repente entre el sosiego hipnótico de la música, haciendo que todo el mundo (al menos todo el mundo del que era consciente Quilan, incluyéndose él mismo) diera un salto.

La oleada del trueno recorrió el gran anfiteatro del cielo que rodeaba el lago y el estadio que tenía en el centro. Los rayos golpeaban la tierra y abrían con una lanza el suelo distante. En el cielo eclosionaron escuadrones y flotas de estelas de meteoritos disparados mientras los pliegues de las auroras y los efectos que cubrían todo el cielo, y cuyo origen era difícil adivinar, llenaban la mente y golpeaban el ojo, al tiempo que la música azotaba el oído.

Varios visuales de la guerra y otras imágenes más abstractas llenaron el aire justo encima del escenario y los cuerpos de los bailarines, que giraban, caían y se entrelazaban.

Muy cerca del centro furioso de la obra, mientras el trueno tocaba un bajo y la música rodaba sobre él y por todo el auditorio como una criatura salvaje, enjaulada y desesperada por escapar, ocho estelas del cielo no terminaron en estallidos de aire ni se desvanecieron, sino que se estrellaron contra el lago, alrededor del estadio, y crearon ocho geiseres altos y repentinos de agua blanca iluminada que surgieron como una explosión de las aguas oscuras y tranquilas, como si ocho inmensos dedos subterráneos hubiera intentado de repente alcanzar el cielo.

Quilan creyó oír chillar a la gente. El estadio entero, el kilómetro entero de diámetro, se agitó y tembló cuando las olas creadas por los estallidos del lago se estrellaron contra el gigantesco navío. La música pareció coger el miedo, el terror y la violencia del momento, y salir corriendo y gritando con ella, arrastrando al público a su paso como un jinete desmontado atrapado por el estribo de una montura aterrorizada.

Una calma terrible se posó sobre Quilan en su asiento, donde se había encogido azotado por la música, asaltado por las oleadas y escarpias de luz. Era como si sus ojos formaran dos túneles en su cráneo y el alma se le fuera cayendo por esa ventana compartida al universo, como si cayera de espaldas sin parar por un pasillo profundo y oscuro mientras el mundo se encogía y se convertía en un círculo pequeño de luz y oscuridad en algún lugar de las sombras que quedaban arriba. Como si se hundiera por un agujero negro, pensó para sí. O quizá fuera Huyler.

Era como si se estuviera cayendo de verdad. Era como si de verdad no pudiera parar. El universo, el mundo, el estadio, le parecían muy lejanos, inalcanzables. Le disgustó un poco pensar que se estaba perdiendo el resto del concierto, la conclusión de la sinfonía. ¿Pero qué precio había pagado por esa claridad y proximidad y dónde se encontraba la relevancia de estar allí y usar o no una pantalla de aumento y amplificación cuando todo lo que había visto hasta ese momento había quedado distorsionado por las lágrimas que le bañaban los ojos y todo lo que había oído lo había ahogado el clamor de la culpa por lo que había hecho, lo que había posibilitado y lo que iba a ocurrir con toda seguridad?

Se lo preguntó mientras caía en esa oscuridad que todo lo rodeaba y el mundo quedaba reducido a un único y no demasiado brillante punto de luz sobre él (no más luminoso que una nova alejada casi mil años enteros), como si lo hubieran drogado. Suponía que todos los habitantes de la Cultura estarían aumentando la experiencia con secreciones glandulares, haciendo que la realidad de la experiencia fuera al mismo tiempo más y menos real.

Aterrizó con un golpe seco. Se sentó y miró a su alrededor.

Vio una luz lejana a un lado. Una vez más, no demasiado brillante. Se puso de pie. El suelo era cálido y con solo un toque de flexibilidad. No olía a nada y no se oía nada salvo su propia respiración y los latidos de su corazón. Levantó la cabeza. Nada.

~ ¿Huyler?

Esperó un momento. Después un momento más.

~ ¿Huyler?

»¿Huyler? –gritó.

Nada.

Permaneció allí y disfrutó del silencio durante un rato, luego se encaminó hacia un fulgor lejano.

La luz procedía de una banda del orbital. Quilan entró en lo que parecía la galería panorámica del Centro. El lugar parecía desierto. El orbital giraba a su alrededor de una forma implícita, sin ningún tipo de prisa. El chelgriano avanzó un poco más, pasó junto a sofás y sillones, hasta que llegó al que estaba ocupado.

El avatar, iluminado por la luz reflejada de la superficie del orbital, levantó la cabeza cuando se acercó Quilan y le dio unos golpecitos al asiento ondulado que tenía junto a él. La criatura estaba vestida con un traje de color gris oscuro.

–Quilan –dijo–. Gracias por venir. Por favor, siéntese. –Los reflejos se deslizaban por su piel plateada, perfecta como luz líquida.

Quilan se sentó. El sillón ondulado era perfecto para él.

–¿Qué estoy haciendo aquí? –preguntó. Su voz le sonó extraña. Entonces se dio cuenta de que no había ecos.

–Pensé que debíamos hablar –dijo el avatar.

–¿Sobre qué?

–Sobre lo que vamos a hacer.

–No lo entiendo.

El avatar levantó un objeto diminuto, parecido a una joya, la sujetaba en una pinza de dedos plateados. El objeto resplandecía como un diamante. En el centro tenía una tara diminuta de oscuridad.

–Mire lo que he encontrado, comandante.

No sabía qué decir. Después de lo que le pareció mucho tiempo, pensó:

~ ¿Huyler?

El momento continuó. El tiempo parecía haberse detenido. El avatar podía seguir sentado, perfecta, total, inhumanamente quieto.

–Había tres –le dijo Quilan.

El avatar esbozó una fría sonrisa, buscó en el bolsillo superior del traje y sacó otras dos joyas iguales.

–Sí, ya lo sé. Gracias.

–Tenía un compañero.

–¿El tío de su cabeza? Eso nos pareció.

–¿Así que he fracasado?

–Sí, pero hay un premio de consolación.

–¿Y cuál es?

–Se lo diré más tarde.

–¿Y ahora qué pasa?

–Escuchamos el final de la sinfonía. –Le tendió una esbelta mano plateada–. Coja mi mano.

Quilan le cogió la mano. Había vuelto al estadio Stullien, pero esa vez estaba por todas partes. Miró hacia abajo y lo vio desde mil ángulos diferentes, se había convertido en el estadio en sí, en sus luces, en sus sonidos, en la propia estructura. Al mismo tiempo podía ver todo lo que rodeaba el estadio, el cielo, el horizonte, todo lo que tenía alrededor. Experimentó un largo instante de vértigo aterrador, un vértigo que parecía empujarlo no hacia abajo, sino en todas direcciones a la vez. Iba a romperse en pedazos, iba a disolverse sin más.

~ Aguante –le dijo la voz hueca del avatar.

~ Eso intento.

La música y las imágenes lo envolvieron, lo abrumaron, lo atravesaron y llenaron de luz. La sinfonía continuó adelante, aproximándose a una secuencia de resoluciones y cadencias que eran un pequeño pero titánico reflejo de toda la obra, del resto del concierto anterior, de la propia guerra.

~ Esas cosas que desplacé, son...

~ Sé lo que son. Ya nos hemos ocupado.

~ Lo siento.

~ Lo sé.

La música se alzó como la magulladura henchida de agua de una explosión subacuática, un instante antes de que el suave oleaje se rompa y brote el chorro de espuma blanca.

Los bailarines se alzaban y caían, giraban, se congregaban, se extendían y encogían. Las imágenes de la guerra cruzaban como luces estroboscópicas sobre el escenario. Los cielos se llenaron de luz, sombras que parpadeaban, pasmosas y breves, borradas casi al instante por la siguiente detonación del inmenso bombardeo de fuego.

Y entonces todo cayó y Quilan sintió que hasta el tiempo mismo se ralentizaba. La música se fue desvaneciendo hasta convertirse en una única línea colgante de dolor intenso, los bailarines yacían como hojas caídas repartidas por el escenario, el holograma que había encima del escenario se desvaneció y la luz pareció evaporarse del cielo, dejando una oscuridad que tiraba de los sentidos, como si el vacío reclamase su alma.

El tiempo se ralentizó todavía más. En el cielo, cerca de la diminuta luz restante que era la nova Portisia, se veía lo que apenas era un simple parpadeo. Y entonces eso también se detuvo, inmóvil, congelado.

El momento que era el «ahora», que durante toda su vida había sido un punto, se convirtió en esa línea, esa larga nota de música y ese susurro de oscuridad que lo arrastraba. Algo extendió un plano desde la línea, un plano que se plegó una y otra vez hasta que de nuevo hubo espacio para la galería panorámica y allí estaba él sentado, sin soltar la mano del avatar plateado.

Quilan miró en su interior y se dio cuenta de que no sentía miedo, ni desesperación, ni pesar.

Cuando habló la criatura, fue como si utilizara su propia voz.

~ Debiste de amarla mucho, Quilan.

~ Por favor, si puedes, si quieres, mira en mi alma.

El avatar lo miró de igual a igual.

~ ¿Estás seguro?

~ Estoy seguro.

Esa larga mirada continuó. Después, la criatura sonrió poco a poco.

~ Muy bien.

Unos momentos después, asintió.

~ Era una persona extraordinaria. Ya veo lo que viste en ella. –El avatar emitió un sonido parecido a un suspiro–. Os hicimos una cosa terrible, ¿verdad?

~ Al final nos la hicimos nosotros, pero sí, lo provocasteis vosotros.

~ Lo que se planteaba era una venganza terrible, Quilan.

~ Creíamos que no teníamos alternativa. Nuestros muertos... bueno, me imagino que lo sabes.

La criatura asintió.

~ Lo sé.

~ Se acabó, ¿verdad?

~ Se han acabado muchas cosas.

~ El sueño que tuve esta mañana...

~ Ah, sí. –El avatar sonrió otra vez–. Bueno, eso pude hacerlo yo jugando con tu cabeza o sencillamente lo hicieron tus remordimientos, ¿no te parece?

Quilan supuso que nunca se lo dirían.

~ ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? –preguntó.

~ Yo lo supe un día antes de que llegaras. No puedo hablar por Circunstancias Especiales.

~ Me dejaste hacer los desplazamientos. ¿No era peligroso?

~ Solo un poco. A estas alturas ya tenía mi copia de seguridad. Hace tiempo que tengo aquí un par de VGS, o por los alrededores, además de la *Experimentando una significativa falta de gravedad*. Una vez que supimos lo que tramabas, podían protegerme incluso de un ataque como el que preveías. Dejamos que pasara porque nos gustaría saber dónde están los extremos de esos agujeros de gusano. Quizá podrían decirnos algo sobre quiénes eran vuestros misteriosos aliados.

~ A mí también me gustaría saberlo. –Lo pensó un momento–. Bueno, me hubiera gustado.

El avatar frunció el ceño.

~ Lo he comentado con algunos de mis iguales. ¿Quieres que te diga una idea muy fea que se me ha ocurrido?

~ ¿No hay ya suficientes en el mundo?

~ Sin duda. Pero a veces se puede evitar que las ideas feas se conviertan en actos feos exponiéndolas.

~ Si tú lo dices.

~ Uno debería preguntarse siempre quién es el que más gana con esto. Con todo mi respeto, Chel, en este caso, no cuenta.

~ Hay muchos Implicados a los que les gustaría veros sufrir un revés.

~ Puede que alguno lo haga por su cuenta, suelen hacerlo. A la Cultura le han ido muy bien las cosas en los últimos ochocientos años o así. Para los Ancianos eso se pasa en un abrir y cerrar de ojos, pero es mucho tiempo para que un Implicado siga en el juego con tanta determinación como lo hemos hecho nosotros. Pero es posible que nuestro poder haya alcanzado su punto más alto, quizá nos estemos convirtiendo en seres complacientes, incluso decadentes.

~ Esta parece una de esas pausas que tengo que llenar yo. Por cierto, ¿cuánto

tiempo tenemos antes de que se prenda la segunda nova?

~ Si estuviéramos en la realidad, medio segundo, más o menos. –El avatar sonrió–. Aquí, muchas vidas. –Apartó la vista y miró la imagen del orbital que pendía en el espacio ante ellos, rotando poco a poco.

»No es imposible que los aliados que han posibilitado todo esto sean, o representen, a un grupo sin escrúpulos de Mentes de la Cultura.

Quilan se quedó mirando a la criatura.

~ ¿Mentes de la Cultura? –preguntó.

~ ¿No es terrible tener que pensar eso? ¿Que los nuestros se vuelvan contra nosotros?

~ ¿Pero porqué?

~ Porque quizá nos estemos ablandando. Por culpa de esa complacencia, de esa decadencia. Porque algunas de nuestras Mentes quizá piensen que necesitamos un poco de sangre y fuego a tiempo, para recordarnos que el universo es un lugar al que no le importa nada y que no tenemos más derecho a disfrutar de nuestro agradable ascendiente que cualquier otro imperio caído y olvidado hace ya mucho tiempo. –El avatar se encogió de hombros–. No pongas esa cara de asustado, Quilan. Podríamos equivocarnos.

El Centro desvió la mirada un momento y luego dijo:

»No ha habido suerte con los agujeros de gusano. –Parecía triste–. Puede que ya nunca lo sepamos. –Se volvió para mirar a Quilan otra vez. Había una expresión de terrible dolor en su rostro–. Has querido morir desde que comprendiste que la habías perdido, desde que te recuperaste de tus heridas, ¿no es cierto, Quilan?

–Sí.

El avatar asintió.

~ Yo también.

Quilan sabía la historia de la gemela y de los mundos que había destruido. Se preguntó, asumiendo que el Centro hubiera dicho la verdad, cuántas vidas de arrepentimiento y dolor por la pérdida se podían vivir en ochocientos años, cuando se podía pensar, experimentar y recordar con la velocidad y facilidad de una Mente.

~ ¿Qué le va a pasar a Chel?

~ Un puñado de individuos, no más, desde luego, puede que paguen con sus vidas. Aparte de eso, nada. –Sacudió la cabeza poco a poco–. No podemos daros esas almas que equilibran la balanza, Quilan. Intentaremos razonar con el Puen-Chelgriano. Para nosotros es un territorio complicado, los sublimados, pero tenemos contactos.

Le sonrió. Quilan vio su propio rostro, amplio y peludo, reflejado en los rasgos delicados de la imagen.

~ Todavía tenemos una deuda con vosotros por el error que cometimos. Haremos

todo lo que podamos para compensarlo. Este intento no nos absuelve. Aquí no se ha saldado nada. –El avatar le apretó la mano. Quilan había olvidado que todavía estaban cogidos de la mano–. Lo siento.

~ El pesar parece ser un producto muy común por aquí, ¿no?

~ Creo que la materia prima es la vida, pero por suerte hay otros derivados.

~ ¿No irás a matarte de verdad?

~ A los dos, Quilan.

~ ¿De verdad vas a...?

~ Estoy cansado, Quilan. Hace años, décadas, siglos, que espero que estos recuerdos pierdan su fuerza, pero no lo han hecho. Hay sitios a los que ir, pero o bien no sería yo cuando fuera allí o seguiría siendo yo y por tanto todavía tendría mis recuerdos. Llevo tanto tiempo esperando que disminuyan que me he convertido en ellos y ellos en mí. Nos hemos convertido en uno solo. No hay vuelta atrás que me parezca que merece la pena.

El avatar le sonrió con pesar y le volvió a apretar la mano.

»Lo voy a dejar todo en perfecto estado, funcionando y en buenas manos. Será una transición más o menos tranquila y no va a sufrir ni morir nadie.

~ ¿No te echará de menos la gente?

~ Tendrán otro Centro dentro de nada. Estoy seguro de que también se encariñarán con él. Pero espero que me echen un poco de menos. Espero que piensen bien de mí.

~ ¿Y tú serás feliz?

~ No seré feliz ni infeliz. No seré. Y tú tampoco.

El avatar se giró un poco más hacia él y le tendió la otra mano.

»¿Estás listo, Quilan? ¿Quieres ser mi gemelo en esto?

El chelgriano le cogió la otra mano.

~ Si tú quieres ser mi compañera.

El avatar cerró los ojos.

El tiempo pareció expandirse y explotar alrededor de Quilan.

Su último pensamiento fue que se le había olvidado preguntar qué le había pasado a Huyler.

La luz brilló en el cielo sobre el estadio.

Kabe, perdido en el silencio y la oscuridad, observó la luz de la estrella llamada Junce cuando parpadeó y luego resplandeció bastante cerca de la anterior nova, Portisia, que comenzaba a desvanecerse. La nueva casi ahogó a la antigua.

A su lado, Quilan, que llevaba un rato muy quieto y callado, se desplomó de repente hacia delante en el colchón ondulado y se derrumbó en el suelo antes de que Kabe pudiera cogerlo.

–¿Qué? –oyó chillar a Tersono.

El aplauso estaba comenzando.

El aliento brotó de la boca del chelgriano y luego se quedó muy quieto.

Los ruidos de conmoción y consternación comenzaron a acumularse alrededor de Kabe y (cuando se agachó para intentar revivir a la criatura alienígena muerta) otra luz brillante, muy brillante, resplandeció en el cielo, justo, exactamente encima de sus cabezas.

Llamó al Centro para pedirle ayuda, pero no hubo respuesta.

Espacio, tiempo

[...] miedo y un repentino dolor desgarrador, la enorme cara de pelo blanco llenó de repente su visión; la desesperación, el terror y la ira al verse traicionado cuando despertó e intentó (tarde, demasiado tarde) levantar las manos en un gesto que de todos modos habría sido inútil, y después el golpe seco y feroz cuando las inmensas mandíbulas de la criatura se le clavaron en el cuello, y la agonía de aquel cepo que parecía de acero, el estrangulamiento instantáneo, el corte del suministro de aire, y las sacudidas; el cuello que se partía, el cerebro que vibraba y lo privaba del sentido y la vida...

Algo le raspó el cuello, allá se iba el collar de la tía Silder. Las sacudidas continuaron. Algo fino y roto le azotó apenas el cuello cuando brotó la sangre y le cortaron la respiración. Cabrón, pensó, desmayándose otra vez por culpa de aquella paliza salvaje que lo llevaba de un sitio a otro.

El dolor continuó, desvaneciéndose, mientras lo arrastraban, sujeto por el cuello, por la nave alienígena. Las extremidades le colgaban inertes, desconectadas del cerebro. Era un simple trapo, una marioneta rota. Los pasillos seguían oliendo a fruta podrida. Tenía los ojos pegados por su propia sangre. Nada que hacer, nada que esperar.

Ruidos mecánicos. Después la sensación de que lo tiraban. Una superficie bajo él. Lo soltaron; la cabeza, apenas unida al cuerpo, rodó hacia un lado.

Sonidos de gruñidos, desgarros y cuchilladas, sonidos que pensó que debería conectar con el dolor, con alguna sensación al menos, pero que no significaban nada. Y luego silencio, y oscuridad, y la incapacidad de hacer nada salvo presenciar aquella lenta sensación de irse apagando. Y otro pequeño dolor cerca de la nuca; un pinchazo final, diminuto, como por si acaso, casi cómico.

Había fracasado. No había vuelto. No había advertido a nadie. No se había convertido en el héroe. Se suponía que no tenía que terminar así, con una muerte solitaria y dolorosa, consciente solo de la traición, el miedo y la desesperanza.

Un siseo. Se desvanecía. Frío. Movimiento; algo lo arañaba, una repentina brisa gélida.

Y luego un silencio absoluto, un frío absoluto y una falta total de gravedad.

Ungen Zlepe, erudito, se sintió engañado al notar que los ojos que tenía pegados por la sangre le impedían verlas estrellas lejanas en su estado puro, en el vacío, al morir.

–Gran *Yoleusenive,* esto es lo que encontraron en el exterior los sirvientes del *Hiarankebine,* seis mil trescientos latidos a popa. Se trajo al interior del mundo para

que lo inspeccionara el *Hiarankebine*, que envía estos restos con su aprecio y sus saludos, y con la creencia de que vos podríais añadir a la suma de conocimientos con vuestra venerada evaluación.

–Es posible que esta forma la hubiese conocido aquel al que dirigís vuestros comentarios. Su apariencia trae asociaciones, recuerdos. Son antiguos, no obstante. Comienza ahora un registro en profundidad de nuestra capacidad de almacenaje de archivos en la memoria a largo plazo. Lo que llevará algún tiempo completar. Hablemos un poco más sobre el sujeto que tenemos ante nos mientras tiene lugar el dicho registro.

–Muy bien. Es interesante observar que el análisis del juego de instrucciones celulares de la criatura indica que la forma con la que aparece aquí no es aquella con la que nació en un principio. Aquí se muestra una representación de la forma que tendría según el juego de instrucciones celulares original.

–Esa forma nos fue en otro tiempo conocida, estamos seguros, al igual que esta podría habernos sido conocida en un tiempo. La representación que habéis mostrado aquí corresponde a la forma que es, o era, conocida como humano. Adjuntada al registro profundo de nuestros archivos de memoria que se han mencionado estará la imagen que estáis mostrando aquí. Este registro no ha descubierto nada destacado hasta el momento. Llevará un poco más de tiempo completarla tras adjuntarle la imagen visual de la forma humana.

–Humano. Eso nos resulta interesante, aunque la naturaleza del interés es histórica.

–La criatura en cuestión parece haber acumulado lesiones que no son las que se asociarían con la exposición a las condiciones que prevalecen en el exterior, que es ante todo la falta de medio, una ausencia que por lo común se denomina vacío, y la carencia asociada de toda temperatura, salvo la más insignificante.

–Sí. Se supone que el cuello de la criatura no tiene la apariencia que se puede ver aquí, ya sea en la forma física que se muestra ante nosotros o en la forma que se ha recreado en la imagen visual de la matriz de asignación biológica. De modo similar, parece que le han abierto el torso por la fuerza y para causar lesiones, mientras que estas superficies parecen haber sido laceradas.

–La criatura ha sido mordida, destripada y acuchillada.

–Tales son los actos que se asociarían por lo general con las alteraciones de la fisiología de la criatura.

–¿Qué se sabe de estas lesiones, y en concreto qué se sabe del momento en que se produjeron con respecto a la recuperación del objeto del exterior?

–Se cree que el daño se provocó muy poco antes de que la criatura fuera expulsada del artefacto, medio o recipiente, que habitara antes de la dicha expulsión. Las varias lesiones indican que la criatura se encontraba en un estado no compatible

con la continuación de su vida (salvo por una asistencia médica inmediata y altamente capacitada) antes de su expulsión al exterior, donde, como es natural, moriría. El fluido circulatorio ha salido a chorro aquí, aquí y aquí y con posterioridad se ha congelado como resultado de las bajas temperaturas encontradas en el exterior.

–La naturaleza congelada de la criatura tal y como la encontramos aquí es idéntica a la que tenía cuando se encontró en un principio, entonces.

–Así es. La burbuja repelente del medio en la que se puede ver que reside fue colocada antes de su inducción desde el exterior. Solo se han recuperado partículas muy pequeñas de su cuerpo y se han almacenado en condiciones ambiente para permitir el análisis referido a lo que ya hemos comunicado.

–Estos daños pequeños y extendidos de los tejidos indicarían que la criatura contaba al menos con una temperatura parecida a su estado de funcionamiento normal y sano, y es posible que todavía se encontrara con vida cuando fue expulsada al exterior. ¿Podría ser el caso que el *Hiarankebine* estuviera de acuerdo?

–Es el caso.

–Este nivel de daños, en su mayor parte pequeños, indicaría que los restos de la criatura han estado expuestos al exterior durante mucho tiempo; un intervalo que podría ser del orden de una proporción significativa de un Gran Ciclo, aunque no en el orden de muchos de esos intervalos.

–El *Hiarankebine* comparte esa creencia.

–¿Es el caso que se hayan documentado la dirección y velocidad de los restos de la criatura en el momento de su descubrimiento?

–Lo es. Los restos de la criatura estaban estáticos en el exterior según la definición aceptada número tres, a algo menos de la velocidad aproximada de una respiración lenta, a temperatura y presión estándar. Tal vectorial era de una orientación similar a la del mundo, con un margen de un cuarto de reducción.

–El registro profundo que según se dio a entender había comenzado sigue realizándose, pero todavía no ha podido descubrir nada de interés. ¿Qué otros resultados de las partículas que se han colocado en condiciones ambiente se han añadido al depósito de conocimientos?

–Parte del líquido congelado extraído de los bordes de la herida que la criatura sufrió en la región del cuello ha proporcionado información del juego de instrucciones biológicas que tienden a indicar que el agente que infligió la herida fue un individuo de la especie conocida como los Injuriados Menores.

–Qué interesante. Su nombre fue con anterioridad los chelgrianos, o los Chel, antes de que ocurriera la atrocidad que le aconteció al *Sansemin.* ¿Hasta qué nivel de refinamiento se llevó a cabo el análisis de la forma humana que se encontró y que según se halló estaba implícita en la criatura que tenemos ante nos?

–Suficiente para proporcionar la imagen que se ve aquí.

–Es el caso que una imagen más completa de la criatura, quizá hasta el punto de recrear la corporeidad biológica, podría refinar todavía más y centrar el conocimiento del lugar que la especie de la criatura ocupaba en el gran mundo de la vida.

–Eso lo podría lograr con igual honor y habilidad el *Hiarankebine* o aquel al que estos comentarios se dirigen con todo respeto.

–Es una tarea que estamos encantados de asumir. Se observa que la criatura sigue vestida y que tiene alrededor del cuello una joya, o los restos de una joya. ¿Es el caso, por ventura, que se haya llevado a cabo un análisis de cierta profundidad con respecto a estos objetos externos?

–No lo es, poderoso *Yoleusenive.*

–El registro en profundidad de nuestras funciones de recuerdos almacenados, no volátiles y externos al sistema, que según se insinuó comenzó hace un tiempo ya ha concluido. La criatura que se encuentra ante nos tenía por nombre Uagen Zlepe, un erudito que vino a estudiar la encarnación del ser al que vos habláis procedente de la civilización que en otro tiempo se conoció como la Cultura.

–Esos nombres no nos son conocidos.

–No importa. El cuerpo de esta criatura debe de haber flotado en el exterior durante algo más del periodo que supone un ciclo galáctico completo, y ha esperado aquí con esa deriva casi imperceptible con dirección a popa que ya se ha mencionado, hasta que el sistema completó otra rotación alrededor de la galaxia y entró de nuevo en esta región del espacio. Está bien saberlo. Esta información se ramifica y completa. Contribuye de forma notable a la suma de conocimientos, como se explicará en un informe que se preparará para el *Hiarankebine.* ¿Es posible que aquel al que estos comentarios se dirigen aguarde a la finalización de dicho informe para así transmitírselo de la forma más pronta al *Hiarankebine?*

–Lo es.

–Bien. Es posible entonces que merezca la pena llevar a cabo otras investigaciones, que aquel al que habéis dirigido vuestros comentarios estaría encantado de realizar. Es de esperar que el *Hiarankebine* comparta el placer que experimenta y anticipa al mismo tiempo el *Yoleusenive.* Una serie de acontecimientos que antes no tenían conclusión puede que ahora la tengan. Lo que es satisfactorio para nosotros.

Abrió los ojos con un parpadeo y se quedó mirando al frente. Donde debería haber estado la horrible cara blanca peluda, encima de él, con las mandíbulas abriéndose, o las estrellas frías que giraban poco a poco mientras él daba tumbos, se encontraba una figura conocida, colgada bocabajo de una rama, dentro de un espacio circular grande y bien iluminado.

Estaba sentado en una especie de cruce entre cama y nido gigante. Parpadeó y

despejó los ojos. No tenía la sensación de que hubiera habido sangre manteniéndoselos cerrados.

Miró a la criatura que colgaba a unos metros de él. Esta parpadeó y giró la cabeza un poco.

–¿Praf? –dijo con una tos. Tenía la garganta irritada, pero al menos volvía a tenerla conectada al cuerpo como Dios manda.

La pequeña y oscura criatura agitó las alas correosas.

–Uagen Zlepe –dijo–, me han encargado darte la bienvenida. Soy 8827 Praf, hembra, comparto la mayor parte de los recuerdos asociados con la Decisiva de quinto orden de la Tropa Deductora del Decimoprimer Follaje del behemotauro dirigible Yoleus que tú conociste como 974 Praf, incluyendo, según se cree, todos los referentes a ti.

Uagen tosió y expulsó un poco de fluido. Asintió y miró a su alrededor. Se parecía al interior de la Casa de Invitados de Yoleus, una vez quitadas las subdivisiones.

–¿He vuelto al Yoleus? –preguntó.

–Estás a bordo del behemotauro dirigible Yoleusenive.

Uagen se quedó mirando a la criatura colgada que tenía delante. Le costó un momento o dos comprender las implicaciones de lo que acababa de oír. Sintió que se le secaba la boca. Tragó saliva.

–¿El Yoleus ha... evolucionado? –soltó.

–Ese es el caso.

Uagen se llevó la mano a la garganta y sintió la carne dolorida, pero entera. Levantó la cabeza poco a poco y la giró.

–Cómo me –empezó a decir, luego tuvo que parar, tragar saliva y empezar otra vez–. ¿Cómo me han recuperado? ¿Cómo me han rescatado?

–Se *te encontró en el exterior. Portabas un equipo que albergaba tu personalidad. El Yoleusenive ha reparado y reconstruido tu cuerpo y ha despertado tu vida mental en el interior de dicho cuerpo.*

–Pero yo no llevaba... –empezó a decir Uagen, después se fue quedando sin voz cuando bajó los ojos y vio que acariciaba con los dedos la piel del cuello donde, en otro tiempo, había un collar.

–El equipo que almacenaba tu personalidad estaba donde tus dedos están ahora –confirmó 8827 Praf, y chasqueó el pico una vez.

El collar de la tía Silder. Recordó el pequeño pinchazo en la nuca. Uagen sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

–¿Cuánto tiempo ha pasado? –susurró.

La cabeza de Praf se inclinó hacia un lado otra vez y parpadeó.

Uagen se aclaró la garganta antes de hablar.

–Desde que dejé el Yoleus, ¿cuánto tiempo ha pasado?

–Casi un Gran Ciclo.

Uagen se encontró incapaz de hablar durante un rato. Al final lo hizo.

–Un... un, esto, un Gran Ciclo, eh, ¿galáctico?

El pico de 8827 Praf chasqueó un par de veces. Se agitó y se volvió a colocar las alas oscuras como si fueran una capa.

–Eso es lo que es un Gran Ciclo –dijo como si le explicara algo obvio a alguien recién eclosionado–. Galáctico.

Uagen tragó saliva con una garganta muy, muy seca. Era como si todavía la tuviera desgarrada y abierta al vacío.

–Ya veo –dijo.

Clausura

La hembra cruzó saltando la hierba hasta el acantilado, con las aletas de la nariz abiertas al viento y al sabor picante del ozono, el pelo de la cara aplastado por la brisa. Llegó a la gran cuenca doble donde mucho tiempo atrás la tierra se había vaporizado y reventado. La hierba se curvaba bajo ella. Más allá se encontraba el océano. Delante, los cañones se alzaban como los troncos de unos árboles fosilizados inmensos, con las bases bañadas por la espuma cremosa. La hembra saltó.

Habían enviado a un pequeño dron para investigar a la figura que corría. Tenía las armas cargadas y listas para disparar. Justo cuando estaba a punto de interceptar a la figura y darle el alto, la hembra llegó al borde herboso del cráter y saltó. Lo que ocurrió a continuación fue inesperado. La cámara del dron mostró que la figura que había saltado se desintegraba y se convertía en una bandada de pájaros que pasaron volando junto al dron, fluyendo alrededor de su cubierta como el agua alrededor de una piedra. La máquina se retorció a un lado y al otro, después giró y la siguió.

Llegó la orden de atacar a la bandada de pájaros. El dron instigó un régimen que fijaba el objetivo en un entorno rico en depredadores, pero luego otra orden revocó la primera y le dijo que atacara a un grupo de otros tres drones de defensa que acababan de despegar del cañón más cercano. Se alejó dibujando una curva y salió a toda velocidad para ganar altura.

Varios láseres parpadearon en las cúpulas que había en las alturas de dos de los cañones, pero la bandada de pájaros se había convertido en un enjambre de insectos; la luz del arma no encontró muchos y los que encontró se limitaron a reflejarla. Entonces las dos torres de láseres comenzaron a dispararse entre sí y las dos explotaron convertidas en bolas de fuego.

El primer dron atacó a los otros tres cuando se repartieron y aceleraron hacia el enjambre de insectos. Derribó uno antes de que lo destruyeran a él. Después los otros dos drones se atacaron entre sí, lanzándose el uno contra el otro y chocando a gran velocidad en medio de un destello de luz y una detonación seca; buena parte de los restos resultantes estaban compuestos por trozos lo bastante pequeños como para flotar con el viento.

Varias explosiones de medio y pequeño tamaño sacudieron cada uno de los cañones y el humo comenzó a flotar por el cielo azul.

El enjambre de insectos se reunió en un amplio balcón y recuperó la forma de una hembra chelgriana. Derribó las puertas del balcón y entró en la habitación. Gorjearon las alarmas. La hembra frunció el ceño y quedaron en silencio. El único sistema de sensores o de mando que no tenía por completo bajo su control era una diminuta cámara pasiva que había en un rincón de la habitación. Debía dejar el sistema de monitorización de seguridad del complejo incorrupto, de modo que lo que se hiciera

se viera que se había hecho, y se grabara. La hembra escuchó con atención.

Entró con pasos firmes en el baño y lo encontró en el ascensor de emergencia unipersonal que se había *ocultado* en el receptáculo de la ducha. El ascensor se había bloqueado en el hueco. Se introdujo en el agujero, formó un vacío parcial y absorbió la cápsula para que subiera. Abrió la puerta de un tirón y metió la mano para sacar al macho desnudo y encogido.

El estodien Visquile abrió la boca para chillar, pidiendo clemencia. La hembra se convirtió en insectos (eran una especie de fobia para el estodien) que se le introdujeron por la boca, ahogándolo y obligándolo a abrir la ruta de los pulmones y el estómago. Los insectos llenaron por completo cada diminuta celda para aire de los pulmones del chelgriano, otros ocuparon todo el estómago del estodien hasta el punto de hacerlo estallar y después invadieron la cavidad del cuerpo, mientras otros se lanzaban por el resto del sistema digestivo y provocaban una explosión de materia fecal que le estalló por el ano.

El estodien se estrelló y golpeó contra la cápsula del ascensor de la ducha, destrozando los accesorios de cerámica y abollando los de plástico. Se le introdujeron más insectos por las orejas y se abrieron paso alrededor de los ojos horrorizados y fijos, después penetraron con una línea de fuego en el cráneo mientras la piel se le plagaba de insectos y se retorcía, eran los insectos que habían invadido la cavidad del cuerpo y después se habían ido deslizando bajo la carne.

Con el tiempo, los insectos le infestaron el cuerpo entero mientras él yacía agitándose en el suelo, sobre una película de su propia sangre. Continuaron introduciéndose en cada una de las partes de su cuerpo hasta que, unos tres minutos después de comenzar el ataque, los movimientos de Visquile fueron cesando poco a poco.

Los insectos, los pájaros y la hembra chelgriana estaban hechos de T-Polvo. Todo Polvo estaba compuesto de máquinas diminutas de varios tamaños y con varias habilidades. Con la excepción de un tipo, ninguna superaba una décima de milímetro en cualquier dirección. Curiosamente, en un principio el polvo se había diseñado para que fuera el material de construcción definitivo.

La única excepción a la regla de la décima de milímetro eran los nanomisiles am, que solo tenían una décima de milímetro de diámetro, pero un milímetro entero de longitud. Uno de estos se alojó en el centro del cerebro del estodien, junto a su Guardián de Almas, mientras que el resto de los componentes se retiraron y se volvieron a convertir en la hembra chelgriana.

Se alejó sin ruido del cuerpo desinflado que yacía en medio de un charco de sangre. La hembra pensó que los nanomisiles lo decían todo sobre la identidad de sus creadores, una parte integral del mensaje que estaba entregando. Salió del baño y del apartamento, bajó unas escaleras y cruzó una terraza. Alguien le disparó con un

antiguo rifle de caza. Era la única arma de proyectiles que funcionaba en varios kilómetros a la redonda. La hembra dejó que la bala le pasara por un agujero del pecho y saliera por el otro lado, mientras que una serie de componentes de uno de sus ojos lanzó un breve rayo láser que cegó al macho que le había disparado.

En el bloque de habitaciones que había dejado atrás, el nanomisil incrustado en el cerebro de Visquile percibió que el Guardián de Almas estaba a punto de leer y salvar su mente. La explosión de la cabeza nuclear del misil destruyó todo el edificio. Los escombros cayeron como una lluvia a su alrededor, incluso la atravesaron mientras ella se alejaba sin prisas.

Encontró a su segundo objetivo atrapado en un pequeño aviador biplaza, intentando destrozar la cubierta de la cabina con un cilindro de oxígeno para poder salir.

Abrió la cubierta de un tirón. El macho de pelo blanco le lanzó una cuchillada con un cuchillo antiguo, el objeto le penetró en el pecho y la hembra lo dejó allí colgado mientras cogía al macho por la garganta y lo sacaba a pulso de la máquina. El chelgriano dio patadas, escupió y borboteó. El organismo de la hembra absorbió el cuchillo mientras se acercaba al borde de la terraza. El macho colgó sin dificultad entre las manos femeninas, como si no pesara nada, las patadas que daba no parecían tener ningún efecto sobre ella.

En el borde de la terraza, la hembra lo sostuvo sobre la balaustrada. La caída hasta el mar era de unos doscientos metros. El cuchillo con el que el otro había intentado hacerle daño apareció con suavidad en la palma de la mano de la hembra, como por arte de magia. La agresora lo utilizó para desollarlo. Lo hizo a una velocidad feroz, no le llevó más de un minuto. Los gritos del macho se escaparon como un resuello por la tráquea parcialmente aplastada.

La hembra dejó que la piel blanca ensangrentada cayera hacia las olas como una alfombra enorme y empapada. Después tiró el cuchillo y utilizó sus propias garras para abrirlo en canal desde la extremidad media a la ingle, metió la mano y fue tirando y retorciendo la mano al mismo tiempo que le soltaba el cuello.

El macho cayó dando tumbos, chillando al fin con una voz aguda y ronca. La hembra todavía le sujetaba el estómago con la mano. Los intestinos se desenrollaron y salieron con un latigazo del cuerpo, una línea larga y temblorosa que se estiró con la caída.

Desollado y destripado, el macho era lo bastante ligero (y sus entrañas lo bastante elásticas, además de estar bien ancladas) como para rebotar durante un rato sujeto por sus propias tripas, sacudiéndose, temblando y chillando, antes de que ella lo dejara caer entre las olas saladas.

La hembra observó los chapoteos con ojos chelgrianos durante un rato, después se convirtió en una nube de polvo en la que los componentes individuales más grandes

eran los nanomisiles.

Para cuando la cabeza nuclear del cerebro de Eweirl estalló unos minutos después, la hembra ya se había convertido en una columna atenuada de materia gris que se aspiraba hacia el cielo.

Epílogo

Está bien esto de volver a tener un cuerpo. Me gusta sentarme en este pequeño café de esta pintoresca aldea de las colinas, fumar una pipa y beber una copa de vino mientras contemplo la lejana Chelise. El aire está limpio, el paisaje es nítido y el otoño acaba de comenzar. No cabe duda, es un placer estar vivo.

Soy Sholan Hadesh Huyler, almirante general de las Fuerzas Combinadas Chelgrianas, retirado. Yo no sufrí el mismo destino que el que compartieron la Mente Central del orbital Masaq y en el que en otro tiempo fue mi compañero y pupilo, el comandante Tibilo Quilan. El Centro me sacó del mecanismo del Guardián de Almas de Quilan, me salvó y me transmitió a uno de sus VGS guardianes; después, (mucho después) me reuní con mi viejo yo, el que Quilan rescató dos veces, una vez (con su esposa Worosei) del Instituto Militar de la ciudad de Cravinyr, en Aorme, y otra (con el dron de la Armada) de los restos de la nave *Tormenta de nieve.*

Ahora vuelvo a ser un ciudadano libre de Chel, con una pensión razonable, (de hecho, dos) y el respeto de mis superiores (en realidad tengo dos grupos de superiores, aunque solo uno de ellos sabe de la existencia del otro, y se resistirían a que los llamara mis superiores). Espero que nunca me vuelvan a necesitar, pero si es así, cumpliré con mi obligación, no por mis antiguos señores, sino por mis nuevos iguales. Pues soy, según la definición que yo mismo habría utilizado hasta hace solo unos años, un traidor.

El Alto Mando chelgriano pensó que podrían haberme presionado de algún modo (que incluso podría haberme pasado al otro lado) antes de que se encontraran los restos de la nave; sin embargo, mi personalidad parecía cuadrar y no cabe duda de que todas mis respuestas fueron las adecuadas.

Acertaron y se equivocaron por igual. La Cultura me convirtió cuando todavía me encontraba en el sustrato del Instituto de Aorme. Eso no se les había ocurrido, mucho antes de la guerra de Castas.

La mejor forma de convertir a un individuo (persona o máquina) es no invadirlos para implantarles algún tipo de virus mimético o una de esas tonterías, sino hacerles cambiar de opinión por sí mismos, y eso es lo que hicieron conmigo, o, más bien, lo que me convencieron para que hiciera yo solo.

Me mostraron todo lo que había que ver sobre mi sociedad y la suya y, al final, preferí la suya. En esencia, me convertí en ciudadano de la Cultura al mismo tiempo que en agente de Circunstancias Especiales, que es el inusitado y tímido nombre que emplean para llamar a la organización que combina la recogida de información, el espionaje y el contraespionaje.

Accedí a todo lo demás para mantener a Masaq y su pueblo a salvo, no para garantizar su destrucción. Yo era la póliza de seguros de CE, su cláusula de salida, su paracaídas (he oído muchas analogías pintorescas). Si me lo hubieran ordenado, habría impedido que Quilan hiciera los desplazamientos y no habría tomado el mando ni los hubiera hecho yo si él hubiera puesto reparos. Al final se decidió que se habían colocado suficientes salvaguardas y que los desplazamientos podían seguir adelante; el objetivo era desandar el camino por el enlace de agujero de gusano que se había intentado instalar y descubrir e incluso atacar a los Implicados que estaban detrás del atentado (cosa que fracasó y que yo sepa sigue sin conocerse la identidad de esos misteriosos aliados, aunque estoy seguro de que CE tiene sus sospechas).

En los últimos tiempos me paso la mayor parte del tiempo en Masaq, con frecuencia en compañía de Kabe Ischloear, el papel de ambos es parecido. Regreso a Chel en ocasiones, pero prefiero mi nuevo hogar. Hace muy poco, Kabe señaló que había vivido en la Cultura casi una década antes de darse cuenta de que cuando la Cultura llama a alguien de una sociedad alienígena que vive entre ellos «embajador», lo que quieren decir es que esa persona representa a la Cultura ante su civilización original; el supuesto es que el alienígena en cuestión considerará de forma natural que la Cultura es mejor que su hogar y es por tanto digna de promoción en él.

¡Qué engreimiento!

No obstante.

He conocido a mahrai Ziller. Al principio se mostró muy cauto, pero con el tiempo ha empezado a encontrarme más agradable. Últimamente hemos estado hablando de que quizá regrese un día conmigo aquí, a Chel, para hacer una visita informal, es posible que a principios del año que viene. Así que puede que al final yo logre cumplir la tarea que en su momento solo fue la tapadera de Quilan.

Me han dicho que el Centro y Quilan se adentraron juntos en el olvido total, sin dejar atrás copias de seguridad, ni duplicados, ni estados mentales, ni almas.

Supongo que debía de ser lo que ambos querían. En el caso del comandante, creo que lo entiendo y sigo compadeciéndolo profundamente por los efectos de una pérdida que no podía llorar ni soportar, aunque (como muchos otros, creo yo) me resulta difícil entender que algo tan fabuloso y complicado, y tan capacitado en el plano intelectual, como la Mente, quisiera destruirse también.

La vida nunca deja de sorprender.

FIN